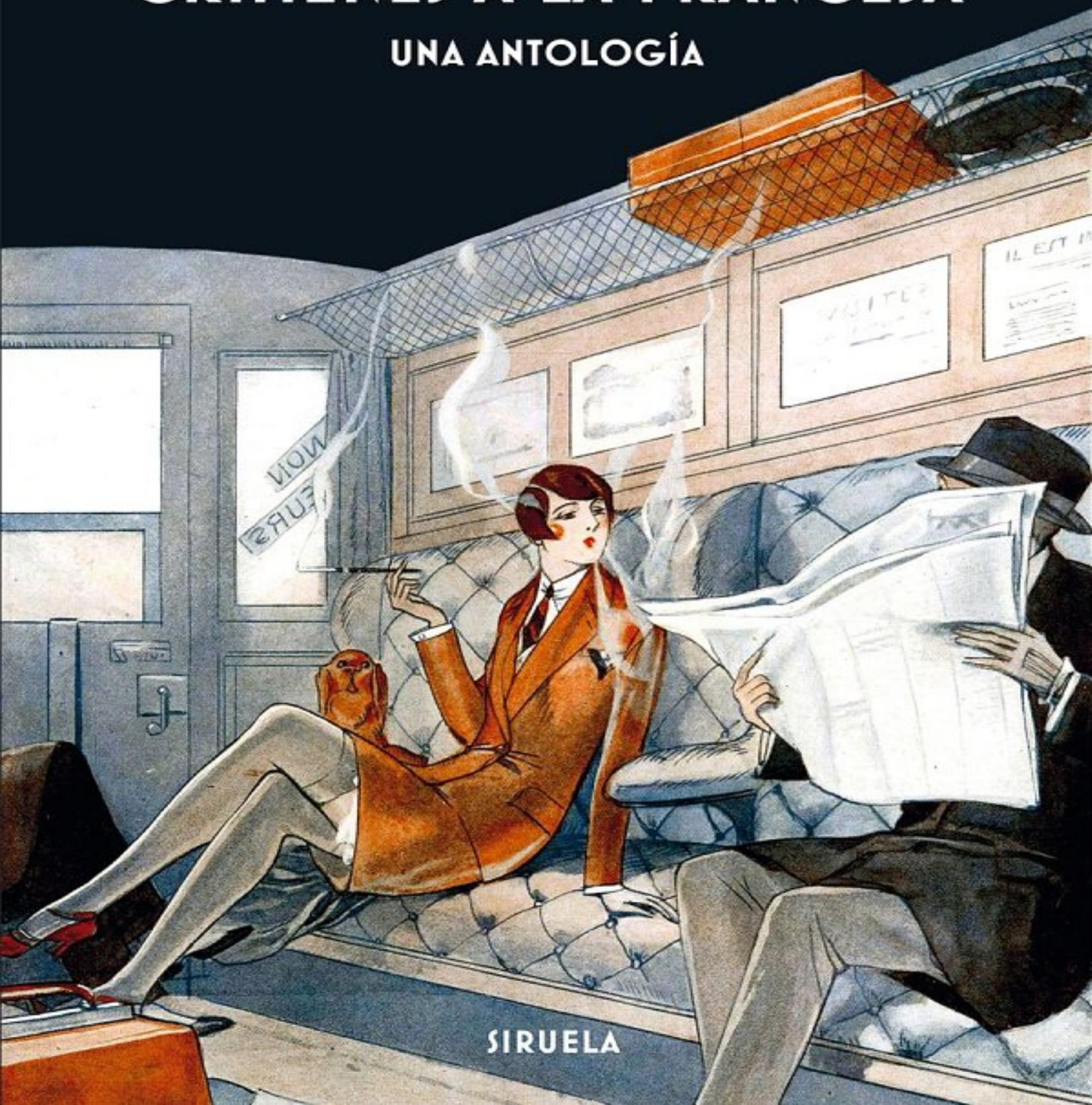


EDICIÓN DE
MAURO ARMIÑO

CRÍMENES A LA FRANCESA
UNA ANTOLOGÍA



SIRUELA

Edición de
Mauro Armiño

CRÍMENES A LA FRANCESA
Una antología

Traducción del francés, prólogo y notas de
Mauro Armiño

 Siruela

Libros del Tiempo Biblioteca de Clásicos Policiacos

Edición en formato digital: septiembre de 2018

En cubierta: ilustración de The Advertising Archives,
La vie parisienne, magazine plate

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© De la traducción, edición, prólogo y notas,

Mauro Armiño, 2018

© Ediciones Siruela, S. A., 2018

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-17624-02-6

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Prólogo de Mauro Armiño

CRÍMENES A LA FRANCESA
Una antología

PAUL-LOUIS COURIER
CARTA DESDE CALABRIA

PROSPER MÉRIMÉE
MATEO FALCONE

HONORÉ DE BALZAC
LA GRANDE BRETÈCHE

ALEXANDRE DUMAS
EL ARMARIO DE CAOBA

ÉMILE GABORIAU
EL VIEJECITO DE LOS BATIGNOLLES

JEAN RICHPIN
DESHOULIÈRES

JEAN RICHPIN
LA OBRA MAESTRA DEL CRIMEN

GUY DE MAUPASSANT
EL BARRILITO

JULES LERMINA
EL CUARTO DE HOTEL

JEAN RICHPIN
LOS DOS RETRATOS

ALPHONSE ALLAIS
¡POBRE CÉSARINE!

LÉON BLOY
LA TISANA

JULES LERMINA
EL ENIGMA

ALPHONSE ALLAIS
LA BÚSQUEDA DE LA DESCONOCIDA

OCTAVE MIRBEAU
LAS BOCAS INÚTILES

GUILLAUME APOLLINAIRE
LA DESAPARICIÓN DE HONORÉ SUBRAC

GASTON LEROUX
EL HACHA DE ORO

CHARLES-LOUIS PHILIPPE
EL ASESINO

GASTON LEROUX
LA CENA DE LOS BUSTOS

MAURICE LEBLANC
EL CHAL DE SEDA ROJA

MAURICE LEBLANC
EL HOMBRE DE LA PIEL DE CABRA

Biografías de los autores

Prólogo

Los precedentes del género policiaco, tanto para la literatura anglosajona como para el resto de las literaturas europeas, se inscriben en la Antigüedad; antecedentes remotos en tiempo y forma, desde la Biblia al folclore celta o las leyendas árabes (*Las mil y una noches*), pueden proponer en el protagonista de la tragedia *Edipo* de Sófocles un primer personaje que, encargado de descifrar un enigma, desempeña más de un papel y se convierte sucesivamente en víctima, investigador y asesino. Estos preliminares de lo que, en el siglo XIX, terminaría convirtiéndose en género autónomo cuentan sobre todo violencias y crímenes, y, en el caso de *Edipo*, se reúnen para convertir al personaje trágico en el primer superdetective de la historia literaria. Crímenes de los que están llenas las crónicas, aunque estas no atiendan a lo que la creación del suspense en el lector exige: un misterio que encubra al autor o a los autores, explique las causas y ofrezca un desenlace para reparar el orden social, o justificarlo a pesar de ese orden.

En el territorio que nos ocupa en *Crímenes a la francesa*, Francia, la literatura da cuenta desde hace siglos de delitos, fechorías y asesinatos sin fin. Que maleantes, forajidos y facinerosos terminaban en la horca ya lo cantaba el gran poeta medieval François Villon (1431-1463), que compartió malandanzas y cárceles con ciertos malhechores que robaron quinientos escudos de la sacristía del Collège de Navarre parisino con éxito; pero, varios meses después, uno de ellos se fue de la lengua y, torturado, cantó los nombres de sus cómplices, entre ellos el de Villon, que ya había huido; pese a ello su nombre no será olvidado, y riñas y pequeños hurtos harán que, más tarde, las autoridades se acuerden de los quinientos escudos robados en el Collège de Navarre, delito al que fueron sumando un homicidio anterior e

indultado en la persona de un tal Philippe Sermoise, sacerdote del claustro de Saint-Benoît-le-Bétourné¹. Todas las literaturas europeas vivas de la Edad Media dan cuenta de malandanzas semejantes, seguidas o no de ajusticiamientos como el cantado por Villon en su *Balada de los ahorcados*, o reflejados en una de las esquinas del fresco *San Jorge y el dragón* realizado por Pisanello (primera mitad del siglo xv) para la iglesia italiana de Sant'Anastasia de Verona. El arte pictórico europeo de esas épocas medievales pone de manifiesto a menudo tales ejecuciones por distintos métodos: empalamientos, crucifixiones, ahorcamientos, estrangulamientos, etc., como aparecen, por poner un solo ejemplo, en el pintor flamenco el Bosco.

Que el género policiaco no existiera como tal literariamente no quiere decir que su germen, el crimen, no fuera rastreado, ni que sus fieles —o infieles— perseguidores no cumplieran algunos de sus cometidos. En la Francia del siglo xvii, hay un personaje que cambia de arriba abajo el comportamiento de la ley y de la autoridad frente a los crímenes: Nicolas de La Reynie (1625-1709), a quien el primer ministro Colbert propuso para que Luis XIV le encargase resolver los problemas de orden público; el nuevo teniente de Policía organizó las tareas y el cuerpo de agentes de tal modo que se le considera el padre de la Policía Judicial francesa; fue La Reynie quien la estructuró como una institución independiente que no estaba sometida a las presiones de una nobleza y una aristocracia que había campado a sus anchas en los cenagales del crimen (así como en otros), y, con el apellido por delante, había gozado durante la Edad Media de un poder omnímodo y una considerable impunidad en sus tierras. Durante los treinta años —de 1667 a 1697— que ocupó el cargo, La Reynie trató, y consiguió en buena medida, instaurar un cuerpo policial destinado a «asegurar el reposo del público y de los particulares, a proteger la ciudad de lo que puede causar desórdenes». Fueron muchas las tareas que atendió, desde el saneamiento de París, por ejemplo, que convirtió en la urbe más limpia de Europa, hasta la vigilancia y el desarrollo de las costumbres de acuerdo con la moralidad de la época en esa materia; en su campo de atribuciones se incluyeron desde incendios a inundaciones, así como la persecución de libelos y escritos sediciosos contra

el régimen o contra personajes de las altas esferas —de cuyos informes y sumarios se encargaba personalmente con rigor, intransigencia y dureza—, o como el seguimiento y vigilancia de los protestantes reacios o conversos. Pero alcanzó sus mayores logros en su consideración de la criminalidad como una lacra a extirpar, al margen de la clase social que la perpetrase. Para su represión, reguló el cuerpo policial a partir de la figura del «comisario de Policía» —se le debe la creación de ese término que ha perdurado hasta nuestros días—; repartió los cuarenta y ocho comisarios que había nombrado por los diecisiete barrios de París, exigiéndoles información diaria de las incidencias de mayor o menor peso que habían ocurrido en el casco parisino y de manera especial en los suburbios. Dado el éxito, su sistema organizativo fue ampliado, en 1697, momento de su despedida, a todo el reino, y cada departamento de Francia implementó sus mismos métodos.

Uno de los capítulos de mayor interés para el posterior género literario fue la creación de una red de espías (*mouches*) que, bien pagados, abarcaba todos los ámbitos de la ciudad, desde los barrios populares hasta las dependencias de los castillos y los salones, de cuyas conversaciones La Reynie tenía puntual informe. Y no solo del exterior: infiltró en las cárceles soplones (estos recibieron el nombre de *moutons*), que, en contacto con los malhechores detenidos en los calabozos, lograban sonsacarles la autoría de delitos cometidos por ellos mismos o por otros, y facilitaban la búsqueda de maleantes, salteadores y criminales perseguidos.

Esta forma de enfrentarse al hampa fue eficaz, sobre todo en el desmantelamiento de las *Cours des miracles* («Cortes de los milagros») que desde principios de siglo se habían hecho con el control de París²; las oleadas de vagabundos que, procedentes del campo y provincias, llegaban a la capital en busca de un trabajo que no encontraban, lograron organizarse durante el reinado de Luis XIII hasta el punto de crear una sociedad regida por un orden distinto y encabezada por un *ragot* o *chef-coësre*, jefe del hampa, y sus lugartenientes; en sus madrigueras suburbanas, esa «sociedad» había repartido los oficios y disponía de diversas y abundantes especializaciones para cada uno de sus miembros: el robo en sus múltiples variantes, la prostitución, el asesinato voluntario o por encargo, las riñas organizadas;

disfrazados de harapos y fingiendo enfermedades recorrían la ciudad caracterizados de menesterosos con perros lazarillos, patas de palo, epilepsias y máscaras de peregrinos, o como soldados lisiados o mutilados, o como huérfanos, para practicar la mendicidad mientras ojeaban su entorno y buscaban lugares o personajes que pudieran convertirse en víctimas; una vez cumplido su horario «laboral», volvían a sus antros y escondrijos dejando en la entrada su vestimenta: de ahí el nombre de «milagro»: en cuanto cruzaban los umbrales de sus refugios, los cojos andaban, los ciegos veían, etc.

La Reynie se enfrentó a esas *cortes* como prioridad y no tardó en abrir boquetes en su organización arrasando las casas y entradas subterráneas de esa hampa; se considera que, durante sus treinta años al frente de la Policía parisina, logró enviar a galeras, tras haberles marcado el hombro con hierro candente, a entre 50.000 y 60.000 malhechores, mientras otra cantidad bastante numerosa era encerrada en el Hospital General, creado por la Compañía del Santo Sacramento³ para «salvar las almas» de los mendigos.

Ni este clima de criminales parisinos, ni las fechorías de grandes partidas de bandidos por la región del Sena (sobre todo) y el resto del país generaron obras literarias, pese a que, a través de la prensa, el público se apasionó con las aventuras del «capitán general de los contrabandistas de Francia» (tabaco, algodón, relojes), como se titulaba Louis Mandrin (1725-1755), que terminaría ajusticiado mediante el suplicio de la rueda; o de Cartouche (1693-1721)⁴, cuya ejecución en ese mismo potro de tormento fue seguida de condenas a muerte, a galeras, a destierro o a prisión de más de sesenta de los hombres de su banda; ambos malhechores se convirtieron en leyenda popular, jaleados por poemas, canciones y obras de teatro en su época, y llevados al cine en el siglo xx y en el actual. Mandrin fue visto como un bandido heroico enfrentado a la iniquidad de los impuestos reales que empobrecían al pueblo, mientras a Cartouche se le consideró un mártir del poder real y de la aristocracia. Los abundantes testimonios literarios que de ambos quedaron nada tienen que ver con sus crímenes, sino con su leyenda como víctimas del Antiguo Régimen; así pasaron a la literatura, al teatro y al cine⁵.

Esa sucesión de crímenes y fechorías, esa continua vigilancia y persecución policial seguida de las correspondientes ejecuciones, no dejan rastro durante

el siglo XVIII en las letras, salvo un curioso caso colateral, puesto de relieve por J. A. Molina Foix, y debido a uno de los grandes del siglo, Voltaire, quien, en su largo relato *Zadig o el destino* (1747), reutiliza cuentos orientales para esclarecer, en primer lugar, un misterio y resolver un crimen: «Giafar al-Barmaki, visir de Harún al-Rashid, y hallar en el plazo de tres días al asesino de una persona despedazada encontrada en el río Tigris dentro de un cajón so pena de ser ejecutado»; en segundo lugar, «los tres ingeniosos príncipes son acusados del robo de un camello por haber averiguado, simplemente observando sus huellas, que el animal era tuerto del ojo derecho, le faltaba un diente, estaba cojo de una de las patas posteriores, llevaba una carga de mantequilla, y en él iba montada una mujer embarazada». Voltaire anunciaría así «la inminente aparición del relato de investigación policial como género autónomo»⁶.

El tipo de pesquisa que muestra *Zadig o el destino* tardará siglo y medio en convertirse en el sistema del género policiaco, cuando, a final del siglo XIX, varios narradores, en especial Émile Gaboriau con su comisario Lecoq, creen ingeniosos detectives que, bajo la influencia del caballero Dupin de Edgar Allan Poe, deducen de hechos objetivos, de detalles nimios, no solo el suceso en su totalidad, sino incluso los rasgos fisionómicos de los delincuentes. Prácticamente contemporáneos de estos avances literarios son los progresos en el seguimiento de la delincuencia debidos a un delincuente, Eugène-François Vidocq (1775-1857). Este aventurero condenado a galeras pasó sus años de adolescencia y primera madurez de cárcel en cárcel, de las que lograba fugarse continuamente, hasta que «sentó la cabeza» y se ofreció a la Policía de París como chivato y soplón de los delitos que habían perpetrado sus compañeros de presidio (1809). Eso le valió la libertad, un puesto en la Sûreté (la Dirección General de Policía), en la que, con Napoleón en el poder, llegó a ser primer jefe (1818). Pionero de diversas técnicas de investigación, entre ellas la de infiltrar en las bandas a antiguos condenados para descubrir criminales y delitos con mayor habilidad y en mayor número que La Reynie, consiguió con métodos poco ortodoxos tres veces más éxitos que la Policía «Legal»; se ganó así tanto la admiración como el rechazo de sus superiores políticos, que lo obligaron a dimitir en dos ocasiones. También se atrajo la

aversión del mundo del hampa, que en varias ocasiones lo acusó de preparar él mismo los golpes para detener inmediatamente a los autores y colgarse las correspondientes medallas. Tras su dimisión definitiva en 1827, Vidocq se dedicó a negocios privados como la Oficina de Informaciones para el Comercio, la primera agencia de detectives del mundo, dedicada a la indagación y la vigilancia de opositores al régimen, de operaciones económicas, de adulterios, etc.

El desarrollo de la prensa francesa desde principios del siglo XIX permitió la incorporación, al lado de las noticias y al pie de la primera página, de novelistas de mayor o menor prestigio que escribieron narraciones, cuentos más o menos largos; el final de los episodios de cada entrega remataba «en punta», dejando en suspense la oscuridad de la trama y excitando la curiosidad de los lectores, atraídos al día siguiente al lugar de venta de periódicos o hacia el pregonero; hasta el punto de que, para seguir las aventuras de los personajes con éxito, se hicieran colas a diario para comprar, por ejemplo, el *Journal des Débats* cuando Eugène Sue publicaba en él sus *Misterios de París*. La importancia del folletón para la prensa queda demostrada por la tirada del *Petit Journal*, que ascendió a 400.000 ejemplares cuando, en 1868, publicó *El crimen de Orcival* de Gaboriau. Se produjo así una literatura —o, en la mayoría de los casos, una paraliteratura— constante, diaria, a la que se sacrificaron las mejores plumas y que generó unas características específicas que determinaron la novela de folletón: largas tramas de hilo delgado y bastante laxo, que permite la incorporación de episodios e intrigas complicadas, salpicadas de crímenes y fechorías, con multitud de personajes. Los autores más famosos se convirtieron en estrellas dotadas de una popularidad que los acompañó toda su vida gracias a la perpetuación de personajes o de tramas: Sue, Feval o Ponson du Terrail, los folletinistas más conocidos, nadaron en la abundancia, mientras Balzac, que también se adentró en ese género, se debatía entre deudas pese a su mayor calidad (o debido a ella), a su penetración psicológica y a su atinada

comprensión de los movimientos sociales, características que a los antecitados importaron mucho menos o se quedaron por su falta de calidad en simple paraliteratura.

Pero la faceta más interesante del folletón para la literatura policiaca fue la cantidad de potentes personajes que prestó a novelistas como Balzac, Victor Hugo, Eugène Sue o Dumas; Balzac habló a menudo con Vidocq, y de esas conversaciones, del personaje y de sus *Memorias*⁷, publicadas en 1828, consiguió el novelista información de primera mano sobre el mundo del hampa y los hábitos de la vida en presidio; con ella Balzac va a crear una figura imponente bajo distintas identidades, Vautrin; este personaje, que aparece como esbozo en *El tío Goriot* y recorre de forma intermitente *La comedia humana*, logra su máxima expresión narrativa al convertirse en una especie de *alter ego* de Vidocq; como este, Vautrin fue condenado a los presidios de Tolón y de Rochefort; tras conseguir escapar, se convierte en *tutor* del ascenso en sociedad de varios jóvenes ambiciosos, a quienes facilita la subida por los peldaños sociales a cambio de una obediencia ciega a sus proyectos; en estas relaciones de dominación con Eugène de Rastignac y Lucien de Rubempré, especialmente, en dos de las novelas mayores del siglo, *Ilusiones perdidas* y *Esplendores y miserias de las cortesanas*, se plasma la permanente lucha contra la sociedad del antiguo condenado que hace de esos jóvenes unos instrumentos de su venganza contra una sociedad que lo condenó por un crimen que no había cometido⁸. También Victor Hugo utilizó elementos de la vida y las memorias de Vidocq para el Jean Valjean de *Los miserables*: condenado a presidio como Vidocq, Valjean termina adaptándose a la sociedad, aunque lo haría de forma muy distinta.

No fueron los únicos: Alexandre Dumas creó en *Los mohicanos de París* una especie de Vidocq a imitación de Balzac; lo mismo que Ernest Capendu (1826-1868), a quien se debe la figura del cojo Camparini, que empieza a aparecer en *Le Journal pour tous* en noviembre de 1860. Zigomar, el rey del crimen, héroe enmascarado de un folletón de 164 episodios y ocho novelas (de 1909 a 1939), obra de Léon Sazie (1862-1939), se convierte en un malhechor de genio, criatura del reino del mal que prepara el camino para criminales más modernos, de manera especial para otro hampón creado entre

Pierre Souvestre (1874-1914) y Marcel Allain (1885-1969): Fantomas, que terminó convertido en la figura más popular del folletón gracias a las treinta y dos novelas que ambos autores publicaron entre 1911 y 1913, y a sus cinco adaptaciones cinematográficas inmediatas (1913-1914) por Louis Feuillade. Tras la muerte de Souvestre, Allain prosiguió durante nueve volúmenes (1926-1963) con el personaje, que había heredado rasgos de sus antepasados, de Rocambole y su tutor Sir Williams, del coronel Bozzo-Corona, y de Zigomar, que encabeza la serie de los perversos modernos, enamorado de la sangre, del crimen, del pillaje, del desorden, de la anarquía, y que solo vive de los «efluvios magnéticos que se desprenden de las peores pasiones humanas». Pero en el caso de Fantomas se trata de un descendiente de los folletones del siglo precedente (igual que los citados antes), ayudado en su popularidad por las múltiples adaptaciones teatrales y, sobre todo, cinematográficas, protagonizadas por Jean Marais y Louis de Funès: tres películas entre 1964 y 1967 han permitido seguir vivo a Fantomas durante buena parte del siglo xx, acompañado de versiones para televisión⁹. Folletones radiofónicos, piezas de teatro, tiras cómicas, manga y toda suerte de versiones han alargado la vida del personaje, que, aunque no entre en el género policial, es un referente que justifica tanto el pasado de los folletones como la continuación a lo largo del siglo xx de los héroes del mal.

Aunque estas narraciones estén protagonizadas por personajes de catadura homicida, esta va más allá del simple crimen que necesite pesquisas para descubrirlo; dos títulos de Balzac se acercan bastante más a la estructura de la novela policial, con un misterio por resolver: en *Un asunto tenebroso* (1841), Joseph Fouché, el todopoderoso personaje de la última etapa de la Revolución francesa y de las dos primeras décadas del nuevo siglo, organiza contra Napoleón un complot en los días previos a la batalla de Marengo; la inesperada victoria del Emperador obliga a Fouché a desbaratar la conspiración mediante una maniobra tras la que resultan culpables y condenados personajes inocentes, con el ajusticiamiento de un personaje de

clase baja mientras los nobles salvan el pellejo. En *Maese Cornelius* (1831), cuya acción se sitúa en el siglo xv, el protagonista de ese nombre, usurero y platero de Luis XI, es la génesis de un misterio que terminará desvelando el propio monarca, convertido casi en detective: el robo del tesoro de Maese Cornelius (un caso de «habitación cerrada») no tiene explicación alguna, ya que el viejo avaro vive en el fondo de una calle en una casa prácticamente amurallada. Balzac, influido en esa época por el misticismo de Swedenborg, dará con una salida tan desconcertante como insólita: el propio avaro se habría robado en estado de sonambulismo.

Si en estos relatos de Balzac no se dan las premisas para asentar una teoría del género policial, al parecer ejerció una influencia determinante en quien iba a convertirse en creador e inventor de la novela detectivesca, Edgar Allan Poe, que sitúa sus crímenes y las pesquisas en territorio francés y encarga a un francés el protagonismo de tres relatos de indagación: el caballero Auguste Dupin, investigador privado que se mueve en las revueltas aguas de la Monarquía de Julio (1830-1848): *Doble asesinato de la calle Morgue* (1841), *El misterio de Marie Rogêt* (1842-1843) y *La carta robada* (1844); traducidos por Baudelaire e incluidos en sus antologías de relatos del escritor norteamericano *Histoires extraordinaires* (1856) e *Histoires grotesques et sérieuses* (1864), estos tres cuentos iban a convertirse en pauta de obligado seguimiento para los narradores franceses hasta final de siglo. Este primer detective en el sentido moderno del término no es un policía, sino un analista que contempla los comportamientos humanos desde su mesa del café Procope. Poe marca las leyes del género: relato breve, centrado de manera exclusiva en el carácter detectivesco de la trama, sin las frecuentes derivas de la novela popular que mezclaba categorías distintas; y, como prescripción para el argumento, planearlo al revés, empezar por las conclusiones para seguir el hilo hasta el origen del crimen. Dupin será el patrón sobre el que cortará Arthur Conan Doyle el detective más famoso de finales del siglo xix y primeras décadas del xx: Sherlock Holmes, acompañado por su amigo y ayudante Watson, hace su primera aparición en *Estudio en escarlata* (1887), que inicia una serie de cuatro novelas, además de cinco volúmenes de relatos breves cuya última entrega, *Los archivos de Sherlock Holmes*, apareció en

1927¹⁰.

La horma del excéntrico Sherlock servirá a los narradores franceses de fin de siglo que, poco antes de mediada la centuria, han visto el desarrollo de una prensa popular que tenía en los folletones su principal instrumento de reclutamiento de lectores, y a cuyo frente figura, por una calidad literaria que le ha permitido sobrevivir en el tiempo, *El conde de Montecristo* (1844). Aunque a Dumas se le pueda adscribir prácticamente a todos los géneros por la profusión de sus aventuras, el género policial fue para él ajeno; sin embargo, creó un personaje que se repetirá en las novelas de investigación: el abate Faria, un sabio italiano, sacerdote y prisionero político, que desde su calabozo descubre, detectivescamente, sin más instrumentos que la ilación de ideas, las razones por las que Edmond Dantès ha sido encerrado en el castillo de If: tras abrirle los ojos a su compañero sobre los motivos de su condena y encierro perpetuo en ese presidio, le revelará el escondite de un tesoro que ha de servir al joven para financiar su venganza.

Aunque no puedan incluirse por motivos de carácter y de métodos narrativos dentro del género negro, los folletones más populares del siglo XIX, los de Eugène Sue (1804-1857), Paul Féval (1816-1887) y Pierre-Alexis Ponson du Terrail (1829-1871), están llenos de crímenes, asesinatos, delitos, fechorías y atropellos, en larguísimas y enrevesadas tramas que terminan ocupando varios volúmenes; en ningún sentido, ni lato ni estricto, pueden considerarse dentro de esa adscripción, porque incumplen todas las normas prescritas por Poe: recogen episodios de las páginas de sucesos de la vida parisina y los alían con una imaginación desbocada y «rocambolesca» —adjetivo creado a partir de uno de sus protagonistas más extravagantes—; el resultado es una embrollada mezcla de costumbres ciudadanas, de peripecias, venganzas, raptos, duelos, envenenamientos, presidiarios, cadáveres que resucitan, asociaciones criminales de todo tipo..., multiplicando personajes y hechos hasta la infinitud. No por ello dejan de carecer de intenciones que van más allá del entretenimiento: *Los misterios de París*, de Eugène Sue, es la primera novela-río que inserta en el folletón elementos de novela social por situar sus personajes en los ambientes de la miseria parisina; Sue abre el camino al folletón popular en 1842, y convierte sus *Misterios* en canon a

seguir por los otros dos autores citados: Paul Féval traslada la acción a Inglaterra en *Los misterios de Londres* (1844), mientras Ponson du Terrail, autor en veinte años de doscientas novelas y folletones, crea en 1884, en *Rocambole*, el arquetipo del facineroso criminal que termina buscando la redención, después de pasar por el presidio de Toulon y la cárcel londinense de Newgate, al cabo de las nueve novelas que protagoniza y que lo llevan tanto a Inglaterra como a la India.

Estos tres autores de folletones retratan personajes que son antecedentes, más que de detectives posteriores, de criminales y de fechorías que los narradores coetáneos explotan; el primero de ellos, Sue, había partido de un análisis de la sociedad más baja, frente a la narración ambientada en los medios aristocráticos o burgueses que habían cultivado o cultivaban Balzac, Stendhal o Flaubert; lo había hecho muy a su pesar, porque, al principio, ese mundo le parece que «es sucio y huele mal»¹¹; convencido por su amigo Goubaux de que debía abordar ese ambiente, Sue se desvistió de sus ropas y apariencias burguesas y, disfrazado de obrero con blusa remendada, se adentró por tabernas parisinas de mala fama para captar la atmósfera de las clases peligrosas y describir la sordidez de la miseria que lleva al hampa; pero, en la barahúnda de una acción desarrollada a lo largo de diez volúmenes, ese inicio más o menos pintoresco dentro de su realismo derivará en análisis de las clases laboriosas; desde un punto de vista social, discute a través de sus múltiples personajes temas tan diversos como la situación de las cárceles o de los hospitales, la precariedad de las condiciones laborales, los salarios de miseria, la carestía de la justicia que impide a la mayor parte de la población reclamarla... Su personaje central, Rodolphe, príncipe de un país imaginario, aboga por la justicia social en los medios obreros y se adentra en ellos dispuesto a empaparse, no solo en los códigos de la delincuencia y del pueblo llano, sino en los de todas las capas sociales que frecuenta; el papel de justiciero en busca de la verdad sirve a Sue para hacer la crítica de una aristocracia parisina que desprecia al pueblo y solo está interesada y enfangada en sus pequeñas intrigas de vanidad; ese análisis convierte a Sue en el primer autor que examina los bajos fondos, aunque en ese aspecto pueda encontrarse algún antecedente, como Frédéric Soulié (1800-1847),

cuyo genio fue saludado por Victor Hugo en el momento de su temprana muerte, y su novela *Las memorias del diablo* (1837-1838): su protagonista, testigo de toda suerte de vicios y maldades —raptos, violaciones, crímenes, avaricias, lujurias, etc.—, traza un cuadro de los horrores de la sociedad; así como también algún seguidor de alta calidad literaria, como Balzac, cuya novela *Esplendores y miserias de las cortesanas* debe algo a esas *Memorias del diablo*; ambos novelistas se embarcan en la descripción del crimen, Balzac con más vigor, percepción psicológica y calidad; pero *Las memorias del diablo* sigue siendo la primera novela que describe las miserias y hace una crítica de la organización de la vida social.

Animado por el éxito de Sue, Paul Féval controló la dispersión de la trama de Sue en *Los misterios de Londres* (4 volúmenes); pero solo hasta cierto punto, dado que esa diseminación de episodios y aventuras colaterales resulta una de las características de obligado cumplimiento para el folletón; Féval hila a saltos una intriga a base de sorpresas, raptos, piratas, experiencias médicas, ciudad subterránea, banqueros, mendigos, pastores protestantes, sociedades secretas, etc., todo ello en torno a un personaje de la nobleza, el marqués de Rio Santo, *dandy* aristocrático que, al frente de una organización secreta, «Los Gentilhombres de la noche», lanza sus huestes al crimen, el pillaje y el saqueo... pero con una finalidad bienhechora: aspira a la revolución, porque, irlandés de origen, pretende emplear los bienes conseguidos en la liberación de Irlanda de la corona británica. Su descripción de la miseria londinense tiene puntos en común con la realidad social descrita por Dickens, a lo que añade una capa de misterio y secreto de los medios del hampa.

Más interés ofrece desde el punto de vista de las intrigas criminales su serie *Les Habits noirs*, que comienza a publicarse en 1863 en *Le Constitutionnel*; con este encargo a Féval, el periódico trataba de contrarrestar o conseguir el éxito del *Rocamboles*. En volumen aparecerán, entre 1863 y 1875, ocho novelas que, a partir de un suceso verídico acaecido durante la Monarquía de Julio, rehacen la historia francesa de todo un siglo (1770-1870), siguiendo los avatares de una sociedad secreta, la de los *Habits noirs*, dedicada a proporcionar a la justicia pruebas para que condene a un inocente por las

fechorías que esa sociedad ha cometido. La sucesión de aventuras tiene en el misterioso coronel Bozzo-Corona un genio del mal que, con el mismo nombre de generación en generación, adopta distintos disfraces y se rodea de personajes recurrentes que tratan de dejar al descubierto la maldad oculta: «La oscuridad es en el siglo XIX una envoltura que recubre todos los poderes y todas las noblezas, todas las ambiciones y todas las opulencias, todas las conquistas, todos los éxitos, todas las glorias». En medio de una dispersión de episodios que debe mucho, sobre todo en su primera parte, al *Conde de Montecristo*, surge una galería de personajes notables que abarcan todos los estamentos sociales; las intrigas de crímenes de este folletón social y policial se resuelven, en más de un caso, mediante un sistema de indagación y pesquisa que interesará a Gaston Leroux.

El tercer y último de los grandes folletinistas, Ponson du Terrail, consigue crear, a través de un ciclo de ocho novelas que empieza a publicar en el periódico *La Patrie* en 1857, todo un mundo de aventuras, también para aprovechar la estela del éxito de *Los misterios de París*. El ciclo, titulado genéricamente *Les Dramas de Paris*, da vida a un personaje que, a partir de *Hazañas de Rocambole*, la tercera novela de esos *Dramas de París*, protagoniza aventuras criminales dirigidas por un genio del mal, Sir Williams, de quien Rocambole, que termina yendo a parar a presidio, llegará a ser lugarteniente tras una larga carrera de crímenes. El éxito de la serie obligó a su autor, que cansado del personaje¹² lo había matado, a resucitarlo debido a las protestas de los lectores, y a iniciar nuevas aventuras en las que, a partir de 1865, con *La resurrección de Rocambole*, este se transforma en defensor del bien y paladín de la inocencia; y así seguirá vivo en su nuevo papel hasta la muerte de su autor, en 1871. Una multitud de aventuras secundarias, protagonizadas por el «hombre de las mil caras», dada su habilidad para el disfraz y los cambios de identidad, hacen de la serie, si no una novela policial al uso, al menos un sistema de relatos que contienen en la práctica muchos de los ingredientes que van a caracterizar en adelante al género.

Después de superar la «novela judicial» —nombre que llevó durante buena parte del siglo, y que amparó las obras de Émile Gaboriau—, el campo estaba

abonado para el nacimiento de la novela policial como tal a partir de la traducción por Baudelaire de los relatos de Poe, de su caballero Dupin, y de los personajes que han venido protagonizando los folletones y sus crímenes. La paternidad del género en la literatura francesa se remite a la aparición de un investigador aficionado, el tío Tabaret, en la novela *El caso Lerouge* (1865) de Gaboriau; esa figura deriva enseguida en Monsieur Lecoq, comisario que sigue los métodos de su maestro Tabaret, no sin que este le reproche sus infidelidades al sistema que le ha enseñado y, de manera especial, al axioma de toda investigación: «Desconfiar de la verosimilitud». De personaje secundario en *El caso Lerouge*, Lecoq pasó a ser protagonista de cuatro novelas (*El crimen de Orcival*, *El Expediente nº 113*, *Los esclavos de París*, y, por último, *Monsieur Lecoq*)¹³, aparecidas entre 1866 y 1868. Gaboriau da forma en el personaje a todo un tipo de inspector-detective que enfrenta los casos mediante la deducción lógica y los métodos inductivos de su maestro Tabaret: bajo disfraz en muchas ocasiones, analiza sobre todo los detalles y las nimiedades de la investigación para llegar a la resolución de los crímenes; desde el primer momento, Lecoq sigue los principios indagatorios de Poe, recurriendo en sus análisis a datos lo más científicos posibles — incluida la toxicología—, y marcando unas tácticas de trabajo que Conan Doyle reconocerá como inspiradoras de los análisis de su detective Sherlock Holmes, que nace veinticinco años después; en su conjunto, Gaboriau expone y da cuenta de la penosa situación del sistema carcelario, y mezcla dos géneros, el policial y el judicial, práctica común en sus predecesores y en sus seguidores.

En la encrucijada de los dos siglos aparecen dos nuevos tipos de detectives. El primero, Joseph Rouletabille, nace de la pluma de Gaston Leroux (1868-1927), célebre sobre todo por *El fantasma de la Ópera*, novela en la que no figura ese joven reportero que, con su axioma de seguir de forma tajante los pasos que le prescribe el raciocinio, protagoniza ocho novelas aparecidas entre 1908 y 1923, en las que el periodista consigue ir siempre por delante de los policías más avezados. En la primera novela de la serie, *El misterio del cuarto amarillo* (1907), Rouletabille se adapta a un subtipo de relato: «el enigma en habitación cerrada». El cambio de siglo parece haber modificado

la estirpe de los detectives: Rouletabille tiene dieciséis años y trabaja como periodista a tiempo completo en reportajes que lo llevan al descubrimiento de las intrigas criminales; dos años más tarde, en *La aguja hueca* Maurice Leblanc encarga las investigaciones contra Arsène Lupin a Isidore Beautrelet, un alumno de retórica y colaborador del *Journal de Rouen*. Hay otro hecho nuevo: en las novelas de Leroux, al lado de sus notas poéticas, a la acción se incorporan los avances científicos de fin de siglo; Gaboriau ya había integrado la fotografía a la investigación en *El caso Lerouge*; los nuevos policías no dudan en utilizar análisis químicos, recurren a autopsias firmadas por los forenses y tienen en cuenta el perfil psicológico del criminal tras un examen psiquiátrico.

Leroux sigue esos pasos: la trama de *El misterio del cuarto amarillo* transcurre en 1892, pero el novelista la escribe quince años más tarde, y aprovecha varios hallazgos, los rayos X del físico alemán Röntgen, la radiotelefonía de Marconi, el radio de Pierre y Marie Curie..., para presentarlos en estado de investigación, porque hace de su personaje, el profesor Stangerson, un precursor de la radiografía, cuyo elemento químico, el radio, no descubrirían los Curie hasta 1898. En ese cuarto amarillo, colindante con el estudio del padre de Mathilde Stangerson, a quien han robado el fruto de sus investigaciones científicas, se producen hechos que carecen de explicación: en el capítulo XV, el asesino desaparece ante los ojos del reportero por una galería gracias a un extraño fenómeno que «hasta nueva orden y natural explicación me parece que debe probar mejor que todas las teorías del profesor Stangerson “la disociación de la materia”, diría incluso la disociación “instantánea” de la materia», tema que será explicado en el siguiente capítulo.

A partir de ahora, el motivo real de la ficción ya no es tanto la revelación de los hechos criminales ocurridos, sino la forma en que el protagonista desenmaraña el misterio, un enigma que tiene mucho de dramático, colocado como está dentro del espacio cerrado de una habitación. Los razonamientos de Rouletabille resultan un juego de prestidigitación ante un crimen en principio «sobrenatural». Y prestidigitación será la palabra clave del comportamiento de Arsène Lupin, creado por Leblanc tres años antes. Ambos

autores y personajes (Leroux y Leblanc, Rouletabille y Lupin) deben mucho a Sherlock Holmes, según confesión de ambos; cuando *L'Illustration* le encargó esa primera novela a Leroux, «me propuse hacer, desde el punto de vista del misterio, mejor que Conan Doyle, y más completo que Poe. Acepté plantear el mismo problema: un asesinato ha sido cometido en un cuarto herméticamente cerrado; lo abren, todas las huellas del asesinato están ahí; pero el asesino ha desaparecido». Y Maurice Leblanc, que se inspiró en Raffles, un criminal elegante creado en 1889 por el yerno de Conan Doyle, W. E. Hornung (1866-1921), llevará la situación al extremo haciendo que los dos personajes se encuentren en *Arsène Lupin contre Herlock Sholmès* (1914)¹⁴.

Poe y Conan Doyle hacen trampa, según Leroux, porque el cuarto no está absolutamente cerrado en *El crimen de la calle Morgue*: por la chimenea se ha colado un mono. «Yo me empeñé en no hacer trampas. *El cuarto estaría cerrado como una caja fuerte*, ¡y nada de doble fondo! ¡Ninguna salida!», de él no podría entrar ni salir ni una mosca, como observa Sinclair, amigo de Rouletabille y el encargado de narrar la historia. Además de confesar esas paternidades, Leroux no duda en reutilizar elementos de *Estudio en escarlata*, como una especie de homenaje a Doyle; desde los nombres de Rance y Stangerson al yeso amarillo en el cuarto, a la mano sangrante sobre la pared, al gato de la Mère Agenoux que remite al horrible perro de los Baskerville, etc., hasta el punto de que Rouletabille reprocha irónicamente al inspector Larsan que lo acompaña que ha leído demasiado a Conan Doyle, como «esos agentes de la Sûreté imaginados por los novelistas modernos, agentes que han aprendido su método en la lectura de las novelas de Edgar Allan Poe o de Conan Doyle». No deja de ser una constante esa remisión a personajes anteriores; Watson no tiene reparo en acordarse del caballero Dupin o del inspector Lecoq; este recurso irónico de distanciamiento no solo reconoce paternidades, sino que sitúa al referente en la ficción y afirma a los personajes propios como reales, verosímiles en comparación con los anteriores, enviados al sarcófago de lo literario. Pero a partir de ahí, y de ese homenaje o distanciamiento ficticio, Leroux da una vuelta de tuerca a la propuesta de sus predecesores: Rouletabille no hará trampas, el asesino no estaba dentro del

cuarto; o, mejor dicho, también las hará, pero de otra de otra manera, para mantener la tensión del lector.

De hecho, Leroux aporta a la novela una sección nueva, sobre todo en *El misterio del cuarto amarillo* y en su continuación, *El perfume de la dama de negro* (1908): no se trata solo de una obra maestra de la novela policial¹⁵, sino de una «novela de enigma» en la que cruza ese género con otros, con la novela popular, con el folletón, y se acerca al subgénero narrativo, recogiendo la herencia de Sue de *Los misterios de París*: de ahí su recurso a ingredientes de dramas y melodramas, de lo fantástico, de lo sobrenatural. Envuelve en estos elementos el análisis deductivo para resolver el enigma planteado utilizando un sistema: el aquilatamiento de múltiples variaciones posibles sobre los datos que la investigación va manifestando, y que no deja de ser, además, ironía y humor sobre el realismo de las observaciones¹⁶. La socarronería de la flema británica de Sherlock Holmes se convierte en Rouletabille en travesura, en una picardía que desconcierta al interlocutor del protagonista con un lenguaje que se rebaja al registro familiar y vulgar, o se eleva a alturas poéticas, o forma galimatías absurdos sin sentido inmediato que no dejaron de agradar a los surrealistas.

Con Maurice Leblanc, la novela policial da un giro para situarse al otro lado del espejo: su malhechor no alcanza la categoría de perversión. Arsène Lupin es un virtuoso de la mistificación, un caballero del crimen, el maleante de las mil metamorfosis, los mil nombres y los mil disfraces; este «Cyrano del hampa», como lo calificó Jean-Paul Sartre, encarna a un ladrón de guante blanco, a un facineroso «bienhechor», que ayuda a los comisarios a desentrañar el misterio de los crímenes con la sorna propia de quien está por encima del aparato policial. En julio de 1905, Leblanc publica *El arresto de Arsène Lupin* en la revista *Je sais tout*, dando vida a ese caballero ladrón que protagoniza hasta 1941, fecha de la muerte de su autor, diecisiete novelas, treinta y nueve relatos y cinco piezas teatrales. Dos años después, en 1907, Leblanc recoge ocho relatos más de los publicados en la misma revista con idéntico héroe en el volumen *Arsène Lupin, caballero ladrón*; a diferencia de los anteriores detectives o criminales, Arsène Lupin, nacido en 1874, personaje mundano descrito con los tintes anarquizantes de la Belle Époque,

ha recibido una educación esmerada, ha seguido estudios de Medicina y Derecho, es políglota, profesor de gimnasia, esgrima y boxeo, actor, entendido en bellas artes, etc., según las biografías que varios especialistas han tratado de reconstruir rastreando el conjunto narrativo de Leblanc. Con el paso del tiempo, sobre todo después de la Primera Guerra Mundial, el novelista rebaja su carácter malvado e irónicamente lo sitúa como defensor del bien público, sin que por ello mengüe su burla de la incompetencia policial —el positivismo ineficiente del inspector Ganimard— ante casos cuya resolución no es más que un juego de niños para Lupin.

El personaje tiene, desde luego, antecedentes literarios, desde los aventureros que se enriquecen de Alexandre Dumas a los protagonistas de Conan Doyle. E incluso tiene detrás un personaje real, Marius Jacob (1879-1954), que durante la Belle Époque dirigió la banda de los «Trabajadores de la noche»: ese grupo de ladrones con efracción tenía prohibido el derramamiento de sangre en sus «trabajos» y solo utilizaba como blanco individuos o domicilios pertenecientes a las profesiones que defendían el orden social, jueces, militares, el clero... Una parte de los botines conseguidos se destinaban a organizaciones anarquistas y a camaradas en apuros. Jacob amplió su campo de operaciones más allá de las fronteras francesas: planeó robos en distintos países de Europa, y, entre estos, el de la estatua de Santiago de la catedral compostelana¹⁷. Arrestado en 1903 y condenado a cadena perpetua en Cayena, será puesto en libertad tras dieciocho años de presidio. Ingenioso en sus operaciones, en ocasiones dejaba en los edificios objeto de sus robos —desde casas particulares a catedrales— notas humorísticas que firmaba con el seudónimo de Atila.

Leblanc siempre negó este referente de Jacob, seguro sin embargo para los investigadores de Arsène Lupin, de la misma forma que negó conocer en aquella época la existencia de Conan Doyle; pero los datos confirman lo contrario, pues fue el editor Pierre Lafitte quien, ante el éxito del detective inglés, le pidió «algo parecido a lo que en el *Strand Magazine* había conseguido tan gran éxito gracias a Sherlock Holmes». Leblanc solo admitió, además de una influencia determinante de Poe, sus lecturas juveniles, entre las que figuran autores que van de Fenimore Cooper a Gaboriau, pasando por

Balzac, «cuyo *Vautrin* me impresionó mucho». Lupin interpreta y resuelve misterios o incluso asuntos políticos contemporáneos, como los casos de corrupción que acompañaron la construcción del canal de Panamá, con un considerable número de políticos e industriales franceses implicados durante la Tercera República por haber dilapidado los ahorros de cientos de miles de pequeños inversores (*El tapón de cristal*); o el caso conocido como «la herencia Crawford»: Frédéric Humbert, hijo del ministro de Justicia en 1882, y su esposa Thérèse, consiguieron embaucar durante veinte años a bancos y particulares del mayor nivel económico con el señuelo de una supuesta herencia de un multimillonario americano (*La caja de caudales de la señora Imbert*); pero también se vuelve hacia el pasado para resolver incógnitas históricas como *El collar de la reina*, que, destinado a la reina María Antonieta, tiene por propietaria a la condesa de Dreux-Soubisse, y que le desaparece de la noche a la mañana: el misterio terminará siendo descifrado por un Arsène Lupin que en ese momento solo cuenta seis años de edad; o *La condesa de Cagliostro*, supuesta descendiente del aventurero italiano Joseph Balsamo, conde de Cagliostro (1743-1795); esta mujer, traidora y asesina, habría aprovechado el secreto de la larga vida de su antepasado para alcanzar los ciento seis años de edad; la trama relaciona a Lupin con la condesa y resuelve los cuatro enigmas que el conde habría dejado escritos en un espejo de la celda de la fortaleza de San Leo, condenado por la Inquisición a muerte, pena conmutada luego por la cárcel a perpetuidad. Leblanc da una vuelta de tuerca en este relato a un personaje y a una historia que ya había interesado a Dumas —*Joseph Balsamo, El collar de la reina, La condesa de Charny*—, a Gérard de Nerval, a Thomas Carlyle, a Goethe y a Schiller, a Tolstói, y cuya historia ya se había llevado a la pantalla cinematográfica en 1910 y en 1918, antes de que Leblanc publicara en 1924 su relato.

Entre 1920 y 1940 se produce la conocida como *Âge d'or* de la ficción policiaca, con autores como Agatha Christie, Dorothy Sayers, G. K. Chesterton, John Dickson Carr, Ellery Queen, Rex Stout, Raymond Chandler,

Dashiell Hammett, por solo citar a los escritores de lengua inglesa más conocidos con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial. Varios de esos autores utilizan el género para dar cuenta de la realidad de su país, sobre todo los norteamericanos. Hammett, por ejemplo, traza un mapa de la corrupción política y policiaca, del gansterismo, de la época de la prohibición del alcohol, etc. Esa «edad de oro» del *whodunit*, variante anglosajona de la novela de enigma, clausura por un lado el tipo de detectives y policías que, aproximadamente hasta entonces, había florecido en la narrativa francesa, más inclinada a la novela de suspense. A partir de esas décadas, también se produce un vuelco en el terreno galo, con una inclinación decidida a la novela negra: Jean Amila, Léo Malet, André Hélène, etc., inauguran una etapa distinta y posterior a la que, en *Crímenes a la francesa*, recogemos.

Esta antología de relatos que podríamos calificar de criminales, detectivescos, policiacos, de suspense, de enigma y misterio, etc., abarca prácticamente algo más de un siglo, sin pretensiones, como es lógico, de exhaustividad, dado el volumen de publicaciones que aparecieron durante el siglo gracias al desarrollo de la prensa y del libro. Arranca con un texto de 1807, la *Carta desde Calabria* de Paul-Louis Courier, para concluir en el «último representante» del género tal como se practicó, con ciertas evoluciones, durante el siglo XIX: Maurice Leblanc, justo antes de que en las décadas citadas, a partir de 1920, se imponga la novela negra. He seleccionado, junto a los grandes nombres, de Mérimée a Balzac, de Dumas y Maupassant a Gaboriau, de Apollinaire a Gaston Leroux, a unos escritores que, calificados de menores y apenas traducidos al castellano, van cayendo en el olvido: pero narradores como Richepin o Lermine, como Allais o Charles-Louis Philippe, aportan al género judicial y policial de la época percepciones no solo personales, sino una visión diferenciada sobre las costumbres de fin de siglo y la Belle Époque, sobre la vida cotidiana de París especialmente, mostrando la forma en que la evolución de la ciencia detectivesca se adecua al mundo del hampa para descubrir ingeniosamente la verdad, y devolver a los malhechores al mundo del orden, que tanto el detective como el policía representan¹⁸.

¹ La carta de remisión de pena data de enero de 1456, cuando Villon tiene «veintiséis años, aproximadamente». (*Todas las notas son del traductor*).

² En *Los miserables*, Victor Hugo ofrece una visión muy poco histórica de la mayor «corte de los milagros» de París, el feudo de Albi: lo sitúa a finales del siglo xv, cuando, de hecho, las «cortes» como tales nacieron al filo de la centuria siguiente.

³ Esta asociación secreta católica, que vigiló con severidad las costumbres de los parisinos, se ensañó con mendigos, vagabundos y prostitutas recluyéndolos en el Hospital General; a pesar de su nombre, no tenía ninguna función médica (los enfermos de cualquier tipo iban a parar al Hôtel Dieu, sobre todo); aunque su intención falsamente declarada era retirarlos de las calles, darles trabajo y «salvar sus almas», el Hospital General no tardó en convertirse en prisión forzosa; de hecho, fue un sistema de penalización de la pobreza que pronto se extendió por Europa, España incluida (Michel Foucault, *Histoire de la folie à l'âge classique*, 1964, y *Surveiller et punir. Naissance de la prison*, 1975; de ambos títulos hay traducción española en Fondo de Cultura Económica y Siglo XXI respectivamente). Esa Compañía del Santo Sacramento, protegida por la reina madre Ana de Austria en los inicios del reinado de Luis XIV, se convirtió en blanco de los ataques de Molière en *El Tartufo*. Sobre esa Compañía y el papel que jugó en la prohibición del *Tartufo* puede verse mi prólogo a la edición de esta pieza (Espasa, 1994).

⁴ Louis Dominique Garthausen (1693-1721), llamado Cartouche y también Bourguignon, asoló París al frente de su banda durante la regencia de Felipe de Orleans. Delatado por Gruthus du Châtelet, uno de sus lugartenientes, fue apresado el 14 de octubre de 1721; su personalidad causó sensación en París durante dos semanas: en la mazmorra fue visitado por el Regente, por las primeras damas de la corte y por los cómicos de la Comédie-Française, que iban a interpretar su vida en los escenarios; el 27 de noviembre fue ejecutado en la rueda en la Place de Grève; el tormento no había servido para que confesase nada; pese a ello, se apresó a trescientas cincuenta personas relacionadas con él el 14 de octubre de 1721; entre ellas, personal del séquito de Louise-Élisabeth, Mademoiselle de Montpensier, hija del Regente, nieta de Luis XIV, princesa de Asturias y reina consorte de España; casada con doce años, por las combinaciones políticas de los Borbones franceses y

españoles, con el efímero heredero del trono; con un trastorno límite de la personalidad, la joven, que también padecía bulimia, vio morir enseguida de viruela a su esposo, Luis I, a los diecisiete años de edad, tras siete meses y dieciséis días de reinado (del 5 de enero al 31 de agosto de 1724). Parte de este episodio constituye el núcleo de la novela de Chantal Thomas *L'Échange des princesses* (2013), adaptada al cine por el también novelista Marc Dugain en 2017.

5 Desde Alexandre Dumas (*Chroniques de la Régence*, 1849) a Gaston Leroux (*La Double vie de Théophraste Longuet*, 1903), pasando por Marcel Schwob (*La leyenda de los mendigos*. «La banda de Cartouche. La última noche», 1891), o varios filmes, entre los que sobresale *Cartouche* (1962), de Philippe de Broca, con Jean-Paul Belmondo y Claudia Cardinale como principales intérpretes.

6 *El cuerpo del delito. Antología de relatos policíacos clásicos*, de J. A. Molina Foix, pág. 11 de su prólogo (Ediciones Siruela, 2015). *Zadig o el destino* puede verse en mi edición de los *Cuentos completos* de Voltaire (Ediciones Siruela, 2015).

7 Eugène-François Vidocq, *Mis memorias*, epílogo y traducción de David Cauquil (Editorial Libros del Silencio, 2012).

8 Vautrin reaparece, aunque no con el importante papel que desempeña en esos dos títulos, en novelas como *El tío Goriot* o *El diputado de Arcis*, además de protagonizar una obra de teatro que Balzac estrenó el 14 de marzo de 1840 con el título de *Vautrin*; Frédéric Lemaître (1800-1876), gran actor de la época especializado en melodramas de crímenes y en protagonistas de carácter terrible (el Ruy Blas de Victor Hugo, el Kean de Dumas, el Hamlet de Shakespeare), se caracterizó para parecerse a Vidocq; pero en el rostro del personaje se vio además una réplica del rey Luis Felipe, por lo que la pieza fue prohibida al día siguiente del estreno. Después, ha subido a las tablas varias veces en los siglos xx y xxi.

9 Encargadas por la televisión francesa a directores de prestigio como Claude Chabrol o Juan Luis Buñuel, que llegó a firmar tres entre 1979 y 1992.

10 Además de dos textos paródicos que no se incluyen en el canon, a los que hay que sumar tres obras de teatro.

11 En carta a Prosper Goubaux (1795-1859), colaborador en varias obras de teatro tanto de Sue como de Alexandre Dumas.

12 Más tarde, también Conan Doyle se cansará de su investigador, al que tendrá que resucitar en «La casa deshabitada» (*El regreso de Sherlock Holmes*, 1903-1904), tras una «muerte» ocurrida en lucha con el profesor Moriarty en las cataratas suizas de Reichenbach, según relata «El problema final» (*Las memorias de Sherlock Holmes*).

13 En español hay edición reciente de *El crimen de Orcival*, trad. de Eva María González Pardo (Editorial d'Época, 2015); y de *El expediente 113*, trad. de Rocío Agudo (Editorial Signo, 2002).

14 La idea de ese encuentro, con sus nombres, llegó a oídos de Conan Doyle; ante las

protestas por el uso del detective inglés, Leblanc se limitó a intercambiar las iniciales de nombre y apellido.

15 Lo reconoce Agatha Christie a través de su detective Hércules Poirot en *Los relojes* (1963): «Un verdadero clásico que me satisface por completo. Con qué lógica se lleva. Recuerdo haber leído críticas diciendo que se olía el procedimiento. Pero es falso, querido, totalmente falso [...] no, a todo lo largo de la intriga la verdad está ahí, subyacente, embozada en palabras pertinentes. Cuando los tres hombres se encuentran en el cruce de los tres corredores, se debería haber comprendido todo... una verdadera obra maestra».

16 Desde el título de la saga, *Las aventuras extraordinarias de Joseph Rouletabille*, que no deja de recordar *Viajes extraordinarios* de Jules Verne, y cuyo personaje Phileas Fogg (*La vuelta al mundo en ochenta días*) da la impresión de servir de pauta a Rouletabille. Al final, este decide cruzar el Atlántico durante dos meses y medio para reaparecer justo en el momento en que va a iniciarse el proceso del crimen. Para Leroux, la novela policiaca era un subconjunto de la novela de aventuras.

17 No será esta su única relación con España: Jacob participó en la campaña internacional para impedir que el anarquista español Buenaventura Durruti, detenido en 1926 en Francia, fuera extraditado; durante la guerra civil, apoyó en 1939, en Barcelona, a la confederación anarquista CNT, pero no tardó en regresar a Francia convencido de que la división entre sus miembros y sus enfrentamientos con secciones de la FAI cegaban cualquier posibilidad de futuro político. Durante la Segunda Guerra Mundial, Jacob fue de los pocos anarquistas (sobre todo, un grupo de españoles exiliados) que participaron en la Resistencia. Entre las biografías que se han dedicado a este interesante personaje, las más recientes se deben a Jean-Marc Delpech: *Alexandre Jacob, l'honnête cambrioleur. Portrait d'un anarchiste (1879-1954)*, 2008; y *Voleur et anarchiste. Alexandre Marius Jacob*, 2015.

18 Al final del libro (pág. 329) se incluyen las biografías sumarias de los autores seleccionados, en alguna medida desconocidos para el lector español.

CRÍMENES A LA FRANCESA

Una antología

PAUL-LOUIS COURIER

CARTA DESDE CALABRIA

A Madame Pigalle¹⁹,
en Lille

Resina, cerca de Portici, 1 de noviembre de 1807²⁰

Sus cartas son escasas, querida prima; hace bien, porque me acostumbraría y no podría pasarme sin ellas. De veras, estoy furioso: sus cumplidos no me calman. ¡Desde hace tres años solo me ha escrito dos veces! En verdad, querida Sophie... Pero ¿cómo?, si la riño, no me escribirá usted más. La perdono, por tanto, temiendo lo peor.

Sí, desde luego le contaré mis aventuras buenas y malas, tristes y alegres, porque me ocurren de unas y de otras. *Dejémonos hacer*, prima, *se os darán de todas clases*. Es un verso de La Fontaine; pregúntele a Voisard. Dios mío, va a decirme usted, ya hemos leído a La Fontaine, sabemos lo que es el Cura y el Muerto²¹. Bueno, perdón. Así pues, iba diciendo que mis aventuras son diversas, pero todas ellas curiosas, interesantes; agradaoá oírías, e imagino que todavía más contarlas. Es una experiencia que haremos algún día al amor de la lumbre. Hay suficiente para todo un invierno. Tengo con qué entretenerla, y por consiguiente agradaoarla, sin vanidad, todo ese tiempo; con qué enternecerla, hacerla reír, darle miedo, hacerla dormir. Pero, en cuanto a escribirle todo, ¡ah!, de verdad, está usted de broma. La señora Radcliffe²² no bastaría. Sin embargo, sé que no le gusta que le nieguen nada; y como soy complaciente a pesar de lo que digan, aquí tiene, mientras tanto, una primera

muestra de mi historia; pero es negra, tenga cuidado. No lea esto al acostarse, porque soñaría con ello, y por nada del mundo quisiera haberle provocado una pesadilla.

Viajaba yo cierto día por Calabria. Es un país de gente malvada que, en mi opinión, no quieren a nadie y odian sobre todo a los franceses. Sería demasiado largo decirle por qué; basta con que nos odian a muerte, y que uno pasa muy mal el tiempo cuando cae en sus manos. Tenía por compañero a un joven de una cara... palabra, como ese señor que vimos en Le Raincy²³; ¿se acuerda?, y quizá todavía mejor. No digo esto para interesarla, sino porque es la verdad. En esas montañas los caminos son precipicios, nuestros caballos marchaban con mucho esfuerzo; a mi compañero, que iba delante, un camino le pareció más practicable y más corto y nos perdimos. Ocurrió por culpa mía; debía confiar en mi cabeza de veinte años. Mientras fue de día, buscamos nuestro camino a través de los bosques; pero cuanto más buscábamos, más nos perdíamos, y era noche cerrada cuando llegamos cerca de una casa muy negra. Entramos, no sin recelo, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? Allí encontramos a toda una familia de carboneros sentada a la mesa, a la que nos invitaron desde la primera palabra. Mi joven amigo no se hizo de rogar: y ahí nos tiene comiendo y bebiendo, él por lo menos, pues yo me dedicaba a examinar el lugar y el aspecto de nuestros anfitriones. Nuestros anfitriones tenían desde luego caras de carboneros; pero la casa... usted la habría tomado por un arsenal. No había más que escopetas, pistolas, sables, cuchillos, machetes. Todo me desagradó, y enseguida vi que yo también desagradaba. Mi compañero, en cambio, era de la familia, reía, hablaba con ellos; y por una imprudencia que yo habría debido prever (pero, ¡cómo!, si estaba escrito...), dijo desde el primer momento de dónde veníamos, adónde íbamos, quiénes éramos; ¡unos franceses, imagínese!, en casa de nuestros más mortales enemigos, solos, extraviados, tan lejos de todo socorro humano! Y además, para no omitir nada de lo que podía perdernos, se las dio de rico, prometió a aquella gente lo que quisieron por el gasto y por nuestros guías del día siguiente. Habló por último de su valija, rogando encarecidamente que tuvieran mucho cuidado de ella, que se la pusieran en la cabecera de la cama; no quería, según dijo, otra almohada. ¡Ah, juventud,

juventud, qué de lamentar es vuestra edad! Creyeron, prima, que llevábamos los diamantes de la corona; y lo que había en aquella valija que tanto le preocupaba eran las cartas de su amante.

Acabada la cena, nos dejaron; nuestros anfitriones se acostaban abajo, nosotros en la cámara de arriba donde habíamos cenado; un camaranchón elevado de siete a ocho pies²⁴, al que se subía por una escala, era el lecho que nos aguardaba, especie de nido en el que uno se metía arrastrándose por debajo de unas vigas cargadas de provisiones para todo el año. Mi compañero trepó hasta él solo, y se durmió en el acto, con la cabeza sobre su preciosa valija. Yo, decidido a permanecer en vela, hice un buen fuego y me senté al lado. La noche había pasado ya casi entera bastante sosegada y empezaba a tranquilizarme cuando, hacia la hora en que me parecía que el amanecer no podía estar lejos, oí debajo de mí a nuestro anfitrión y a su mujer hablar y discutir; y, prestando oído por la chimenea que comunicaba con la de abajo, distinguí perfectamente estas palabras del marido: *Bueno, bien, ¿hay que matar los dos?* A lo que la mujer respondió: *Sí. Y ya no oí más.*

¿Qué puedo decirle? Me quedé sin apenas respiración, con todo mi cuerpo frío como el mármol; de haberme visto, no hubiera sabido usted si estaba muerto o vivo. ¡Dios mío, cuando todavía lo pienso!... ¡Nosotros dos, casi sin armas, contra doce o quince de ellos, que tenían tantas! ¡Y mi compañero, muerto de sueño y de fatiga! Llamarlo, hacer ruido..., no me atrevía; escaparme solo..., no podía; la ventana no estaba muy alta, pero abajo dos grandes dogos aullaban como lobos... Imagine, si puede, la angustia en que me hallaba. Al cabo de un cuarto de hora, que se hizo largo, oí en la escalera a alguien, y por las rendijas de la puerta vi al padre, con su lámpara en una mano y en la otra uno de sus grandes cuchillos. Subía, y su mujer con él; yo, detrás de la puerta; él abrió, pero antes de entrar dejó la lámpara que su mujer fue a recoger; luego, entró él descalzo, y ella desde fuera le decía en voz baja, ocultando con sus dedos el exceso de luz de la lámpara: *Despacio, ve despacio.* Cuando estuvo en la escala, sube, con el cuchillo en los dientes, y, llegado a la altura del camaranchón, con aquel pobre joven tendido ofreciéndole su pecho descubierto, coge con una mano su cuchillo y con la otra... ¡Ah, prima! Coge un jamón que colgaba del techo, corta una loncha y

se retira como había venido. Vuelve a cerrarse la puerta, la lámpara se va, y yo me quedo a solas con mis reflexiones.

Cuando se hizo de día, toda la familia, haciendo ruido, vino a despertarnos, como les habíamos pedido. Trajeron de comer; sirvieron un almuerzo estupendo, muy bueno, se lo aseguro. Dos capones formaban parte de él, uno de ellos, según dijo nuestra anfitriona, era para llevar y el otro para comer. Al verlos comprendí por fin el sentido de aquellas palabras terribles: *¿hay que matar los dos?* Y creo, prima, que tiene usted suficiente penetración para adivinar ahora lo que significaban.

Hágame un favor, prima: no cuente esta historia. En primer lugar, como ve, no hago en ella un bonito papel, y, luego, porque usted me la echaría a perder. Mire, no la halago: sería su cara la que estropearía el efecto del relato. Yo, sin jactancia, tengo el aspecto que hay que tener para los cuentos que dan miedo. Pero usted, si quiere contar, elija temas que vayan con su aspecto, con Psique²⁵, por ejemplo.

¹⁹ Courier envía la carta a Sophie Pigalle, casada con uno de sus primos, administrador general de transportes militares.

²⁰ Portici, situada a 6 km al suroeste de Nápoles, era una de las bases del Ejército de Italia con la que Napoleón quiso reafirmar el poder del nuevo rey de Nápoles, José de Bonaparte.

²¹ *Fábulas*, VIII, 11. «El cura y el muerto». La Fontaine se basa en un suceso de la época; el conde François de Boufflers, teniente general del Gobierno de la Île-de-France, murió a raíz de un duelo el 14 de febrero de 1672, a los veintiocho años de edad; según una carta de Mme. de Sévigné del 9 de marzo de 1672, mató a un hombre después de su muerte: «estaba en su ataúd y en la carroza fúnebre, y lo llevaban a una legua de Boufflers para enterrarlo», con el cura al lado de la carroza, que volcó cortando el cuello del cura. La fábula de tono burlesco fustiga las costumbres depravadas del clero: el cura está dispuesto a recitar toda clase de oraciones, salmos y versículos penitenciaros porque, con el dinero que cobre por

ello, podrá satisfacer otras ambiciones nada religiosas.

²² Alusión a Ann Radcliffe (1764-1823), novelista británica, una de las primeras autoras de narraciones góticas, conocida sobre todo por novelas negras como *El italiano, o El confesional de los penitentes negros* (1797), *El siciliano* (1790) y, especialmente, *Los misterios de Udolfo* (1794). Influyó en las primeras novelas de la juventud de Balzac y, sobre todo, en el movimiento romántico.

²³ Población de los alrededores de París.

²⁴ El pie fue una antigua medida de longitud correspondiente a la longitud de un pie humano; en Francia, equivalía a poco más de 30 centímetros; el pie español medía 27,8 cm.

²⁵ En la mitología griega, Cupido, enamorado de Psique, la lleva a un palacio encantado, prometiéndole dicha eterna siempre que no tratase de ver nunca el rostro de su amante. Una noche, Psique contempla dormido a Cupido, quien despierta por una gota de aceite que cae de la lámpara de la joven: el hechizo se rompe, los encantamientos desaparecen.

PROSPER MÉRIMÉE

MATEO FALCONE

Al salir de Porto-Vecchio²⁶ y dirigirse hacia el noroeste, hacia el interior de la isla, vemos que el terreno se eleva rápidamente y, después de tres horas de marcha por senderos tortuosos, obstruidos por grandes trozos de rocas y cortados a veces por barrancos, nos encontramos al borde de un *maquis*²⁷ muy extenso. El monte bajo es la patria de los pastores corsos y de todo el que se ha enemistado con la justicia. Es preciso saber que el labrador corso, para ahorrarse el esfuerzo de abonar su campo, pega fuego a cierta extensión de bosque: tanto peor si las llamas se propagan más allá de lo necesario; pase lo que pase, están seguros de conseguir una buena cosecha sembrando en esa tierra fertilizada por las cenizas de los árboles que tenía. Una vez cortadas las espigas, porque dejan la paja, que costaría trabajo recoger, las raíces que han quedado en tierra sin consumirse hacen brotar la primavera siguiente esas matas muy espesas que, en pocos años, llegan a una altura de siete u ocho pies. A esa clase de monte bajo tupido se le llama *maquis*. La forman distintas especies de árboles y arbustos, mezcladas y confundidas a la buena de Dios. Solo con el hacha en la mano podría abrirse paso por él un hombre, y se ven *maquis* tan espesos y frondosos que ni los mismos muflones pueden penetrar en ellos.

Si habéis matado a un hombre, id al *maquis* de Porto-Vecchio y allí viviréis a salvo, con un buen trabuco, pólvora y balas; no olvidéis un capote oscuro provisto de capucha, que sirve de colcha y de colchón. Los pastores os dan leche, queso y castañas, y no tendréis nada que temer de la justicia o de los

parientes del muerto, salvo cuando hayáis de bajar al pueblo para renovar vuestras municiones.

Cuando yo estaba en Córcega en 18..., Mateo Falcone tenía su casa a media legua de ese *maquis*. Era un hombre bastante rico para la región; vivía noblemente, es decir, sin hacer nada, del producto de sus rebaños, que unos pastores, especie de nómadas, llevaban a pastar de acá para allá por las montañas. Cuando yo lo vi, dos años después del suceso que voy a contar, me pareció de cincuenta años a lo sumo. Imagine usted un hombre de pequeña estatura, pero robusto, de cabellos rizados, negros como el jade, nariz aguileña, labios finos, ojos grandes y vivos, y una tez del color de las vueltas de una bota. Su habilidad con el trabuco pasaba por extraordinaria, incluso en esa tierra, donde hay tantos buenos tiradores. Mateo, por ejemplo, nunca habría disparado a un muflón con postas; a ciento veinte pasos lo abatía con una bala en la cabeza o en el lomo, a su gusto. De noche se servía de sus armas con la misma facilidad que de día, y de él me han contado este rasgo de pericia que quizá parezca increíble a quien no haya viajado por Córcega: colocaban a ochenta pasos una vela encendida detrás de un papel transparente del tamaño de un plato. Apuntaba, luego apagaban la vela, y al cabo de un minuto, en la más completa oscuridad, disparaba y traspasaba el papel transparente tres veces de cada cuatro.

Con un mérito tan relevante, Mateo Falcone se había ganado una gran reputación. Se le tenía por tan buen amigo como peligroso enemigo; por otra parte, servicial y limosnero, vivía en paz con todo el mundo en el distrito de Porto-Vecchio. Pero de él contaban que en Corte, donde se casó, se había desembarazado con mucha energía de un rival que también pasaba por temible tanto en la guerra como en el amor; al menos se atribuía a Mateo cierto disparo de trabuco que sorprendió a ese rival cuando estaba afeitándose delante de un espejito colgado de su ventana. Acallado el asunto, Mateo contrajo matrimonio. Su mujer, Giuseppa, le había dado primero tres hijas (cosa que lo enfurecía), y por fin un hijo, al que llamó Fortunato: era la esperanza de su familia, el heredero del apellido. Las hijas se habían casado bien: su padre podía contar en caso necesario con los puñales y las escopetas de sus yernos. El hijo solo tenía diez años, pero ya prometía buenas

disposiciones.

Cierto día de otoño, Mateo salió temprano con su mujer para ir a inspeccionar uno de sus rebaños en un claro del *maquis*. El pequeño Fortunato quería acompañarlo, pero el claro estaba demasiado lejos; además, alguien tenía que quedarse para guardar la casa; el padre, por lo tanto, se negó: se verá que no tuvo motivos para arrepentirse.

Se hallaba ausente hacía unas horas, y el pequeño Fortunato estaba tranquilamente tumbado al sol, mirando las montañas azules y pensando que, el domingo siguiente, iría a comer al pueblo, a casa de su tío el *caporal*²⁸, cuando de repente se vio interrumpido en sus meditaciones por la explosión de un arma de fuego. Se levantó y se volvió hacia la llanura de donde partía aquel ruido. Se sucedieron más tiros de trabuco, disparados a intervalos desiguales, y siempre cada vez más cercanos; por fin, en el sendero que llevaba de la llanura a la casa de Mateo, apareció un hombre con un gorro puntiagudo como los que llevan los montañeses, barbudo, cubierto de harapos, y arrastrándose a duras penas apoyado en su trabuco. Acababa de recibir un tiro en el muslo.

Aquel hombre era un *bandido*²⁹: había salido de noche para ir a buscar pólvora al pueblo y en el camino había caído en una emboscada de *voltigeurs*³⁰ corsos. Tras una vigorosa defensa, había tenido que emprender la retirada, enérgicamente perseguido y tiroteado de roca en roca. Pero no había distanciado mucho a los soldados, y su herida lo imposibilitaba para llegar al *maquis* antes de ser atrapado.

Se acerca a Fortunato y le dice:

—¿Eres el hijo de Mateo Falcone?

—Sí.

—Yo soy Gianetto Sanpiero. Y me persiguen los cuellos amarillos³¹. Escóndeme, porque no puedo ir más lejos.

—¿Y qué dirá mi padre si te escondo sin su permiso?

—Dirá que has hecho bien.

—¡Quién sabe!

—Escóndeme de prisa, que vienen.

—Espera a que mi padre haya vuelto.

—¿Que espere? ¡Maldición! Estarán aquí dentro de cinco minutos. Venga, escóndeme, o te mato.

Fortunato le respondió con la mayor sangre fría:

—Tienes el trabuco descargado, y no te quedan cartuchos en la *carchera*³².

—Tengo mi estilete³³.

—¿Pero correrás tan rápido como yo?

Dio un salto, y se puso fuera de su alcance.

—¡No eres hijo de Mateo Falcone! ¿Dejarás que me detengan delante de tu casa?

El muchacho pareció conmovido.

—¿Qué me darás si te escondo? —dijo acercándose.

El bandido hurgó en un bolsillo del cuero que colgaba de su cinturón y sacó una moneda de cinco francos que sin duda había reservado para comprar pólvora. Fortunato sonrió al ver la moneda de plata; la cogió y dijo a Gianetto:

—No temas nada.

Acto seguido abrió un gran agujero en el montón de heno situado junto a la casa. Gianetto se hizo un ovillo dentro, y el muchacho lo tapó de tal modo que le dejaba un poco de aire para respirar, sin que pudiera sospecharse que aquel heno escondía a un hombre. Se le ocurrió, además, un ardid de salvaje bastante ingenioso. Fue a coger una gata y sus crías, y las puso sobre el montón de heno para hacer creer que no se había removido desde hacía un rato. Luego, observando rastros de sangre en el sendero cerca de la casa, los cubrió cuidadosamente con polvo, y, hecho esto, volvió a tumbarse al sol con la mayor tranquilidad.

Pocos minutos después, seis hombres de uniforme pardo y cuello amarillo, y mandados por un brigada, estaban ante la puerta de Mateo. Ese brigada era algo pariente de Falcone. (Es sabido que en Córcega los grados de parentesco llegan mucho más lejos que en otras partes). Se llamaba Tiodoro Gamba: era un hombre activo, al que temían los bandidos porque ya había acorralado a muchos.

—Buenos días, primito —le dijo a Fortunato al abordarle—, ¡cuánto has crecido! ¿Has visto pasar a un hombre hace un rato?

—¡Oh!, todavía no soy tan alto como usted, primo —respondió el niño haciéndose el tonto.

—Ya lo serás. Pero, dime, ¿has visto pasar a un hombre?

—¿Si he visto pasar a un hombre?

—¡Sí, un hombre con un gorro puntiagudo de terciopelo negro, y una chaqueta bordada de rojo y amarillo.

—¿Un hombre con un gorro puntiagudo, y una chaqueta bordada de rojo y amarillo?

—Sí, contesta deprisa y no repitas mis preguntas.

—Esta mañana ha pasado delante de nuestra puerta el señor cura, en su caballo Piero. Me ha preguntado cómo estaba papá, y le he respondido...

—¡Ah!, granujilla, te haces el listo. Dime enseguida por dónde ha pasado Gianetto, porque es a él al que buscamos; y estoy seguro de que ha pasado por este sendero.

—¡Quién sabe!

—¿Quién sabe? Soy yo el que sabe que lo has visto.

—¿Se ve a los que pasan cuando uno duerme?

—No dormías, bribón; los disparos te han despertado.

—¿Cree usted, primo, que sus trabucos hacen tanto ruido? El trabuco³⁴ de mi padre hace mucho más.

—¡Que el diablo te confunda, maldito bergante! Estoy totalmente seguro de que has visto al Gianetto. Quizá hasta lo has escondido. Vamos, camaradas, entrad en esa casa y mirad si nuestro hombre no está en ella. Solo andaba con una pata, y ese pillo tiene demasiado buen sentido para haber tratado de alcanzar el *maquis* cojeando. Además, los rastros de sangre se detienen aquí.

—¿Y qué dirá papá? —preguntó Fortunato, en tono burlón—; ¿qué dirá si sabe que han entrado en su casa mientras él estaba fuera?

—¡Bergante! —dijo el brigada Gamba cogiéndolo de la oreja—. ¿Sabes que solo de mí depende hacerte cambiar de canción? Quizá dándote una veintena de sablazos termines hablando.

Y Fortunato seguía con su risita burlona.

—¡Mi padre es Mateo Falcone! —dijo con énfasis.

—¿Sabes, granujilla, que puedo llevarte a Corte o a Bastia? Haré que

duermas en un calabozo, sobre paja, con cadenas en los pies, y te haré guillotinar si no dices dónde está Gianetto Sanpiero.

El muchacho soltó una carcajada ante aquella amenaza ridícula. Repitió:

—Mi padre es Mateo Falcone.

—Brigada —dijo en voz baja uno de los *voltigeurs*—, no debemos enemistarnos con Mateo.

A todas luces, Gamba parecía turbado. Hablaba en voz baja con sus soldados, que ya habían registrado toda la casa. No era una operación muy larga, porque la cabaña de un corso solo consiste en una sola pieza cuadrada. El mobiliario se compone de una mesa que sirve de cama, bancos, arcones y utensilios de caza o del hogar. Mientras tanto, el pequeño Fortunato acariciaba a su gata, y parecía disfrutar maliciosamente de la confusión de los *voltigeurs* y de su primo.

Un soldado se acercó al montón de heno. Vio la gata, y dio un golpe de bayoneta en el heno con desgana y encogiéndose de hombros, como si se diese cuenta de que aquella precaución era ridícula. No se movió nada; y la cara del muchacho no dejó traslucir la más leve emoción.

El brigada y su tropa estaban furiosos; ya estaban mirando muy serios hacia la llanura, como dispuestos a volverse por donde habían venido, cuando su jefe, convencido de que las amenazas no surtirían la menor impresión en el hijo de Falcone, quiso hacer un último esfuerzo y probar el poder de las caricias y los regalos.

—Primo —dijo—, me pareces un muchacho muy despierto. Llegarás lejos. Pero juegas mal conmigo; y si no temiese causar un disgusto a mi primo Mateo, ¡por todos los diablos!, te llevaría conmigo.

—¡Bah!

—Pero cuando mi primo haya vuelto, le contaré el asunto, y, como castigo por haber mentado, te azotará hasta que sangres.

—¿De veras?

—Tú verás... Pero mira..., sé un buen muchacho y te daré algo.

—Yo, primo, le daré un consejo: es que, si tarda más, el Gianetto estará en el *maquis*, y entonces se necesitará más de un hurón como usted para ir a buscarlo.

El brigada sacó de su bolsillo un reloj de plata que bien valía diez escudos³⁵; y, notando que los ojos del pequeño Fortunato centelleaban al mirarlo, le dijo sosteniendo el reloj suspendido del extremo de su cadena de acero:

—¡Bribón!, cuánto te gustaría tener un reloj como este colgado del cuello, y te pasearías por las calles de Porto-Vecchio orgulloso como un pavo real; y la gente te preguntaría «¿Qué hora es?», y les dirías: «Mírelo en mi reloj».

—Cuando yo sea mayor, mi tío el *caporal* me regalará un reloj.

—Sí, pero el hijo de tu tía ya tiene uno... No tan bonito como este, desde luego... Sin embargo, es más joven que tú.

El muchacho suspiró.

—Y bien, primito, ¿quieres este reloj?

Fortunato, mirando el reloj con el rabillo del ojo, parecía un gato al que ofrecen un pollo entero. Como siente que se burlan de él, no se atreve a echarle la garra, y de vez en cuando aparta los ojos para no exponerse a sucumbir a la tentación; pero se relame los morros en todo momento, y parece decir a su amo: «¡Qué cruel es la broma!».

Mientras, el brigada Gamba parecía de buena fe al ofrecerle el reloj. Fortunato no alargó la mano; pero le dijo con una sonrisa amarga:

—¿Por qué se burla de mí?³⁶

—¡Por Dios!, no me burlo. Dime solo dónde está Gianetto y este reloj es tuyo.

Fortunato dejó escapar una sonrisa de incredulidad; y, clavando sus ojos negros en los del brigada, se esforzaba por leer en ellos la confianza que debía prestar a sus palabras.

—¡Que pierda mis galones —exclamó el brigada— si no te doy el reloj con esa condición! Los camaradas están de testigos, y no puedo retractarme.

Mientras decía esto, seguía acercándole el reloj, tanto que casi tocaba la mejilla pálida del muchacho. Este mostraba bien en su semblante la lucha que libraban en su alma la codicia y el respeto debido a la hospitalidad. Su pecho desnudo palpitaba con fuerza y parecía a punto de ahogarse. Mientras, el reloj se balanceaba, giraba, y algunas veces le rozaba la punta de la nariz. Por fin, poco a poco, su mano derecha se elevó hacia el reloj: lo tocó con la punta de

los dedos; lo sopesaba por entero en su mano sin que el brigada soltase sin embargo el extremo de la cadena... La esfera era azulada..., la tapa estaba recién bruñida...; al sol parecía totalmente de fuego... La tentación era demasiado fuerte.

Fortunato levantó también su mano izquierda, y señaló con el pulgar, por encima del hombro, el montón de heno al que estaba pegado. El brigada lo comprendió al punto. Soltó el extremo de la cadena, Fortunato se sintió el dueño único del reloj. Se levantó con una agilidad de gamo y se alejó diez pasos del montón de heno, que los *voltigeurs* empezaron enseguida a derribar.

No tardaron en ver agitarse el heno; y de él salió un hombre ensangrentado con el puñal en la mano; pero cuando intentaba levantarse, su herida, ahora fría, no le permitió mantenerse de pie. El brigada se arrojó sobre él y le arrancó el puñal. Enseguida lo maniataron con energía, a pesar de su resistencia.

Gianetto, tirado en el suelo y atado como un haz de leña, volvió la cabeza hacia Fortunato, que se había acercado.

—¡Hijo de...! —le dijo con más desprecio que rabia.

El muchacho le tiró la moneda de plata que había recibido, sintiendo que había cesado de merecerla; pero el proscrito no pareció prestar atención a ese movimiento. Dijo con mucha sangre fría al brigada:

—Mi querido Gamba, no puedo caminar; se va a ver obligado a llevarme hasta el pueblo.

—Hace un rato corrías más deprisa que un corzo —replicó el cruel vencedor—; pero no te preocupes; estoy tan contento de haberte cogido que te llevaría una legua a la espalda sin cansarme. Además, camarada, vamos a hacerte unas parihuelas con ramas y con tu capote; y en la granja de Crespoli encontraremos caballos.

—Bien —dijo el prisionero—; ponga también un poco de paja en esas parihuelas, para que esté más cómodo.

Mientras los *voltigeurs* se ocupaban, unos en hacer una especie de varaes con ramas de castaño, otros en vendar la herida de Gianetto, Mateo Falcone y su mujer aparecieron de pronto en el recodo de un sendero que conducía al

maquis. La mujer avanzaba encorvada penosamente bajo el peso de un enorme saco de castañas, mientras su marido, sin hacer el menor esfuerzo, se limitaba a llevar un trabuco en la mano y otro en bandolera; porque es indigno de un hombre llevar una carga que no sean sus armas.

A la vista de los soldados, la primera idea que pensó Mateo fue que venían para detenerlo. Pero ¿por qué esa idea? ¿Tenía Mateo problemas con la justicia? No. Gozaba de buena reputación. Era, como suele decirse, un particular de buena reputación; pero era corso y montañés, y hay pocos corsos montañeses que, escudriñando bien su memoria, no encuentren algún pecadillo, como disparos, puñaladas y otras bagatelas. Mateo tenía, más que cualquier otro, la conciencia tranquila, porque hacía más de diez años que no había apuntado a nadie con su trabuco; pero sin embargo era prudente, y se puso en situación de defenderse si era necesario.

—Mujer —le dijo a Giuseppa—, deja en el suelo tu saco y estate preparada.

Ella obedeció en el acto. Él le dio el trabuco que llevaba en bandolera y que habría podido molestarle. Cargó el que tenía en la mano y avanzó lentamente hacia su casa, pegado a los árboles que bordeaban el camino y dispuesto, a la menor demostración hostil, a lanzarse detrás del tronco más grueso, desde donde habría podido disparar a cubierto. Su mujer caminaba de puntillas, sosteniendo el trabuco de recambio y la cartuchera. La tarea de una buena ama de casa, en caso de lucha, es cargar las armas de su marido.

En el otro lado, el brigada se había alarmado mucho al ver a Mateo avanzar de aquella forma, con sigilo, el trabuco por delante y el dedo en el gatillo.

«Si por casualidad Mateo resultase pariente de Gianetto —pensó—, o si fuera amigo suyo y quisiera defenderlo, los tacos de sus dos trabucos llegarían a dos de nosotros, tan seguro como una carta de correos, y si me apuntase a pesar del parentesco...».

Sumido en esa perplejidad, tomó una decisión muy valiente, y fue adelantarse solo hacia Mateo para contarle el asunto, abordándolo como a un antiguo conocido; pero el corto intervalo que lo separaba de Mateo le pareció terriblemente largo.

—¡Hola, viejo amigo! —gritaba—; ¿cómo te va, compañero? Soy yo, Gamba, tu primo.

Mateo, sin responder una palabra, se había detenido, y, a medida que el otro hablaba, iba levantando despacio el cañón de su trabuco, de manera que apuntaba hacia el cielo en el momento en que el brigada llegó a su lado.

—Buenos días, hermano —dijo el brigada tendiéndole la mano.

—Buenos días, hermano.

—Había venido para saludarte al pasar, así como a mi prima Pepa. Hoy hemos recorrido un largo trecho; pero no hay que lamentar nuestro cansancio, porque hemos hecho una buena captura. Acabamos de pillar a Gianetto Sanpiero.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Giuseppa—. Nos robó una cabra lechera la semana pasada.

Estas palabras alegraron a Gamba.

—¡Pobre diablo! —dijo Mateo—, tenía hambre.

—El muy granuja se ha defendido como un león —continuó el brigada algo mortificado—; ha matado a uno de mis *voltigeurs*, y no contento con eso le ha roto el brazo al cabo Chardon; pero no tiene importancia, solo es un francés... Después, se ha escondido tan bien que ni el diablo hubiera conseguido descubrirlo. De no ser por mi primito Fortunato, nunca habría podido encontrarlo.

—¡Fortunato! —exclamó Mateo.

—¡Fortunato! —repitió Giuseppa.

—Sí, el Gianetto se había escondido bajo ese montón de heno de ahí; pero mi primito me ha indicado la triquiñuela. Por eso se lo diré a su tío el *caporal*, para que le mande un buen regalo por su ayuda. Y su nombre y el tuyo figurarán en el informe que enviaré al señor fiscal general.

—¡Maldición! —dijo en voz baja Mateo.

Se habían reunido con el destacamento. Gianetto ya estaba tendido en las parihuelas y dispuesto para partir. Cuando vio a Mateo en compañía de Gamba, sonrió de una forma extraña; luego, volviéndose hacia la puerta de la casa, escupió contra el umbral diciendo:

—¡Casa de un traidor!

Solo un hombre que hubiera decidido morir se habría atrevido a pronunciar la palabra «traidor» aplicándola a Falcone. Una buena puñalada, que no

hubiera sido necesario repetir, habría pagado inmediatamente el insulto. Sin embargo, Mateo no hizo otro gesto que el de llevarse la mano a la frente como un hombre agobiado.

Fortunato había entrado en la casa al ver llegar a su padre. No tardó en reaparecer con una jarra de leche, que ofreció con los ojos bajos a Gianetto.

—¡Apártate de mí! —le gritó el proscrito con una voz fulminante.

Luego, volviéndose hacia uno de los *voltigeurs*:

—Camarada, dame de beber —dijo.

El soldado le puso su cantimplora entre las manos, y el bandido bebió el agua que le daba un hombre con el que acababa de cambiar disparos de trabuco. Luego pidió que le atasen las manos para tenerlas cruzadas sobre el pecho, en vez de tenerlas atadas a la espalda.

—Prefiero estar echado a gusto —decía.

Se apresuraron a complacerle, luego el brigada dio la señal de partida, se despidió de Mateo, que no le respondió, y descendió con paso acelerado hacia la llanura.

Pasaron casi diez minutos antes de que Mateo abriese la boca. El niño miraba con ojos inquietos unas veces a su madre, otras a su padre, quien, apoyándose en su trabuco, lo miraba con una expresión de cólera contenida.

—¡Sí que empiezas bien! —dijo por fin Mateo con voz tranquila, pero espantosa para quien conociera al hombre.

—¡Padre! —exclamó el niño avanzando con lágrimas en los ojos como para arrojarle a sus plantas.

Pero Mateo le gritó:

—¡No te acerques a mí!

Y el niño se detuvo, sollozando e inmóvil, a unos pasos de su padre.

Giuseppa se acercó. Acababa de distinguir la cadena del reloj, uno de cuyos extremos salía de la camisa de Fortunato.

—¿Quién te ha dado ese reloj? —preguntó ella en un tono severo.

—Mi primo el brigada.

Falcone cogió el reloj y, arrojándolo con fuerza contra una piedra, lo hizo mil pedazos.

—Mujer —dijo—, ¿este hijo es mío?

Las mejillas morenas de Giuseppa se volvieron de un rojo de ladrillo.

—¿Qué dices, Mateo? ¿Y sabes a quién hablas?

—Porque este niño es el primero de su raza que ha cometido una traición.

Los sollozos y los hipidos de Fortunato aumentaron, y Falcone seguía teniendo sus ojos de lince clavados en él. Por último, golpeó el suelo con la culata de su trabuco, luego se lo echó al hombro y tomó el camino del *maquis* gritando a Fortunato que lo siguiera. El niño obedeció.

Giuseppa corrió detrás de Mateo y lo agarró por el brazo.

—Es tu hijo —le dijo con una voz trémula, clavando sus ojos negros en los de su marido, como para leer lo que pasaba en su alma.

—Déjame —respondió Mateo—, soy su padre.

Giuseppa abrazó a su hijo y se volvió llorando a la cabaña. Se postró de rodillas ante una imagen de la Virgen y rezó fervorosamente. Mientras, Falcone caminó unos doscientos pasos por el sendero y no se detuvo hasta un pequeño barranco, al que descendió. Sondeó la tierra con la culata de su trabuco y la encontró blanda y fácil de cavar. El lugar le pareció apropiado para sus propósitos.

—Fortunato, ponte junto a esa peña grande.

El niño hizo lo que le mandaba, luego se arrodilló.

—Di tus oraciones.

—¡Padre mío, padre mío, no me mates!

—¡Di tus oraciones! —repitió Mateo con una voz terrible.

El niño, balbuciendo y sollozando, recitó el padrenuestro y el credo. El padre, con voz fuerte, respondía *¡Amén!* al final de cada oración.

—¿Son esas todas las oraciones que sabes?

—También sé el avemaría, padre, y la letanía que mi tía me ha enseñado.

—Es muy larga, no importa.

El niño acabó la letanía con voz apagada.

—¿Has terminado?

—¡Oh!, padre, por favor, ¡perdóneme! ¡No lo haré más! ¡Le suplicaré tanto a mi primo³⁷ el *caporal* que indultarán a Gianetto!

Seguía hablando; Mateo había cargado su trabuco y se lo echaba a la cara diciéndole:

—¡Que Dios te perdone!

El niño hizo un esfuerzo desesperado para levantarse y abrazar las rodillas de su padre; pero no tuvo tiempo, Mateo disparó, y Fortunato cayó muerto.

Sin echar una mirada al cadáver, Mateo tomó de nuevo el camino hacia su casa para ir en busca de un azadón para enterrar a su hijo. Apenas había dado algunos pasos cuando encontró a Giuseppa, que acudía alarmada por el disparo.

—¿Qué has hecho? –gritó.

—Justicia.

—¿Dónde está?

—En el barranco. Voy a enterrarlo. Ha muerto como cristiano; mandaré que le digan una misa. Que avisen a mi yerno Tiodoro Bianchi que venga a vivir con nosotros³⁸.

²⁶ Localidad francesa en el departamento de Córcega del Sur, en la isla de Córcega.

²⁷ Término de origen corso poco difundido en la época de Mérimée para definir un terreno de vegetación densa y poco accesible, propia de las regiones mediterráneas, y especialmente en Córcega. En el siglo xx, durante la Segunda Guerra Mundial, pasó a designar a grupos de resistencia interior durante la ocupación de Francia por Alemania. En la posguerra civil española recibió ese nombre la guerrilla antifranquista que pervivió algún tiempo en los montes del norte de España. El DRAE no reconoce el significado primero, terreno de vegetación espesa.

²⁸ Los *caporales* fueron en el pasado los jefes que se dieron las comunas corsas cuando se rebelaron contra los señores feudales. En la actualidad sigue dándose a veces ese nombre a un hombre que, por sus propiedades, sus alianzas y sus clientelas, ejerce una influencia y una especie de magistratura efectiva sobre un *pieve* o cantón. Los corsos se dividen, por una antigua costumbre, en cinco castas: los *gentilhombres* (de los que unos son *magníficos*, los otros *signori*), los *caporali*, los *ciudadanos*, los *plebeyos* y los *extranjeros*. (Nota de Mérimée).

29 Esta palabra es aquí sinónimo de proscrito. (Nota de Mérimée).

30 Es un cuerpo creado desde hace pocos años por el Gobierno y que sirve junto a la Gendarmería al mantenimiento de la Policía. (Nota de Mérimée).

Se creó a principios del siglo XIX, en noviembre de 1822, para luchar contra el bandidismo. Utilizaban como arma no el fusil de bayoneta, sino una carabina, pistolas y sable.

31 El uniforme de los *voltigeurs* era entonces un uniforme pardo con un cuello amarillo. (Nota de Mérimée).

El cuello era verde, no amarillo.

32 Cinturón de cuero que sirve de cartuchera y de cartera. (Nota de Mérimée).

33 El estilete corso es un puñal de entre 25 y 50 centímetros de hoja muy fina.

34 *Escopette*: especie de trabuco que se llevaba en bandolera colgado del arzón de la silla de montar.

35 El escudo, moneda francesa creada en la Edad Media, en dos versiones, de oro y de plata, cayó en desuso hacia 1930. Su valor cambió con el tiempo; en el siglo XIX, recibía ese nombre en el lenguaje corriente la moneda de cinco francos de plata, equivalente a 100 *sous*, moneda que equivale a la vigésima parte del franco; muy utilizada en la vida corriente, su valor era escaso; por ejemplo, revistas en las que aparecían los cuentos de Maupassant, Balzac, Victor Hugo y los demás escritores del periodo, como *Gil Blas* o *Le Gaulois*, costaban 3 *sous*.

36 *Perché me c..?* (Nota de Mérimée) [*Perché me coglioni?*].

37 Por inadvertencia de Mérimée, primo, en vez de tío.

38 En el manuscrito, Mérimée escribe la fecha seguida de una frase, ambas en griego, cuya traducción dice: «Terminado el 14 de febrero de 1829. Y entonces sí, me follé a mi amiguita tres veces».

HONORÉ DE BALZAC

LA GRANDE BRETÈCHE

—A unos cien pasos de Vendôme³⁹, a orillas del Loir⁴⁰ —dijo—, se encuentra una vieja casa de color oscuro rematada por tres tejados muy altos, y tan totalmente aislada que a su alrededor no hay curtidurías malolientes ni infames posadas como las que se ven en las inmediaciones de casi todas las poblaciones. Delante de esa casa hay un jardín que da al río, y en el que los bojés, que, raros en el pasado, dibujaban las alamedas, crecen ahora a su antojo. Algunos sauces, nacidos en el Loir, han brotado rápidamente como el seto de la tapia, y ocultan a medias la casa. Las plantas que llamamos malas decoran con su bella vegetación el talud de la orilla. Los árboles frutales, descuidados desde hacía diez años, ya no producen cosechas y sus retoños forman sotos. Las espalderas parecen enramadas. Los senderos, en el pasado enarenados, están cubiertos de verdolagas. Desde lo alto de la montaña sobre la que cuelgan las ruinas del viejo castillo de los duques de Vendôme, único punto desde el que la mirada puede hundirse en aquel recinto, se dice que, en un tiempo difícil de determinar, ese rincón de tierra hizo las delicias de algún gentilhomme que se dedicaba a las rosas, a los tulipanes, a la horticultura en una palabra, pero era aficionado sobre todo a la buena fruta. Se puede ver un cenador, o, mejor dicho, los restos de un cenador bajo el que todavía hay una mesa que el tiempo no ha devorado por completo. Por el aspecto de este jardín que ya no lo es, se adivinan los goces negativos de la apacible vida que se disfruta en provincias, como se adivina la existencia de un buen comerciante leyendo el epitafio de su tumba. Para contemplar las tristes y

dulces ideas que embargan el alma, uno de los muros ofrece un reloj de sol adornado con esta inscripción burguesamente cristiana: ULTIMAM COGITA⁴¹. Los tejados de esa casa están horriblemente deteriorados, las persianas siempre están echadas, los balcones se hallan cubiertos de nidos de golondrinas, las puertas permanecen constantemente cerradas. Altas hierbas han dibujado, mediante líneas verdes, las hendiduras de las escalinatas, los herrajes están oxidados. La luna, el sol, el invierno, el verano, la nieve han ajado las maderas, alabeado los tablones, carcomido las pinturas. El sombrío silencio que allí reina solo se ve turbado por los pájaros, los gatos, las garduñas, las ratas y los ratones, libres de corretear, de pelearse, de devorarse. Una invisible mano ha escrito en todas partes la palabra *Misterio*. Si, impulsados por la curiosidad, fueran ustedes a ver esa casa por el lado de la calle, verían una gran puerta de forma redonda por arriba, en la que los niños del lugar han hecho numerosos agujeros. Más tarde he sabido que esa puerta permanecía condenada desde hacía diez años. Por esas brechas irregulares puede observarse la perfecta armonía existente entre la fachada del jardín y la fachada del patio. Allí reina el mismo desorden. Matorrales de hierbas enmarcan el pavimento. Enormes grietas surcan los muros, cuyas crestas ennegrecidas enlazan los mil festones de la parietaria. Los peldaños de la escalinata están dislocados, podrida la cuerda de la campana, rotos los canalones. ¿Qué fuego del cielo ha pasado por allí? ¿Qué tribunal ordenó sembrar sal en esta casa? (¿Insultaron a Dios en ella? ¿Traicionaron a Francia?). Es lo que uno se pregunta. Los reptiles se arrastran sin responder. Esa casa, vacía y desierta, es un inmenso enigma cuya clave no ha conocido nadie. En el pasado era un pequeño feudo, y lleva el nombre de la *Grande Bretèche*. Durante el tiempo de mi estancia en Vendôme, donde Desplein⁴² me había dejado para cuidar a una enferma rica, la vista de aquella singular casa se convirtió en uno de mis más vivos placeres. ¿No era mejor que una ruina? A una ruina se asocian algunos recuerdos de una autenticidad irrefutable, pero aquella morada todavía en pie, aunque demolida lentamente por una mano vengadora, encerraba un secreto, un pensamiento desconocido; revelaba cuando menos un capricho. En más de una ocasión, al anochecer, me acercaba al seto, ahora salvaje, que protegía aquel recinto. Desafiaba los

arañazos, entraba en aquel jardín sin dueño, en aquella propiedad que ya no era ni pública ni particular; me quedaba allí horas enteras contemplando su desorden. No habría querido, como precio de la historia a la que sin duda se debía aquel raro espectáculo, hacer una sola pregunta a algún vendomés hablador. Allí componía yo deliciosas novelas; allí me entregaba a pequeñas orgías de melancolía que me encantaban. Si hubiera conocido el motivo, acaso vulgar, de aquel abandono, habría perdido las poesías inéditas con que me embriagaba. Para mí, aquel asilo representaba las imágenes más diversas de la vida humana, ensombrecida por sus desdichas: tan pronto era el ambiente del claustro, sin los monjes, como la paz del cementerio, sin los muertos que os hablan en su lenguaje epitáfico, hoy la casa del leproso, mañana, la de los Atridas⁴³; pero sobre todo era la provincia con sus ideas recoletas, con su vida de reloj de arena. Allí lloré a menudo, nunca reí. Más de una vez me acosaron terrores involuntarios al sentir por encima de la cabeza el silbido sordo producido por las alas de alguna paloma torcaz rezagada. El suelo está húmedo; hay que desconfiar de los lagartos, de las víboras, de las ranas que por allí pasean con la salvaje libertad de la naturaleza; sobre todo no hay que temer el frío, porque en algunos instantes sentís una capa de hielo que se pasea por vuestra espalda, como la mano del comendador sobre el cuello de Don Juan. Una noche sentí escalofríos: el viento había hecho girar una vieja veleta herrumbrosa, cuyos chirridos se parecieron a un gemido lanzado por la casa en el momento en que yo acababa de escribir un drama bastante negro con el que me explicaba aquella especie de dolor monumentalizado. Regresé a mi posada presa de sombrías ideas. Después de cenar, entró la posadera con aire misterioso en mi cuarto, y me dijo:

—Señor, aquí está el señor Regnault.

—¿Y quién es el señor Regnault?

—¿Cómo? ¿El señor no conoce al señor Regnault? ¡Ah, qué raro! —dijo al salir.

De pronto vi aparecer ante mí a un hombre alto, delgado, vestido de negro, con el sombrero en la mano, que se presentó como un carnero dispuesto a cargar contra su rival, mostrándome una frente huidiza, una pequeña cabeza

puntiaguda y una cara pálida, bastante parecida a un vaso de agua sucia. Se le hubiera tomado por el ujier de un ministro. Aquel desconocido llevaba una vieja levita, muy raída en los pliegues; pero tenía un diamante en la pechera de la camisa y pendientes de oro en las orejas.

—Señor, ¿a quién tengo el honor de hablar? —le dije.

Se sentó en una silla, se colocó delante de mi fuego, depositó su sombrero en mi mesa y me respondió frotándose las manos:

—¡Ah!, hace mucho frío. Señor, soy el señor Regnault.

Me incliné, diciéndome: *Il bondo cani*⁴⁴! ¡Busca!

—Soy notario en Vendôme —continuó.

—Me alegro mucho, señor —exclamé—, pero no estoy en disposición de testar, por razones que yo me sé.

—Un momentito —replicó levantando las manos como para imponerme silencio—. ¡Permítame, señor, permítame! He sabido que suele ir a veces a pasear por el jardín de la Grande Bretèche.

—Sí, señor.

—¡Un momentito! —dijo repitiendo su gesto—, esa acción constituye un verdadero delito. Señor, vengo en nombre y como albacea de la difunta señora condesa de Merret a rogarle que interrumpa sus visitas. ¡Un momentito! No soy un turco y no quiero hacer de eso un crimen. Además, a usted se le puede permitir que ignore las circunstancias que me obligan a dejar que se caiga en ruinas el más bello palacio de Vendôme. Sin embargo, señor, parece usted una persona instruida y debe saber que las leyes prohíben, bajo penas graves, invadir una propiedad privada. Un seto equivale a un muro. Pero el estado en que se encuentra la casa puede servir de excusa a su curiosidad. Qué más quisiera yo que dejarlo ir y venir libremente por esa casa; pero, encargado de ejecutar las voluntades de la testadora, tengo el honor, señor, de rogarle que no vuelva a entrar en el jardín. Yo mismo, caballero, desde la apertura del testamento, no he puesto el pie en esa casa, que depende, como he tenido el honor de decirle, de los herederos de la señora de Merret. Nosotros nos hemos limitado a comprobar las puertas y ventanas a fin de determinar los impuestos⁴⁵ que pago anualmente de los fondos destinados a ese efecto por la difunta señora condesa. ¡Ah!, mi

querido señor, ¡su testamento fue muy sonado en Vendôme!

En este punto, el digno hombre se detuvo para sonarse. Yo respeté su locuacidad, comprendiendo perfectamente que el testamento de la señora de Merret era el acontecimiento más importante de su vida, toda su reputación, su gloria, su Restauración. Tenía que decir adiós a mis bellas ensoñaciones, a mis novelas; por eso no me resistí al placer de conocer la verdad de una manera oficial.

—Señor —le dije—, ¿sería indiscreto preguntarle los motivos de esa extravagancia?

Ante estas palabras, por la cara del notario pasó una expresión que reflejaba todo el placer que sienten los hombres acostumbrados a montar en el *dada*⁴⁶. Se levantó el cuello de la camisa con una especie de fatuidad, sacó su tabaquera, la abrió, me ofreció tabaco; y, tras mi negativa, tomó una buena pizca. ¡Era feliz! Un hombre que no tiene *dada* ignora todo el partido que puede sacarse de la vida. Una manía es el justo medio entre la pasión y la monomanía. En ese momento comprendí esa bonita expresión de Sterne en toda su extensión, y tuve una idea completa de la alegría con que el tío Toby montaba, con la ayuda de Trim, su caballo de batalla.

—Señor —me dijo el señor Regnault—, fui primer pasante de maese Roguin⁴⁷, en París. Excelente despacho, del que sin duda habrá oído hablar. ¿No? Sin embargo, una desgraciada quiebra lo hizo célebre. Como no tenía suficiente fortuna para ejercer en París, dado el precio al que se pusieron los cargos en 1816, vine aquí, a comprar el despacho de mi predecesor. Tenía parientes en Vendôme, entre otros una tía riquísima que me dio su hija en matrimonio. Señor —continuó tras una breve pausa—, tres meses después de haber sido aceptado por el señor ministro de Justicia, fui llamado una noche, en el momento en que iba a acostarme (aún no estaba casado), por la señora condesa de Merret, a su castillo de Merret. Su doncella, una buena muchacha que hoy sirve en esta posada, me esperaba a la puerta de mi domicilio con la calesa de la señora condesa. ¡Ah, un momentito! Debo decirle, señor, que el señor conde de Merret había ido a morir dos meses antes de mi venida aquí. Pereció de una forma miserable, entregándose a excesos de todo tipo. ¿Me comprende? El día de su marcha, la señora condesa había abandonado la

Grande Bretèche y la había desamueblado. Algunas personas pretenden incluso que quemó todos los muebles, los tapices, en fin todas las cosas que decoraban los lugares actualmente alquilados por dicho señor... (Vaya, ¿qué es lo que digo? Perdón, creía estar dictando un arrendamiento). Que los quemó –continuó– en el prado de Merret. ¿Ha ido usted a Merret, señor? No –dijo respondiendo por mí–. ¡Ah, es un lugar muy hermoso! Desde hacía unos tres meses –continuó tras un leve movimiento de cabeza–, el señor conde y la señora condesa habían vivido de un modo bastante raro; ya no recibían a nadie, la señora ocupaba la planta baja, y el señor el primer piso. Cuando la señora condesa se quedó sola, solo se dejó ver en la iglesia. Más tarde, en su casa, en su castillo, se negó a ver a los amigos y amigas que fueron a visitarla. Ya estaba muy cambiada en el momento en que abandonó la Grande Bretèche para ir a Merret. Esa adorable mujer... (digo adorable porque este diamante me viene de ella; por otra parte, ¡solo la vi una vez!). Así pues, aquella buena señora estaba muy enferma; sin duda, había desesperado de su salud, porque murió sin querer llamar a los médicos; por eso, muchas de nuestras damas han pensado que no estaba en sus cabales. Señor, mi curiosidad se vio singularmente excitada al saber que la señora de Merret tenía necesidad de mis servicios. No era el único que estaba interesado en aquella historia. Esa misma noche, aunque fuese tarde, toda la ciudad supo que yo iba a Merret. La doncella respondió con bastante vaguedad a las preguntas que le hice durante el trayecto; sin embargo, me dijo que su ama había recibido la extremaunción de manos del cura de Merret durante el día, y que no parecía que pudiera pasar de aquella noche. Llegué hacia las once al castillo. Subí la gran escalinata. Después de haber atravesado grandes estancias altas y oscuras, endiabladamente frías y húmedas, llegué al dormitorio de honor en el que se encontraba la señora condesa. Según los rumores que corrían sobre aquella dama (¡no acabaría nunca, señor, si le repitiese todos los chismes que se han dicho sobre ella!), me la imaginaba como una coqueta. Figúrese usted que me costó mucho trabajo encontrarla en el gran lecho en que yacía. Ciertamente para iluminar aquella enorme alcoba con frisos del Antiguo Régimen, y llenos de polvo como para hacer estornudar nada más verlos, tenía una de aquellas antiguas

lámparas de Argand⁴⁸. ¡Ah, pero usted no ha ido a Merret! Pues bien, señor, la cama es uno de esos lechos de antaño, con un dosel elevado, guarnecido de indiana con rameados. Junto a la cama había una mesilla de noche y encima una *Imitación de Cristo*⁴⁹ que, entre paréntesis, compré para mi mujer, así como la lámpara. También había una gran poltrona para la criada de confianza y dos sillas. Por otra parte, no había fuego. Ese era todo el mobiliario. No habría ocupado ni diez líneas en un inventario. ¡Ah!, mi querido señor, si hubiera visto, como yo la vi entonces, aquella enorme alcoba cubierta de tapices oscuros, se habría creído transportado a una verdadera escena de novela. Era glacial, y, mejor que eso, fúnebre –añadió levantando el brazo con un gesto teatral y haciendo una pausa–. A fuerza de mirar, al acercarme al lecho terminé viendo a la señora de Merret, y eso gracias al resplandor de la lámpara cuya claridad daba sobre las almohadas. Su rostro estaba amarillo como la cera, y se parecía a dos manos juntas. La señora condesa tenía un gorro de encaje que dejaba ver unos hermosos cabellos, pero blancos como el lino. Estaba incorporada, y parecía mantenerse en esa posición con mucha dificultad. Sus grandes ojos negros, abatidos por la fiebre, sin duda, y ya casi muertos, apenas se movían bajo los huesos en los que se encuentran las cejas... Esto –dijo señalándome el arco de sus ojos–. Su frente estaba húmeda. Sus manos descarnadas parecían huesos cubiertos por una piel tierna; sus venas y sus músculos se veían perfectamente bien; había debido de ser muy bella; pero, en aquel instante, al verla me vi dominado por no sé qué sentimiento. Nunca, al decir de los que la enterraron, una criatura viva había llegado a su delgadez sin morir. En fin, era espantoso verla. La enfermedad había minado tanto a aquella mujer que ya no era más que un fantasma. Sus labios, de un violeta pálido, me parecieron inmóviles cuando me habló. Aunque mi profesión me haya familiarizado con estos espectáculos al llevarme a veces a la cabecera de los moribundos para dejar constancia de sus últimas voluntades, confieso que las familias llorosas y las agonías que he visto no son nada en comparación con aquella mujer solitaria y silenciosa en aquel vasto castillo. No oía el menor ruido, no veía ese movimiento que la respiración de la enferma habría debido imprimir a las sábanas que la cubrían, y permanecí completamente inmóvil, ocupado en

mirarla con una especie de estupor. Me parece que todavía sigo allí. Por fin, sus grandes ojos se movieron, trató de levantar la mano derecha, que volvió a caer sobre la cama, y de su boca salieron, como un aliento, porque su voz ya no era una voz, estas palabras: «¡Lo esperaba con mucha impaciencia». Sus mejillas se colorearon vivamente. Hablar, señor, suponía para ella un esfuerzo. «Señora», le dije. Ella me hizo un gesto para que me callase. En ese momento, la vieja ama de llaves se levantó y me dijo al oído: «No hable. La señora condesa no puede oír el menor ruido; y lo que usted le diga podría afectarla». Me senté. Pocos instantes después, la señora de Merret reunió todas las fuerzas que le quedaban para mover su brazo derecho, y lo colocó, no sin un esfuerzo infinito, debajo del travesaño; se detuvo un breve momento; luego, hizo un último esfuerzo para retirar su mano; y cuando hubo sacado un papel sellado, de su frente cayeron gotas de sudor. «Le confío mi testamento –dijo–. ¡Ay, Dios mío! ¡Ay!»». Eso fue todo. Cogió un crucifijo que había sobre la cama, se lo llevó rápidamente a los labios y murió. Todavía siento escalofríos cuando recuerdo la expresión de sus ojos fijos. ¡Cuánto debió de sufrir! Había alegría en su última mirada, sentimiento que permaneció grabado en sus ojos muertos. Me llevé el testamento; y cuando fue abierto, vi que la señora de Merret me había nombrado su albacea. Legaba la totalidad de sus bienes al hospital de Vendôme, salvo algunos legados particulares. Pero sus disposiciones relativas a la Grande Bretèche fueron las siguientes: me encomendó dejar esa casa, durante cincuenta años, a partir del día de su muerte, en el estado en que se encontrase en el momento de su fallecimiento, impidiendo la entrada a sus habitaciones a cualquier persona, fuera quien fuese, prohibiendo hacerle la menor reparación y fijando incluso una renta a fin de pagar a los guardas, en caso necesario, para asegurar la completa ejecución de sus intenciones. Al expirar ese plazo, si la voluntad de la testadora se ha cumplido, la casa debe pertenecer a mis herederos, pues el señor sabe que los notarios no pueden aceptar legados; si no, la Grande Bretèche iría a parar a quien tuviese derecho a ella, pero a condición de cumplir las condiciones indicadas en un codicilo anexo al testamento, y que solo debe ser abierto cuando expiren los citados cincuenta años. El testamento no ha sido impugnado, por lo tanto...

Al decir esto, y sin acabar su frase, el oblongo notario me miró con aire de triunfo, y yo le hice muy feliz al dirigirle algunos cumplidos.

—Señor —le dije al terminar—, me ha impresionado usted tan vivamente que creo ver a esa moribunda más pálida que sus sábanas; sus ojos brillantes me dan miedo, y esta noche soñaré con ella. Pero usted se habrá formado algunas conjeturas sobre las disposiciones contenidas en ese extraño testamento.

—Señor —me contestó con cómica reserva—, nunca me permito juzgar la conducta de quien me honró con el regalo de un diamante.

No tardé mucho en soltar la lengua del escrupuloso notario vendomés, quien me comunicó, no sin largas digresiones, las observaciones debidas a las profundas políticas de ambos sexos cuyos fallos sientan ley en Vendôme. Pero aquellas observaciones eran tan contradictorias, tan difusas, que estuve a punto de dormirme, a pesar del interés que me tomaba en aquella historia auténtica. El tono pesado y el acento monótono de aquel notario, acostumbrado sin duda a escucharse a sí mismo y a hacerse escuchar por sus clientes o sus compatriotas, triunfó sobre mi curiosidad. Afortunadamente, se marchó.

—¡Ah, ah!, señor —me dijo en la escalera—, cuánta gente querría vivir cincuenta años más; pero, ¡un momentito!

Y con un gesto delicado puso el índice de su mano derecha sobre su nariz, como si hubiera querido decir: «Preste mucha atención a esto. Para llegar hasta allí, hasta allí —dijo—, no hay que ser sexagenario».

Cerré la puerta después de que me hubiera sacado de mi apatía este último rasgo que al notario le pareció muy ingenioso; luego, me senté en mi sillón, poniendo los pies sobre los dos morillos de la chimenea. Me sumí en una novela a lo Radcliffe⁵⁰, elaborada a partir de los datos jurídicos del señor Regnault, cuando la puerta, manipulada por la diestra mano de una mujer, giró sobre sus goznes. Vi venir a mi posadera, una mujerona jovial, de buen humor, que se había equivocado de vocación; era una flamenca que habría debido nacer en un cuadro de Teniers⁵¹.

—¿Y bien, señor? —me dijo—. El señor Regnault le habrá repetido su historia de la Grande Bretèche.

—Sí, tía Lepas.

—¿Qué le ha dicho?

Le repetí en pocas palabras la tenebrosa y fría historia de la señora de Merret. A cada frase, mi anfitriona estiraba el cuello mirándome con una perspicacia de posadera, especie de justo medio entre el instinto del gendarme, la astucia del espía y la malicia del comerciante.

—Mi querida señora Lepas —añadí cuando terminó—, al parecer usted sabe más, ¿no es cierto? De otro modo, ¿por qué habría subido a mi cuarto?

—¡Ah!, palabra de mujer honrada, y tan cierto como que me llamo Lepas...

—No jure, sus ojos están cargados con un secreto. Usted conoció al señor de Merret. ¿Qué clase de hombre era?

—¡Vaya!, el señor de Merret era un hombre muy apuesto, tan alto que nunca se le acababa de ver, un digno gentilhombre venido de Picardía y que, como decimos aquí, tenía la cabeza cerca del gorro. Pagaba siempre al contado para no tener problemas con nadie. Verá usted, era de carácter vivo. Todas nuestras damas lo encontraban muy amable.

—¡Porque era vivo! —le dije a mi posadera.

—Quizá —respondió ella—. Como usted supone, algo debía de tener por delante, como suele decirse, para casarse con la señora de Merret, quien, sin querer ofender a otras, era la persona más guapa y más rica de todo Vendôme. Poseía unas veinte mil libras de renta. Toda la ciudad asistió a su boda. La novia estaba preciosa y encantadora, una verdadera joya de mujer. ¡Ah!, en aquella época hicieron una buena pareja.

—¿Fueron felices en su matrimonio?

—Bueno, sí y no, por lo que se puede suponer, porque, como ya comprenderá usted, nosotros no comíamos en su mismo plato. La señora de Merret era una buena mujer, muy amable, que tal vez había sufrido en algunas ocasiones por el genio vivo de su marido; pero, aunque algo orgulloso, nosotros lo apreciábamos. ¡Bah!, era su manera de ser. Cuando uno es noble, ya sabe...

—Sin embargo, debió de ocurrir una catástrofe para que el señor y la señora de Merret se separasen violentamente.

—Yo no he dicho que hubiera una catástrofe, señor. De eso no sé nada.

—Bueno. Ahora estoy seguro de que usted lo sabe todo.

—Está bien, señor, se lo diré todo. Al ver subir al señor Regnault a su cuarto, he pensado que le hablaría de la señora de Merret a propósito de la Grande Bretèche. Eso me ha dado la idea de consultar al señor, que me parece un hombre de buen consejo e incapaz de traicionar a una pobre mujer como yo, que nunca ha hecho mal a nadie, y que sin embargo se encuentra atormentada por su conciencia. Hasta ahora, no me he atrevido a confiarme a la gente de aquí; todos son unos charlatanes con lenguas de acero. En fin, señor, no he tenido ningún viajero que se haya quedado en mi posada tanto tiempo como usted, y al que pudiera contar la historia de los quince mil francos...

—¡Mi querida señora Lepas! —le respondí deteniendo el flujo de sus palabras—, si su confianza es de tal naturaleza que me comprometa, por nada del mundo querría cargar con ella.

—No tema —dijo ella interrumpiéndome—. Ahora verá.

Aquella prisa me hizo creer que no era el único al que mi buena posadera había comunicado el secreto del que yo debía ser el único depositario, y escuché.

—Señor —dijo ella—, cuando el Emperador envió aquí a los españoles prisioneros de guerra⁵² u otros, tuve que alojar, por cuenta del gobierno, a un joven español enviado a Vendôme bajo palabra. A pesar de la palabra, iba todos los días a presentarse al subprefecto. ¡Era un grande de España! ¡Casi nada! Tenía un apellido acabado en *-os* y en *-dia*, como Bagos de Feredia⁵³. Tengo su nombre escrito en mis registros; podrá leerlo, si quiere. ¡Oh!, era un joven guapo para ser español, que según dicen son todos feos. Apenas medía cinco pies y dos o tres pulgadas⁵⁴, pero estaba bien formado; tenía unas manos pequeñas que cuidaba, ah, tendría usted que haberlo visto. Usaba tantos cepillos para sus manos como una mujer para todo su aseo. Tenía largos cabellos negros, ojos de fuego, una tez algo cobriza, pero que de cualquier modo me agradaba. Gastaba una ropa interior tan fina como nunca se la he visto a nadie; aunque he alojado a princesas, y entre otros al general Bertrand⁵⁵, al duque y la duquesa de Abrantes⁵⁶, al señor Decazes⁵⁷ y al rey de España⁵⁸. No comía gran cosa; pero tenía unos modales tan finos, tan amables, que no se le podía querer mal. ¡Oh!, yo lo apreciaba mucho, aunque

no dijese cuatro palabras al día y fuera imposible tener la menor conversación con él; si le hablaban, no respondía; era un tic, una manía que tienen todos, por lo que me han dicho. Leía su breviario como un sacerdote, asistía a misa y a todos los oficios con regularidad. ¿Dónde se colocaba? (Esto lo hemos sabido luego): A dos pasos de la capilla de la señora de Merret. Como se colocó allí desde la primera vez que fue a la iglesia, nadie imaginó que lo hiciera con intención. Además, el pobre muchacho no levantaba la nariz de su libro de rezos. Por aquel entonces, señor, al anochecer paseaba por la montaña, entre las ruinas del castillo. Era la única distracción de aquel pobre hombre, le recordaba a su tierra. ¡Dicen que en España todo es montaña! Desde los primeros días de su detención tardaba en volver a casa. Yo me inquieté al ver que no volvía hasta el filo de la medianoche; pero todos nos acostumbramos a su capricho; cogió la llave de la puerta y ya no volvimos a esperarlo. Se alojaba en la casa que tenemos en la calle de Casernes. Por entonces, uno de nuestros mozos de cuadra nos dijo que una tarde, yendo a bañar a los caballos, creía haber visto al grande de España nadando a lo lejos en el río como un verdadero pez. Cuando volvió, le dije que tuviera cuidado con los herbazales; pareció contrariado por haber sido visto en el agua. En fin, señor, un día, o mejor dicho una mañana, no lo encontramos en su cuarto, no había vuelto. A fuerza de registrar por todas partes, vi un escrito en el cajón de su mesa donde había cincuenta monedas de oro españolas de las que llaman portuguesas y que valían unos cinco mil francos; además, diamantes por valor de diez mil francos en una cajita sellada. Su escrito decía que, en caso de que le pasara algo, nos dejaba aquel dinero y aquellos diamantes para que mandásemos decir misas para dar gracias a Dios por su fuga y su salvación. En aquel tiempo yo aún tenía a mi hombre, que corrió en su busca. ¡Y esto es lo curioso de la historia! Volvió con las ropas del español, que descubrió bajo una gran piedra, en una especie de pilote a orillas del río, por la parte del castillo, enfrente poco más o menos de la Grande Bretèche. Mi marido había ido allí tan de mañana que nadie lo había visto. Quemó las ropas después de haber leído la carta, y declaramos, según el deseo del conde Feredia, que se había evadido. El subprefecto puso a toda la Gendarmería tras su rastro; pero, ¡quia!, no lo atraparon. Lepas creyó que el español se había

ahogado. Pero yo, señor, no lo imagino, creo más bien que tiene algo que ver con el asunto de la señora de Merret, dado que Rosalie me dijo que el crucifijo, que su ama apreciaba tanto que se hizo enterrar con él, era de ébano y plata; y, en los primeros tiempos de su estancia, el señor Feredia tenía uno de ébano y plata que nadie volvió a verle. Ahora, señor, ¿verdad que no debo tener remordimientos por los quince mil francos del español, y que son bien míos?

—Desde luego que sí. Pero ¿no ha intentado interrogar a Rosalie? —le dije.

—Pues claro, señor. ¡Qué quiere! Esa chica es un muro. Sabe algo, pero es imposible sacárselo.

Después de seguir hablando un momento conmigo, mi posadera se fue, dejándome presa de pensamientos vagos y tenebrosos, de una curiosidad novelesca, de un terror religioso bastante parecido al sentimiento profundo que nos domina cuando entramos de noche en una iglesia oscura en la que percibimos una débil luz lejana bajo unos arcos elevados; una figura indecisa se desliza, se deja oír un rumor de vestido o de sotana..., nos estremecemos. La Grande Bretèche y sus altas hierbas, sus ventanas condenadas, sus herrajes oxidados, sus puertas cerradas, sus habitaciones desiertas, surgieron de pronto fantásticamente ante mí. Traté de penetrar en la misteriosa morada en busca del nudo de aquella solemne historia, del drama que había matado a tres personas. Rosalie fue a mis ojos la persona más interesante de Vendôme. Descubrí, al examinarla, las huellas de un pensamiento íntimo, a pesar de la brillante salud que irradiaba de su cara regordeta. Había en ella un principio de remordimiento o de esperanza; su actitud anunciaba un secreto, como la de esas beatas que rezan con exceso, o la de la muchacha infanticida que continuamente oye el último grito de su hijo. Sin embargo, su actitud era ingenua y vulgar, su boba sonrisa no tenía nada de criminal, y la hubierais juzgado inocente con solo ver el gran pañuelo de cuadros rojos y azules que cubría su vigoroso busto, enmarcado, apretado, ceñido por un vestido de rayas blancas y violetas.

«No —pensé—, no me iré de Vendôme sin saber toda la historia de la Grande Bretèche. Para conseguir mis fines, me haré amigo de Rosalie, si es absolutamente necesario».

—Rosalie —le dije una tarde.

—Diga, señor.

—¿No está usted casada?

Tuvo un leve estremecimiento.

—¡Oh, no me faltarán hombres cuando tenga el capricho de ser desgraciada! —contestó riendo.

Se repuso enseguida de su emoción interior, porque todas las mujeres, desde la alta dama hasta las mozas de posada inclusive, tienen una sangre fría que es peculiar en ellas.

—¡Está usted bastante lozana y apetitosa como para no tener pretendientes! Y, dígame, Rosalie, ¿por qué se hizo criada de posada cuando dejó a la señora de Merret? ¿No le legó ella ninguna renta?

—¡Oh, claro que sí! Pero, señor, mi puesto es el mejor de todo Vendôme.

Esta respuesta era una de las que jueces y abogados llaman *dilatorias*. Tenía la impresión de que Rosalie estaba situada en esta novelesca historia como la casilla que se encuentra en medio del tablero de damas; estaba en el centro mismo del interés y de la verdad; me parecía anudada en el nudo. No se trataba de intentar una seducción ordinaria, en aquella muchacha estaba el último capítulo de una novela; por eso, desde ese instante, Rosalie se convirtió en el objeto de mi predilección. A fuerza de estudiar a aquella muchacha, observé en ella, como en todas las mujeres a las que convertimos en objeto principal de nuestro pensamiento, una multitud de cualidades: era limpia, cuidadosa; era bella, por supuesto; pronto tuvo todos los atractivos que nuestro deseo presta a las mujeres, sea cual fuere la situación en que se encuentren. Quince días después de la visita del notario, una tarde, o mejor dicho una mañana, porque era muy pronto, le dije a Rosalie:

—Cuéntame todo lo que sabes sobre la señora de Merret.

—¡Oh! —me respondió aterrorizada—, ¡no me pida eso, señor Horace!

Su bello rostro se ensombreció, sus colores vivos y animados palidieron y sus ojos perdieron su inocente brillo húmedo.

—Bueno —continuó—, ya que usted lo quiere, se lo diré; ¡pero guárdeme bien el secreto!

—Claro, muchacha, guardaré todos tus secretos con una honradez de

ladrón, que es la más leal que existe.

—Si le da lo mismo —me dijo—, prefiero que sea con la suya.

Dicho esto, se ajustó el pañuelo y adoptó una postura como para contar; porque, desde luego, hay una actitud de confianza y de seguridad necesaria para hacer un relato. Las mejores narraciones se dicen a cierta hora, como ahora que todos estamos sentados a la mesa. Nadie ha contado bien de pie o en ayunas. Pero si hubiera que reproducir fielmente la difusa elocuencia de Rosalie, apenas bastaría todo un volumen. Ahora bien, como el suceso del que me dio confuso conocimiento se encuentra situado entre la charlatanería del notario y la de la señora Lepas tan exactamente como los términos medios de una proporción aritmética lo están entre sus dos extremos, no tengo más que contárselo en pocas palabras. Por lo tanto, resumo. La habitación que la señora de Merret ocupaba en la Bretèche estaba situada en la planta baja. Un pequeño gabinete de unos cuatro pies de profundidad, practicado en el interior del muro, le servía de guardarropa. Tres meses antes de la velada cuyos hechos voy a contarles, la señora de Merret se había sentido suficientemente indispuesta para que su marido la dejase sola en su cuarto, y él se acostaba en una habitación del primer piso. Por uno de esos azares imposibles de prever, aquella noche volvió dos horas más tarde que de costumbre del Círculo adonde iba a leer los periódicos y hablar de política con los habitantes de la región. Su mujer creía que ya había vuelto y estaba acostado y dormido. Pero la invasión de Francia había sido objeto de una discusión muy animada; la partida de billar se había acalorado, él había perdido cuarenta francos, cantidad enorme en Vendôme, donde todo el mundo mira mucho el dinero, y donde las costumbres quedan contenidas dentro de los límites de una modestia digna de elogios, que quizá se convierte en la fuente de una felicidad auténtica de la que no se preocupa ningún parisino. Desde hacía algún tiempo, el señor de Merret se contentaba con preguntar a Rosalie si su mujer ya se había acostado; tras la respuesta siempre afirmativa de la joven, él se iba inmediatamente a su cuarto, con esa naturalidad que engendran la costumbre y la confianza. De vuelta en casa, tuvo el capricho de ir al cuarto de la señora de Merret para contarle su mala suerte, quizá también para consolarse. Durante la cena había encontrado a la

señora de Merret muy coquetamente vestida; en el camino del Círculo a su casa se decía que su mujer ya había dejado de sufrir, que su convalecencia la había embellecido, y que él se daba cuenta de eso, como los maridos se dan cuenta de todo, algo tarde. En lugar de llamar a Rosalie, que en ese momento estaba ocupada en la cocina viendo a la cocinera y al cochero jugando un lance difícil de la brisca, el señor de Merret se dirigió hacia la habitación de su mujer a la luz de un farol de mano que había dejado en el primer peldaño de la escalera. Su paso fácil de reconocer resonaba bajo las bóvedas del corredor. En el momento en que el gentilhombre giró la llave del cuarto de su mujer, creyó oír que se cerraba la puerta del gabinete del que he hablado; pero, cuando entró, la señora de Merret estaba sola, de pie delante de la chimenea. El marido pensó ingenuamente para sí mismo que Rosalie estaba en el gabinete; sin embargo, una sospecha que tintineó en su oído con un ruido de campanas le hizo desconfiar; miró a su mujer, encontró en sus ojos un no sé qué de turbación y de salvaje.

—Vuelve usted muy tarde —dijo ella.

Aquella voz, por lo general tan pura y tan graciosa, le pareció ligeramente alterada. El señor de Merret no respondió nada porque en ese momento entró Rosalie. Fue para él como un rayo. Paseó por la habitación yendo de una ventana a otra con un movimiento uniforme y los brazos cruzados.

—¿Ha recibido alguna noticia triste, o no se encuentra bien? —le preguntó tímidamente su mujer, mientras Rosalie la desvestía.

Él guardó silencio.

—Retírese —dijo la señora de Merret a la doncella—, ya me pondré yo misma los bigudíes.

Adivinó alguna desgracia con solo ver el semblante de su marido y quiso estar a solas con él. Cuando Rosalie se hubo marchado, o por lo menos eso creyeron ellos, porque la doncella se quedó unos instantes en el corredor, el señor de Merret fue a situarse delante de su mujer y le dijo fríamente:

—¡Señora, hay alguien en su gabinete!

Ella miró a su marido muy tranquila y le respondió con sencillez:

—No, señor.

Ese *no* afligió al señor de Merret, no lo creía; y sin embargo nunca su mujer

le había parecido ni más pura ni más religiosa de lo que parecía ser en aquel momento. Se levantó para ir a abrir el gabinete, la señora de Merret le cogió la mano, lo detuvo, lo miró con aire melancólico y le dijo con una voz singularmente emocionada:

—Si no encuentra a nadie ahí dentro, piense que todo ha acabado entre nosotros.

La increíble dignidad impresa en la actitud de su mujer devolvió al gentilhombre una profunda estima hacia ella, y le inspiró una de esas resoluciones a las que solo falta un teatro más vasto para volverse inmortales.

—No —dijo él—, Joséphine, no iré. En cualquiera de los dos casos, nos separaríamos para siempre. Escucha, conozco toda la pureza de tu alma, y sé que llevas una vida santa; no querrías cometer un pecado mortal a costa de tu vida.

Al oír estas palabras, la señora de Merret miró a su marido con ojos desenchajados.

—Mira, aquí está tu crucifijo —añadió aquel hombre—. Júrame ante Dios que ahí no hay nadie; te creeré, nunca abriré esa puerta.

La señora de Merret cogió el crucifijo y dijo:

—Lo juro.

—Más alto —dijo el marido—, y repite: «Juro ante Dios que en ese gabinete no hay nadie».

Ella repitió la frase sin alterarse.

—Está bien —dijo fríamente el señor de Merret.

Tras un momento de silencio:

—Tiene usted un objeto muy bello que yo no conocía —dijo él examinando aquel crucifijo de ébano con incrustaciones de plata y esculpido muy artísticamente.

—Lo encontré en la tienda de Duvivier, quien, cuando aquella tropa de prisioneros estuvo en Vendôme el año pasado, se lo había comprado a un monje español.

—¡Ah! —dijo el señor de Merret volviendo a poner el crucifijo en el clavo y haciendo sonar la campanilla.

Rosalie no tardó en aparecer. El señor de Merret se dirigió rápidamente a su

encuentro, la llevó al hueco de la ventana que daba al jardín y le dijo en voz baja:

—Sé que Gorenflot quiere casarse contigo, solo la pobreza os impide casaros, y tú le has dicho que no serías su mujer si no encontraba el medio de hacerse maestro albañil... pues bien, vete a buscarlo, dile que venga aquí con su llana y sus herramientas. Actúa de tal modo que solo él se despierte en su casa; su fortuna sobrepasará vuestros deseos. Y, sobre todo, sal de aquí sin hablar con nadie, porque si no...

Frunció el ceño. Rosalie se fue, él volvió a llamarla.

—Toma, coge mi llave maestra —dijo.

—¡Jean! —gritó el señor de Merret con voz de trueno en el corredor.

Jean, que era a la vez su cochero y su hombre de confianza, dejó la partida de brisca y acudió.

—Id todos a acostaros —le dijo su amo haciendo una seña para que se acercase; y el gentilhomme añadió, pero en voz baja—: Cuando todos se hayan dormido, *dormido*, ¿me oyes bien?, bajas a avisarme.

El señor de Merret, que no había perdido de vista a su mujer mientras daba sus órdenes, volvió tranquilamente a su lado junto al fuego y se puso a contarle lo que había ocurrido durante la partida de billar y las discusiones del Círculo. Cuando Rosalie estuvo de vuelta, encontró al señor y a la señora de Merret hablando muy amistosamente. Hacía poco que el gentilhomme, había hecho techar todas las estancias que componían sus habitaciones de recepción en la planta baja. El yeso es muy raro en Vendôme, el transporte aumenta mucho su precio; por eso el gentilhomme había hecho traer una cantidad bastante grande, sabiendo que siempre encontraría compradores para lo que le sobrase. Esta circunstancia le inspiró el designio que puso en práctica.

—Señor, Gorenflot ya está aquí —dijo Rosalie en voz baja.

—¡Que entre! —respondió en voz alta el gentilhomme picardo.

La señora de Merret palideció ligeramente al ver al albañil.

—Gorenflot —dijo el marido—, vete a por unos ladrillos a la cochera, y trae los suficientes para tapiar la puerta de ese gabinete; utiliza el yeso que ha sobrado para enlucir la pared.

Luego, atrayendo hacia él a Rosalie y al obrero:

—Escucha, Gorenflot —dijo en voz baja—, te acostarás aquí esta noche. Pero mañana por la mañana tendrás un pasaporte para ir a un país extranjero, a una ciudad que yo te indicaré. Te entregaré seis mil francos para el viaje. Vivirás diez años en esa ciudad; si no te gusta, podrás establecerte en otra, siempre que no sea en el mismo país. Pasarás por París, donde me esperarás. Allí te aseguraré, mediante contrato, otros seis mil francos que te serán pagados a tu vuelta en caso de que hayas cumplido las condiciones de nuestro acuerdo. Por ese precio debes guardar el silencio más profundo sobre lo que habrás hecho aquí esta noche. En cuanto a ti, Rosalie, te daré diez mil francos que solo te serán entregados el día de tu boda, y a condición de casarte con Gorenflot; pero, para casaros, hay que callar. Si no, no hay dote.

—Rosalie —dijo la señora de Merret—, ven a peinarme.

El marido se paseó tranquilamente de un lado a otro de la habitación, vigilando la puerta, al albañil y a su mujer, pero sin dejar que se notase una desconfianza injuriosa. Gorenflot se vio obligado a hacer ruido. La señora de Merret aprovechó un momento en que el obrero descargaba unos ladrillos y su marido se encontraba en el extremo de la habitación para decirle a Rosalie:

—Mil francos de renta para ti, querida niña, si puedes decir a Gorenflot que deje una grieta por abajo.

Luego, en voz alta, le dijo con sangre fría:

—¡Vete a ayudarlo!

El señor y la señora de Merret permanecieron en silencio durante todo el tiempo que Gorenflot tardó en tapiar la puerta. Aquel silencio era cálculo en el marido, que no quería dar a su mujer ningún pretexto para proferir palabras de doble sentido, y en la señora de Merret fue prudencia u orgullo. Cuando la pared estuvo a la mitad de su altura, el astuto albañil aprovechó un momento en que el gentilhomme estaba de espaldas para dar un golpe de pala en uno de los dos cristales de la puerta. Esta acción permitió comprender a la señora de Merret que Rosalie había hablado con Gorenflot. Los tres vieron entonces una cara de hombre sombría y morena, de cabellos negros y mirada de fuego. Antes de que su marido se hubiera vuelto, la pobre mujer tuvo tiempo de hacer con la cabeza una seña al extranjero, para quien esa seña quería decir:

«¡Espere!». A las cuatro, cuando empezaba a amanecer, porque era el mes de septiembre, la obra quedó concluida. El albañil quedó bajo la vigilancia de Jean, y el señor de Merret se acostó en la habitación de su esposa. A la mañana siguiente, al levantarse, dijo en tono despreocupado:

—¡Diablos!, tengo que ir al Ayuntamiento para el pasaporte.

Se puso el sombrero, dio tres pasos hacia la puerta, cambió de idea y cogió el crucifijo. Su mujer se estremeció de felicidad. «Iré a la tienda de Duvivier», pensó. Tan pronto como el gentilhombre hubo salido, la señora de Merret llamó a Rosalie; luego, con una voz terrible:

—¡La piqueta, la piqueta –exclamó–, y manos a la obra! Ayer vi cómo lo hacía Gorenflot, tendremos tiempo de hacer un agujero y de volver a taparlo.

En un abrir y cerrar de ojos, Rosalie trajo una especie de martillo a su ama que, con un ardor del que sería imposible dar una idea, empezó a demoler la pared. Ya había hecho saltar algunos ladrillos cuando al tomar impulso para aplicar un golpe todavía más vigoroso que los otros, vio al señor de Merret a su espalda; se desmayó.

—Lleve a la señora a su cama –dijo fríamente el gentilhombre.

Previendo lo que debía ocurrir durante su ausencia, había tendido una trampa a su mujer; se había limitado a escribir al alcalde y enviado a buscar a Duvivier. El joyero llegó en el momento en que acababa de ser reparado el desorden de la habitación.

—Duvivier –le preguntó el gentilhombre–, ¿no compró usted crucifijos a los españoles que pasaron por aquí?

—No, señor.

—Bien, se lo agradezco –dijo lanzando a su mujer una mirada de tigre–. Jean –añadió volviéndose hacia su criado de confianza–, servirás mis comidas en la habitación de la señora de Merret; está enferma, y no la dejaré sola hasta que no se recupere.

El cruel gentilhombre permaneció veinte días al lado de su mujer. Durante los primeros momentos, cuando se producía algún ruido en el gabinete tapiado y Joséphine quería implorarle por el desconocido moribundo, le contestaba, sin permitirle decir una sola palabra:

—Ha jurado usted sobre el crucifijo que ahí no había nadie.

Después de este relato, todas las mujeres se levantaron de la mesa, y el hechizo bajo el que las había tenido Bianchon se disipó con ese movimiento. Sin embargo, algunas de ellas sintieron casi frío al oír la última frase.

³⁹ Comuna francesa, en el departamento de Loir-et-Cher (capital Blois), a 185 km de París, de cierta importancia durante la Edad Media. La localización de la Grande Bretèche en la región es ficticia.

⁴⁰ Río del centro oeste de Francia, de 317 km, en el departamento de Eure-et-Loir; es un afluente del Sarthe, que, a su vez, desemboca en el Loira.

⁴¹ «Piensa en la última [hora]».

⁴² Personaje de *La comedia humana*, el doctor Desplein encarna en ella a una eminencia de la medicina de la época: Guillaume Dupuytren (1777-1835), cirujano jefe del Hôtel-Dieu de París, que perfeccionó casi todas las operaciones quirúrgicas y realizó por primera vez otras. Protagoniza el relato *La misa del ateo*, en la que su ausencia de fe no le impide encargar la celebración de una misa por un bienhechor difunto, aparece además en novelas como *La interdicción* y *Ferragus*.

⁴³ Familia de la mitología griega, descendientes de Atreo, nieto de Tántalo, maldecido por haber hecho comer a los dioses el cuerpo de su hijo Pélope. Sus descendientes heredaron la maldición; su destino, sobre todo en la figura de Agamenón (hermano de Menelao, casado con Helena de Troya) y de sus hijos (Ifigenia, Laódice, Electra, Orestes, Menelao, etc.), estuvo marcado por el parricidio, el incesto, el infanticidio y el asesinato, hasta que Orestes fue juzgado por matricidio en Atenas cuando se creó el primer tribunal criminal.

⁴⁴ Pseudónimo del califa Isaoun, protagonista de la ópera cómica de François-Adrien Boieldieu (1775-1834) *Le Calife de Bagdad* (1800). Isaoun recorre disfrazado las calles de la ciudad para seducir a Zétulbé, quien, tras muchas peripecias, aceptará casarse con él.

⁴⁵ En Francia, entre 1798 y 1926, los edificios pagaban un tipo de impuesto basado en el número y el tamaño de las ventanas y/o las puertas que tenían. Ese mismo impuesto, que ya utilizaron los romanos, se dio también en Gran Bretaña y en España; en este país se suprimió en 1910.

⁴⁶ En lenguaje infantil, «caballo», término con el que Balzac «traduce» el *hobby-horse* del novelista inglés Laurence Sterne (1713-1768), a dos de cuyos personajes, el cabo Trim

y su tío Toby, de la novela *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy* (1759-1767), se cita líneas más adelante. La expresión puede traducirse por «manía».

⁴⁷ El notario maese Roguin es un personaje de *La comedia humana* que aparece en varias novelas; sus intrigas causan la ruina fraudulenta de protagonistas importantes, como la de la casa Birotteau, del padre de Eugenia Grandet, de los Ragon (*La Rabouisilleuse*), etc.

⁴⁸ Aimé Argand (1750-1803), físico y químico suizo, inventó en 1782 una lámpara de aceite en la que una campana de cristal protegía la mecha; le aplicó un depósito lateral que, con una doble corriente de aire, la hacía más potente que la simple candela. Su invento fue aprovechado y mejorado por el francés Antoine Quinquet (1745-1803), que daría su apellido al quinqué.

⁴⁹ *La imitación de Cristo*, obra ascética atribuida a Tomás de Kempis (1379/1380-1471), gozó de gran predicamento en la vida religiosa e intelectual europea desde su aparición (en 1418 según algunos autores, en 1427 según otros).

⁵⁰ Véase nota 22, en la pág. 34.

⁵¹ David Teniers (1610-1690), pintor belga, hijo y padre de pintores con su mismo nombre. Influido por Rubens, pintó sobre todo paisajes de campo, con figuras populares, en los que estudia sobre todo los efectos de la luz.

⁵² Durante el Imperio, prisioneros de guerra de distintas nacionalidades fueron trasladados a Francia y asignados a residencia bajo palabra.

⁵³ Balzac parece utilizar el nombre de Fernando de Heredia, conde de Prado-Castellane, oficial español, amante de la madre del novelista (hacia 1805), que, considerado prisionero, logró evadirse. Balzac lo trataría hacia 1817.

⁵⁴ De 1,65 m a 1,67 m.

⁵⁵ Henri Gatien Bertrand (1773-1844), general del Imperio, compañero de Napoleón en el destierro del Emperador en Santa Elena.

⁵⁶ Jean-Andoche Junot, duque de Abrantes (1771-1813), general del Imperio que participó en todas las batallas napoleónicas importantes. Tras un periodo de alteraciones mentales, se suicidó. Su esposa, Laure Junot, duquesa de Abrantes (1784-1838), mantuvo una conducta extravagante desde el principio del Consulado; criticaba abiertamente al Emperador pese al cariño que Napoleón demostraba por la pareja; conocida por sus intrigas para restaurar a los Borbones, por su prodigalidad y sus deudas, contactó con el joven Balzac hacia 1825, cuando pensó en escribir para encauzar su situación económica; convertido en su amante, el novelista la ayudó a redactar unas *Memorias* (1832) de gran éxito, que por otro lado sirvieron a Balzac para distintas novelas, entre ellas *Un asunto tenebroso*. Trató de reconstruir un salón mundano y literario, pero hubo de vender sus joyas y su mobiliario, amenazada por la indigencia en la que murió.

⁵⁷ Élie Decazes (1780-1860), ministro de Interior con Luis XVIII y presidente del Consejo; tuvo que dimitir de este cargo en 1820 porque su política liberal de reconciliación había suscitado el odio de los ultramonárquicos.

⁵⁸ Tras la rendición de la monarquía española a Napoleón en 1808, y mientras el trono de España estuvo ocupado por José I, hermano del Emperador, el rey Carlos IV permaneció exiliado en Compiègne mientras su hijo, el príncipe, luego rey, Fernando VII, que había devuelto en Bayona la corona a su padre presionado por Napoleón, vivía en el castillo propiedad de Talleyrand, en Valençay.

ALEXANDRE DUMAS

EL ARMARIO DE CAOBA

En mi juventud oí contar a un ayuda de campo del príncipe Eugenio⁵⁹, que había servido a las órdenes de mi padre y que se llamaba Bataille, la historia siguiente, que yo debería enviar inédita a mi colega Gaboriau, quien, con el talento tan especial que tiene para esta clase de relatos, haría una pareja de *El crimen de Orcival* o de *El caso Lerouge*⁶⁰.

Fue durante aquellos dos años de paz que brillaron como un dulce sol sobre Francia —entre la Paz de Viena y la campaña de Rusia—; toda aquella orgullosa juventud victoriosa de Europa que, a la menor señal, acudía bajo sus banderas, había vuelto a París, que constelaba con sus charreteras de oro. Todo lo que era joven era soldado, todo lo que era valiente e inteligente era oficial, todo lo que tenía un apellido era jefe de brigada, coronel o general.

Cierto día, poco después de Austerlitz⁶¹, estando Napoleón en el balcón de Saint-Cloud, ve pasar a tres jóvenes a caballo. Llama a Savary, jefe de su Policía Militar.

—¿Cómo es que hay en Francia tres jóvenes que montan caballos de seis mil francos y no están a mi servicio? —preguntó el todopoderoso—. ¿Los conoce?

Savary no los conocía.

—Infórmese de quiénes son y tráigamelos.

Diez minutos después le traían al señor de Turenne, al señor de Septeuil y al señor de Narbonne. Un cuarto de hora más tarde, por las buenas o por las malas, eran coroneles.

El primero llegó a ser chambelán del Emperador. Fue él quien, dándose cuenta de que Napoleón nunca se ponía el guante de la mano derecha, hizo un ahorro de tres a cuatro mil francos por año, ordenando que solo le hicieran guantes de la mano de izquierda, y de vez en cuando un guante de la mano derecha; gastaba un guante de la mano derecha por cada diez guantes de la mano izquierda.

El segundo tuvo la desgracia de agrandar a la princesa ***, que le regaló una piel de pantera, con ojos de rubíes, que le había dado el Emperador. El Emperador, al pasar revista en el patio del Carrousel, reconoció la piel. Llama al señor de Septeuil, que era coronel de húsares.

—Señor —le dijo—, va a partir usted para España para hacerse matar.

El señor de Septeuil partió con la firme intención de obedecer. Al cabo de dos años volvía con una pata de palo.

—¿Y bien, señor? —le preguntó Napoleón frunciendo el ceño.

—Sire —respondió el señor de Septeuil mostrando su pierna—, esto es todo lo que he podido hacer por Vuestra Majestad.

Sobre el nacimiento del tercero planeaba un misterio real. Se hablaba de una joven que se había sacrificado a mayor gloria de la Iglesia, suponiendo que los jesuitas pertenezcan a la Iglesia. En voz baja la llamaban Madame Adélaïde, y el rey era Luis XV. Este joven fue ayuda de campo de Napoleón en Rusia y embajador en Viena.

Volvamos a nuestro relato, cuyo héroe tenía el honor de ser ayuda de campo del príncipe Eugène.

Bataille estaba en el teatro Feydeau⁶². En esa época, la sala de espectáculo resplandecía de oro y pedrerías. En ese decorado viviente, los jóvenes oficiales proporcionaban las charreteras, los cordones, los adornos; las mujeres, los diamantes, las esmeraldas y las perlas.

El joven ayuda de campo estaba en los palcos del patio, y a dos palcos del suyo vio a una mujer sola. La mujer era guapa, elegante, parecía tener apenas veinticuatro años. Probó con ella señales de ese telégrafo amoroso cuya invención se remonta a Adán. La joven parecía conocer al dedillo esa lengua telegráfica. El resultado del diálogo fue que el ayuda de campo pasó del palco del patio al palco de la dama. Nuestros oficiales estaban acostumbrados a las

victorias fáciles; por lo tanto Bataille no se sorprendió cuando la joven, enérgicamente atacada, se rindió, ni cuando el primer artículo de la capitulación —primer artículo aceptado sin demasiadas discusiones— fue que recibiría al vencedor a cenar en su casa.

Los demás artículos deberían discutirse durante la cena. El espectáculo se le hizo largo al joven oficial; por eso se levantó antes de que cayera el telón. Como aquella premura no tenía nada de ofensivo para la dama, ella también se levantó, se envolvió en su chal, y, cuando el ayuda de campo quería llamar a un coche, ella dijo:

—¡Oh!, no merece la pena, vivo a dos pasos de aquí, en la calle de Colonne, nº 17; solo tenemos que cruzar la plaza Feydeau.

En efecto, cinco minutos después, la señora de Saint-Estève —ese era el nombre que había dado la bella buscadora de aventuras— llamaba a la puerta del segundo piso de una casa magnífica.

Una joven y guapa doncella vino a abrir.

—Ambrosine —dijo la señora de Saint-Estève—, el señor me hace el honor de cenar conmigo; ¿no he sobrevalorado el celo de Madeleine cuando pensó que yo encontraría algo presentable?

—¡Oh, Dios mío!, si la señora hubiera avisado, se habría podido conseguir un pescado; hay un paté de fuagrás, dos perdices frías y una ensalada de apio.

—Vaya a buscar cuatro docenas de ostras, eso bastará.

Bataille quiso oponer algunas objeciones, pero con un gesto majestuoso la señora de Saint-Estève hizo seña a la señorita Ambrosine de que obedeciera, y esta salió.

—Ahora —dijo la señora de Saint-Estève introduciendo al ayuda de campo en un pequeño tocador—, permítame librame de todas estas joyas, quitarme el corsé, una de cuyas ballenas se me clava en la carne, y ponerme un peinador en lugar de este vestido.

—Claro, señora —dijo el joven, viendo que todos aquellos preparativos llevaban a un horizonte encantador—; haga, querida... A propósito, ¿cómo se llama usted?

—Eudoxie.

—Mi querida Eudoxie, vuelva enseguida y recuerde que uno puede morir

esperándola.

La joven le envió un beso y salió.

Una vez solo, Bataille, curioso por saber dónde estaba y por juzgar al pájaro por el nido, cogió una vela de la chimenea y empezó a mirar los paños, los muebles, los cuadros; todo aquello olía a Aspasia⁶³ a la legua, pero sin embargo era de un gusto exquisito; solo le sorprendía una cosa: que en medio de los muebles, en madera de palo rosa y de Boulle⁶⁴, había, en aquel delicioso tocador totalmente tapizado de raso, totalmente amueblado de damasco y brocatel, un largo armario de caoba en el hueco de dos ventanas.

Se acercó para ver si aquel armario tenía alguna incrustación preciosa que lo hiciese digno de figurar en medio de aquel rico mobiliario; pero, al acercarse al armario, su pie resbaló en el parqué sobre una cosa viscosa y húmeda. Se agachó para ver en qué había resbalado y se quedó con los ojos fijos y la respiración suspendida.

¡Había resbalado sobre sangre!

Dudó por un instante, pero al bajar la luz hasta el nivel del parqué, vio que aquella sangre corría gota a gota de la ranura inferior del armario.

Llevó vivamente la mano a la cerradura. No había llave. Bajó de nuevo la cabeza, recogió en su pañuelo una gota del licor rojo, lo acercó a la vela.

No se había engañado, ¡era sangre!

Nuestro ayuda de campo era valiente. Había visto los campos de batalla de Marengo, de Austerlitz, de Jena, de Friedland, y por último de Wagram⁶⁵, donde en dos días la muerte segó sesenta mil seres vivos. Nunca había sentido un terror parecido al que le inspiró aquella sangre que caía, gota a gota, de la ranura de aquel sombrío armario.

Se enjugó la frente que chorreaba de sudor, dejó el candelabro en la chimenea y trató de recuperarse. ¿Qué iba a hacer?

Encontrar un pretexto para salir y avisar a la Policía. Evidentemente, en aquel armario había el cadáver de un cuerpo asesinado hacía poco.

En aquel momento, la señorita o señora Eudoxie de Saint-Estève, como se quiera, reaparecía en la puerta del salón con una deliciosa bata, un peinador de tafetán blanco cubierto de encajes, de mangas abiertas que dejaban ver hasta por encima del codo unos brazos maravillosamente blancos y de una

forma adorable, llevaba un pañuelo por encima de sus cabellos rubios y anudado bajo el cuello, medias de seda y mulas turcas.

—Veo encantado su indumentaria, mi querido ángel —dijo Bataille—, pero me permitirá irme inmediatamente después de la cena. Debo decir que esperaba esa indulgencia de su parte; pero soy soldado, soy oficial, ayuda de campo, por lo tanto, esclavo. También le pediré un cuarto de hora, el tiempo de ir a las Tullerías para recibir las órdenes del príncipe.

La señora de Saint-Estève hizo el mohín más bonito del mundo.

—¡Oh!, conozco esos pretextos —dijo ella—, usted no volverá.

—¿Y por qué no iba a volver?

—Porque no es a su príncipe al que se le ha olvidado avisar, es a su mujer.

—No estoy casado.

—A su amante, entonces.

—Mire —dijo el oficial—, ¿quiere, antes de dejarme partir, una prueba de que volveré?

—Le confieso que eso me tranquilizaría, y necesito sentirme tranquila.

Bataille sacó de su chaleco un reloj guarnecido de diamantes, que le había regalado el príncipe.

—Tome este reloj —le dijo—, me lo devolverá cuando vuelva a verme.

Con una ojeada rápida, la señorita Eudoxie, que parecía entender de pedrerías, evaluó el reloj en la suma de tres mil a cuatro mil francos. A partir de entonces, se tranquilizó sobre el regreso de su invitado.

El ayuda de campo salió, corrió a un coche, saltó a su interior, se hizo llevar a la policía; siempre hay un agente principal de guardia, a cualquier hora del día o de la noche.

Le contó todo.

Este se hizo informar con toda precisión sobre la topografía de la casa e invitó al ayuda de campo a volver a la calle de Colonne y a cenar tranquilamente.

Por valiente que fuese, Bataille tuvo un momento de vacilación. Seguía viendo aquella sangre que corría gota a gota por la ranura del armario.

Finalmente decidió seguir el consejo del policía, pero pasó por su casa, se puso el uniforme y cogió su sable.

La rapidez con que se abrió la puerta le demostró que era esperado con impaciencia, pero, al verlo de uniforme y con el sable al costado, la señora de Saint-Estève manifestó su sorpresa.

—¡Oh, de uniforme! —exclamó ella—, y con su sable, su gran sable al costado, pero ¿es que se va usted a la guerra como el señor de Marlborough⁶⁶?

Y pronunció estas palabras: su gran sable, lo bastante alto para que una o varias personas situadas en el cuarto de al lado pudieran oírlas.

Pero tras esa explosión, no hubo más recriminaciones. La señora de Saint-Estève puso la mejor cara del mundo a su invitado.

—Para que cenemos de una forma más íntima —añadió—, he mandado poner la mesa en el tocador.

La noticia no produjo en Bataille todo el efecto que la señora de Saint-Estève esperaba.

—¡Ah, en el tocador! —dijo el joven oficial—; sí, estaremos muy bien en el tocador.

Eudoxie lo miró asombrada ante aquella singular forma de aprobación.

Pero él, al darse cuenta de su error, sonriendo y cogiéndola galantemente por la cintura, le dijo una de esas vulgaridades que se dicen a las cortesanas y que les bastan, porque esas damas no están acostumbradas a una cortesía demasiado elegante.

Había servida una cena, con todos los accesorios del lujo más refinado; las velas ardían en los lustros, en los candelabros y en los candeleros.

Los cristales centelleaban.

Los platos de porcelana de Sajonia llevaban la cifra de la dueña de la casa, rodeada por una guirnalda de rosas.

Pero no fue a los platos, ni a los cristales, ni a las velas incandescentes adonde se dirigieron los ojos del ayuda de campo. Fue al sombrío armario en medio de todos aquellos objetos resplandecientes.

Eudoxie captó aquella mirada al pasar.

—Ah, sí —dijo sonriendo—, se pregunta usted cómo un armario tan vulgar se ha extraviado entre esos muebles dorados, es mi armario de la ropa; he encargado en Boule otro que va con el resto del piso.

—De veras, tiene usted razón, querida Eudoxie, ese armario choca a la vista.

—Dele la espalda, y así no lo verá.

—No, no importa —exclamó el irreflexivo joven.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó Eudoxie en tono de inquietud.

—Pues por nada —respondió Bataille con indiferencia—, y la prueba es que estoy aquí.

Y, en efecto, se sentó dando la espalda al armario.

La cena era de una delicadeza extrema y digna del resto, y sin embargo nuestro joven ayuda de cámara no la valoró según su mérito.

Aquel maldito armario situado a su espalda lo inquietaba. Seguía pareciéndole que lo oía crujir y abrirse. Por suerte, estaba situado delante de un espejo y detrás de él no podía pasar nada que no viese.

No pasó nada.

Al final de la cena, como su invitado tenía la impresión de que la policía se hacía esperar demasiado, y parecía cada vez más preocupado, Eudoxie pensó que aquella preocupación procedía de la ausencia de su reloj.

—A propósito —le dijo a su doncella—, ¿y el reloj del coronel?

Le trajeron el reloj en una bandeja de plata.

El oficial dio las gracias con un movimiento de cabeza y se lo guardó en el bolsillo del chaleco, pero no por eso pareció menos preocupado.

Era la una en el reloj de péndulo.

La cena se había acabado, habían tomado el café y los licores; la bella Eudoxie fingía poses inclinadas que, por su abandono, casi llegaban a ser un reproche. Hay una cosa que los hombres temen todavía más que ser sospechosos de cobardía, y nuestro ayuda de campo empezaba a ver que su anfitriona estaba en el límite de la duda.

Un paso más, y su sonrisa burlona se convertía en sospecha. El oficial tomó su decisión. Se prometió dejar el sable al alcance de la mano, no dormirse, cosa que no planteaba ninguna dificultad al lado de una mujer bonita, y, besando la mano de Eudoxie, le dijo:

—¿No tiene usted otra habitación de su piso que enseñarme?

—¡Al fin! —respondió ella—. ¿Sabe que empezaba a decirme que era usted

muy poco curioso?

Y, apoyándose en el brazo de Bataille, se dirigió al dormitorio, cuya puerta entornada dejaba ver un delicioso mobiliario de raso blanco cielo, que una lámpara de alabastro, única luz que iluminaba la habitación, escarchaba de plata. En el momento en que ponían el pie en la alfombra de hojas muertas que daba a la tapicería azulada todo su valor, en la puerta de la escalera sonó un violento golpe.

El oficial se estremeció; la cortesana se puso tan pálida como los encajes de su peinador.

Dieron un segundo golpe, luego un tercero, y una voz gritó:

—¡En nombre del Emperador, abran!

La cortesana lanzó una mirada terrible, una mirada de víbora irritada al joven.

Este se apartó de ella como si hubiera visto brillar un puñal en su mano.

Luego, al mismo tiempo que ella se apartaba de él, daba un salto a un lado y su mano cogía la guarda de su sable.

La misma voz resonó por segunda vez, repitiendo:

—¡En nombre del Emperador, abran!

—¡Ah, cobarde! —dijo ella, rechinando los dientes—, esto es lo que esperabas.

Apareció la doncella, más pálida todavía que su ama.

—¿Qué hay que hacer, señora? —preguntó.

—Abra.

—Pero ¿y ellos...?

—Voy a avisarlos.

Y se lanzó por un pasillo que parecía llevar a la cocina y a los cuartos de los criados.

La voz hizo repetir por tercera vez las palabras sacramentales que, tras cinco segundos de silencio, fueron seguidas por estas.

—¡Echen la puerta abajo!

—¡Es inútil! —gritó la doncella—, ya abrimos.

Y, en efecto, abrió.

Era el mismo hombre de la calle de Jérusalem con el que había hablado

nuestro oficial; lo seguían un comisario de Policía, tres gendarmes y un cerrajero.

Uno de los gendarmes se quedó en el descansillo.

Bataille observó que se inclinaba y gritaba a otro gendarme que probablemente vigilaba en la puerta de la calle.

—¡Atención! ¡Ya hemos llegado!

—¡Por fin! —dijo Bataille dirigiéndose al policía—, más vale tarde que nunca.

—¡Bueno! —dijo el policía riendo—, he pensado que al lado de una mujer guapa no se dormiría usted hasta las tres de la mañana, y aún me quedaba una hora por delante.

En ese momento, la cortesana apareció en la puerta de la habitación; estaba pálida, pero parecía tranquila.

—¿Puedo saber, señores —dijo en tono burlón—, a qué debo el honor de su visita?

—Señora —respondió el agente de Policía—, veníamos a pedirle noticias del señor.

Y señaló a Bataille.

—Por casualidad, ¿estaría usted encargado de velar por la castidad de los señores oficiales del Gran Ejército?

—No, pero estamos encargados de vigilar que no los encierren en armarios de caoba.

—¿En armarios de caoba? —repitió Eudoxie con una sorpresa visiblemente mezclada con angustia.

—Sí —continuó el agente—, en armarios de caoba: y usted, bella dama, tiene uno en su tocador que preocupa a la Policía hasta el punto de que, palabra, ha decidido inspeccionarlo. ¿Quiere acompañarnos para abrirnos la puerta?

El agente que servía de guía al comisario de Policía avanzó hacia el tocador, todavía iluminado como si fuera de día y fue directamente hacia el armario.

La cortesana lo seguía, rígida por el terror, pero como atraída por una fuerza invencible.

—¿La llave? —preguntó el agente.

—No sé dónde está —balbució Eudoxie.

—Le damos un minuto para que se acuerde.

Durante ese minuto de silencio y de espera, en el que todo el mundo menos el centinela del descansillo estaba dentro del tocador, se oyó al gendarme del pasillo gritar:

—¡Socorro!

Ese grito fue seguido por un disparo.

El ayuda de campo saltó a la antecámara sable en mano, y encontró al gendarme luchando contra dos hombres.

De un golpe, partió la cabeza de uno con el filo; de un golpe, atravesó al otro de lado a lado con la punta.

—¡Ah, palabra, gendarme, que se lo agradezco! —dijo—. Hasta ahora solo he jugado el papel de un idiota; gracias a usted, me he tomado la revancha.

—¿Qué ocurre? —preguntó el gendarme que guardaba la puerta de la calle.

—Nada —dijo el del descansillo.

La cortesana se había puesto lívida.

El ayuda de campo volvió a entrar y con un gesto de la mano hizo que todos volvieran a ocupar su sitio.

—Todo ha terminado —dijo—, pueden continuar.

—Bueno, señora —preguntó el agente—, ¿y esa llave?

—Ya le he dicho, señor, que no sabía dónde estaba.

La respuesta estaba prevista.

El agente, dirigiéndose al cerrajero, le dijo:

—Venga aquí, amigo mío.

El cerrajero probó sucesivamente tres ganzúas; a la tercera, la cerradura cedió y se abrió la puerta.

Un cadáver atravesado por tres puñaladas, con el pecho desnudo, la cabeza inclinada sobre el pecho, y solo vestido con su pantalón de paño fino, estaba colgado por las axilas de las perchas que suelen ponerse en los armarios para sostener los vestidos.

Era la sangre que había corrido de sus tres heridas lo que se filtraba gota a gota por la ranura del armario.

El agente lo agarró por el pelo y le alzó la cabeza.

Era un hermoso joven de veinte a veintidós años, que por la finura de su piel y la elegancia de su cabellera podía reconocerse como un hijo de buena familia.

La señora Eudoxie de Saint-Estève había tomado la decisión de desmayarse.

—Es lo que pasa por tener los nervios delicados —dijo el agente—. Gendarme, llévese a la señora a su habitación, y vigílela lo mismo que a su doncella.

El gendarme al que se había dado esa orden cogió a la bella Eudoxie en brazos y la llevó a su habitación.

Su doncella lo siguió.

—Señor coronel —dijo el agente de Policía—, ¿sabe usted lo que es una ratonera?

—Es el aparato con el que se atrapa a los ratones, creo yo —replicó este.

—Y a los asesinos —dijo el agente.

—¿A los asesinos? —dijo el oficial—. Creo que se encuentran en bastante mal estado para que no tengamos nada que temer de ellos.

—Bueno —dijo el agente de Policía—, probablemente no son los únicos. Si nos concede el honor de su presencia podrá ver cómo se hace, a menos que prefiera ir a acostarse.

—Gracias —dijo Bataille—, no tengo ganas de dormir.

—Pues entonces no perdamos el tiempo.

Luego, dirigiéndose al magistrado:

—Señor comisario de Policía —le dijo—, si teme que su mujer esté preocupada, váyase a casa; su presencia aquí no es absolutamente necesaria.

—Es posible, señor —respondió él—, pero mi deber exige que me quede.

—Quédese entonces. En cuanto a usted, amigo mío —dijo al cerrajero—, como ya no tenemos más puertas que abrir...

—¿Quiere eso decir que me despide? —dijo el discípulo de san Eloy⁶⁷.

—No, solo digo que ya no lo necesitamos.

—Es que me gustaría quedarme —dijo el cerrajero—, no he visto nunca esa ratonera y debe de ser curioso.

—Quédese entonces, pero no haga ruido con su chatarra.

—No se preocupe —dijo el cerrajero—; no me moveré más que mi yunque.

—Entonces, ¡atención! —dijo el agente.

Y silbó de una manera particular; el gendarme que estaba en la puerta de la calle subió.

—El tiro que se ha disparado, ¿se ha oído en la calle? —le preguntó al agente.

—Casi nada —respondió el gendarme—; en cualquier caso, no ha producido ningún efecto, porque la calle está totalmente desierta.

—¿Está cerrada la puerta de la calle?

—Sí.

—¿Y el portero?

—Le he ordenado que se acueste y no diga nada. Ha obedecido.

—Muy bien, vaya a instalarse en su portería, y cuide de tirar del cordón si alguien va a llamar a su puerta.

—Ahora mismo.

El gendarme desapareció. Se oyó disminuir el ruido de sus pasos a medida que bajaba los peldaños de la escalera, luego el ruido de la puerta del portero que se abría y se cerraba.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo el agente—. En primer lugar, cerremos la puerta del descansillo; y ahora, apaguemos todo menos mi torcida de cera, con cuya luz tendremos que contentarnos hasta que amanezca, pero quizá no tengamos que esperar hasta entonces. Bien, todo está apagado, aquí hay una luz que no nos hará daño a los ojos. Un gendarme a cada lado de la puerta del descansillo; otro detrás de la puerta para abrir. Si es necesario yo me encargo de imitar una voz de mujer. ¿Está todo el mundo en su puesto? —continuó el agente al ver a los gendarmes en el sitio que les había indicado, y al oficial, al comisario de Policía y al cerrajero cómodamente instalados en las sillas del comedor—, solo yo tengo que ocupar el mío.

Y fue a encajarse en el hueco de la ventana del comedor que daba a la calle.

—Y ahora —dijo—, que nadie hable ni se mueva sin necesidad.

Todos los presentes estaban demasiado interesados por su curiosidad sobre lo que iba a ocurrir para que a ninguno le entraran ganas de desobedecer la recomendación. Por eso reinaba tal silencio que podían contarse los tictacs

del péndulo del comedor. Dio las tres.

Se oyó el rodar lejano de un coche de alquiler.

—Bien podría ser para nosotros —dijo el agente—, ¡atención!

La recomendación era inútil. El silencio era tan grande que todos oían los latidos de sus corazones.

El coche se acercaba.

Entró en la calle.

Se detuvo en la puerta.

El agente levantó su dedo sonriendo.

Sonaron tres leves golpes.

Se oyó el crujido de la puerta al abrirse. Luego, uno de los gendarmes, asomando la cabeza por la puerta del comedor, dijo:

—¡Alguien sube!

El agente ya había dejado la ventana a paso de lobo y había entrado en la antecámara.

Se oyó arañar en la puerta del descansillo.

—¿Eres tú? —dijo el agente imitando, con fidelidad, una voz de mujer.

—Sí —respondió otra voz que estaba lejos de tener la misma dulzura—; ¿hay trabajo esta noche?

—Ya lo creo —respondió el agente.

—Entonces, ábreme.

El agente abrió la puerta y, con su voz ordinaria, dijo:

—Pasa, muchacho.

El cochero del coche de alquiler, pues era el cochero en persona, tuvo un momento de vacilación cuando, en lugar de verse frente a la doncella de la señora de Saint-Estève, cuya voz había creído reconocer, se vio frente a un hombre.

Pero dos manos que se alargaban lo agarraron del pescuezo privándole de su libre albedrío, y, en lugar de tomar el camino de la escalera, como hubiera deseado, tuvo que entrar en la antecámara.

Cogido en flagrante delito, llevado hasta el armario donde seguía colgando el cadáver, el desgraciado no trató siquiera de negar.

Confesó que iba todas las noches a preguntar si había trabajo; cuando lo

había, cargaba su coche y, al pasar por el puente de Jena, lo vaciaba en el Sena.

En cuatro meses se había llevado veintiún cadáveres.

Ahora el ayuda de campo y el cerrajero sabían lo que era una ratonera, y como ya no había nada más que hacer en la calle de Colones, se fueron a dormir.

El agente envió a uno de sus gendarmes en busca de un coche de alquiler al bulevar.

Metieron en el primer coche el cadáver del asesinado y de los dos asesinos.

En el pescante se sentó el cochero con un gendarme.

En el segundo coche pusieron a la señora Eudoxie de Saint-Estève y a su doncella, acompañadas por dos gendarmes y el agente.

El comisario de Policía subió al pescante y se encargó de conducirlo.

Dejaron de guardia en la casa al último gendarme.

—¿Dónde hay que llevar a estos señores? —preguntó el primer cochero con voz temblorosa.

—Al depósito de cadáveres —respondió el agente.

—¡Cómo! ¡Al depósito! —exclamó la señora de Saint-Estève, cuyos dientes castañeteaban.

—No se preocupe —dijo el agente—, allí solo dejaremos a los muertos; los vivos tienen otro destino.

Ella no dijo nada.

Se detuvieron, en efecto, en el depósito de cadáveres, donde fueron depositados los tres muertos.

—¿Adónde vamos ahora? —volvió a preguntar el mismo cochero con una voz más temblorosa todavía.

—A la Prefectura de Policía —respondió el agente.

—¿Y de allí? —balbució la señora de Saint-Estève.

—¡Ay! A la Audiencia de lo Criminal.

—¿Y de la Audiencia?

—A la plaza de Grève⁶⁸, según todas las probabilidades, mi hermosa niña.

La señora de Saint-Estève siguió exactamente el itinerario trazado por el agente de Policía.

La doncella y el cochero fueron condenados a galeras perpetuas.

El joven asesinado fue reconocido como hijo del señor Arthur Mornand, agente de cambio.

Los dos asesinos fueron arrojados subrepticamente en la fosa común.

⁵⁹ Eugène Rose de Beauharnais (1781-1824), miembro de la familia imperial francesa, hijo de Josefina, que fue adoptado por Napoleón. Participó en las campañas napoleónicas de 1809 en Italia y de 1812 en Rusia. Tras el Congreso de Viena fue exiliado a Baviera, sin jugar a partir de ese momento ningún papel político ni militar.

⁶⁰ Editadas ambas en 1866, estas dos novelas fueron escritas por Émile Gaboriau; sobre este véase la página 22.

⁶¹ En la batalla de Austerlitz (localidad situada en la República Checa), el gran Ejército de Napoleón derrotó el 2 de diciembre de 1805 a las fuerzas austrorrasas que formaban parte de la Tercera Coalición contra Francia. La victoria cimentó la leyenda napoleónica.

⁶² Sala de espectáculos situada en el número 19 de la calle Feydeau, inaugurada en 1791, destinada sobre todo a óperas italianas o francesas y comedias. Clausuró sus puertas en 1829.

⁶³ Nombre de una cortesana griega (hacia 470-hacia 400 a. C.), compañera del gran estadista ateniense Pericles; se ganó el respeto de los grandes hombres de la época (Sócrates) y ejerció gran influencia en la política ateniense.

⁶⁴ André-Charles Boulle (1642-1732), ebanista, cincelador, dorador y dibujante francés del reinado de Luis XIV y la Regencia; puso de moda un tipo de mobiliario muy ornamentado; empleaba procedimientos de marquetería, en especial un fondo incrustado de escamas negras con arabescos de cobre, para reproducir temas históricos, paisajes,

animales y flores.

⁶⁵ Espectaculares victorias de los ejércitos napoleónicos: Marengo tuvo lugar el 14 de junio de 1800; Austerlitz, el 2 de diciembre de 1805; Jena, el 14 de octubre de 1806; Friedland, el 14 de junio de 1807; y Wagram, los días 5 y 6 de julio de 1809.

⁶⁶ Alusión a una canción popular compuesta en 1709 tras la batalla de Malplaquet, quizá la más sangrienta de la guerra de Sucesión española, entre los ejércitos de Francia y de la Alianza (Austria, Inglaterra, Holanda); las tropas aliadas, mandadas por el inglés John Churchill, duque de Marlborough (1650-1722), sufrieron pese a la victoria, más del doble de bajas que las francesas (25.000 frente a 11.000). Los franceses, creyendo que el duque de Marlborough había muerto en la batalla, compusieron una canción infantil y burlesca, para acompañar al juego de la rayuela, que se popularizó rápidamente durante el reinado de Luis XVI en la corte francesa; luego pasó a España, Alemania e Inglaterra, con deformación del apellido Marlborough, que en español dio lugar a Mambrú. La melodía de la canción es mucho más antigua.

⁶⁷ Por ser san Eloy el patrón de plateros, orfebres, numismáticos, herreros, metalúrgicos, etc.

⁶⁸ La plaza de Grève, situada en el centro de París, a orillas del Sena, llevaba ese nombre por su cercanía al arenal (*grève*) que descendía lentamente hacia el Sena. Fue bautizada en el siglo XIX como Place de l'Hôtel-de-Ville por su situación frente al Ayuntamiento, y rebautizada en 2013 como Esplanade de la Libération. Desde la Edad Media fue lugar de las ejecuciones a condenados a muerte. La primera condenada, una mujer acusada de herejía, fue quemada viva en 1310. En 1792 se utilizó en ella por primera vez la guillotina en la persona de un simple ladrón, Nicolas Jacques Pelletier. Las ejecuciones públicas eran, en esos siglos, pretexto para la diversión popular; Casanova, por ejemplo, alquilará el 28 de marzo de 1757 una ventana frente por frente del cadalso levantado en la plaza de la Grève, donde Damiens será salvajemente descuartizado; cierto que no para él, que lo califica de «horrible espectáculo», sino a petición de tres damas que ocuparon el antepecho de la ventana; en segunda fila Casanova, que no puede ver el espectáculo, cubre a su amigo Tiretta, que se dedica a otros menesteres más placenteros sobre una de las damas (véase mi edición: Casanova, *Historia de mi vida*, Atalanta, 2009, t. I, vol. 5, cap. III).

ÉMILE GABORIAU

EL VIEJECITO DE LOS BATIGNOLLES

I

Cuando acababa mis estudios de Medicina para ser oficial de salud⁶⁹ —eran los buenos tiempos, tenía entonces veintitrés años—, vivía en la calle Monsieur-le-Prince, casi esquina con la calle Racine.

Allí tenía, por treinta francos al mes, servicio incluido, un cuarto amueblado que hoy bien valdría cien; tan grande que pasaba fácilmente las mangas de mi capote sin abrir la ventana.

Como salía temprano para atender las visitas de mi hospital y regresaba muy tarde porque el café Leroy tenía para mí unos atractivos irresistibles, apenas si conocía de vista a los inquilinos de mi casa, todos ellos gente pacífica, rentistas o pequeños comerciantes.

Hubo uno, sin embargo, con quien poco a poco terminé por trabar amistad.

Era un hombre de talla mediana, de fisonomía insignificante, siempre escrupulosamente afeitado y que, gordo como el brazo, se llamaba señor Méchinnet.

El portero lo trataba con una consideración muy particular y, cuando pasaba delante de su garita, nunca dejaba de quitarse rápidamente el sombrero.

Como el apartamento del señor Méchinnet daba a mi descansillo, justo frente a la puerta de mi cuarto, nos habíamos dado de manos a boca varias veces. En esas ocasiones, teníamos la costumbre de saludarnos.

Una tarde, él entró en mi casa para pedirme algunas cerillas; una noche, yo

le pedí prestado tabaco; una mañana ocurrió que ambos salíamos al mismo tiempo y caminamos juntos un trecho de camino hablando...

Esas fueron nuestras primeras relaciones.

Sin ser ni curioso ni desconfiado —uno no lo es a la edad que yo tenía entonces—, gusta saber a qué atenerse sobre la gente con la que uno traba amistad.

Llegué de forma natural, no a observar la existencia de mi vecino, sino a ocuparme de sus hechos y gestos.

Estaba casado, y la señora Caroline Méchiné, rubia y pálida, pequeña, risueña y rolliza, parecía adorar a su marido.

Pero la conducta de aquel marido ya no era regular. A menudo se marchaba antes del amanecer, y con frecuencia el sol se había levantado cuando lo oía volver a su domicilio. A veces desaparecía semanas enteras...

Que la bonita y pequeña señora Méchiné tolerase aquello, eso era lo que yo no podía concebir.

Intrigado, pensé que nuestro portero, de ordinario charlatán como una urraca, me daría algunas aclaraciones.

¡Error! Apenas pronuncié el nombre de Méchiné, me mandó a paseo diciéndome, mientras abría mucho los ojos, que no entraba en sus costumbres «chivarse» de sus inquilinos.

Esa acogida aumentó tanto mi curiosidad que, desterrando toda vergüenza, me dediqué a espiar a mi vecino.

Entonces descubrí cosas que me parecieron enormes.

Una vez lo vi entrar vestido a la última moda, con el ojal endomingado con cinco o seis condecoraciones; dos días después lo vi en la escalera vestido con una blusa sórdida y cubierto con un andrajo de paño que le daba un aspecto siniestro.

Y eso no es todo. Una hermosa tarde, cuando él salía, vi a su mujer acompañarlo hasta la puerta de su piso y allí besarlo apasionadamente, diciendo:

—¡Te lo suplico, Méchiné, sé prudente, piensa en tu mujercita!

¡Sé prudente!... ¿Por qué?... ¿A cuenta de qué? ¿Qué significaba aquello?... ¡La mujer era, por tanto, cómplice!

Mi estupor no debía tardar en multiplicarse.

Una noche, dormía yo profundamente cuando de repente llamaron a la puerta con golpes apresurados.

Me levanto, abro...

El señor Méchinet entra, o más bien se precipita en mi casa, con la ropa en desorden y desgarrada, la corbata y la pechera de la camisa arrancadas, la cabeza sin nada, el rostro totalmente ensangrentado...

—¿Qué ocurre? —exclamé asustado.

Pero él, haciéndome una señal para que me callase, dijo:

—¡Más bajo! Podrían oírlo... Quizá no sea nada, aunque sufro muchísimo... Me he dicho que usted, estudiante de Medicina, sabría sin duda curarme esto...

Sin decir palabra, lo hice sentarse y me apresuré a examinarlo y a prestarle los cuidados necesarios.

Aunque hubiera tenido una gran efusión de sangre, la herida era leve... No era, a decir verdad, más que un arañazo superficial que nacía en la oreja izquierda y acababa en la comisura de los labios.

Una vez terminada la cura, el señor Méchinet me dijo:

—Vamos, ya estoy sano y salvo por esta vez. Mil gracias, querido señor Godeuil. Sobre todo, por favor, no hable a nadie de este pequeño accidente, y... buenas noches.

¡Buenas noches!... ¡Pues sí que estaba yo pensando en dormir!

Cuando recuerdo todas las hipótesis descabelladas e imaginaciones novelescas que pasaron por mi cerebro, no puedo dejar de reírme.

El señor Méchinet asumía en mi mente proporciones fantásticas.

Al día siguiente, vino tranquilamente a darme las gracias de nuevo y me invitó a comer.

Es fácil adivinar que yo era todo ojos y todo oídos al entrar en casa de mis vecinos. Pero por mucho que concentré toda mi atención, no capté nada natural que disipase el misterio que tanto me intrigaba.

A partir de esa cena, sin embargo, nuestras relaciones fueron más seguidas. Decididamente, el señor Méchinet se hacía mi amigo. Era raro que pasase una semana sin que me llevase a comer su sopa, según su expresión, y casi todos

los días, en el momento del ajeno, se reunía conmigo en el café Leroy y jugábamos una partida de dominó.

Fue así como cierta tarde del mes de julio, un viernes, hacia las cinco, él estaba en plan de ganarme con un seis doble cuando un criado con librea, de aspecto bastante enojoso, lo confieso, entró bruscamente y se acercó a murmurar en su oído algunas palabras que no entendí.

Paralizado y con el rostro alterado, el señor Méchinet se levantó.

—Me voy —dijo—; corre a decir que voy.

El hombre salió corriendo y, entonces, tendiéndome la mano:

—Perdóneme —añadió mi viejo vecino—, el deber ante todo... Mañana seguiremos nuestra partida.

Y como, ardiendo de curiosidad, yo manifestase gran decepción, diciendo que lamentaba mucho no acompañarlo, él masculló:

—De hecho, ¿por qué no? ¿Quiere venir? Tal vez sea interesante...

Por toda respuesta, recogí mi sombrero y salimos...

II

Desde luego, estaba lejos de sospechar que me aventuraba en una de esas iniciativas en apariencia insignificantes que tienen una influencia decisiva sobre toda la vida.

«¡Esta vez —pensaba yo para mí—, tengo la clave del enigma!...».

Y henchido de una tonta y pueril satisfacción, trotaba como un gato enclenque al lado del señor Méchinet.

Digo: trotaba, porque tenía que hacer un gran esfuerzo para que aquella criatura no me dejase atrás.

Caminaba y caminaba a lo largo de la calle Racine, zarandeando a los transeúntes, como si su fortuna hubiera dependido de sus piernas.

Por suerte, en la plaza del Odéon apareció un coche de alquiler.

El señor Méchinet lo detuvo y, abriendo la portezuela, me dijo:

—Suba, señor Godeuil.

Yo obedecí, y él se sentó a mi lado después de gritar al cochero, en tono imperativo:

—A la calle Lécluse, el 39, en los Batignolles... ¡y de prisa!

La longitud de la carrera arrancó al cochero un rosario de juramentos. No importa, zurró a sus mulos con un latigazo maestro y el coche se puso en marcha.

—¡Ah!, ¿entonces vamos a los Batignolles? —pregunté entonces con una sonrisa de cortesano.

Pero el señor Méchinot no me respondió; dudo incluso de que me oyera.

En él se operaba una metamorfosis completa. No parecía lo que se dice emocionado, pero sus labios apretados y la contracción de sus tupidas cejas enmarañadas revelaban una angustiosa preocupación. Sus miradas, perdidas en el vacío, parecían estudiar en él los términos de algún problema insoluble.

Había sacado su tabaquera y continuamente extraía de ella enormes tomas de rapé que estrujaba entre el índice y el pulgar, amasaba, llevaba a su nariz, y que, sin embargo, no aspiraba.

Porque en él, aquello era un tic que yo había observado y que me divertía mucho.

Aquel digno hombre, al que horrorizaba el tabaco, iba siempre armado de una tabaquera de financiero de vodevil.

Si le ocurría algo imprevisto, agradable o molesto, zas, la sacaba del bolsillo y parecía aspirar furioso sus tomas de rapé.

A menudo, la tabaquera estaba vacía, pero su gesto seguía siendo el mismo.

Más tarde supe que era un método propio para disimular sus impresiones y desviar la atención de sus interlocutores.

Mientras tanto, seguíamos avanzando...

El coche remontaba no sin esfuerzo la calle de Clichy. Cruzó el bulevar exterior, se adentró en la calle de Lécluse, y no tardó en detenerse a cierta distancia de la dirección indicada.

Ir más lejos era materialmente imposible, pues la calle estaba obstruida por una multitud compacta.

Delante de la casa marcada con el número 39, había doscientas o trescientas personas paradas, con el cuello tendido, la mirada brillante, jadeando de

curiosidad, y a duras penas contenidas por media docena de municipales que multiplicaban en vano y con su voz más ruda sus: «¡Circulen, señores, circulen!».

Una vez que descendimos del coche, nos acercamos, deslizándonos penosamente entre los papanatas.

Ya llegábamos a la puerta del número 39 cuando un municipal nos rechazó con rudeza.

—¡Retírense!... ¡No se puede pasar!...

Mi compañero lo miró de arriba abajo e, irguiéndose, dijo:

—¿No me conoce entonces? Soy Méchinet, y este joven —me señaló— viene conmigo.

—¡Perdón! ¡Disculpe! —balbució el agente llevándose la mano al tricornio—, no sabía... Tenga la bondad de pasar.

Entramos.

En el vestíbulo, una poderosa comadre, evidentemente la portera, más roja que una amapola, peroraba y gesticulaba en medio de un grupo de inquilinos de la casa.

—¿Dónde es? —preguntó brutalmente el señor Méchinet.

—En el tercero, querido señor —respondió ella—; en el tercero, la puerta de la derecha. ¡Dios mío! ¡Qué desgracia! ¡En una casa como la nuestra! ¡Un hombre tan bueno!

No oí más. El señor Méchinet se había lanzado a las escaleras y yo lo seguí subiendo de cuatro en cuatro los peldaños mientras el corazón me palpitaba como para cortarme la respiración.

En el tercer piso, la puerta de la derecha estaba abierta.

Entramos, cruzamos una antecámara, un comedor, un salón, y por fin llegamos al dormitorio...

Aunque viviese mil años no olvidaría el espectáculo que saltó a mis ojos... Y en este mismo momento en que escribo, después de muchos años, vuelvo a verlo hasta en sus menores detalles.

Dos hombres estaban acodados en la chimenea que había frente a la puerta: un comisario de Policía, ceñido con su banda, y un juez de instrucción.

A la derecha, sentado a una mesa, un joven, el escribano, escribía.

En el centro del cuarto, sobre el suelo, había, en un charco de sangre coagulada y negra, el cadáver de un viejo de cabellos blancos... Estaba tendido de espaldas, con los brazos en cruz.

Aterrorizado, me quedé clavado en el umbral, tan a punto de desfallecer que, para no caer, me vi obligado a apoyarme contra el marco de la puerta.

Mi profesión me había familiarizado con la muerte; hacía mucho tiempo que había superado las repugnancias del aula, pero era la primera vez que me encontraba frente a un crimen.

Porque era evidente que se había cometido un crimen abominable.

Menos impresionable que yo, mi vecino había entrado con paso firme.

—¡Ah!, es usted, Méchinet —dijo el comisario de Policía—, lamento mucho haberlo molestado.

—¿Por qué?

—Porque no vamos a necesitar de su habilidad... Conocemos al culpable, he dado las órdenes y a esta hora debe de estar detenido.

¡Cosa extraña! Por el gesto del señor Méchinet hubiera podido creerse que aquella seguridad lo contrariaba... Sacó su tabaquera, se llevó a la nariz dos o tres de sus fantásticas pizcas, y dijo:

—¡Ah!, ya se conoce al culpable.

Fue el juez de instrucción el que respondió:

—Y conocido de forma cierta y positiva, sí, señor Méchinet... Una vez cometido el crimen, el asesino ha huido creyendo que su víctima había dejado de vivir... Estaba en un error. La Providencia velaba... Este desgraciado viejo todavía respiraba... Reuniendo toda su energía, ha mojado uno de sus dedos en la sangre que se escapaba a oleadas de su herida, y ahí, en el suelo, ha escrito con su sangre el nombre de su asesino, denunciándolo así a la justicia humana... Mire, mire.

Así advertido, distinguí lo que al principio no había visto.

En el suelo, en gruesas letras mal hechas y sin embargo legibles, habían escrito con sangre: MONIS...

—¿Y bien?... —preguntó el señor Méchinet.

—Ese es el principio del nombre de un sobrino del pobre muerto —respondió el comisario de Policía—, un sobrino al que apreciaba y que se

llama Monistrol...

—¡Diablos!... —dijo mi vecino.

—No creo —continuó el juez de instrucción— que el miserable trate de negar... Las cinco letras son un testimonio abrumador contra él... Además, ¿a quién aprovecha este crimen tal vil?... Solo a él, único heredero de este viejo que, según dicen, deja una gran fortuna... Hay más: fue anoche cuando se cometió el asesinato... Pues bien, anoche, solo su sobrino visitó a este pobre viejo... La portera lo vio llegar hacia las nueve y salir poco antes de medianoche...

—Está claro —aprobó el señor Méchiné—, está claro, ese Monistrol no es más que un imbécil.

Y, encogiéndose de hombros, preguntó:

—¿Ha robado algo? ¿Ha roto algún mueble para dar el pego sobre el móvil del crimen?

—Nada hasta ahora nos ha parecido revuelto —respondió el comisario—... Usted lo ha dicho, el miserable no es muy... En cuanto se vea descubierto, confesará.

Y tras esto, el comisario de Policía y el señor Méchiné se retiraron al hueco de la ventana y hablaron en voz baja mientras el juez daba algunas indicaciones al escribano.

III

Ahora ya sabía a qué atenerme.

Había querido saber exactamente qué hacía mi enigmático vecino... Ya lo sabía.

Ahora se explicaban el desorden de su vida, sus ausencias, sus regresos tardíos a casa, sus repentinas desapariciones, los temores y la complicidad de su joven esposa, la herida que yo había curado.

¡Pero qué me importaba mi descubrimiento!

Me había recobrado poco a poco, había recuperado la facultad de

reflexionar y de deliberar, y examinaba todo a mi alrededor con una curiosidad cruda.

Desde donde estaba, apoyado contra el marco de la puerta, mi mirada abarcaba todo el piso.

Nada, absolutamente nada, revelaba en él una escena de crimen.

Al contrario, todo ponía de relieve el confort y al mismo tiempo unas costumbres parsimoniosas y metódicas.

Cada cosa estaba en su sitio; en las cortinas no había ni una arruga, y la madera de los muebles relucía, manifestando un cuidado cotidiano.

Por otra parte, parecía evidente que las conjeturas del juez de instrucción y del comisario de Policía eran exactas, y que el pobre viejo había sido asesinado la noche anterior, en el momento en que se disponía a acostarse.

En efecto, la cama estaba abierta, y sobre la colcha estaban desplegados un camisón y un gorro de dormir. Encima de la mesa, a la cabecera del lecho, podía distinguir un vaso de agua azucarada, una caja de cerillas químicas y un periódico de la tarde, *La Patrie*⁷⁰.

En un rincón de la chimenea brillaba un candelabro, un grueso y sólido candelabro de cobre... Pero la vela que había iluminado el crimen estaba consumida, el asesino había escapado sin soplarla, y había ardido hasta el final, ennegreciendo el alabastro de la palmatoria a la que estaba fijada.

Estos detalles yo los había constatado de golpe, sin esfuerzo, sin que mi voluntad, por así decir, lo hubiera buscado.

Mis ojos cumplían el papel de un objetivo fotográfico, el teatro del crimen se había fijado en mi mente como en una placa preparada, con tal precisión que no le faltaba ninguna circunstancia, con tal solidez que todavía hoy podría dibujar el piso del «viejecito de los Batignolles» sin olvidar nada, ni siquiera un corcho cubierto a medias de cera verde que todavía me parece ver en el suelo, bajo la silla del escribano.

Era una facultad extraordinaria, que me ha sido concedida, mi facultad principal, que aún no había tenido ocasión de ejercitar, y que de pronto se me revelaba.

Entonces estaba demasiado vivamente emocionado para analizar mis impresiones.

Solo tenía un deseo, obstinado, ardiente, irresistible: acercarme al cadáver tendido a dos metros de mí.

Al principio luché, me defendí contra la obsesión de aquel deseo... Pero la fatalidad intervino... Me acerqué.

¿Se habían fijado en mi presencia?... No lo creo.

En cualquier caso, nadie me prestaba atención.

El señor Méchinét y el comisario de Policía seguían hablando junto a la ventana; el escribano releía a media voz al juez de instrucción su atestado.

Por eso, nadie se oponía a la realización de mi designio.

Y, además, debo confesarlo, una especie de fiebre se había apoderado de mí volviéndome como insensible a las circunstancias exteriores, y que me aislaba por completo.

Esto es tan cierto que me atreví a arrodillarme junto al cadáver para ver mejor y más de cerca.

Lejos de pensar que iban a gritarme «¿Qué hace usted ahí?», actuaba lenta y tranquilamente, como hombre que, tras recibir una misión, la ejecuta.

Aquel desgraciado viejo tenía, en mi opinión, entre setenta y setenta y cinco años. Era pequeño y muy delgado, pero desde luego sólido y de una constitución suficiente para pasar de los cien años. Aún tenía mucho pelo, de un blanco amarillento, rizado en la nuca.

No parecía que su barba gris, fuerte y tupida, se hubiera arreglado desde hacía cinco o seis días; debía de haber crecido después de estar muerto. Esta circunstancia, que yo había observado a menudo en nuestros sujetos del aula, no me asombró.

Lo que me sorprendió fue la fisonomía del infortunado. Estaba tranquila, diría más, risueña. Los labios se entreabrían como para un saludo amistoso.

Por lo tanto, la muerte había sido tan terriblemente rápida que conservaba esa expresión benévola...

Era la primera idea que me venía a la mente.

Sí, pero ¿cómo conciliar esas dos circunstancias inconciliables: una muerte repentina y aquellas cinco letras, *Monis...*, que veía trazadas con sangre en el suelo?

Para escribir eso, ¡qué esfuerzos no había necesitado un hombre

moribundo!... Solo la esperanza de venganza había podido prestarle semejante energía... Y qué rabia no había debido de ser la suya al sentirse expirar antes de haber podido trazar por completo el nombre de su asesino...

Y sin embargo, el rostro del cadáver parecía sonreírme.

El pobre viejo había sido herido en la garganta y el arma le había atravesado el cuello de parte a parte.

El instrumento del crimen debía de ser un puñal, o más bien uno de esos temibles cuchillos catalanes, de la anchura de una mano, que cortan por los dos lados y que son tan puntiagudos como una aguja...

En mi vida me había visto agitado por sensaciones tan extrañas.

Mis sienes latían con una violencia inaudita, y mi corazón se hinchaba en mi pecho hasta romperlo.

¿Qué iba a descubrir?

Empujado por una fuerza misteriosa y terrible que aniquilaba mi voluntad, cogí entre mis manos, para examinarlas, las manos rígidas y heladas del cadáver...

La derecha estaba limpia..., era uno de los dedos de la izquierda, el índice, el que estaba todo manchado de sangre.

¡Cómo! ¡El viejo había escrito con la mano izquierda! ¡Vaya!

Presa de una especie de vértigo, con los ojos desencajados, los cabellos erizados en la cabeza, y más pálido seguramente que el muerto que yacía a mis pies, me levanté lanzando un grito terrible.

—¡Dios mío!

Ante el grito, todos los demás saltaron, y sorprendidos, asustados, me preguntaron a la vez:

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?...

Traté de responder, pero la emoción me ahogaba, me parecía que tenía la boca llena de arena. Solo pude señalar las manos del muerto farfullando:

—¡Ahí!... ¡Ahí!

Rápido como el relámpago, el señor Méchainet se había arrodillado junto al cadáver. Lo que yo había visto, él lo vio, y mi impresión fue la suya, porque, levantándose enseguida, declaró:

—No ha sido este pobre viejo el que ha trazado esas letras...

Y cuando el juez y el comisario lo miraban boquiabiertos, les explicó esa circunstancia de la mano izquierda, la única manchada de sangre...

—¡Y pensar que no me había fijado! —repetía el comisario desolado.

El señor Méchinet valoraba la situación con furia.

—Suele ocurrir —dijo—, las cosas que saltan a la vista son las que no se ven... ¡Pero no importa! La situación ha cambiado muchísimo... Si no ha sido el viejo el que lo ha escrito, ha sido el que lo ha matado...

—Evidentemente —aprobó el comisario.

—Pero —continuó mi vecino— ¿podemos imaginar un asesino lo bastante estúpido para denunciarse escribiendo su nombre al lado del cuerpo de su víctima?

El juez se había vuelto pensativo.

—Está claro —dijo—, las apariencias nos han engañado... Monistrol no es el culpable... ¿Quién es? Es tarea suya, señor Méchinet, descubrirlo.

Se detuvo... Entraba un agente de Policía que, dirigiéndose al comisario, dijo:

—Sus órdenes se han cumplido, señor... Monistrol está detenido y encerrado en la cárcel... Lo ha confesado todo.

IV

La sorpresa fue tanto más dura cuanto que era inesperada.

Es imposible pintar el estupor en que todos nos hallábamos.

¡Cómo!, mientras estábamos allí, afanándonos por buscar pruebas de la inocencia de Monistrol, ¡él se reconocía culpable!

Fue el señor Méchinet el primero que se repuso.

Enseguida se llevó cinco o seis veces los dedos desde su tabaquera a su nariz, y avanzando hacia el agente le dijo:

—Te engañas o nos engañas, no hay término medio.

—Se lo juro, señor Méchinet...

—¡Cállate! O has entendido mal lo que ha dicho Monistrol, o te has

emborrachado con la esperanza de sorprendernos anunciando que el caso está resuelto...

Humilde y respetuoso hasta entonces, el agente se rebeló.

—Perdone —lo interrumpió—, no soy ni un imbécil ni un mentiroso, y sé lo que digo...

La discusión estaba a punto de convertirse en disputa, por lo que el juez de instrucción creyó que debía intervenir.

—Modérese, señor Méchinnet —dijo—, y antes de emitir un juicio, espere a informarse.

Luego, volviéndose hacia el agente, prosiguió:

—Y usted, amigo mío, díganos lo que sabe y las razones de su seguridad.

Así apoyado, el agente aplastó al señor Méchinnet con una mirada irónica y, con un matiz de fatuidad muy apreciable, empezó:

—Lo que ha pasado es esto: el señor juez y el señor comisario aquí presentes nos han encargado, al inspector Goulard, a mi colega Poltin y a mí, detener al llamado Monistrol, bisutero, domiciliado en el número 75 de la calle Vivienne, por estar el citado Monistrol inculpado de asesinato en la persona de su tío.

—Eso es exacto —aprobó el comisario a media voz.

—Entonces —prosiguió el agente—, tomamos un coche de alquiler y nos hicimos llevar a la dirección indicada... Llegamos y encontramos al señor Monistrol en su trastienda, a punto de sentarse a la mesa para cenar con su esposa, una mujer de veinticinco a treinta años, de una belleza admirable. Al vernos a los tres en fila, el individuo se levanta. «¿Qué quieren?», nos pregunta. Al punto el brigadier Goulard saca de su bolsillo la orden de arresto y responde: «¡En nombre de la ley, queda detenido!»...

El señor Méchinnet parecía estar sobre ascuas.

—¿No podrías darte prisa? —le dijo al agente.

Pero el otro, como si no hubiese oído, siguió en el mismo tono tranquilo:

—He detenido a muchos individuos en mi vida; pues, bien, nunca he visto a nadie descomponerse como este. «¡Están de broma —nos dice—, o cometen un error! — No, no nos equivocamos. — Pero, en fin, ¿por qué me detienen?».

»Goulard se encogía de hombros. “No se haga el inocente —dijo—, ¿y su

tío?... Hemos encontrado el cadáver y hay pruebas abrumadoras contra usted”...

»¡Ah, el muy granuja, vaya contratiempo!... Se tambaleó y por fin se dejó caer en una silla sollozando y balbuciendo no sé qué respuesta que no había manera de comprender.

»Al verlo, Goulard le sacudió por el cuello de la chaqueta diciéndole: “Créame, lo mejor es confesar todo”. Nos miró con aire alelado y murmuró: “Pues entonces, sí, ¡lo confieso todo!”.

—Bien hecho, Goulard —aprobó el comisario.

El agente triunfaba.

—Se trataba de hacerlo cuanto antes —continuó—. Se nos había recomendado evitar cualquier escándalo, y los curiosos empezaban a agolparse... Goulard agarró, pues, al sospechoso por el brazo, gritándole: «¡Vamos, en marcha!, nos esperan en la prefectura». Mal que bien, Monistrol se incorporó sobre sus piernas, que le temblaban, y en el tono de un hombre que se arma de valor, dijo: «¡Vamos!».

»Pensábamos que lo más duro estaba hecho; no contábamos con la mujer.

»Hasta ese momento se había quedado como desmayada en un sillón, sin decir nada, sin dar la impresión siquiera de comprender lo que ocurría.

»Pero cuando vio que decididamente nos llevábamos a su hombre, saltó como una leona y se cruzó delante de la puerta gritando: “¡No pasarán!”. Palabra de honor, estaba magnífica, pero Goulard ha visto a muchas otras: “Vamos, vamos, señora —dijo—, no nos enfademos; ¡ya le devolverán a su marido!”.

»Sin embargo, lejos de dejarnos pasar, se agarraba con más fuerza al marco de la puerta, jurando que su marido era inocente, declarando que si lo llevaban a la cárcel, ella lo seguiría, unas veces amenazándonos y cubriéndonos de invectivas, otras suplicándonos con su voz más dulce...

»Después, cuando comprendió que nada nos impediría cumplir con nuestro deber, soltó la puerta y, arrojándose al cuello de su marido, gemía: “Oh, querido, ¿es posible que te acusen de un crimen, a ti, a ti? ¡Di a estos hombres que eres inocente!”.

«De veras, estábamos conmovidos, pero él, más insensible que nosotros,

cometió la barbarie de rechazar a su pobre mujer tan brutalmente que fue a caer como un saco en un rincón de la trastienda. Por suerte, fue el final.

»La mujer se había desmayado, y nosotros aprovechamos para empaquetar al marido en el coche de alquiler que habíamos llevado.

»Empaquetar es la palabra exacta, porque se había vuelto como una cosa inerte, ya no se tenía en pie, hubo que llevarlo... Y, para no olvidar nada, debo decir que su perro, una especie de gozque negro, quería saltar con nosotros dentro del coche, y nos costó muchísimo librarnos de él.

»En el camino, como es lógico, Goulard trató de distraer a nuestro prisionero y hacerle hablar... Pero era imposible sacarle una palabra del gaznate. Solo al llegar a la prefectura pareció recobrar el conocimiento. Cuando estuvo bien y en debida forma instalado en una celda de los “secretos”, se dejó caer sobre el catre a la desesperada repitiendo: “¿Qué te he hecho, Dios mío, qué te he hecho?”.

»En ese momento, Goulard se acercó a él, y por segunda vez le dijo: “¿O sea que se confiesa culpable?”. Con la cabeza Monistrol dijo: “¡Sí, sí!”. Y luego añadió con voz ronca: “¡Se lo ruego, déjenme solo!”.

»Fue lo que hicimos, después de poner un vigilante de observación en la mirilla de la celda, por si acaso el muchacho trataba de atentarse contra su vida...

»Goulard y Poltin se han quedado allí, y yo ¡aquí estoy!».

—Es preciso —masculló el comisario—, no se puede ser más preciso.

Esa era también la opinión del juez, porque murmuró:

—Después de esto, ¿cómo dudar de la culpabilidad de Monistrol?

Yo estaba confundido, y sin embargo mis convicciones eran inquebrantables. Y cuando abría la boca para aventurar una objeción, el señor Méchinet me previno.

—¡Todo esto está muy bien! —exclamó—. Pero si admitimos que Monistrol es el asesino, también estamos obligados a admitir que fue él quien escribió su nombre en el suelo... y, ¡maldición!, eso es el colmo.

—¡Basta! —interrumpió el comisario—, desde el momento en que el sospechoso confiesa, ¿para qué preocuparse de una circunstancia que la instrucción explicará?

Pero la observación de mi vecino había despertado todas las perplejidades del juez. Por eso, sin pronunciarse, declaró:

—Voy a ir a la prefectura, quiero interrogar a Monistrol esta misma tarde.

Y después de haber recomendado al comisario de Policía que cumpliera bien todas las formalidades y esperase a los médicos llamados para la autopsia del cadáver, se alejó seguido por su escribano y por el agente que había venido a anunciarnos el éxito del arresto.

—¡Con tal de que esos diablos de médicos no se hagan esperar demasiado! —gruñó el comisario, que estaba pensando en su cena.

Ni el señor Méchinet ni yo le respondimos. Permanecíamos de pie, uno frente al otro, obsesionados evidentemente por la misma idea.

—Después de todo —murmuró mi vecino—, quizá haya sido el viejo el que ha escrito...

—¿Con la mano izquierda entonces?... ¿Es posible?... Sin contar con que la muerte de ese pobre hombre ha debido de ser instantánea...

—¿Está seguro?...

—Con esa herida, yo lo juraría... Además, van a venir los médicos que le dirán si tengo razón o estoy equivocado...

El señor Méchinet molestaba a su nariz con verdadera furia.

—Quizá haya en esto algún misterio —dijo—. Habrá que verlo. Es una investigación que tendríamos que hacer... Pues bien, hagámosla... Y para empezar, interroguemos a la portera...

Y, corriendo a la escalera, se inclinó sobre la rampa, gritando:

—¡Portera!..., ¡eh, portera! ¡Suba un momento, por favor!

V

Mientras esperaba a que la portera subiese, el señor Méchinet procedía a un rápido y sagaz examen del escenario del crimen.

Pero era sobre todo la cerradura de la puerta de entrada del piso lo que atraía su atención. Estaba intacta y la llave abría y cerraba sin dificultad. Esta

circunstancia descartaba absolutamente la idea de un malhechor desconocido introduciéndose de noche con la ayuda de ganzúas.

Por mi parte, de forma maquinal, o más bien inspirado por el sorprendente instinto que se había revelado en mí, acababa de recoger el tapón medio recubierto de cera verde que había visto en el suelo.

Había sido utilizado, y por el lado de la cera guardaba las huellas del sacacorchos; pero, en la otra punta se veía una especie de corte bastante profundo, producido evidentemente por un instrumento cortante y agudo.

Sospechando la importancia de mi descubrimiento, se lo comuniqué al señor Méchinet, que no pudo reprimir una exclamación de placer.

—¡Por fin! —exclamó—, ¡por fin tenemos un indicio!... Este tapón lo ha dejado caer aquí el asesino... Había clavado ahí la punta frágil del arma que ha utilizado. Conclusión: el instrumento del crimen es un puñal de mango fijo, y no una de esas navajas que se cierran... ¡Con ese tapón, estoy seguro de llegar al culpable, sea quien fuere!

El comisario de Policía acababa su tarea en el cuarto, y el señor Méchinet y yo nos habíamos quedado en el salón cuando fuimos interrumpidos por el ruido de una respiración jadeante.

Casi inmediatamente apareció la poderosa comadre a la que yo había visto en el vestíbulo perorando en medio de los inquilinos.

Era la portera, más colorada, si era posible, que a nuestra llegada.

—¿Qué necesita, señor? —le preguntó al señor Méchinet.

—Siéntese, señora —respondió él.

—Pero, señor, es que abajo tengo mucha gente...

—Ya la esperarán... Le digo que se siente.

Desconcertada por el tono del señor Méchinet, obedece. Entonces él, clavándole sus terribles ojillos grises, empezó:

—Necesito cierta información y voy a interrogarla. Por su propio interés, le aconsejo que responda sin rodeos. Y, para empezar, ¿cómo se llama ese pobre hombre que ha sido asesinado?

—Se llamaba Pigoreau, mi buen señor, pero era conocido sobre todo con el nombre de Anténor, que había tomado en el pasado, porque tenía más relación con su comercio.

—¿Vivía en la casa desde hace mucho?

—Desde hace ocho años.

—¿Dónde vivía antes?

—En la calle Richelieu, donde tenía su tienda..., porque había tenido un comercio, había sido peluquero, y en esa profesión había ganado su fortuna.

—¿Pasaba entonces por rico?

—A su sobrina le he oído decir que no se dejaría cortar el cuello por un millón.

En este punto, debía hacerse una evaluación, porque habían inventariado los papeles del pobre viejo.

—Ahora –continuó el señor Méchinet–, ¿qué clase de hombre era ese señor Pigoreau, llamado Anténor?

—¡Oh, la crema de los hombres, querido señor –respondió la portera–... Era muy liante, maniaco, roñoso a más no poder, pero no estaba orgulloso... ¡Y a pesar de todo divertido!... Cuando estaba en vena, una podía pasarse toda la noche escuchándolo... ¡La cantidad de historias que sabía! Piense, un antiguo peluquero que había rizado, como decía él, a las mujeres más bellas de París...

—¿Cómo vivía?

—Como todo el mundo... Como la gente que tiene rentas, se entiende, y que sin embargo aprecian su dinero.

—¿Puede darme algunos detalles?

—¡Oh!, claro que sí, dado que era yo la que se ocupaba de la casa... Y no me daba mucho trabajo, porque él hacía casi todo, barriendo, quitando el polvo y abillantando él mismo... ¡Era su manía! Todos los días, al dar las doce, le subía una taza de chocolate. Se la bebía, tragaba luego un gran vaso de agua, y ese era todo su almuerzo. Luego se vestía, cosa que le llevaba hasta dos horas, porque era coqueto y más preocupado de su persona que una novia. En cuanto se arreglaba, salía a pasear por París. A las seis, se iba a cenar a una pensión burguesa⁷¹, a casa de las señoritas Gomet, en la calle de la Paix. Después de la cena corría a tomar su tacita de café con agua y a jugar su partidita al café Guerbois..., y a las once regresaba para acostarse. En fin, el pobre hombre solo tenía un defecto... Era muy aficionado al sexo. Incluso

yo le decía a menudo: «A su edad, ¿no le da vergüenza?...». Pero nadie es perfecto, y es comprensible en un antiguo perfumista, que había tenido en su vida montones de aventuras galantes...

Una sonrisa obsequiosa vagaba por los labios de la poderosa portera, pero nada era capaz de hacer sonreír al señor Méchinet.

—¿Recibía a mucha gente el señor Pigoreau? —continuó.

—A muy poca... Yo apenas veía venir a su casa al sobrino, el señor Monistrol, a quien todos los domingos invitaba a cenar en la tienda del viejo Lagthuile.

—¿Y cómo estaban tío y sobrino?

—Como los dos dedos de la mano.

—¿Nunca tenían discusiones?

—¡Nunca!..., salvo que siempre estaban riñendo por la señora Clara.

—¿Quién es la señora Clara?

—La mujer del señor Monistrol, una criatura magnífica. El difunto tío Anténor no podía soportarla. Decía que su sobrino quería demasiado a esa mujer, que lo manejaba a su antojo y que se las hacía pasar canutas... Pretendía que no quería a su marido, que era demasiado pretenciosa para su posición y que terminaría haciendo tonterías... Incluso la señora Clara y su tío se pelearon, a finales del año pasado. Ella quería que el viejo le prestase cien mil francos al señor Monistrol para comprar una tienda de joyería en el Palais-Royal. Pero él se negó, declarando que, después de su muerte, hicieran con su fortuna lo que quisieran; pero que, hasta entonces, como se la había ganado, pretendía guardarla y disfrutar de ella...

Yo creía que el señor Méchinet iba a insistir en esta circunstancia, que me parecía muy grave..., pero no. Fue inútil que yo multiplicase las señas, él prosiguió:

—Queda por saber quién ha descubierto el crimen.

—¡Yo, mi buen señor, yo! —gimió la portera—. ¡Ah!, es espantoso. Imagínese que esta mañana, con la campanada de las doce, como de costumbre, le subo al tío Anténor su chocolate... Como hago la casa, tengo una llave del piso... Abro, entro, y ¿qué veo? ¡Ay, Dios mío!

Y se puso a lanzar gritos penetrantes.

—Ese dolor demuestra su buen corazón, señora —dijo en tono grave el señor Méchinet—, pero como tengo mucha prisa, trate de controlarlo... ¿Qué pensó usted al ver a su inquilino asesinado?...

—Dije a todo el que quiso oírlo: ha sido su sobrino, el muy bandido, el que ha dado el golpe para heredar.

—¿De dónde le venía esa certeza?... Porque, en fin, acusar a un hombre de un crimen tan grande es empujarlo al cadalso...

—¡Eh, señor!, ¿quién iba a ser? El señor Monistrol vino anoche a ver a su tío y cuando se fue era casi medianoche... Incluso, él, que siempre me habla, no me dijo nada ni al llegar ni al irse... Y desde entonces, hasta el momento en que he descubierto todo, nadie, estoy segura, ha subido a casa del señor Anténor...

Lo confieso, esa declaración me dejaba confundido.

Todavía ingenuo, no se me habría ocurrido la idea de proseguir aquel interrogatorio. Por suerte, la experiencia del señor Méchinet era grande, y dominaba a fondo ese arte tan difícil de sacar de los testigos toda la verdad.

—Así pues, señora —insistió—, ¿está segura de que Monistrol vino anoche?

—Totalmente segura

—¿Lo vio bien usted, lo reconoció bien?...

—¡Ah!, permítame... No lo miré cara a cara. Pasó muy deprisa, tratando de ocultarse, como el bandido que es, y el pasillo está mal iluminado...

Ante esta respuesta de un alcance incalculable di un salto y, avanzando hacia la portera, exclamé:

—Si es así, ¿cómo se atreve a afirmar que ha reconocido al señor Monistrol?

Me miró de arriba abajo y, con una sonrisa irónica, respondió:

—Aunque no he visto la cara del amo, he visto el hocico del perro... Como siempre lo acaricio, ha entrado en mi garita, e iba a darle un hueso de pierna de cordero cuando su amo le ha silbado.

Yo miraba al señor Méchinet, ansioso por saber lo que pensaba sobre estas respuestas, pero su rostro guardaba fielmente el secreto de sus impresiones.

Se limitó a añadir:

—¿De qué raza es el perro del señor Monistrol?

—Es un perrillo faldero, como los que los conductores tenían en el pasado, todo negro, con una mancha blanca encima de la oreja; lo llaman *Plutón*.

El señor Méchinet se levantó.

—Puede retirarse —dijo a la portera—, ya sé a qué atenerme.

Y cuando la mujer hubo salido, dijo:

—Me parece imposible que el sobrino sea el culpable.

Mientras, durante aquel largo interrogatorio habían llegado los médicos, y cuando hubieron terminado la autopsia su conclusión fue:

—La muerte del señor Pigoreau ha sido, desde luego, instantánea. Por tanto, no ha sido él quien ha trazado esas cinco letras, *Monis*, que hemos visto en el suelo, junto al cadáver...

Así que no me había equivocado.

—Pero si no ha sido él —exclamó el señor Méchinet—, ¿quién ha sido? Monistrol... Eso sí que nunca me entrará en la cabeza.

Y el comisario, encantado de ir por fin a cenar, se burlaba de sus perplejidades; perplejidades ridículas, dado que Monistrol había confesado:

—Tal vez yo no sea más que un imbécil —dijo—, eso lo decidirá el futuro... Mientras tanto, venga, mi querido señor Godeuil, venga conmigo a la prefectura...

VI

Igual que para ir a los Batignolles, para dirigirnos a la Prefectura de Policía tomamos un coche de alquiler.

Era grande la preocupación del señor Méchinet: sus dedos no cesaban de viajar de su tabaquera vacía a su nariz, y yo le oía mascullar entre dientes:

—¡Tendré el corazón limpio! ¡Es preciso que tenga el corazón limpio!

Luego sacaba de su bolsillo el tapón que yo le había entregado, y le daba vueltas y más vueltas con gestos de mono pelando una nuez y murmuraba:

—Sin embargo, es una prueba..., debe poderse sacar algún partido de esta cera verde...

Yo, hundido en mi rincón, no decía nada.

Probablemente mi situación era de las más extrañas, pero no pensaba en ello. Toda la inteligencia que tenía estaba absorbida por aquel caso; rumiaba en mi mente sus elementos diversos y contradictorios, y me afanaba por penetrar el secreto del drama que presentía.

Cuando nuestro coche se detuvo, era noche cerrada.

El muelle de los Orfèvres estaba desierto y en silencio: ni un ruido, ni un transeúnte. Las escasas tiendas de los alrededores estaban cerradas. Toda la vida del barrio se había refugiado en el pequeño restaurante que casi hace esquina con la calle de Jérusalem, y en las cortinas rojas del escaparate se perfilaba la sombra de los clientes.

—¿Le dejarán llegar hasta el preso? —le pregunté al señor Méchinot.

—Desde luego —me respondió—. ¿No estoy encargado de seguir el caso?... ¿Y no es preciso que, según las necesidades imprevistas de la investigación, pueda interrogar al detenido a cualquier hora, de día y de noche?

Y con paso rápido se adentró bajo la bóveda, diciéndome:

—Vamos, vamos, no tenemos tiempo que perder.

No necesitaba animarme. Yo lo seguía agitado por indefinibles emociones y todo tembloroso de vaga curiosidad.

Era la primera vez que franqueaba el umbral de la Prefectura de Policía, y Dios sabe cuáles eran entonces mis prejuicios.

«Ahí está el secreto de París», me decía no sin cierto terror.

Estaba tan absorto en mis reflexiones que, olvidando mirar a mis pies, estuve a punto de caerme.

El choque me devolvió el sentimiento de la situación.

Pasamos entonces por un inmenso corredor de paredes húmedas y de suelo desigual. Pronto mi compañero entró en un cuartito donde dos hombres jugaban a las cartas mientras otros tres o cuatro fumaban en pipa, echados en un catre. Cambió con ellos algunas palabras que no llegaron hasta mí, que me había quedado fuera, luego salió y reanudamos la marcha.

Después de haber atravesado un patio y habernos metido en un segundo corredor, no tardamos en llegar ante una verja de hierro de pesados cerrojos y cerradura formidable.

Un vigilante nos abrió esa verja a una palabra del señor Méchinet; a la derecha dejamos una amplia sala donde me pareció ver municipales y guardias de París; por fin, subimos por una escalera bastante empinada.

En lo alto de aquella escalera, a la entrada de un estrecho corredor con cantidad de pequeñas puertas, estaba sentado un hombre gordo de cara jovial, que desde luego no tenía nada del clásico carcelero.

En cuanto vio a mi compañero exclamó:

—¡Eh, señor Méchinet! Palabra que lo esperaba... Apuesto a que viene por el asesino del viejecito de los Batignolles.

—Exacto. ¿Hay alguna novedad?

—No.

—Sin embargo, debe de haber venido el juez de instrucción.

—Acaba de irse.

—¿Y bien?...

—No se ha quedado ni tres minutos con el acusado, y al dejarlo parecía muy satisfecho. Al pie de la escalera se ha encontrado con el señor director, y le ha dicho: «El asunto está en el bote; el asesino ni siquiera ha intentado negar»...

El señor Méchinet dio un salto de tres pies, pero el guardia no lo observó, porque continuaba:

—Además, eso no me ha sorprendido... Nada más ver al individuo que me han traído, he dicho: «Aquí hay uno que no sabrá aguantar».

—¿Y qué hace ahora?

—Gime... Me han encomendado vigilarlo por miedo a que se suicide, y como es lógico, lo vigilo, pero es inútil... Es uno de esos hombretones que tienen más aprecio a su pellejo que al de los otros...

—Vamos a verlo –lo interrumpió el señor Méchinet–, y sobre todo, nada de ruido...

Acto seguido, los tres avanzamos de puntillas hasta una puerta de roble macizo, con un ventanillo enrejado a la altura de un hombre.

Por aquel ventanillo se veía todo lo que pasaba en la celda, iluminada por un miserable quemador de gas.

El guardia echó primero una ojeada, luego miró el señor Méchinet, luego

me tocó a mí...

En una estrecha litera de hierro recubierta por una colcha de lana gris de rayas amarillas vi a un hombre acostado boca abajo, con la cabeza oculta entre sus brazos encogidos a medias.

Lloraba; el ruido sordo de sus sollozos llegaba hasta mí, y por momentos un estremecimiento convulso lo sacudía de la cabeza a los pies.

—Ábranos ahora –ordenó el señor Méchinet al guardia.

Él obedeció y entramos.

Al chirrido de la llave, el prisionero se había incorporado sentándose en su camastro, y, con las piernas y los brazos colgantes, la cabeza inclinada sobre el pecho, nos miraba con aire alelado.

Era un hombre de treinta y cinco a treinta y ocho años, de una estatura algo por encima de la media, pero robusto, con un cuello apoplético hundido entre anchas espaldas. Era feo; la viruela lo había desfigurado, y su larga nariz recta y su frente deprimida le daban un poco de la fisonomía estúpida del cordero. Sin embargo, sus ojos azules eran bellísimos y tenía unos dientes de notable blancura...

—Bueno, señor Monistrol –empezó el señor Méchinet–, ¡estamos afligidos!

Como el infortunado no respondía, prosiguió:

—Admito que la situación no es divertida... Sin embargo, si yo estuviera en su lugar, querría probar que soy un hombre. Sería razonable y trataría de demostrar mi inocencia.

—No soy inocente.

Esta vez no había equívoco posible ni sospecha sobre la inteligencia de un agente, recogíamos la terrible confesión de la boca misma del detenido.

—¡Cómo! –exclamó el señor Méchinet–, ha sido usted el que...

El hombre se había incorporada sobre unas piernas titubeantes, los ojos inyectados de sangre, la boca llena de espuma, presa de un verdadero ataque de rabia.

—Sí, he sido yo –interrumpió–, solo yo. ¿Cuántas veces tendré que repetirlo?... Hace un momento ha venido un juez, he confesado todo y firmado mi confesión... ¿Qué más quiere? Váyase, ya sé lo que me espera y no tengo miedo... ¡He matado, debo morir!... Córtenme el cuello, cuanto

antes será lo mejor...

Algo aturdido al principio, el señor Méchinet se había recuperado enseguida.

—Un momento, ¡qué diablos! —dijo—; no se corta el cuello a la gente así como así... En primer lugar, es preciso que se demuestre que son culpables... Luego la justicia comprende ciertos desvaríos, ciertas fatalidades, si usted quiere, y precisamente por eso ha inventado las circunstancias atenuantes.

Un gemido inarticulado fue la única respuesta de Monistrol, y el señor Méchinet continuó:

—¿Odiaba usted de una forma terrible a su tío?

—¡Oh, no!

—Entonces, ¿por qué?...

—Para heredar. Mis negocios estaban mal, puede informarse... Necesitaba dinero, y mi tío, que era muy rico, me lo negaba.

—Comprendo, y esperaba escapar a la justicia...

—Lo esperaba.

Hasta entonces, me había sorprendido la forma en que el señor Méchinet dirigía aquel rápido interrogatorio, pero ahora me lo explicaba... Adivinaba lo que iba a ocurrir, veía la trampa que iba a tender al detenido.

—Otra cosa —continuó de forma brusca—: ¿dónde compró el revólver que le ha servido para cometer el crimen?

En el rostro de Monistrol no apareció la menor sorpresa.

—Lo tenía en mi posesión hacía mucho —respondió.

—¿Qué hizo con él después del crimen?

—Lo tiré en el bulevar exterior.

—Está bien —dijo en tono grave el señor Méchinet—, se buscará y seguro que lo encontraremos.

Y tras un momento de silencio, añadió:

—Lo que no me explico es que se haya hecho seguir usted por su perro...

—¡Cómo!, mi perro...

—Sí, Plutón... La portera lo ha reconocido...

Los puños de Monistrol se crisparon, abrió la boca para responder, pero una reflexión repentina cruzó por su mente y volvió a dejarse caer en la cama

diciendo con un acento de inquebrantable resolución:

—Basta de torturarme, no me arrancará ni una palabra más...

Era evidente que no merecía la pena insistir.

Así pues, nos retiramos, y una vez fuera, en el muelle, cogiendo el brazo del señor Méchinet, le dije:

—¿Lo ha oído? Ese desgraciado ni siquiera sabe de qué forma ha muerto su tío... ¿Es posible seguir dudando de su inocencia?...

Pero aquel viejo policía era un terrible escéptico.

—¡Quién sabe! —respondió—, he visto a tantos comediantes en mi vida.. Pero basta por hoy... Esta noche lo llevo a cenar conmigo... Mañana será otro día, y veremos...

VII

No eran todavía las diez cuando el señor Méchinet, a quien yo seguía escoltando, llamó a la puerta de su piso.

—Nunca llevo llave —me dijo—. En nuestro maldito oficio nunca se sabe lo que puede pasar... Hay muchos miserables que me odian, y si no siempre soy prudente por mí, debo serlo por mi mujer.

La explicación de mi digno vecino era superflua: yo lo había comprendido. Había observado incluso que llamaba de una forma particular que debía de ser una señal convenida entre su mujer y él.

Fue la gentil señora Méchinet la que vino a abrirnos.

Con un movimiento rápido y gracioso como el de una gata, saltó al cuello de su marido exclamando:

—¡Ya estás aquí!... No sé por qué, pero casi estaba inquieta...

Y de pronto se detuvo: acababa de verme. Su alegre fisonomía se ensombreció y retrocedió; y dirigiéndose tanto a mí como a su marido:

—¡Cómo! —continuó—, ¡vienen del café a esta hora! ¡Eso no es de sentido común!

El señor Méchinet tenía en los labios la indulgente sonrisa del hombre

seguro de ser amado, que sabe que puede apaciguar con una sola palabra la pelea que le buscan.

—No nos riña, Caroline —respondió, asociándome a su causa con ese plural—, no venimos del café y no hemos perdido el tiempo... Han venido a buscarnos por un caso, un asesinato cometido en los Batignolles.

Con una mirada suspicaz, la joven nos examinó alternativamente, a su marido y a mí, y cuando se convenció de que no la engañaban, se limitó a decir:

—¡Ah!

Pero se necesitaría una página para detallar todo lo que contenía aquella breve exclamación.

Se dirigía al señor Méchinet y le advertía con toda claridad:

«¡Cómo! ¡Te has confiado a este joven, le has revelado tu situación, le has iniciado en nuestros secretos!».

Así es como yo interpretaba ese «¡ah!», y mi digno vecino lo interpretó como yo, porque respondió:

—Pues sí, ¿dónde está el mal? Si bien debo temer la venganza de los miserables que he entregado a la justicia, ¿qué he de temer de la gente honrada?... ¿Imaginas acaso que me escondo, que me avergüenza mi oficio?...

—Me has comprendido mal, querido —objetó la joven.

El señor Méchinet ni siquiera la oyó.

Acababa de empezar —este detalle lo conocí más tarde— un tema favorito que siempre lo alteraba.

—¡Pardiez! —prosiguió—, ¡qué ideas tan singulares tienes, señora mía! ¡Cómo! Soy uno de los centinelas perdidos de la civilización al precio de mi reposo y con riesgo de mi vida, aseguro la seguridad de la sociedad, ¿y tendría que avergonzarme?... Sería demasiado divertido. Tú me dirás que, contra nosotros los de la Policía, existe cantidad de prejuicios ineptos legados por el pasado... ¡Qué me importa! Sí, sé que hay señores susceptibles que nos miran desde muy arriba... Pero, ¡por todos los diablos, me gustaría mucho ver su jeta si mañana mis colegas y yo nos ponemos en huelga, dejando la calle libre al ejército de granujas que nos amenazan!

Acostumbrada sin duda a salidas de este tipo, la señora Méchinet no dijo nada, e hizo bien, porque, como mi buen vecino no encontrase contradicción, se calmó como por encanto.

—Bueno, ya basta —le dijo a su mujer—. Por ahora se trata de una cosa muy importante, pero distinta... No hemos cenado, nos moriremos de hambre, ¿tienes algo que darnos de cenar?

Lo que esa noche ocurrió debía de haber ocurrido con demasiada frecuencia para que la señora Méchinet se dejase pillar desprevenida.

—Dentro de cinco minutos los señores estarán servidos —respondió con su sonrisa más amable.

En efecto, poco después nos sentábamos a la mesa ante una bella pieza de buey frío, servida por la señora Méchinet, que no cesaba de llenar nuestros vasos con un excelente vinillo de Mâcon.

Y, mientras mi digno vecino trabajaba a conciencia con el tenedor, yo consideraba aquel apacible hogar que era el suyo, a aquella mujercita previsora como era la suya, y me preguntaba si no era aquel uno de esos «feroces» agentes de Policía que han sido los héroes de tantos relatos absurdos.

El hambre no tardó en quedar aplacada, y el señor Méchinet empezó a contar a su mujer nuestra expedición.

Y no lo contaba a la ligera, descendía a los detalles más nimios. Ella se había sentado a su lado, y por la forma en que escuchaba, con expresión competente, pidiendo explicaciones cuando no había comprendido bien, se adivinaba a la Egeria⁷² burguesa acostumbrada a ser consultada y que tiene voz deliberativa.

Cuando el señor Méchinet hubo acabado, ella le dijo:

—Has cometido un gran error, un error irreparable.

—¿Cuál?

—No es a la prefectura donde había que ir al dejar los Batignolles...

—Pero Monistrol...

—Sí, querías interrogarlo... ¿Qué provecho has sacado?

—Eso me ha servido, mi querida amiga...

—De nada. Es a la calle Vivienne adonde debías haber ido, a casa de la

mujer... La habrías sorprendido bajo el efecto de la emoción que necesariamente ha sentido por el arresto del marido, y si ella es cómplice, como se debe suponer, con un poco de maña la habrías hecho confesar...

Ante estas palabras di un salto en mi silla.

—¡Cómo, señora! —exclamé—, ¿cree usted culpable a Monistrol?

—Sí.

Luego, con viveza:

—Estoy segura, ¿me oye?, absolutamente segura de que la idea del crimen viene de la mujer. De cada veinte crímenes cometidos por los hombres, quince han sido ideados, rumiados e inspirados por mujeres... Pregunte a Méchinet. La declaración de la portera debía de habérselo aclarado. ¿Quién es esa señora Monistrol? Una persona notablemente bella, le han dicho, coqueta, ambiciosa, roída por la codicia y que maneja al marido a su antojo. ¿Y cuál era su posición? Mezquina, estrecha, precaria. Sufría por ello, y la prueba es que pidió a su tío que le prestase cien mil francos. Él se los negó, abortando de esa forma sus esperanzas. ¿Cree que no le odió por ello mortalmente?... Vamos, ella ha debido repetirse a menudo: «¡Si ese viejo avaro muriese, mi marido y yo seríamos ricos!...». Y cuando lo ha visto con una salud de hierro y sólido como un roble, fatalmente se decía: «Vivirá cien años... cuando nos deje su herencia, ya no tendremos dientes para comerla. ¡Y quién sabe incluso si no nos entierra!». De ahí a concebir la idea de un crimen, ¿hay mucho trecho? Y una vez adoptada la decisión en su cabeza, habrá preparado a su marido con mucha antelación, lo habrá familiarizado con la idea de un asesinato, le habrá puesto, como suele decirse, el cuchillo en la mano... Y él, un día, amenazado de quiebra, enloquecido por los lamentos de su mujer, ha dado el golpe...

—Todo eso es lógico —aprobaba el señor Méchinet.

Muy lógico, sin duda, pero ¿qué pasaba con las circunstancias descubiertas por nosotros?

—Entonces, señora —dije yo—, ¿supone a Monistrol lo bastante idiota para denunciarse escribiendo su nombre...?

Ella se encogió ligeramente de hombros y respondió:

—¿Es una estupidez? Yo afirmo que no, porque ese es el argumento más

fuerte de ustedes a favor de su inocencia.

El razonamiento era tan engañoso que me quedé desconcertado un momento. Luego, cuando me recobré, insistí:

—Pero se confiesa culpable.

—Excelente medio de obligar a la justicia a demostrar su inocencia.

—¡Oh!

—Usted mismo es la prueba, querido señor Godeuil.

—¡Eh!, señora, el desgraciado no sabe cómo ha sido asesinado su tío.

—Perdón, ha parecido no saberlo... que no es lo mismo.

La discusión se animaba, y habría durado mucho más tiempo todavía si el señor Méchinot no le hubiera puesto término.

—Vamos, vamos —dijo tranquilamente a su mujer—, estás demasiado novelesca esta noche...

Y, dirigiéndose a mí, prosiguió:

—En cuanto a usted, lo recogeré mañana e iremos juntos a casa de la señora Monistrol... Y, como me muero de sueño, buenas noches...

Él debió de dormir, pero yo no pegué ojo.

Una voz secreta se elevaba de lo más profundo de mí mismo gritándome que Monistrol era inocente.

Mi imaginación me representaba con una viveza dolorosa los tormentos de aquel desgraciado, solo en su celda de la cárcel...

Pero ¿por qué había confesado?

VIII

Lo que entonces me faltaba —después he tenido ocasión cien veces de darme cuenta— era experiencia, la práctica del oficio; era, sobre todo, la noción exacta de los medios de acción e investigación de la Policía.

Sentía vagamente que aquella investigación había estado mal dirigida, o, mejor, llevada a la ligera, pero me habría encontrado en un gran apuro para decir por qué, para decir sobre todo lo que habría habido que hacer.

No me interesaba con menos apasionamiento en Monistrol.

Me parecía incluso que su causa era la mía. Y era muy lógico: estaba en juego mi joven vanidad. ¿No había sido una observación mía la que había suscitado las primeras dudas sobre la culpabilidad del desgraciado?

«Me debo a mí mismo demostrar su inocencia», me decía.

Por desgracia, las discusiones de la velada me habían turbado tanto que ya no sabía sobre qué hecho concreto levantar mi argumentación.

Es lo que siempre ocurre cuando uno aplica demasiado tiempo la mente a la solución de un problema: mis ideas se enmarañaban como una madeja en manos de un niño. Ya no veía claro, aquello era el caos.

Hundido en mi sillón, me devanaba los sesos cuando, a las nueve de la mañana, el señor Méchinot, fiel a su promesa de la víspera, vino a recogerme.

—¡Vamos, vamos! —dijo sacudiéndome con brusquedad, porque no lo había oído entrar—; ¡en marcha!...

—Lo sigo —dije levantándome.

Bajamos deprisa, y entonces observé que mi digno vecino iba vestido con más cuidado que de costumbre.

Había conseguido darse esas apariencias bondadosas y adineradas que seducen por encima de todo al tendero parisino.

Su alegría era la del hombre seguro de sí, que marcha a una victoria segura.

Pronto estuvimos en la calle, y mientras caminábamos, me preguntó:

—Y bien, ¿qué piensa de mi mujer?... En la prefectura, yo paso por astuto, y sin embargo la consulto —Molière consultaba a su criada—, y muchas veces me ha salido bien. Tiene una debilidad: para ella no hay crímenes idiotas, y su imaginación presta a todos los malvados intrigas diabólicas... Pero como precisamente yo tengo el defecto opuesto, como soy un poco demasiado positivo, tal vez, es raro que de nuestras consultas no brote la verdad...

—¡Cómo! —exclamé—, ¿piensa que ha adivinado usted el misterio del caso Monistrol?...

Se paró en seco, sacó su tabaquera, aspiró tres o cuatro de sus pizcas imaginarias, y con un tono de vanidosa discreción respondió:

—Por lo menos tengo la manera de adivinarlo.

Mientras tanto llegábamos a lo alto de la calle Vivienne, no lejos de la

tienda de Monistrol.

—¡Cuidado! —me dijo el señor Méchiné—; sígame, y, pase lo que pase, no se asombre de nada.

Hizo bien en avisarme. De no ser por eso, me habría sorprendido mucho verlo entrar bruscamente en una paraguera.

Estirado y serio como un inglés, se hizo mostrar todo lo que había en la tienda, no encontró nada de su gusto y terminó preguntando si no sería posible que le fabricasen un paraguas cuyo modelo él mismo proporcionaría.

Le respondieron que sería la cosa más sencilla del mundo, y salió anunciando que volvería al día siguiente.

Y, cierto, la media hora pasada en aquella tienda no había sido perdida.

Mientras examinaba los objetos que le ofrecían, había tenido el arte de sacar de los tenderos todo lo que sabían de los esposos Monistrol.

Arte fácil, en suma, porque el caso del «viejecillo de los Batignolles» y el arresto del bisutero habían conmocionado profundamente al barrio y eran el tema de todas las conversaciones.

—Así es como se consigue información exacta —me dijo cuando estuvimos fuera—. En cuanto la gente sabe con quién tiene que vérselas, se dan tono, hacen frases, y entonces, adiós a la verdadera verdad...

Esa comedia el señor Méchiné la repitió en siete u ocho tiendas de los alrededores.

E incluso en una de ellas, cuyos dueños eran ariscos y poco habladores, hizo una compra de veinte francos.

Pero después de dos horas de este singular ejercicio que tanto me divertía, conocíamos exactamente la opinión pública. Sabíamos con precisión lo que se pensaba del señor y de la señora Monistrol en el barrio al que habían ido a vivir después de su matrimonio, es decir, hacía cuatro años.

Sobre el marido, todas las opiniones eran unánimes.

Era, según se afirmaba, el más dulce y el mejor de los hombres, servicial, honrado, inteligente y trabajador. Si no había tenido éxito en su comercio es porque la suerte no siempre sirve a quienes más la merecen. Había cometido el error de comprar una tienda abocada a la quiebra, porque desde hacía quince años cuatro comerciantes habían fracasado allí.

Adoraba a su mujer, todo el mundo lo sabía y lo decía, pero ese gran amor no había sobrepasado los límites admitidos; no le había salpicado ningún hecho ridículo...

Nadie podía creer en su culpabilidad.

—Su arresto —decían— debe de ser un error de la Policía.

En cuanto a la señora Monistrol, las opiniones estaban divididas.

Unos la encontraban demasiado elegante para la situación de su fortuna, otros sostenían que un tocado a la moda era una de las obligaciones, de las necesidades del comercio de lujo que tenía.

En general, estaban convencidos de que quería mucho a su marido.

Porque, por ejemplo, todas las voces celebraban de forma unánime su sabiduría, sabiduría tanto más meritoria cuanto que era notablemente bella y que la asediaban muchos pretendientes. Pero nunca había dado de qué hablar, nunca la más ligera sospecha había rozado su reputación inmaculada...

Esto para mí era evidente, pero contrariaba singularmente al señor Méchinet.

—Es prodigioso —me decía—, ni un chisme, ni una maledicencia, ni una calumnia... ¡Ah!, no es eso lo que suponía Caroline... Según ella, debíamos encontrar a una de esas tenderas que están al frente del mostrador, que exhiben su belleza mucho más que sus mercancías, y que relegan a la trastienda al marido, un ciego imbécil o un sucio complaciente... ¡Y nada de eso!

No respondí, porque no me hallaba menos desconcertado que mi vecino.

Ahora estábamos lejos de la declaración de la portera de la calle Lécuse, tan cierto es que el punto de vista varía según el barrio. Lo que pasa en los Batignolles por una condenable coquetería, en la calle Vivienne no es más que una exigencia de situación.

Pero ya habíamos empleado demasiado tiempo en nuestra investigación para detenernos a cambiar nuestras impresiones y a discutir nuestras conjeturas.

—Ahora —dijo el señor Méchinet—, antes de introducirnos en la plaza, estudiemos las inmediaciones.

Y avezado en la práctica de esas investigaciones discretas, en medio del

ajetreo de París, me hizo seña de que lo siguiese bajo una puerta cochera, precisamente enfrente de la tienda de Monistrol.

Era una tienda modesta, casi pobre, en comparación con las que la rodeaban. El escaparate pedía a gritos una buena mano de pintura. Encima, en letras antaño doradas, ahora llenas de humo y ennegrecidas, campeaba el nombre de MONISTROL. En los cristales, se leía: «ORO E IMITACIÓN».

¡Ah!, era imitación, sobre todo, lo que brillaba en el escaparate. A lo largo de las varillas colgaban muchas cadenas chapadas de oro, adornos de jade, diademas consteladas de piedras del Rin, además de collares imitando el coral, y broches, y anillos, y botones de puños de camisa con incrustaciones de piedras falsas de todos los colores...

Un escaparate pobre, en suma, lo reconocí a la primera ojeada, sus varillas no debían tentar a los ladrones.

—Entremos —le dije al señor Méchinet.

Estaba menos impaciente que yo, o sabía contener mejor su impaciencia, porque me detuvo por el brazo diciendo:

—Un instante... Querría por lo menos entrever a la señora Monistrol.

Pero fue inútil que, durante más de veinte minutos todavía, permaneciésemos plantados en nuestro puesto de observación; la tienda estaba vacía, la señora Monistrol no aparecía...

—Decididamente, ya hemos pasado demasiado tiempo de plantón —exclamó por fin mi digno vecino—: vamos, señor Godeuil, corramos el riesgo...

IX

Para llegar a la tienda de Monistrol nos bastaba cruzar la calle.

Lo hicimos de cuatro zancadas.

Al ruido de la puerta que se abría, una pequeña criada de quince a dieciséis años, sucia y mal peinada, salió de la trastienda.

—¿Qué puedo hacer por los señores? —preguntó.

—¿La señora Monistrol?

—Está ahí, señores, y voy a avisarla, porque, verán...

El señor Méchinet no le dejó tiempo de acabar.

Con un gesto bastante brutal, lo confieso, la apartó a un lado y penetró en la trastienda diciendo:

—Está bien, si está ahí, voy a hablar con ella.

Yo caminaba tras los talones de mi digno vecino, convencido de que saldríamos sin conocer la clave del enigma.

Aquella trastienda era una triste sala que servía de salón, de comedor y de dormitorio al mismo tiempo.

Reinaba en ella el desorden, y todavía más esa incoherencia que se observa en las casas de los pobres que se esfuerzan por parecer ricos.

Al fondo había una cama con cortinas de damasco azul, cuyos almohadones estaban cubiertos de encaje, y ante la chimenea una mesa llena de los restos de un almuerzo más que modesto.

En un gran sillón estaba sentada una joven mujer rubia, o, mejor, yacía una joven mujer muy rubia, que sostenía en la mano una hoja de papel timbrado...

Era la señora Monistrol...

Y, desde luego, cuando nos hablaban de su belleza, todos los vecinos se habían quedado muy por debajo de la realidad... Quedé deslumbrado.

Solo me desagradó una circunstancia: estaba de luto, con un vestido de crespón ligeramente descotado que le sentaba maravillosamente...

Era demasiada presencia de ánimo para un dolor tan grande. Me pareció ver allí el artificio de una comedianta que se pone de antemano el vestido del papel que debe representar.

Cuando entramos, se levantó con un movimiento de corza asustada, y con una voz que parecía quebrada por las lágrimas, preguntó:

—¿Qué desean, señores?

Todo lo que yo había observado, el señor Méchinet lo había advertido como yo.

—Señora —respondió en tono duro—, me envía la justicia, soy un agente del servicio de la Policía.

Ante esta declaración, al principio ella se dejó caer de nuevo en su sillón

con un gemido que hubiera enternecido a un tigre.

Luego, de repente, presa de una especie de entusiasmo, con los ojos brillantes y los labios trémulos, exclamó:

—¿Viene a detenerme? Entonces, bendito sea. Mire, estoy dispuesta, lléveme. Así iré a reunirme con ese hombre honrado al que detuvieron anoche. Sea cual fuere su destino, quiero compartirlo... Es inocente, como lo soy yo misma. ¡No importa! Si él ha de ser un error de la justicia humana, ¡para mí será una última alegría morir con él!

Fue interrumpida por un gruñido sordo, que salía de uno de los rincones de la trastienda.

Miré y vi un perro negro, con el pelo erizado y los ojos inyectados de sangre, que nos enseñaba los dientes dispuesto a saltar sobre nosotros...

—¡Calla, Plutón! —dijo la señora Monistrol—; venga, vete a dormir, estos señores no quieren hacerme ningún daño.

Lentamente, y sin cesar de clavarnos una mirada furiosa, el perro se refugió bajo la cama.

—Tiene razón al decir que no le haremos ningún daño, señora —continuó el señor Méchinot—; no hemos venido para detenerla...

Si ella oyó, no lo pareció.

—Esta mañana —continuó— he recibido este papel que me ordena dirigirme a las tres al Palacio de Justicia, al despacho del juez de instrucción... ¿Qué quieren de mí, Dios mío? ¿Qué quieren de mí?...

—Conseguir aclaraciones que demostrarán, eso espero, la inocencia de su marido... Por eso, señora, no me considere como un enemigo... Lo que quiero es hacer que resplandezca la verdad...

Enarboló su tabaquera, metió en ella de forma precipitada los dedos, y, con un tono solemne que yo no le conocía, continuó:

—Debo decirle, señora, la gran importancia de sus respuestas a las preguntas que tengo el honor de hacerle... ¿Acepta responderme con sinceridad?

Ella detuvo sus grandes ojos azules bañados en lágrimas sobre mi digno vecino, y en un tono de dolorosa resignación, dijo:

—Pregúnteme, señor.

Repito por tercera vez que mi experiencia era absolutamente ninguna. Y sin embargo, sufría por la forma en que el señor Méchinet había iniciado aquel interrogatorio.

En mi opinión, ponía de manifiesto sus perplejidades, y en lugar de perseguir un objetivo decidido de antemano, daba palos de ciego.

¡Ah, si él me hubiera dejado hacer! ¡Ah, si yo me hubiera atrevido!

Él, impenetrable, se había sentado frente a la señora Monistrol.

—Debe saber, señora —empezó—, que anteayer, sobre las once, fue asesinado el señor Pigoreau, llamado Anténor, el tío de su marido...

—¡Ay!

—¿Dónde estaba a esa hora el señor Monistrol?

—¡Dios mío!, es una fatalidad.

El señor Méchinet no pestañeó.

—Le pregunto, señora —insistió—, dónde pasó su marido la velada anteayer.

La joven mujer necesitó tiempo para responder porque los sollozos parecían ahogarla. Por fin, dominándose, gimió:

—Anteayer, mi marido pasó la velada fuera de casa.

—¿Sabe usted dónde estaba?

—¡Oh!, sobre eso... Uno de nuestros obreros, que vive en Montrouge, tenía que entregarnos un adorno de perlas falsas y no lo entregaba... Nos arriesgábamos a quedarnos con el encargo, lo cual hubiera sido un desastre, porque no somos ricos... Por eso, durante la cena, mi marido me dijo: «¡Voy a ir a ver a ese muchacho!»... Y, en efecto, hacia las nueve salió, e incluso salí yo para acompañarlo al ómnibus⁷³, donde montó delante de mí, en la calle Richelieu...

Yo respiraba más libremente... Después de todo, aquello podía ser una coartada.

El señor Méchinet tuvo la misma idea y continuó en tono más suave:

—Si es así, su obrero podrá afirmar que vio al señor Monistrol en su casa a las once...

—¡Ay!, no...

—¿Cómo?... ¿Por qué?...

—Porque había salido... Mi marido no lo vio.

—Es una fatalidad, en efecto... Pero puede ser que la portera se haya fijado en el señor Monistrol...

—Nuestro obrero vive en una casa donde no hay portera.

Podía ser cierto... Era de todos modos un cargo terrible contra el desgraciado detenido.

—¿Y a qué hora volvió su marido? —continuó el señor Méchinet.

—Poco después de medianoche.

—¿No le pareció que había estado fuera mucho tiempo?

—¡Oh!, sí..., y hasta le hice algunos reproches por ello... Para excusarse me dijo que había ido por el camino más largo, que había callejeado y que se había parado en un café para beber un vaso de cerveza...

—¿Qué aspecto tenía al volver?

—Me pareció contrariado, pero era muy natural...

—¿Qué ropas tenía?

—Las que llevaba cuando lo han detenido.

—¿No observó usted en él nada extraordinario?

—Nada.

X

De pie, un poco detrás del señor Méchinet, yo podía observar a placer la cara de la señora Monistrol y sorprender en ella las manifestaciones más fugaces de sus impresiones.

Parecía abrumada por un dolor inmenso, gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas pálidas, y, sin embargo, a veces creía descubrir en el fondo de sus grandes ojos azules una especie de brillo de alegría.

«¿Será culpable?» —pensaba yo.

Y esa idea que ya me había venido, al presentarse de forma más obstinada en mi mente, me hizo avanzar de prisa y preguntar en tono brusco:

—Pero, señora, ¿dónde estaba usted, durante esa noche fatal, a la hora en que su marido corría inútilmente a Montrouge en busca de su obrero?...

Me clavó una larga mirada llena de estupor y en tono dulce respondió:

—Estaba aquí, señor, los testigos se lo confirmarán.

—¿Testigos?

—Sí, señor... Esa noche hacía tanto calor que tuve ganas de tomar un helado, pero tomarlo sola me aburría. Por eso mandé a mi criada a invitar a dos vecinas, la señora Dorstrich, la mujer del zapatero cuya tienda linda con la nuestra, y la señora Rivaille, la guanterera de enfrente... Estas dos damas aceptaron mi invitación, y se quedaron aquí hasta las once y media... Pregúnteles, ellas se lo dirán... En medio de las crueles pruebas que sufro, esa circunstancia fortuita es un regalo de Dios.

¿Era una circunstancia fortuita?

Eso fue lo que, con una mirada más rápida que el relámpago, nos preguntamos el señor Méchiné y yo.

Cuando el azar es tan inteligente como eso, cuando sirve a una causa de forma tan oportuna, es muy difícil no sospechar que haya sido algo preparado y provocado.

Pero el momento estaba mal escogido para descubrir el fondo de nuestro pensamiento.

—Usted nunca ha sido sospechosa, señora —declaró con descaro el señor Méchiné—. Lo peor que se puede suponer es que su marido le haya dicho algo del crimen antes de cometerlo...

—Señor..., si usted me conociese...

—Espere... Nos han dicho que su comercio no va muy bien, que pasaban apuros...

—Por el momento, sí...

—Su marido debía sentirse desgraciado e inquieto por esa situación precaria... Debía sufrir sobre todo por usted, a la que adora, por usted, que es joven y bella... Por usted, más que por él, debía desear ardientemente los goces del lujo y las satisfacciones de amor propio que procura la fortuna...

—Señor, se lo repito, mi marido es inocente...

Con aire pensativo, el señor Méchiné pareció llenarse la nariz de tabaco; luego, de repente:

—Entonces, diablo, ¿cómo explica usted sus confesiones?... Un inocente

que se declara culpable nada más mentar el crimen del que es sospechoso es raro, señora, es algo prodigioso.

Un fugaz rubor subió a las mejillas de la mujer.

Por primera vez, su mirada, hasta entonces recta y clara, se turbó y vaciló.

—Supongo —respondió con voz poco nítida, y con lágrimas redobladas—, creo que mi marido, presa de espanto y de estupor, al verse acusado de un crimen tan grande, ha perdido el sentido.

El señor Méchinet movió la cabeza.

—En última instancia —dijo—, podría admitirse un delirio pasajero, pero esta mañana, después de toda una larga noche de reflexiones, el señor Monistrol insiste en sus primeras confesiones.

¿Era cierto? ¿Asumía aquello bajo su responsabilidad mi digno vecino, o bien, antes de venir a buscarme, había hablado con la cárcel?

Sea como fuere, la mujer pareció estar a punto de desmayarse y, ocultando la cabeza entre las manos, murmuró:

—¡Dios mío! Mi pobre marido se ha vuelto loco.

No era esa, ni mucho menos, mi opinión.

Convencido ahora de que asistía a una comedia y de que la gran desesperación de aquella mujer no era más que mentira, me preguntaba si, por ciertas razones que se me escapaban, no había impulsado la terrible resolución tomada por su marido, y si, inocente él, no conocía ella al verdadero culpable.

Pero el señor Méchinet no parecía hombre que buscara mucho tiempo.

Después de haber dirigido a la mujer algunos consuelos demasiado vulgares para inducirla a cualquier cosa, había llegado a darle a entender que disiparía muchas prevenciones prestándose de buena voluntad a un minucioso registro de su domicilio.

Ella se lanzó sobre el ofrecimiento con una vehemencia nada fingida.

—Busquen, señores —nos dijo—, examinen, registren por todas partes... Me harán un favor... Y no será largo... No tenemos más que la tienda, la trastienda donde estamos, el cuarto de nuestra criada en el sexto y una pequeña bodega... Aquí están todas las llaves.

Para mi vivo asombro, el señor Méchinet aceptó, y pareció entregarse tanto

a las pesquisas más exactas como a las más pacientes.

¿Adónde quería ir a parar?... No podía dejar de tener algún objetivo secreto, porque evidentemente aquellas pesquisas no podían llevar a nada.

En cuanto aparentemente hubo terminado, dijo:

—Queda la bodega por explorar.

—Yo lo guío, señor —dijo la señora Monistrol.

Y acto seguido, armándose de una vela encendida, nos hizo cruzar un patio al que la trastienda tenía una segunda salida, y nos guio a través de una escalera muy resbaladiza hasta una puerta que nos abrió diciendo:

—Aquí es... Entren, señores.

Yo empezaba a comprender.

Con una mirada rápida y experta, mi digno vecino examinó la bodega. Estaba miserablemente ordenada y más miserablemente montada. En un rincón había de pie un barrilito de cerveza, y justo enfrente, sujeta sobre unos leños, se encontraba una barrica de vino, provista de una espita de madera para sacar el líquido. A la derecha había, sobre unas varillas de hierro, medio centenar de botellas llenas.

El señor Méchinet no perdía de vista aquellas botellas, y encontró la ocasión para moverlas una a una.

Y lo que yo vi, él lo observó: ninguna estaba sellada con cera verde.

Por lo tanto, el corcho que yo había recogido y que había servido para proteger el arma del asesino no había salido de la bodega de los Monistrol.

—En resumen —dijo el señor Méchinet fingiendo cierto desengaño—, no encuentro nada. Podemos subir.

Fue lo que hicimos, pero no en el mismo orden que al bajar, porque a la vuelta yo iba el primero...

Yo fui, por lo tanto, el que abrió la puerta de la trastienda, y al punto el perro de los esposos Monistrol se abalanzó sobre mí ladrando con tanta furia que tuve que echarme hacia atrás.

—¡Diablo!, qué perro tan malo —dijo el señor Méchinet a la mujer.

Con un gesto de la mano, ella ya lo había apartado.

—No, seguro, no es malo —replicó—, solo es un buen guardián... Somos joyeros, más expuestos a los ladrones que otros; lo hemos enseñado...

De forma maquinal, como siempre se hace cuando a uno lo amenaza un perro, lo llamé por su nombre, que sabía:

—¡Plutón! ¡Plutón!

Pero él, en lugar de acercarse, retrocedía gruñendo, enseñándome sus dientes agudos.

—¡Oh!, es inútil que lo llame —dijo la señora Monistrol—; no le obedecerá.

—¡Vaya! Y eso ¿por qué?

—¡Ah!, porque es fiel, como todos los de su raza, solo reconoce a su amo y a mí...

Aquella frase no era nada en apariencia.

Para mí fue como un rayo de luz... Y sin pensar, más rápido de lo que hoy lo haría, pregunté:

—¿Dónde estaba, señora, este perro tan fiel la noche del crimen?

El efecto que le produjo esta pregunta a quemarropa fue tal que estuvo a punto de soltar la palmatoria, que seguía sosteniendo.

—No lo sé —balbució—, no me acuerdo.

—Quizá había seguido a su marido.

—Sí, ahora creo que lo recuerdo.

—Por lo tanto, está enseñado a seguir a los coches, pues nos ha dicho que acompañó a su marido hasta el ómnibus.

Ella callaba, y yo iba a continuar cuando el señor Méchainet me interrumpió. Lejos de aprovechar la turbación de la mujer, pareció dedicarse a tranquilizarla, y después de haberle recomendado obedecer a la citación del juez de instrucción, me arrastró a la calle.

Luego, cuando estuvimos fuera, me dijo:

—¿Ha perdido usted la cabeza?

El reproche me ofendió.

—¿Es acaso perder la cabeza —le pregunté— encontrar la solución del problema?... Sí, tengo la solución... El perro de Monistrol nos guiará hasta la verdad.

Mi vivacidad hizo sonreír a mi digno vecino, que me dijo en tono paternal:

—Tiene usted razón y lo he comprendido bien... Pero si la señora Monistrol ha adivinado sus sospechas, antes de esta noche el perro estará muerto o

habrá desaparecido.

XI

Es cierto, yo había cometido una imprudencia enorme...

No por eso había dejado de encontrar el defecto de la coraza, esa juntura por donde se desarticula el más sólido sistema de defensa.

Yo, novato voluntario, había visto claro donde el perro viejo de la Policía se extraviaba a tientas.

Otro quizá hubiera sentido celos y me hubiese odiado. Él, no.

Solo pensaba en sacar partido de mi afortunado descubrimiento y, como decía, no debía de ser una empresa muy ardua, ahora que la prevención se apoyaba en un punto de partida positivo.

Entramos, pues, en un restaurante vecino para discutirlo mientras almorzábamos.

Y he aquí donde radicaba el problema que, una hora antes, parecía insoluble.

Teníamos claro hasta la evidencia que Monistrol era inocente. ¿Por qué se había confesado culpable? Pensábamos en adivinarlo, pero la cuestión no era esa por el momento.

También estábamos seguros de que la señora Monistrol no se había movido de su casa la noche del crimen... Pero todo demostraba que era moralmente cómplice del crimen, que había tenido conocimiento de él (si es que no lo había aconsejado y preparado), y que, por contra, conocía muy bien al asesino...

¿Quién era, pues, aquel asesino?

Un hombre a quien el perro de Monistrol obedecía como a sus amos, puesto que se había hecho seguir al ir a los Batignolles...

Por lo tanto, era un habitual de la casa Monistrol.

Debía odiar, sin embargo, al marido, dado que lo había preparado con una infernal astucia para que la sospecha del crimen recayese sobre aquel

infortunado.

Por otro lado, tenía que ser muy estimado por la mujer, puesto que, conociéndolo, ella no lo entregaba, inmolando sin vacilar a su marido...

Por lo tanto...

¡Dios mío!, la conclusión estaba totalmente formulada. El asesino no podía ser más que un miserable hipócrita que había abusado del afecto y la confianza del marido para apoderarse de la mujer.

En resumen, a pesar de su reputación, la señora Monistrol tenía desde luego un amante, y ese amante era necesariamente el culpable...

Totalmente convencido de esa certeza, torturaba mi mente para imaginar alguna artimaña infalible que nos llevase hasta aquel miserable.

—Y es así como debemos, creo yo, actuar —le dije al señor Méchiné—... La señora Monistrol y el asesino han debido de decidir que, después del crimen, estarían cierto tiempo sin verse; es de la prudencia más elemental... Pero crea que la impaciencia no tardará en ganar a la mujer, y que querrá ver de nuevo a su cómplice... Colóquele pues un observador que la siga a todas partes, y antes de dos veces cuarenta y ocho horas el caso está en el bote...

Encarnizado junto a su tabaquera vacía, el señor Méchiné permaneció un instante sin responder, mascullando entre dientes no sé qué palabras ininteligibles.

Luego, de repente, inclinándose hacia mí, me dijo:

—No acierta usted. Tiene el genio de la profesión, seguro, no se lo niego, pero le falta la práctica... Por suerte, en eso estoy yo... ¡Cómo!, ¿una frase sobre el crimen le pone sobre la pista y usted no continúa?...

—¿Cómo hacer?

—Hay que utilizar a ese perro fiel.

—No sé muy bien...

—Entonces sepa aguardar... La señora Monistrol saldrá hacia las dos, quizá a las tres, al Palacio de Justicia. La criadita estará sola en la tienda...; entonces verá, solo le digo eso.

Y en efecto, por más que insistí, no quiso decir nada más, vengándose de su derrota con esa malicia tan inocente. Quieras que no, tuve que seguirlo al café más cercano, donde me obligó a jugar al dominó.

Preocupado como estaba, yo jugaba mal, y él abusaba sin vergüenza para derrotarme cuando el reloj de péndulo dio las dos.

—¡En pie, hombres de guardia! —me dijo abandonando sus piezas.

Pagó, salimos, y un momento después estábamos de nuevo vigilando bajo la puerta cochera, desde donde habíamos estudiado las inmediaciones de la tienda de Monistrol.

Hacía diez minutos que estábamos allí cuando la señora Monistrol apareció en el umbral de su tienda, vestida de negro, con un gran velo de crespón, como una viuda.

—¡Bonito vestido para ver a un juez! —masculló el señor Méchinet.

Ella hizo algunas recomendaciones a su criada y no tardó en alejarse.

Mi compañero esperó con paciencia cinco largos minutos, y cuando supuso que la mujer ya estaba lejos, me dijo:

—Ahora es el momento.

Y por segunda vez penetramos en la tienda de joyería.

La criada estaba sola, sentada en el mostrador, royendo para distraerse algún azucarillo robado a su patrona.

En cuanto aparecimos, nos reconoció, y muy roja y algo asustada, se puso de pie.

Pero sin darle tiempo a abrir la boca, el señor Méchinet preguntó:

—¿Dónde está la señora Monistrol?

—Ha salido, señor.

—Me engaña usted... Está ahí, en la trastienda.

—Les juro que no, señores... Miren, si quieren.

Con la expresión más contrariada, el señor Méchinet se golpeaba la frente repitiendo:

—¡Qué desagradable, Dios mío!... ¡Qué afligida va a estar esa pobre señora Monistrol...

Y la criada lo miraba con la boca abierta y los ojos en blanco de asombro.

—Pero quizá usted, preciosa joven —continuó—, pueda sustituir a su patrona... Si vuelvo es porque he perdido la dirección del señor que ella me había rogado que visitase...

—¿Qué, señor...?

—Ya sabe usted, el señor... Vamos, resulta que ahora he olvidado su nombre... El señor... ¡Pardiez! Usted ya lo conoce..., ese señor al que su maldito perro obedece tan bien...

—¡Ah!, el señor Victor.

—Ese precisamente. ¿Qué hace ese señor?

—Es ayudante de joyero... Es gran amigo del señor..., trabajaban juntos cuando el señor era ayudante de joyero antes de ser patrón, y por eso hace todo lo que quiere de Plutón...

—Entonces, podrá decirme dónde vive el señor Victor...

—Claro. Vive en el número 23 de la calle Roi-Doré.

La pobre muchacha parecía muy contenta de estar tan bien informada, y yo sufría oyéndola denunciar así, sin la menor vacilación, a su patrona...

Más insensible, el señor Méchinet no tenía esas delicadezas.

E incluso, una vez conseguida la información, remató la escena con una triste burla... En el momento en que yo abría la puerta para irnos, dijo a la muchacha:

—Gracias. Acaba usted de hacer un gran favor a la señora Monistrol, que se alegrará mucho...

XII

En cuanto estuvimos en la acera, solo tuve una idea: preparar las piernas y echar a correr a la calle Roi-Doré, detener a aquel Victor, el verdadero culpable, evidentemente.

Una frase del señor Méchinet cayó como una ducha sobre mi entusiasmo.

—¡Y la justicia! —me dijo—. Sin una orden del juez de instrucción, no puedo hacer nada... Hay que correr al Palacio de Justicia...

—Pero si allí nos encontramos con la señora Monistrol; si nos ve, hará que avisen a su cómplice...

—¡De acuerdo! —respondió el señor Méchinet con una amargura mal disimulada—, de acuerdo... el culpable escapará y se salvarán las formas... Sin

embargo, podré evitar ese peligro. Vamos, más deprisa.

Y de hecho, la esperanza del éxito daba a sus piernas una velocidad de ciervo. Llegado al Palacio, subió de cuatro en cuatro la empinada escalera que lleva a la galería de los jueces de instrucción y, dirigiéndose al jefe de los ujieres, le preguntó si el magistrado encargado del caso del *viejecito de los Batignolles* estaba en su despacho.

—Está —respondió el ujier— con un testigo, una dama joven de negro.

—¡Es ella! —me dijo mi compañero.

Luego prosiguió dirigiéndose al ujier:

—Usted me conoce... Deprisa, deme algo para escribir una nota que usted mismo llevará al juez.

El ujier partió con la nota, arrastrando sus calzas por el suelo polvoriento, y no tardó en volver para anunciarnos que el juez nos esperaba en el número 9.

Para recibir al señor Méchiné, el magistrado había dejado a la señora Monistrol en su despacho, bajo la guarda de su escribano, y había utilizado el despacho de uno de sus colegas.

—¿Qué ocurre? —preguntó en un tono que me permitió medir el abismo que separa a un juez de un pobre agente de Policía.

Resumiendo y con toda claridad, el señor Méchiné expuso nuestras gestiones, sus resultados y nuestras esperanzas.

Hay que decirlo, el magistrado apenas pareció compartir nuestras convicciones.

—¡Pero si Monistrol confiesa!... —repetía con una obstinación que me desesperaba.

Sin embargo, tras muchas explicaciones dijo:

—Le firmaré la orden.

Dueño de aquella pieza indispensable, el señor Méchiné voló tan deprisa que estuve a punto de caer al precipitarme tras él por las escaleras... Un caballo de coche de alquiler no nos hubiera alcanzado... No sé si tardamos un cuarto de hora en llegar a la calle Roi-Doré.

Pero una vez allí, el señor Méchiné me dijo:

—¡Cuidado!

Y con la expresión más tranquila se adentró por la estrecha alameda de la

casa que lleva el número 23.

—¿El señor Victor? —preguntó al portero.

—En el cuarto, la puerta de la derecha, en el pasillo.

—¿Está en casa?

—Sí.

El señor Méchinet dio un paso hacia la escalera, luego pareció cambiar de idea:

—Tengo que regalar una buena botella a ese excelente Victor —dijo al portero—... ¿A qué tienda de vinos de por aquí va él?

—A la de enfrente.

Nos plantamos en ella de un salto, y en tono de cliente el señor Méchinet pidió:

—Por favor, una botella, y del bueno..., de sello verde.

¡Ah, palabra!, en aquella época no se me habría ocurrido esa idea. Y sin embargo, es muy sencilla.

Cuando nos trajeron la botella, mi compañero exhibió el corcho encontrado en casa del señor Pigoreau, llamado Anténor, y nos fue fácil constatar la identidad de la cera.

A nuestra certeza moral se unía ahora una certeza material, y el señor Méchinet llamó a la puerta de Victor con dedo seguro.

—¡Pase! —nos gritó una voz bien timbrada.

La llave estaba en la puerta, entramos, y en un cuarto muy limpio vi a un hombre de unos treinta años, delgado, pálido y rubio, que trabajaba ante un banco de carpintero.

Nuestra presencia no pareció turbarlo.

—¿Qué desean? —preguntó en tono educado.

El señor Méchinet avanzó hasta él y, cogiéndolo por el brazo, dijo:

—¡En nombre de la ley, quedas detenido!

El hombre se puso lívido, pero no bajó los ojos.

—¿Se burla de mí?... —dijo con aire insolente—. ¿Qué es lo que he hecho?

El señor Méchinet se encogió de hombros.

—No te hagas el tonto —respondió—, se te ha caído el pelo... Te vieron salir de la casa del tío Anténor, y en el bolsillo tengo el corcho que utilizaste para

evitar que a tu puñal se le rompiera la punta.

Fue como un puñetazo en la nuca del miserable... Se derrumbó en la silla balbuciendo:

—Soy inocente...

—Eso ya se lo dirás al juez —dijo tranquilamente el señor Méchinet—, pero mucho me temo que no va a crearte... Tu cómplice, la mujer de Monistrol, lo ha confesado todo...

Como movido por un resorte, Victor se puso de pie.

—¡Eso es imposible!... —exclamó—. Ella no sabía nada...

—¿Entonces has dado el golpe tú solo? Muy bien. Ya has confesado.

Luego, dirigiéndose a mí, como hombre seguro de lo que hace:

—Busque en los cajones, querido señor Godeuil —prosiguió el señor Méchinet—, probablemente encuentre el puñal de este lindo muchacho, y con toda seguridad las cartas de amor y el retrato de su Dulcinea.

Un rayo de furia brilló en el ojo del asesino y sus dientes rechinaron, pero la fuerte complexión y el puño de hierro del señor Méchinet apagaron en él toda veleidad de resistencia.

En un cajón de la cómoda encontré todo lo que mi compañero me había anunciado.

Y veinte minutos más tarde, Victor, «limpiamente empaquetado» —esa es la expresión— en un coche de alquiler entre el señor Méchinet y yo, rodaba hacia la Prefectura de Policía.

«¿Cómo? —me dije estupefacto por la sencillez de la escena—, la detención de un asesino, de un hombre prometido al cadalso, ¿no es más que esto?».

Más tarde debía aprender a mi costa que hay criminales más terribles.

Aquel, en cuanto se vio en la celda de la cárcel, sintiéndose perdido, se entregó y nos contó su crimen con todo detalle.

Declaró que conocía al tío Pigoreau desde hacía mucho tiempo. Su objetivo, al asesinarlo, era sobre todo hacer recaer sobre Monistrol el castigo del crimen. Por eso se había vestido como Monistrol y se había hecho seguir por Plutón. Y una vez asesinado el viejo, había tenido el horrible valor de mojar en la sangre el dedo del cadáver para trazar estas cinco letras: MONIS,

que habían estado a punto de perder a un inocente.

—Y estaba muy bien ideado —nos decía con una fanfarronería cínica—. De haber tenido éxito, mataba dos pájaros de un tiro: me libraba de mi amigo Monistrol, al que odio y de quien tengo celos, y enriquecía a la mujer que amo...

En efecto, era simple y horrible.

—Por desgracia, muchacho —le objetó el señor Méchinet—, perdiste la cabeza en el último momento... ¡Qué quieres! ¡Nunca sale todo bien!... Porque mojaste en la sangre la mano izquierda del cadáver...

Victor se puso en pie de un salto.

—¿Cómo? —exclamó—, ¿es eso lo que me ha perdido?...

—¡Exacto!

Con el gesto del genio desconocido, el miserable alzó los brazos al cielo.

—¡Sea usted un artista! —exclamó.

Y mirándonos de arriba abajo con aire compasivo, añadió:

—¡El tío Pigoreau era zurdo!

De este modo, el descubrimiento tan rápido del culpable se debió a un error de la investigación.

No debía ser una lección sin fruto para mí. La recordé, por suerte, en circunstancias dramáticas aunque distintas, que diré en otro momento.

Al día siguiente, Monistrol fue puesto en libertad.

Y cuando el juez de instrucción le reprochaba sus falaces confesiones que habían expuesto a la justicia a un error terrible, solo pudo sacarle esto:

—Amo a mi mujer, quería sacrificarme por ella, la creía culpable.

¿Era ella culpable? Yo juraría que sí.

Fue detenida, pero la puso en libertad el juez que condenó a Victor a trabajos forzados a perpetuidad.

El señor y la señora Monistrol tienen hoy un despacho de vinos de mala nota en el paseo de Vincennes... La herencia de su tío está lejos; viven en una miseria espantosa.

⁶⁹ Clase de médico de segundo orden; los oficiales de salud, creados en 1803 y suprimidos en 1892, no podían ejercer fuera del departamento donde se habían examinado para conseguir su título; solo estaban autorizados a practicar operaciones quirúrgicas de importancia bajo la vigilancia e inspección de un doctor titulado en Medicina.

⁷⁰ Periódico fundado por el banquero y diputado Théodore Casimir Delamarre, *La Patrie* empezó a publicarse en 1841 defendiendo en su línea editorial el Imperio. Dejó de aparecer en 1937.

⁷¹ *Pension bourgeoise*: exactamente, casa donde se almuerza y/o se cena de manera fija, tras abonarse por lo general mensualmente.

⁷² Egeria es en la mitología romana una ninfa, presentada en origen como diosa de las fuentes ligada al culto de Diana. Fue consejera —esposa, o acaso amiga— del piadoso Numa Pompilio, segundo rey legendario de Roma, a quien en sus citas nocturnas dictó su sistema político y religioso, enseñándole oraciones y conjuros. Egeria vertió tantas lágrimas por la muerte de Numa que fue transformada en fuente.

⁷³ Los ómnibus tirados por caballos, con ruedas que iban sobre raíles, empezaron a difundirse en Francia en 1873, fecha muy tardía; siete años más tarde se pusieron en circulación los primeros tranvías eléctricos.

JEAN RICHPIN

DESHOULIÈRES

*A Raoul Ponchon*⁷⁴

En estos prados floridos
que el Sena riega
buscad a la que os lleva,
queridas ovejas.

MME. DESHOULIÈRES⁷⁵

Se llamaba Deshoulières, y lo lamentaba.

Hacía mal; porque no hay duda de que al horror de ese nombre y a las vulgaridades que recuerda debió Deshoulières su singular pasión por la originalidad.

Y, como original, fue completo y raro.

Después de haber picoteado un poco aquí y allá, en las artes, las letras, los placeres, había llegado crearse un ideal que consistía en buscar en todo lo imprevisto.

A primera vista, eso no parecía extraño, y la teoría parece indicar únicamente un espíritu curioso enemigo de lo común, deseoso de lo nuevo, como son los verdaderos creadores. Pero la extrañeza comenzaba en lo siguiente: Deshoulières había hecho de esa teoría la regla de su conducta diaria, y la practicaba en el trato del mundo, donde la llevaba hasta los últimos confines de lo excéntrico.

Se había convertido en el *dandy* de lo imprevisto.

Así, después de llegar a la conclusión de que la originalidad solo se alcanza por medio de los cambios, había formulado el axioma de que nunca se debe parecer uno a sí mismo, sobre todo físicamente. Es lo que explica las extraordinarias variaciones de su ropa, de su aspecto, de su voz, incluso de su fisonomía. Gracias al arte de los postizos y del maquillaje, cada día se hacía una cabeza diferente, y vivía como un Proteo⁷⁶.

Su espíritu era tan móvil como un caleidoscopio, y zarandeaba en él, como si fuesen vidrios de colores, las paradojas más inverosímiles, mezcladas con las perogrulladas más monstruosas; en realidad creaba un deslumbramiento de palabras, de ideas, de imágenes, de razonamiento, capaz de cegar a la gente que quería ver claro en aquella inteligencia fantasmagórica.

Por lo demás, un ser admirablemente dotado.

Vigoroso, bien formado, tenía alrededor de dos pies más que los versos de su deplorable homónima, y bajo sus caras prestadas se adivinaba una belleza moderna. Unas facultades maravillosas le servían para asimilar fácilmente tanto todas las virtudes como todos los vicios, tanto todas las ciencias como todas las artes. Se le conocían actos de heroísmo y cobardías, esfuerzos notables y desmayos, trozos de verso y de prosa incomparables, jirones de melodía nueva, esbozos en los que se adivinaba el toque de un futuro maestro. Poseía en potencia todo el genio humano.

Pero en el fondo no poseía nada, so pretexto de que su fondo era banal. Se limitaba a decir que sabía que podía ser un gran hombre, gran poeta, gran músico, gran artista, y que renunciaba a ello por repugnancia hacia esas grandezas demasiado vulgares para él.

Todo eso es viejo como las calles, decía. No encontraría nada nuevo en ser el dios de mi siglo, porque lo soy. ¡Ah!, eso de ser dios sí me divertiría, si fuera un animal. ¡Y aun así! Ya se ha visto.

Por lo general pasaba por loco. Sin embargo, algunos lo consideraban como

una especie de Anticristo.

Pero aquel Anticristo era demasiado sutilmente excéntrico para creer en sí mismo.

Si Dios existiese, dijo un día, y si fuera yo, no sería tan tonto como para no demostrarme que no lo soy.

Con tales teorías, Deshoulières, evidentemente, no podía vivir más que en París y en nuestra época; y sin duda habría vivido tranquilamente muchos años, inquietando solo a unos cuantos amigos, divirtiendo a la multitud, ni más ni menos que un simple ganapán, de no haber sido realmente el hombre de genio que era.

En efecto, a un original ordinario no se le habría ocurrido la idea de cometer la excentricidad suprema que le costó la vida.

Imaginó matar a su amante, embalsamarla y seguir siendo su amante.

El crimen fue perpetrado con tal ciencia, con tal *novedad* de precauciones que no se supo nada.

El secreto de aquella monstruosidad sádica fue precisamente lo que le pareció vulgar a Deshoulières. Pensó que no había gran originalidad en ser un monstruo y escapar a la justicia. Se denunció a sí mismo, aunque sin el menor remordimiento, cosa que era esencialmente imprevista.

Todo París se convirtió en un grito de horror, y todos los ojos se fijaron de inmediato en Deshoulières.

Era el momento, o no lo sería nunca, de no ser vulgar, y ahora se trataba de encontrar lo imprevisto en medio de las vulgaridades de la cárcel, del tribunal de lo criminal, de la guillotina. Deshoulières no falló a su misión. En Mazas⁷⁷ no se ocupó ni de su defensa, ni de su malsana popularidad, ni de reducir en cuerpo de doctrina los misterios del magnetismo animal, ni de traducir ese tratado de ardua filosofía en sonetos monosilábicos. Al cabo del tercer

soneto, renunció después de haberse convencido de que era posible.

Ante el tribunal estuvo prodigioso.

Su abogado, uno de los más ilustres, picado en el juego por la dificultad de la causa y la indiferencia del cliente, hizo un alegato sin igual que conmovió el corazón del jurado y confundió los argumentos del fiscal. Había tal abundancia de pruebas irrefutables, tal corriente de piedad, una elocuencia tan victoriosa que todo el mundo quedó convencido de la inocencia de Deshoulières, y asegurada su absolución.

El presidente tenía lágrimas en los ojos cuando preguntó al acusado si tenía algo que añadir en su defensa.

—Señores —dijo Deshoulières—, deseo ante todo expresar mis felicitaciones más sinceras a mi defensor, que acaba de hacer la obra maestra de la elocuencia judicial francesa. Solo tengo que reprocharle un pasaje de su admirable discurso.

Y Deshoulières, recogiendo en su obra uno de los argumentos presentados por el abogado, hizo brotar nuevas luces y acabó de conquistar la simpatía del auditorio.

—Por desgracia —continuó—, no tengo que hacer tantos elogios al señor fiscal de la República, que me ha parecido por debajo de la formidable tarea que le confía la sociedad.

En el tribunal hubo un movimiento de sorpresa, en el fiscal un sobresalto de despecho, y el jurado empezó a no comprender nada.

Pero fue muy distinto cuando Deshoulières, después de haber subrayado todos los razonamientos débiles del procurador, pudo hacer de nuevo la requisitoria de arriba abajo. ¡Y con qué ardor, con qué vehemencia, con qué poder! Situó de nuevo bajo su verdadera luz todo el horror de su crimen, destruyó pieza tras pieza el andamiaje de la defensa, demostró por último su culpabilidad de una forma magistral que no dejó subsistir la menor duda. Dio la vuelta a las convicciones como si fueran viejos guantes y consiguió lo que quería: el resultado *imprevisto* de hacerse él mismo condenar a muerte.

Pasó los últimos momentos de su vida inventando un nuevo paso de baile y una salsa para las ostras.

Cuando el sacerdote fue a confesarlo antes del momento solemne, exigió, para admitirlo, que el sacerdote se confesase primero con él; y, hecho esto, no se confesó, sino que se limitó a decir al capellán:

—En su discurso de hace un rato, ha citado una frase de san Agustín. Es de Tertuliano, en el párrafo noveno de su *De cultu fæminarum*. ¡Vaya en paz, hijo mío, y no cite más!

A pesar de estos aires juguetones y de su fuerza de carácter, Deshoulières se inquietó cuando vio la guillotina.

¡No es que tuviese miedo! Pero temía un final vulgar después de una vida tan excéntrica. Le desagradaba pensar que iban a cortarle el cuello como a un cualquiera, como a un vulgar Troppmann⁷⁸. Se devanaba los sesos tratando de buscar cómo podría ser guillotinado de una forma imprevista.

Sin duda la encontró. Porque, mientras subía los escalones de la viuda⁷⁹, su rostro estaba iluminado por una sonrisa de alegría.

Por eso se dejó sujetar sin resistencia a la siniestra plancha.

Pero en el momento en que la plancha basculó, hizo un esfuerzo terrible, rompió las ataduras con su fuerza hercúlea, se echó hacia atrás de manera que su cabeza no quedó encajada hasta el cuello en la luneta de la máquina.

El resorte se había disparado, la hoja ya no se podía retener y Deshoulières tuvo el cráneo desmochado como un huevo pasado por agua.

Había encontrado lo imprevisto de la guillotina.

Se había hecho cortar la cabeza al estilo de los hijos de Eduardo.

⁷⁴ Raoul Ponchon (1848-1937) fue un escritor que perteneció al círculo de Nina de Villard de Callias (1843-1884), poetisa y música en cuyo salón se reunían los mejores escritores y artistas de la época, desde Verlaine a Mallarmé, Zola, Édouard Manet, Edgar Degas, etc. Aficionada a las fiestas mundanas y a los bailes de máscaras, sería retratada por Manet en el cuadro «La dama de los abanicos». Ponchon, poeta muy menor, que consideraba sus poemas indignos de ser publicados, pasó sus vacaciones muchos años en la casa que Richepin tenía en Bretaña.

⁷⁵ Antoinette Deshoulières (1638-1694), escritora que frecuentó los salones parisinos de la última mitad del siglo xvii; bella e instruida —sabía latín, español e italiano—, sus contemporáneos la llamaron la Décima Musa, y fue la primera mujer académica de Francia. Su obra está hoy olvidada. La cita pertenece a «Versos alegóricos», del poemario *Idylles*.

⁷⁶ Hijo de Posidón y Tetis, en la mitología griega Proteo es el dios que puede cambiar de forma y apariencia a voluntad.

⁷⁷ Antigua cárcel francesa que se utilizó de 1850 a 1898, sobre todo para el internamiento de prisioneros de derecho común. Por ella pasaron escritores célebres, durante más o menos tiempo y por motivos políticos como Victor Hugo, Arthur Rimbaud, Jules Vallès, o políticos como Georges Clemenceau.

⁷⁸ Jean-Baptiste Troppmann (1849-1870), mecánico de origen alsaciano, asesinó en 1869 a ocho miembros de la familia Kinck, que lo había acogido como a un hijo: el padre, la madre (embarazada) y seis de sus hijos, con el objetivo de apoderarse de su dinero. Su detención y juicio fue seguido por toda la prensa con una expectación que atrajo incluso al Emperador, que pidió ser informado cada hora del proceso. Murió en la guillotina el 19 de enero de 1870. De sus víctimas se hicieron figuras de cera y en los comercios se vendían «botones de manguitos con una pala y un pico en forma de aspa», los dos instrumentos de sus crímenes.

⁷⁹ *Veuve*: nombre popular en Francia para la guillotina.

JEAN RICHEPIN

LA OBRA MAESTRA DEL CRIMEN

A la memoria de Adrien Juvigny⁸⁰.

El ojo del público es un agujón de gloria.
STENDHAL

I

¡Qué mala suerte! Tenía por nombre de bautismo Oscar, por apellido familiar Lapissotte; era pobre, carecía de talento, y se creía un hombre de genio.

Su primer cuidado, al entrar en la vida, fue adoptar un seudónimo; su segundo, tomar otro; y así sucesivamente, durante diez años, utilizó todos los vocablos fantasiosos que pudo imaginar para despistar la curiosidad de sus contemporáneos.

Por otra parte, esa curiosidad, que fingía temer y que, en cambio, codiciaba con todas sus fuerzas, no pretendía atravesar las espesas tinieblas de su existencia. Bajo todas sus etiquetas prestadas, ya se hiciera llamar Jacques de la Mole, Antoine Guirland, Tildy Bob, Grégorius Hanpska, ya se emperejilase con desinencias nobles, plebeyas, extranjeras, románticas o modernas, no dejaba de seguir siendo el más desconocido de los plumíferos, el más oscuro de los incomprensidos y el más pobre de los literatos. La gloria no quería nada con él.

«*E pur, si muove*⁸¹! ¡Tengo algo!», se decía convencido, golpeando con su dedo la caja ósea de su cráneo, que le parecía profundo porque sonaba hueco.

Son increíbles las aberraciones a que puede llevar la vanidad literaria. Hay hombres de verdadero talento a los que ha impulsado a ridiculeces inconcebibles, e incluso a los que ha inducido a cometer actos vergonzosos u odiosos. ¿Qué ocurre, pues, cuando agita a un miserable de una nulidad manifiesta? Agotada la paciencia, amargado el orgullo, alcanzada la impotencia, una vida echada a perder por una esperanza inútil y tenaz...; no se necesita tanto para inspirar la idea de acabar mediante un suicidio o de salir de ella por un crimen.

Oscar Lapissotte no era lo bastante valiente para elegir la muerte. Además, sus pretensiones a la superioridad intelectual encontraron alimento en la resolución de un crimen. Se dijo, en efecto, que su genio había equivocado el camino hasta entonces aplicándose a los sueños del arte, y que estaba destinado a las violencias de la acción. Por otro lado, el crimen le reportaría una fortuna, y la riqueza sacaría a plena luz aquella mente transcendente que se marchitaba en la pobreza. Artística y moralmente, el incomprendido se probó a sí mismo, por lo tanto, que era necesario cometer un crimen.

Y lo cometió. Y como si la realidad quisiera darle la razón, por primera vez en su vida hizo una obra maestra.

II

Unos diez años antes del día en que se convirtió en un malvado, Oscar Lapissotte había vivido en el sexto piso de una casa de la calle Saint-Denis. Perdido en medio de una treintena de inquilinos, conocido solo bajo uno de sus numerosos seudónimos, había sido amante de una vieja criada charlatana que le contaba todas sus pequeñas historias. Ella servía a una viuda muy mayor, enferma y extremadamente rica. Por otra parte, él no había vivido en aquella casa más que un mes apenas.

Una noche que acababa de dejar a un amigo internado en la Pitié⁸², al pasar por una sala para irse, reconoció a la criada, que estaba moribunda. Ella le dijo que no vivía en casa de la viuda desde hacía tres semanas, que la habían

sustituido por el momento por una asistente, que su ama estaba demasiado enferma para venir a visitarla, y que eso era muy desolador.

—Lo comprendo —dijo Oscar—. Quisiera usted verla, ¿no es cierto?

—¡Oh!, no es por eso. Es que tengo miedo a que, si muero aquí, la señora lea todas las cartas que he dejado en su casa y me desprecie después de mi muerte.

—¿Y por qué habría de despreciarla?

—¡Escuche! Voy a decirle toda la verdad. Usted ha sido mi amante, pero hace tanto tiempo que pasó que puedo confesarle que he tenido otros amores. No me odia por ello, ¿verdad? Además, ya sabe que yo no era lo que usted necesitaba. Usted es un artista, un hombre de mundo. Usted me tuvo de pasada, sin darle la menor importancia. Pero en la casa tengo un tipo de hombre que es de mi clase, un cochero, y si la señora lo supiese sería mi perdición. ¡Y he hecho tantas cosas malas por él! ¡Ah, el muy granuja! Estaba loca por él. Es el padre de mi hijo; por eso pasé por donde quiso. Siempre me prometía reconocerlo y casarse conmigo. Hoy veo de sobra que todo eso era pamema; ¡pero no importa! Mi pequeño no será desdichado con lo que le dejo, y la señora es bastante buena para cuidarlo también; porque le escribí a la señora que tenía un hijo. Tengo la carta allí, debajo de mi almohada, y quiero que se la entreguen cuando yo ya no esté, pero solo si mis papeles son quemados antes. Porque, de lo contrario, antes me comería la carta. No quiero que la señora sepa todo lo que he hecho. No tendría ninguna piedad con el crío si supiera que es el hijo de una desvergonzada y de una ladrona.

—Vamos, vamos, mi querida amiga —dijo bruscamente Oscar—, explíqueme mejor su situación. Habla demasiado deprisa, lo embarulla todo y tengo que estar al corriente con claridad si quiere que le haga un favor. No pido nada más, a ser posible; pero necesito comprender bien.

En ese momento, Oscar Lapissotte no pensaba para nada en el crimen. Se dejaba llevar simplemente por su curiosidad de escritor, olfateaba una novela y se preparaba la *copia*.

—Bueno —continuó la criada—, de acuerdo. Trataré de ser clara. Caí enferma de repente, de un ataque de apoplejía, en la calle, y me trajeron al hospital. La señora me dejó aquí, porque no podían trasladarme a su casa. Le escribí, y

ella me respondió. Su asistenta vino de su parte. Pero no pude decirle ni a la señora ni a la asistenta lo que me atormenta. Tengo un paquete de cartas del cochero, ya sabe, del padre. En esas cartas hay todo tipo de cosas infames, de robos que él me aconsejaba y de las gracias que me daba cuando yo los había cometido. Porque he robado, sí, he robado por él, robado a mi ama. Habría debido quemar esas malditas cartas. Pero también había en ellas zalemas y promesas de matrimonio, y promesas de que reconocería al pequeño. Por eso las guardaba. Un día, el muy sinvergüenza me amenazó con quitármelas para comprometerme. Le negaba dinero y él me dio a entender que, una vez dueño de los papeles, haría de mí cuanto quisiera. Tuve un miedo de todos los diablos. De cualquier forma, no quise desprenderme de las cartas. Para ponerlas a salvo, pedí a la señora confiarle documentos familiares que me importaban mucho, y por eso guardé mis cartas en su escritorio. La señora me dio un cajón para mí, con la llave. Sé de sobra que podría mandar a decirle que necesito mis papeles. Pero desconfío de la asistenta, que me los traería. Por algunas palabras que me ha soltado, creo adivinar que ahora también tiene al cochero. Es un zalamero, se lo digo yo. Y, si la engatusa, es para conseguir el paquete cuyo escondite conoce. ¿Comprende ahora mi apuro? ¡Oh, si usted fuera bueno! Es cierto que no lo merezco, pero sería tan bello de su parte hacerme ese favor.

—¿Qué favor?

—Traerme mis cartas.

—Pero ¿cómo quiere que las consiga?

—Verá, es muy sencillo. Por la noche, hacia las diez, la señora toma su cloral para dormir, y duerme como un tronco desde ese instante. Durante ese tiempo, la asistenta no está allí, porque se va a las siete, después de la cena. Como bien puede suponer, la señora no le ha dicho que toma cloral, por miedo a que la robe. Solo me lo decía mí, en quien la pobre tenía plena confianza. Pues bien, si usted entrase entonces, ella no lo oiría, y podría salir y traerme mis cartas. Además, no lo vería nadie. Como sabe, hay dos entradas en la casa. Por la escalera de servicio el portero no se enteraría de nada. ¡Oh, hágalo por mí, diga que sí!

—Pero está usted loca. Y el escritorio, ¿cómo abrirlo? Y la puerta del piso,

¿cómo salvarla?

—Tengo una llave doble del escritorio. La hice fabricar para mi vergüenza, para robar a la señora. Aquí está, junto con la de mi cajón. Aquí tiene también la llave para entrar por la cocina desde la escalera de servicio. Se lo suplico. No sé por qué, pero confío en usted, estoy segura de que lo hará para que yo pueda morir en paz.

Oscar Lapissotte cogió las llaves. Tenía los ojos fijos. Una palidez súbita cubría su rostro. Contracciones nerviosas estiraban el pliegue de sus delgados labios. Bruscamente se le había aparecido la posibilidad del crimen. Muerta aquella mujer, la cosa sería fácil de ejecutar.

—¡Oh, me ahogo, me ahogo! —dijo la enferma, a la que su larga confianza había agotado—. ¡Agua! ¡Deme de beber!

El dormitorio estaba en penumbra, vagamente iluminado por una lamparilla. En las camas vecinas todo el mundo dormía. Oscar levantó la cabeza de la enferma, retiró la almohada y se la puso sobre la boca donde la mantuvo con puño de hierro por lo menos durante diez minutos. Tuvo el espantoso valor de aguardar, reloj en mano.

Cuando dejó al descubierto la cara, la enferma estaba asfixiada. No había podido hacer ningún movimiento ni lanzar un grito. Parecía haber sucumbido a una congestión. Volvió a poner la almohada debajo de la cabeza, subió las mantas hasta el mentón. El cadáver parecía dormir.

Como la cama de la criada estaba bastante cerca de la puerta, el asesino salió sin ruido. Enfiló el corredor de los internos, pasó por una puerta de la calle de la Pitié, y se encontró fuera sin que lo vieran.

Eran las nueve y veinte.

Sin pérdida de tiempo, arrastrado por la fiebre de la ejecución, el miserable se dirigió a zancadas hacia la calle Saint-Denis. Entró en la casa antes de las diez.

En el camino había madurado todo su plan.

Penetró primero en la cuadra, donde debían de estar las cosas del cochero. Cogió una fusta, le arrancó un pequeño trozo, y se lo guardó en el bolsillo.

Luego subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera de servicio. Era en el primero, y se podían salvar los dieciocho escalones sin riesgo de que lo

vieran.

Abrió la puerta, entró sin ruido, llegó al dormitorio, y de un golpe estranguló a la anciana que dormía. También allí tuvo la sangre fría de tener la garganta apretada durante un buen cuarto de hora.

Abrió luego el escritorio. En el gran cajón del medio había acciones y obligaciones; en el cajón de la izquierda, billetes de banco; en el de la derecha, cartuchos de luses⁸³. Hizo una selección de títulos al portador y dejó los otros. En total, títulos, oro y billetes había ciento cuarenta mil francos, con los que se llenó los bolsillos.

Se ocupó luego de las cartas. No le costó encontrarlas en el rincón, arriba, donde la criada le había dicho que estaban.

Las quemó en la chimenea, pero teniendo cuidado de dejar intactos los trozos más comprometedores para la crida y el cochero. Solo algunos, bien elegidos, bastaban para reconstruir toda la historia del hijo, incitaciones al robo, los robos cometidos. Los dejó en lugar visible, junto a la pantalla de la chimenea, admirablemente colocados para hacer creer que los habían quemado apresuradamente y que se habían ido antes de que se hubieran consumido por completo.

Arrugó y desgarró el trozo de fusta en la mano derecha, cerrada y crispada, de la muerta.

Entonces salió, escapó como un relámpago hasta la calle, e inmediatamente se puso a caminar con el paso tranquilo y distraído de un soñador.

Decididamente, Oscar Lapissotte no se había engañado al creerse un hombre de genio. Tenía el genio del crimen y había trabajado con mano maestra.

III

De hecho, un crimen solo es verdaderamente una obra maestra si el autor queda impune. Por otra parte, la impunidad solo es completa si la justicia condena a un falso culpable.

Oscar Lapissotte consiguió la impunidad completa.

La justicia no dudó un solo instante para encontrar al asesino. Evidentemente, era el cochero. Los fragmentos de las cartas eran indicios infalibles. ¿Qué otro cochero, amante de la criada, podía conocer tan bien las cosas favorables al crimen? ¿Qué otro podía tener las llaves? ¿No había empezado por robar a la viuda de acuerdo con la criada? ¿No era lógico que hubiera franqueado el paso que separa el robo del asesinato? Además, el trozo de fusta acusador hablaba con toda claridad. Para colmo de desgracia, el cochero tenía malos antecedentes. Como última circunstancia abrumadora, no pudo justificar en qué había empleado el tiempo en la hora fatal. Por más que negó y protestó de su inocencia, todo estaba en su contra, nada lo defendía.

Fue juzgado, condenado a muerte, ejecutado; y los jueces, los jurados, el abogado, los periódicos, el público se pusieron de acuerdo para tener la conciencia tranquila. Solo quedó un punto oscuro en su caso, y es que no se pudo encontrar la fortuna. Se pensó que el granuja la había escondido en lugar seguro, pero nadie dudó de que la hubiera robado.

En resumen, si alguna vez un criminal fue reconocido culpable de su crimen, fue este.

IV

Se dice que la conciencia de una buena acción da una profunda paz. Pero pocas personas han tenido la audacia de decir que la impunidad de una mala acción procura también la felicidad. Barbey d'Aurevilly, entre sus admirables *Diabólicas*, no ha temido escribir una novela corta titulada *La felicidad en el crimen*⁸⁴, y tenía razón; porque los malvados conocen la serenidad.

Oscar Lapissotte pudo gozar plenamente de su doble crimen y saborear los frutos de una serenidad absoluta. No sintió remordimientos ni terror. Lo único turbador que experimentó y que aumentó poco a poco fue un orgullo inmenso.

Orgullo de artista sobre todo. Lo que le hizo olvidar toda consideración

moral fue precisamente la perfección de su obra, y el sentimiento que tenía de haberse comportado realmente de forma impecable.

Ahora bien, su sed de superioridad solo en esto encontró dónde abreviar hasta la ebriedad.

En todo lo demás seguía siendo un hombre mediocre, oscuro, justamente desconocido. Por más que hubiese aprovechado su nueva fortuna para forzar la puerta de periódicos y revistas; por más que hubiese festejado a la crítica, seguía sin poder hacerse escuchar del público. Sus versos, su prosa, sus ensayos de teatro estaban marcados en el rincón de la nulidad. Las gentes del oficio conocían un poco a Anatole Desroses, el literato aficionado que tenía más rentas que talento; pero los lectores se burlaban de sus rentas, y todo el mundo estaba de acuerdo en negarle incluso la más pequeña brizna de talento. Estaba debidamente convencido de impotencia.

¡Y sin embargo!, se decía a veces con un brillo en los ojos, sin embargo, ¡si yo quisiera! ¡Si contase mi obra maestra!, porque he hecho una obra maestra. Para él no había duda. Anatole Desroses quizá era un cretino, de acuerdo; pero Oscar Lapissotte es un hombre de genio. De cualquier modo, es espantoso pensar que una cosa tan bien maquinada, tan enérgicamente concebida, tan vigorosamente ejecutada, tan completamente lograda, permanecerá eternamente desconocida. ¡Ah!, ese día tuve la inspiración, la verdadera, la que hace las cosas perfectas. ¡Dios mío!, el abate Prévost garrapateó más de cien novelas detestables y solo escribió una *Manon Lescaut*⁸⁵. Bernardin de Saint-Pierre solo dejará *Pablo y Virginia*⁸⁶. Hay muchos genios singulares que solo producen una obra. ¡Pero qué obra! Queda como un monumento en la literatura. Y yo pertenezco a esa familia de espíritus. Solo he hecho una cosa bella. ¿Por qué la he vivido en lugar de escribirla? Si la hubiera escrito, sería célebre. Solo tendría un cuento que enseñar, pero todo el mundo querría leerlo, porque sería único en su género. He hecho *la obra de arte del crimen*.

A la larga, esta idea se convirtió en obsesión.

Luchó contra ella durante diez años. Se dejó devorar, primero por la pesadumbre de no haber cometido el sueño en lugar de la acción, luego por el deseo de contar la acción como un sueño. Lo que lo atormentaba no era el

demonio de la perversidad, ese poder singular que empuja a los personajes de Edgar Allan Poe a gritar su secreto, era solo una preocupación literaria, la necesidad de fama, el prurito de la gloria.

Como un sutil consejero que refuta una a una las objeciones y hace valer los argumentos capciosos, su idea fija lo perseguía con mil razonamientos:

«¿Por qué no habrías de escribir la verdad? ¿Qué temes? Anatole Desroses está al abrigo de la justicia. El crimen es viejo. Está olvidado para todo el mundo. Su autor es conocido, está muerto y enterrado con su cabeza entre las piernas. Parecerá que has arreglado artísticamente una antigua historia judicial. Meterás en ella todos tus pensamientos oscuros, todos los rencores que te han empujado al crimen, todas las habilidades que pusiste a contribución para cometerlo, todas las circunstancias que te proporcionó ese maravilloso inventor que se llama el azar. Tú eres el único que está en el secreto de la obra, y nadie adivinará que buceaste en él en la realidad. En tu cuento solo se verá el esfuerzo de una imaginación extraordinaria. Y entonces serás el hombre que quieres ser, el gran escritor que se revela tarde, pero con un golpe de maestro. Gozarás de tu crimen como nunca criminal alguno ha podido gozar del suyo. De él habrás sacado no solo la fortuna, sino también el laurel. ¿Y quién sabe? Después de ese primer éxito, cuando tengas un nombre, harás leer tus otras obras, y se volverá sin duda sobre la injusta opinión que se tiene de ti. En el camino de la celebridad, solo cuesta el primer paso. ¡Valor! Recupera un poco de esa sorprendente audacia que tuviste un día de tu existencia. Ya ves cómo triunfó. No puede dejar de triunfar de nuevo. Una vez supiste coger la ocasión por el pelo. Todavía la tienes hoy en tu mano. ¿Dejarás que se te escape? Sabes de sobra que la obra es bella, ¿no es cierto? Pues bien, cuéntala, sin miedo, sin ambages, con orgullo, en su majestuoso horror. Y, si quieres creerme, llega hasta el final de tu orgullo, sé ultrajantemente arrogante, y renuncia al seudónimo que parece ser tu nombre, para firmar con tu nombre, que parecerá un seudónimo. No es Jacques de la Mole, Antoine Guirland, ni siquiera Anatole Desroses, no es ese montón de desconocidos sin talento lo que hay que consagrar, solo eres tú, es Oscar Lapissotte».

Y una bella noche, Oscar Lapissotte se sentó delante del papel en blanco,

con la cabeza ardiendo y la mano febril, como un gran poeta que se siente dispuesto a alumbrar una gran cosa, y escribió de un tirón la historia de su crimen.

Contaba los miserables comienzos de Oscar Lapissotte, su vida de bohemio, sus multiplicados fracasos, su mediocridad demostrada, sus terribles rencores, las ideas de suicidio y de crimen que danzaban en su cerebro, la efervescencia de un corazón engañado por la quimera y que quiere vengarse en la realidad, toda una novela de psicología penetrante, la anatomía de su espíritu. Luego, con trazos sobrios y de una pavorosa nitidez, describía la escena de la Pitié, la escena de la calle Saint-Denis, la muerte del falso culpable, el triunfo del verdadero asesino. Entonces, con una sutileza de detalles curiosa y satánica, analizaba las causas que habían decidido al autor a publicar su crimen, y terminaba con la apoteosis de Oscar Lapissotte, que ponía su firma al pie de aquella confesión.

V

La obra maestra del crimen apareció en la *Revue des Deux-Mondes*⁸⁷ y tuvo un éxito prodigioso.

Se puede tener una idea de ese éxito por algunos de los siguientes extractos de los artículos de crítica que saludaron su aparición:

«Todo el mundo sabe que bajo el seudónimo de Oscar Lapissotte (nombre de una fantasía quizá demasiado gala) se oculta un autor que se complace en este tipo de disfraces, el señor Anatole Desroses. Después de haber despilfarrado su talento en el pequeño periodismo, el señor Anatole Desroses acaba de darnos su verdadera medida. La novela está sacada de un drama judicial que ocurrió hace unos diez años en la calle Saint-Denis. Pero la imaginación del novelista ha sabido transformar un vulgar asesinato en una sorprendente obra de intriga. Ni el mismísimo Gaboriau habría encontrado las complicaciones que ha inventado el señor Anatole Desroses. Daremos *La obra maestra del*

crimen en nuestro número doble del próximo domingo». — (Philippe Gille. — *Figaro*)⁸⁸.

«Mientras hablo de la gallina con arroz, debo decir una palabra sobre la carne de gallina que me ha puesto *La obra maestra del crimen*. Hay en el análisis de los sentimientos una punta de metafísica que me estropea un poco la fantasía realmente extraordinaria del relato. Pero ¿qué libro es sin defecto? Hasta la rareza de esos sutiles detalles es como un guiso agradable. Grimod de La Reynière⁸⁹ y Restif de la Bretonne⁹⁰ tienen esas mismas oscuridades divertidas. El señor Anatole Desroses es de su familia. Como ellos, ha escrito un fárrago de cosas desconocidas entre las que hay cincuenta páginas totalmente notables. Será el más célebre entre los olvidados y despreciados de nuestra época». (Charles Monselet. — *Événement*)⁹¹.

«El autor de esta novelita no es un lírico como nosotros lo entendemos; pero tampoco un realista. Su genio fantástico tiene las alas de la oda. No obstante, hay que confesar que Anatole Desroses es más bien un niño de pecho de las Euménides⁹², de las perras sangrientas que ladran tras las huellas de Orestes, asesino de la gran Klytaimnestra, un niño de pecho de las Gracias de hermosos senos. Pero ¿qué importa el terreno con tal de que se vea crecer el laurel?». — (Théodore de Banville. — *National*)⁹³.

«¡Nada de remordimientos! ¡Ahí está el crimen de un ateo! Si un rayo de fe cristiana atravesase esas tinieblas, el señor Anatole Desroses podría pasar por el Dante del infierno moderno. No es más que el Disdéri⁹⁴. Pero es la fotografía en colores. Tiene la paleta. Escribe. Llega incluso a saber analizar. Quizá sondee entre los riñones de su generación, que los tiene muy enfermos». — (Louis Veuillot. — *Univers*).⁹⁵

«¡Obra maestra en efecto esta *Obra maestra del crimen*! ¡Y no tan crimen! Porque esa pluma tiene relámpagos de espada y filos de escalpelo. Propina terribles estocadas a la serenidad del crimen y lo corta como anatomía, aunque le cree una aureola de resplandecientes molinetes. ¡Se ve más claro,

eso es todo! Por otra parte, es la claridad sulfurosa que despiden el ojo del diablo; y es también el dedo del diablo, ese dedo furioso del señor Anatole Desroses levantando la ropa del crimen y mostrando el corazón humano sin hoja de parra. Me gusta este señor Anatole Desroses, que habría debido llamarse Desépines o Desorties⁹⁶; me gusta como un vicio». — (J. Barbey d'Aurevilly. — *Constitutionnel*)⁹⁷.

Sarcey⁹⁸ dio sobre *La obra maestra del crimen* una conferencia en el bulevar de los Capucines. Estableció comparaciones con Hoffmann y Edgar Allan Poe, abordó dos palabras del arte dramático a propósito de las preparaciones psicológicas que llevaban a las escenas del crimen, hizo una digresión sobre el género del vodevil, otra sobre la École Normale⁹⁹, una tercera sobre la esencia de la digresión y, finalmente, calificó al autor de un cuarto de genio, a la vez que le daba familiarmente unas palmaditas en el vientre.

En suma, hubo un concierto de elogios, aparte del alboroto inevitable de los envidiosos, de los imbéciles, de los burgueses necios y de otros viles gendarmes del periodismo.

VI

Sin embargo, en los artículos, incluso en los más elogiosos, había dos cosas que irritaron mucho a Oscar Lapissotte.

La primera fue que se empeñaban en tomar su verdadero nombre por un seudónimo y en llamarlo Anatole Desroses.

La segunda, que se hablaba demasiado de su imaginación y no se destacaba lo bastante la verosimilitud de su relato.

Estos dos *desiderata* lo atormentaron hasta el punto de que olvidó toda la felicidad de su naciente gloria. Los artistas están hechos de tal forma que, incluso cuando la crítica los acuesta sobre un lecho de rosas, sufren si alguna hoja tiene el menor pliegue.

Por eso, un buen día, cuando un fulano felicitaba al gran hombre que había

escrito *La obra maestra del crimen* y le incensaba con todas sus fuerzas, el gran hombre le respondió a quemarropa:

—¡Eh!, señor, usted me felicitaría de una forma muy distinta si supiera el porqué de las cosas. Mi novelita no es una novela: es realidad. El crimen fue cometido tal como lo he contado. Y fui yo el que lo cometió. Me llamo con mi verdadero nombre, Oscar Lapissotte.

Decía esto fríamente, con una gran apariencia de convicción, soltando bien sus frases, como alguien que quiere ser creído.

—¡Ah, delicioso! ¡Delicioso! —exclamó su interlocutor—. La broma es de un lúgubre asombroso. ¡Es del mejor Baudelaire!

Y al día siguiente todos los periódicos contaban la anécdota. Pareció deliciosa la tentativa de mistificación por la que Anatole Desroses quería hacerse pasar por un asesino. Decididamente, era original y digno de interesar a París.

Oscar Lapissotte se puso furioso. Al hacer aquella terrible confesión, había actuado en cierto modo de forma maquina. Ahora tenía una necesidad real de ser creído por alguien.

Repitió su confesión a todos los amigos que encontró en el bulevar. El primer día aquello pareció divertido. El segundo día se pareció a una farsa monótona. El tercer día fue juzgado aburrido. Al cabo de la semana, terminó pasando por un imbécil total.

No sabía mantenerse a la altura de su reputación de gran hombre. Sus más fervientes partidarios le tomaron el pelo.

Este inicio de hundimiento lo exasperó.

—¡Ah, es demasiado fuerte! —dijo a los incrédulos, en pleno café—; nadie quiere prestar fe a lo que es la exacta verdad; nadie quiere reconocer que no solo he escrito *La obra maestra desconocida*, sino que también la he ejecutado. ¡Pues bien!, tendré el corazón limpio. ¡Mañana, todo París sabrá quién es Oscar Lapissotte!

Fue en busca del juez de instrucción que había llevado el caso de la calle Saint-Denis.

—Señor —le dijo—, vengo a entregarme a la justicia. Soy Oscar Lapissotte.

—Inútil seguir, señor —lo respondió el juez en tono amable—. He leído su novela, y lo felicito. Conozco además la excentricidad con la que usted se divierte desde hace ocho días. Tal vez otro se enfadase al ver que su broma llega hasta la magistratura. Pero amo la literatura y no podría odiarlo por intentar conmigo su ingeniosa farsa, porque esto me vale el placer de su conocimiento.

—¡Eh!, señor —dijo Oscar impacientado por aquellas cortesías—, ¿no se trata de ninguna broma! Le juro que soy Oscar Lapissotte, y que cometí el crimen, y voy a demostrárselo.

—Bueno, señor —replicó el magistrado—, va a ver usted lo acomodaticio que soy. Por curiosidad quiero prestarme a ese juego. Lo escucho; le confesaré incluso que para mí será una fiesta ver cómo un espíritu tan sutil como el suyo puede arreglárselas para demostrarme el absurdo.

—¡El absurdo! Pero si lo que he contado es la verdad absoluta. El cochero no era culpable. Fui yo quien dispuso...

—Creo haberle dicho, querido señor, que he leído su novela. Si le complace contármela en persona, para mí será una alegría infinita. Pero eso no me demostrará nada en absoluto, sino lo que para mí está demostrado; a saber, que tiene usted una imaginación singularmente rica y extraña.

—Yo solo he tenido imaginación para cometer mi crimen.

—No para cometerlo; para escribirlo, querido señor, para escribirlo. Y mire, déjeme decirle todo lo que pienso al respecto: ha tenido cierto exceso de imaginación, ha sobrepasado los límites permitidos a la fantasía del escritor, ha inventado ciertas circunstancias que pecan contra lo verosímil.

—Pero si le digo...

—¡Permítame! ¡Permítame! Me permitirá que yo me reconozca alguna competencia en materia de crimen. Pues bien, le aseguro, con la mano sobre la conciencia, que su crimen no está maquinado de forma natural. El encuentro con la criada en la Pitié es algo que depende demasiado del azar. El

cloral (permítame el juego de palabras) es duro de digerir. Y muchos otros detalles también. Como obra de arte, su novela es encantadora, original, bien maquinada, lo que ustedes llaman emocionante; y admito que usted, como escritor, ha tenido toda la razón al disfrazar la realidad de esa forma. Pero su famoso crimen en sí mismo es imposible. Mi querido señor Desroses, lamento hacerlo sufrir; pero, si lo admiro como escritor, no podría realmente tomarlo en serio como criminal.

—¡Es lo que vas a ver! —aulló Oscar Lapissotte saltando sobre el magistrado.

Tenía espuma en los labios, sangre en los ojos, todo el cuerpo sublevado por un ataque de cólera. Habría estrangulado al juez si no hubieran acudido al oír los gritos.

Se dominó al furioso, lo ataron y fue encerrado de inmediato.

Cinco días después lo llevaban a Charenton como loco.

—¡Ahí es adonde lleva la literatura! —decía al día siguiente no sé qué cronista—. Anatole Desroses ha hecho una vez, por casualidad, algo bello. Se ha visto tan turbado por ello que ha terminado por creer en la realidad de su sueño. Es la vieja fábula de Pigmalión enamorándose de su estatua¹⁰⁰. Aquel pobre Murger¹⁰¹ me decía un día... Etc.

VIII

Y lo más espantoso es que Oscar Lapissotte no estaba loco. Tenía toda su razón, y solo era torturado por ella.

«Así tengo todas las desgracias —pensaba—. No quieren creer ni en mi nombre ni en mi crimen. Cuando muera, pasaré simplemente por Anatole Desroses, un escritorzucho que tuvo la vena de imaginar un solo cuento bello; y se tomará por un personaje de novela a este Oscar Lapissotte, a este ser que soy, el hombre de sangre fría, de decisión, de acción, el héroe de la ferocidad, la negación viviente del remordimiento. ¡Oh!, que me guillotinen, ¡pero que se sepa la verdad! Aunque solo sea un minuto, antes de meter mi cuello en la

luneta; aunque solo sea el tiempo de un relámpago, ¡quiero tener la certeza de mi gloria y la visión de mi inmortalidad!

Trataban aquella exaltación mediante duchas.

Por fin, a fuerza de vivir en su idea fija, y en compañía de locos, enloqueció.

Fue precisamente entonces cuando lo despidieron declarándole curado.

Oscar Lapissotte había terminado por creer que era Anatole Desroses y que nunca había asesinado.

Murió con la convicción de haber soñado su obra y de no haberla *hecho*.

⁸⁰ Adrien Juvigny (1849-1873), poeta francés, amigo de Georges Hérèlle, Paul Bourget y Richepin; en la *Revue du Monde Nouveau* de Charles Cros, donde Villiers colaboraba, apareció póstumo un poema suyo en 1874. Robert de Montesquiou narra en *Le Mort remontant* (1922) su misteriosa biografía, a la que unió los pocos poemas y fragmentos literarios que pudo recoger, y que lo inscriben en la línea de los poetas malditos de Verlaine. Richepin dedicaría dos poemas a su prematura muerte en 1873 y 1877. A su memoria dedicaría también Barbey d'Aurevilly *La desconocida*, relato que figura en sus *Cuentos crueles* (ed. de M. Armiño, Valdemar, 2016).

⁸¹ «Y sin embargo se mueve», frase que la tradición atribuye a Galileo después de abjurar de su visión heliocéntrica de la Tierra ante el tribunal de la Inquisición.

⁸² El Hôpital de la Pitié fue creado en París hacia 1612; Luis XIII lo convirtió en lugar de encierro disciplinario para mendigos y vagabundos. En 1911 fue desplazado junto al hospital de la Salpêtrière, con el que se fusionó en 1964 para formar el actual Centro Hospitalario de la Pitié-Salpêtrière.

⁸³ Nombre habitual de la moneda de oro francesa mandada acuñar por Luis XIII; operó entre 1640 y 1792. Luego se dio ese nombre a la moneda de veinte francos.

⁸⁴ Bajo el título de *Les Diaboliques* el novelista Barbey d'Aurevilly (véase la nota 97, en la pág. 143) recogió seis novelas cortas escritas entre 1850 y 1873, fecha esta en que publicó el volumen. *Le Bonheur dans le crime* apareció en 1871: el asesinato de la antigua

esposa del protagonista no le impide vivir feliz con su nueva mujer, que ha participado en el crimen.

⁸⁵ Antoine-Françoise, abate Prévost d'Exiles (1697-1763), novelista y polígrafo francés, de vida ajetreada entre el clero y la milicia; tras pronunciar sus votos en 1721, escribió libelos y, después de ser ordenado, abandonó la orden benedictina, por lo que tuvo que huir a Inglaterra y Holanda, donde frecuentó los círculos protestantes; detenido en 1733 en Inglaterra, pasaría a Francia al año siguiente; acogido con los brazos abiertos por la alta sociedad, reingresa entonces en los benedictinos, se convierte en limosnero del príncipe de Conti e inicia su obra narrativa, interrumpida a veces por aventuras diversas, intentos de publicación de un periódico literario, etc. Su obra más conocida es *L'Histoire du Chevalier des Grieux et de Manon Lescaut*, que constituye el tomo séptimo de *Les Mémoires et Aventures d'un homme de qualité qui s'est retiré du monde* (1728-1731); estas memorias, nutridas de episodios vividos o conocidos por el autor en sus viajes y aventuras, son una de las obras maestras de la novela sentimental del siglo. (*Manon Lescaut*, trad. de M. Armiño, Ediciones Siruela, 2013).

⁸⁶ La novela *Paul et Virginie* (1787), de Bernardin de Saint-Pierre (1737-1814), saca a escena el amor trágico de dos jóvenes criados como hermanos, sin serlo, en los paisajes tropicales de la actual República de Mauricio; gozó de un éxito inmenso gracias a la expresión de los sentimientos amorosos de los dos adolescentes.

⁸⁷ La *Revue des Deux-Mondes* empezó a publicarse el 1 de agosto de 1829, como revista mensual de «política, administración y costumbres», incluyendo bajo ese epígrafe economía, bellas artes, etc. Poco después de su salida comenzó a incorporar textos literarios de los mejores autores del siglo: desde *Carmen* de Mérimée hasta relatos de Dumas, Balzac, Musset, etc. Aunque con dificultades financieras y con acusaciones de desvío de fondos públicos en beneficio de algún político, sigue publicándose en la actualidad.

⁸⁸ Philippe Gille (1831-1901), periodista y libretista de ópera, encargado de la crítica literaria del *Figaro* bajo el título «Bataille littéraire».

⁸⁹ Alexandre Balthazar Laurent Grimod de La Reynière (1758-1837), abogado, periodista y escritor, de pluma divertida en críticas regidas por un humor a veces acerbo, conocido sobre todo por sus guías gastronómicas.

⁹⁰ Nicolas-Edme, llamado Restif de La Bretonne (1734-1806), polígrafo y narrador francés, cuya obra completa está formada por más de cincuenta títulos y ciento noventa volúmenes en las ediciones originales, unas cuarenta mil páginas que le otorgan el calificativo de «imaginación más fértil de su siglo». Sus novelas fueron bastante mediocres por regla general, aunque en sus libros de memorias ha dejado un retrato perspicaz de toda una época. En sus *Nuits de Paris* atacó al marqués de Sade, y llegó a escribir *L'Anti-Justine*, que rivaliza en obscenidad con la *Justine* del marqués. Entre sus mejores títulos figuran *Le Paysan et la Paysanne pervertis* y *La vie de mon Père*. Otra serie de obras de

Restif son planes de reforma social, en ocasiones bastante extravagantes.

⁹¹ Charles Monselet (1825-1888), periodista y escritor, autor de una abundante producción de novelas, poemas y dramas; pero más conocido por sus críticas gastronómicas, fue uno de los primeros en hacerlas. Fundó el periódico *Le Gourmet*.

⁹² Las Erinias, divinidades griegas que nacieron de la sangre de Urano cuando este fue mutilado por su hijo Cronos, recibieron el apelativo de Euménides (= las benévolas, las bondadosas) con objeto de propiciarse sus favores y evitar su cólera; porque eran las divinidades infernales encargadas de vengar los crímenes, sobre todo los que atentan contra la propia familia. Con la imagen de genios alados y serpientes enroscadas en sus cabezas, intervienen en varias leyendas, sobre todo en la *Orestíada*, donde persiguen a Orestes por haber matado a su madre Clitemnestra (Klytaimnestra en griego antiguo), a la que han castigado por mano del hijo por haber asesinado a su marido. Los romanos las identificaron con las Furias.

⁹³ Théodore de Banville (1823-1891), poeta precoz, miembro de la segunda generación romántica, caminó hacia el parnasianismo con un lirismo virtuoso, interesado por la riqueza del lenguaje, la forma, la rima y la búsqueda de la belleza con pinceladas de fantasía en *Les Stalactites* (1846). *Odes funambulesques* (1857) y *Les Exilés* (1867) son sus obras más características. Crítico literario en *Le National*, estaba considerado en la década de 1870 como jefe de la escuela parnasiana, de cuya revista *Le Parnasse contemporain* era colaborador influyente.

⁹⁴ André Adolphe Eugène Disdéri (1819-1889), el fotógrafo más conocido de la época después de Nadar, inventó varios aparatos que abarataron los costes y popularizaron la fotografía. Fue fotógrafo oficial de la Exposición Universal de 1855, así como de varias cortes europeas.

⁹⁵ Louis Veullot (1813-1883), periodista y escritor, dirigió con su hermano la revista *L'Univers*; polemista católico ultramontano.

⁹⁶ Desépines («sin espinas»); Desorties («sin ortigas»).

⁹⁷ Jules Barbey d'Aurevilly (1808-1889), novelista, poeta, crítico literario y polemista que defendió el absolutismo monárquico y el catolicismo a ultranza; dejó una obra a la que perjudicaron sus opciones ideológicas. En sus novelas describe apasionadamente ideas políticas, místicas, amorosas, etc., a las que en los años finales unió temas insólitos y transgresores: *Las diabólicas*, *Un cura casado*, *Una vieja amante* representan esta faceta que ha hecho pervivir su nombre más que el del polemista ultramontano. Puede verse su relato «El más bello amor de don Juan» en *El más bello amor*, antología de relatos amorosos (ed. de M. Armiño, Ediciones Siruela, 2017).

⁹⁸ François Sarcey de Sautières, llamado Francisque Sarcey (1827-1899), periodista francés dedicado a la crítica teatral sobre todo, en la que reinó durante las tres últimas décadas del siglo; sucedió a Sainte-Beuve en *Le Temps* en 1867 y firmó semanalmente la página de espectáculos desde ese año hasta su muerte; jugó en el teatro francés un papel

importante, aunque nefasto, porque defendió el oficio dramático desde criterios superados por la escena de final de siglo, y se opuso a todas las innovaciones. Aplicó a su crítica un sentido común que coincidía con el de las clases medias burguesas, y, por su tono jovial y algo gruñón con los autores jóvenes, se ganó el apodo de «el tío». Además de un diario, recogió sus recuerdos por los que pasa la vida escénica del París de la época en libros como *Souvenirs de jeunesse* (1885), y *Souvenirs d'âge mûr* (1892).

⁹⁹ La École Normale francesa es una prestigiosa institución universitaria de investigación cuyos orígenes datan de la Revolución aunque no formalizó hasta 1826 su proyecto, prestigioso y selectivo, tanto en ciencias como en letras.

¹⁰⁰ Ovidio recoge de la mitología griega la historia del joven escultor Pigmalión, enemigo del matrimonio y consagrado al celibato; labró en marfil el cuerpo de una mujer, que vistió y adornó, y dio a la estatua el nombre de Galatea. A instancias de Pigmalión, Afrodita, la diosa del amor, termina dando vida a la estatua; de la unión del autor y su obra nació Pafo.

¹⁰¹ Henri Murger (1822-1861) fue secretario del agregado cultural —el conde P. A. Tolstói— de la Embajada rusa en París hasta 1848; en esta fecha, al morir sus padres, abandonó ese trabajo para dedicarse a escribir; sin dinero, sobrevivió en una buhardilla helada en la que hizo el aprendizaje de la vida bohemia, de la que salió su famosa obra *Escenas de la vida bohemia* (1848), la única que ha perdurado de su labor literaria.

GUY DE MAUPASSANT

EL BARRILITO

*A Adolphe Tavernier*¹⁰²

Maese Chicot, el posadero de Épreville¹⁰³, detuvo su tílburí ante la granja de la tía Magloire. Era un hombretón de cuarenta años, colorado y tripudo, y con fama de malicioso.

Ató el caballo al poste de la cerca, luego entró en el patio. Poseía una finca lindante con las tierras de la vieja, tierras que codiciaba desde hacía mucho. Veinte veces había tratado de comprarlas, pero la tía Magloire, obstinada, se negaba a vendérselas.

«Aquí he nacido, aquí moriré», decía.

La encontró pelando patatas delante de su puerta. De setenta y dos años, era una mujer seca, llena de arrugas, encorvada, pero infatigable como una muchacha. Chicot le dio una palmada amistosa en la espalda, luego se sentó a su lado en una banqueta.

—Bien, abuela, y la salud, ¿siempre igual de güena?

—No demasiado mal, ¿y usted, maese Prosper?

—Algunos dolorcillos; sin ellos, todo iría estupendo.

—Ánimo, pues.

Y no dijo nada más. Chicot la contemplaba hacer su tarea. Sus dedos

ganchudos, llenos de nudos, duros como patas de cangrejo, cogían como pinzas los grisáceos tubérculos en una canasta, y rápidamente los hacía dar vueltas, sacando largas tiras de piel bajo la hoja de un viejo cuchillo que sujetaba en la otra mano. Y, cuando la patata se había vuelto completamente amarilla, la echaba en un cubo de agua. Tres descaradas gallinas se acercaban una tras otra hasta sus faldas para recoger las peladuras, luego echaban a correr llevando en el pico su botín.

Chicot parecía molesto, vacilante, ansioso, con algo en la lengua que no quería salir. Por fin se decidió:

—Dígame, tía Magloire...

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Esta granja, ¿sigue sin querer vendérmela?

—Sigo. No cuente con ello. Lo dicho, dicho; no insista.

—Es que se me ha ocurrido un acuerdo que nos vendría bien a los dos.

—¿Qué es?

—Lo siguiente: usted me la vende, pero se queda con ella de todos modos. ¿Qué le parece? Siga mi razonamiento.

La vieja dejó de pelar sus legumbres y clavó en el posadero sus ojos vivos bajo sus párpados arrugados.

Continuó:

—Me explico. Le doy cada mes ciento cincuenta francos. Entienda bien: todos los meses le traigo, con mi tílburí, treinta escudos de cien *sous*. Y no ha cambiado na, na de na; usted sigue en su casa, no se preocupa por mí, ni me debe na. Lo único que tiene que hacer es coger mi dinero. ¿Le paece?

La miraba con aire alegre, con aire de buen humor.

La vieja lo consideraba con desconfianza, buscando la trampa. Preguntó:

—Eso pa mí, pero ¿pa usted? La granja no se la doy.

Él prosiguió:

—No se preocupe na por eso. Usted se queda aquí mientras el buen Dios la deje vivir. Está en su casa. Solo que me hará un papelito en el notario para que luego esto me pertenezca. Usted no tiene hijo y solo unos sobrinos que no le importan demasiado. ¿Le paece? Usted se queda con su hacienda mientras viva, y yo le doy treinta escudos de cien *sous* al mes. Pa usted todo

es ganancia.

La vieja estaba sorprendida, inquieta, pero tentada. Replicó:

—No digo que no. Solo que quiero pensarlo. Vuelva a hablarme de eso la próxima semana. Le daré respuesta según lo que piense.

Y maese Chicot se marchó, contento como un rey que acaba de conquistar un imperio.

La tía Magloire se quedó pensativa. No durmió la noche siguiente. Durante cuatro días, tuvo una fiebre de vacilación. Olfateaba que para ella había algo malo en la propuesta, pero la idea de los treinta escudos mensuales, de aquel hermoso dinero contante y sonante que iría a parar a su delantal, que le caería así, del cielo, sin hacer nada, la destrozaba de deseo.

Entonces se fue a ver al notario y le contó su caso. Este la aconsejó aceptar la propuesta de Chicot, pero pidiéndole cincuenta escudos de cien *sous* en lugar de treinta, porque su granja valía por lo bajo sesenta mil francos.

—Si usted vive quince años, decía el notario, de esa forma incluso no pagará más que cuarenta y cinco mil francos.

La vieja se estremeció ante la perspectiva de cincuenta escudos de cien *sous* mensuales; pero seguía desconfiando, temiendo mil imprevistos, argucias ocultas, y se quedó hasta la noche haciendo preguntas, sin poder decidirse a marcharse. Finalmente dijo que preparara el acta, y regresó a casa turbada como si se hubiera bebido cuatro jarros¹⁰⁴ de sidra nueva.

Cuando Chicot volvió para saber la respuesta, ella se hizo rogar mucho tiempo declarando que no quería, pero roída por el miedo a que el otro no consintiese en dar las cincuenta monedas de cien *sous*. Finalmente, como él insistía, enunció sus pretensiones.

El posadero sintió un acceso de decepción y se negó.

Entonces, para convencerlo, ella se puso a razonar sobre la duración probable de su vida.

—Seguro que solo me quedan de cinco a seis años. Ya tengo setenta y tres, y no me estoy muy bien. La otra noche, creí que iba a finar. Me parecía que se me vaciaba el cuerpo, y hubo que llevarme a la cama.

Pero Chicot no se dejaba engañar:

—Vamos, vamos, vieja redomada, está usted tan fuerte como el campanario

de la iglesia. Vivirá ciento diez años por lo menos. Seguro que es usted la que me entierra a mí.

Perdieron todo el día en discusiones. Pero como la vieja no cedió, el posadero terminó consintiendo en darle los cincuenta escudos.

Firmaron el acta al día siguiente. Y la tía Magloire exigió diez escudos de gratificación.

Pasaron tres años. La buena mujer gozaba de una salud de encantamiento: parecía no haber envejecido un día, y Chicot se desesperaba. Tenía la impresión de estar pagando aquella renta desde hacía medio siglo, de que era engañado, timado, arruinado. De vez en cuando iba a visitar a la granjera igual que en julio se va a ver, en los campos, si los trigos están maduros para la hoz. Ella lo recibía con cierta malicia en la mirada. Se hubiera dicho que se felicitaba por la jugarreta que le había hecho; y él volvía a montar enseguida en su tálburi murmurando:

—¡A ver si revientas, saco de huesos!

No sabía qué hacer. Hubiera querido estrangularla nada más verla. La odiaba con un odio feroz, solapado, con un odio de campesino robado.

Entonces buscó otros medios.

Por fin un día volvió a verla frotándose las manos, como hizo la primera vez cuando le había propuesto el trato.

Y después de haber hablado unos minutos:

—Dígame, comadre, ¿por qué no viene a comer a casa cuando pase por Épreville? Andan murmurando, dicen que ya no somos amigos, y eso me duele. Ya sabe que, en mi casa, usted no pagará. No soy de los que miran una comida. Y puede comer todo lo que quiera, no se contenga, eso me gustará.

La tía Magloire no se lo hizo repetir, y dos días más tarde, cuando iba al mercado en su carretón llevada por su criado Célestin, metió sin ningún recato su caballo en la cuadra de la posada de maese Chicot, y reclamó la comida prometida.

El posadero, radiante, la trató como a una dama, le sirvió pollo, morcilla,

embutido, pierna de cordero y tocino con coles. Pero no comió casi nada, sobria como era desde la infancia y habiendo vivido siempre con un poco de sopa y un mendrugo de pan con mantequilla.

Chicot, desanimado, insistía. Ella tampoco bebía. Se negó a tomar café.

Él preguntó:

—Aceptaré de todos modos una copita.

—¡Ah!, eso sí. No digo que no.

Y él llamó a pleno pulmón, a través de la posada:

—Rosalie, trae el bueno, el superfino, el *fil-en-dix*¹⁰⁵.

Y apareció la criada con una larga botella adornada con una hoja de parra en papel.

Llenó dos copitas.

—Pruébelo, comadre, es de lo mejor.

Y la vieja se puso a beber muy despacio, a pequeños sorbos, haciendo durar el placer. Cuando hubo vaciado su copa, la escurrió, luego dijo:

—Sí, este es del bueno.

No había terminado de hablar cuando Chicot le llenaba de nuevo la copa. Ella quiso rechazarla, pero era demasiado tarde, y la saboreó largamente, como la primera.

Él quiso entonces hacerle aceptar una tercera ronda, pero ella se resistió. Él insistía.

—Esto es como leche, vea: yo me bebo diez, doce, sin complicaciones. Pasa como si fuera azúcar. Nada en la tripa, nada en la cabeza; se diría que se evapora en la lengua. ¡No hay nada mejor para la salud!

Como le gustaba mucho, ella cedió, pero solo tomó la mitad de la copa.

Entonces Chicot, en un impulso de generosidad, exclamó:

—Mire, ya que le gusta, voy a regalarle un barrilito, solo para demostrarle que seguimos siendo buenos amigos.

La vieja no dijo que no, y se fue, algo achispada.

Al día siguiente, el posadero entró en el patio de la tía Magloire, luego sacó del fondo de su coche una pequeña barrica enarcada de hierro. Luego quiso hacerle probar el contenido, para demostrarle que era el mismo aguardiente de calidad; y, después de que se hubieran bebido tres copas cada uno, él dijo

al irse:

—Y ya sabe, cuando lo haya acabado, todavía queda; no se preocupe. No soy tacaño. Cuanto antes lo acabe, más contento estaré.

Y montó en su tálburi.

Volvió cuatro días después. La vieja estaba delante de su puerta, cortando el pan de las sopas.

Él se acercó, la saludó, le habló pegado a su nariz, para olerle el aliento. Y reconoció un vaho de alcohol. Entonces su cara se iluminó.

—¿Me ofrecería una copa de aguardiente? —dijo.

Y brindaron dos o tres veces.

Pero no tardó en correr por la comarca el rumor de que la tía Magloire se emborrachaba a solas. Unas veces la recogían en la cocina, otras en el patio, y hasta en los caminos de los alrededores, y había que llevarla a su casa, inerte como un cadáver.

Chicot ya no iba a verla, y cuando le hablaban de la aldeana, murmuraba con cara triste:

—¿No es una desgracia haber cogido esa costumbre a su edad? Cuando uno es viejo, no tiene fuerzas. Eso terminará jugándole una mala pasada.

Y en efecto, eso le jugó una mala pasada. Murió al invierno siguiente, por Navidad, después de caerse, borracha, en la nieve.

Y maese Chicot heredó la granja declarando:

—Si esa palurda no se hubiera dado a la bebida, seguro que tenía para diez años más.

¹⁰² Adolphe Tavernier (1853-1945), amigo de Maupassant, fue periodista y crítico de arte (*Gil Blas*, *L'Écho de Paris*, etc.), pero se le conoció sobre todo por sus tratados teóricos de esgrima, entre ellos *L'Art du duel* (1884).

103 A medio camino entre Fécamp, lugar teórico de nacimiento de Maupassant, y Goderville, a una distancia de 14,5 km.

104 El jarro (*pot*) de la época equivalía a dos litros aproximadamente.

105 *Fil-en-dix*: aguardiente de taberna, muy fuerte y de mejor calidad que otro llamado *fil-en-quatre*.

JULES LERMINA

EL CUARTO DE HOTEL

I

Siempre he tenido, no sé por qué, una tendencia a interesarme por los procesos de los tribunales. No soy el único en fomentar esa curiosidad y tampoco pretendo justificar la rareza (otros lo llaman inconveniencia) de este gusto exagerado. Me limito a constatarlo, nada más. No hay proceso de cierta importancia que se juzgue sin que yo esté inmediatamente al acecho de los menores detalles, de las particularidades más insignificantes. En cuanto el caso empieza, me formo una opinión, discuto la acusación, determino los alegatos de la defensa, adelanto el veredicto, y para mí es una real satisfacción de amor propio cuando no me he equivocado.

—Este caso —le decía esta tarde a mi amigo Maurice Parent— no costará mucho a los señores del tribunal...

—¿De qué se trata?

—Escucha el relato sumario. Un estudiante llamado Beaujon asesinó por celos a uno de sus compañeros de bufete, Defodon. La justicia ha encontrado todos los hilos del caso, en el que mejor que en cualquier otro conviene preguntarse: «¿Dónde está la mujer?». Y no ha sido difícil descubrirla.

Arrojé a mi amigo el periódico que tenía en la mano, añadiendo:

—¡Un proceso vulgar!

Maurice miró aquellas pocas líneas referidas al caso; luego, plegando el periódico, me dijo:

—O sea que, para ti, esa información, quizá dada a la ligera, te basta, y ya tienes una opinión...

—¡Si no es posible dudar! Además, no me preocupa: es uno de esos accidentes de importancia demasiado escasa como para imponerse a mi atención.

Maurice reflexionó un momento:

—Esa es una de las disposiciones más singulares de la mente humana – continuó—. En cuanto se produce un acontecimiento, hay un punto que golpea y llama inmediatamente la atención, y desde ese punto, a menudo secundario en realidad, se construye el eje de toda una argumentación. Basta que un soberano haya dejado escapar una frase benevolente para que el apodo de justo o generoso se una a su nombre; así fue como Enrique IV se convirtió en el *padre del pueblo* por la gallina en el puchero¹⁰⁶. Y lo mismo pasa con todo. Esa observación se aplica de manera especial a los procesos criminales. A partir de una circunstancia que la mayoría de las veces no presenta ningún interés serio, usted construye todo un sistema de deducciones, y su decisión responde, no al conjunto de hechos verdaderos, sino a la serie de ideas que un simple detalle ha despertado en usted...

—Sin embargo, hay casos en que la evidencia es tal que sería locura negarse a constatarla.

—La pretendida evidencia es la fuente misma de todos los errores.

Estas afirmaciones picaban mi amor propio. Sentía todo su acierto, pero no quería rendirme. Hasta el punto de que propuse a Maurice asistir al proceso de Beaujon, seguro de que iba a convertir sus teorías en agua de borrajas mediante la simplicidad misma del caso y la imposibilidad en que necesariamente se encontraría de discutir la evidencia que negaba.

Mientras nos dirigíamos al Palacio de Justicia, ya disfrutaba yo del placer que más tarde tendría al confundir sus teorías. Me escuchó largo rato; de sus labios solo se elevaba una sonrisa. Yo me impacientaba ante aquella ironía latente; él recobró de pronto su fisonomía seria.

—Mi querido amigo –me dijo–, le aseguro que en la mayoría de casos los acusados son condenados o puestos en libertad no en razón de las circunstancias reales del suceso a las que se encuentran mezclados, sino

según un sistema que construye para su propio uso bien la acusación, bien la defensa. El espíritu humano está hecho de tal forma que el acusado, incluso aunque su suerte dependa de una sinceridad absoluta, oculta voluntariamente una serie de detalles que, por parecer insignificantes, no dejan de constituir la mayoría de las veces el bosquejo real del caso. El más fuerte es el amor propio, pero un amor propio mezquino y estrecho. El hombre confesará que ha golpeado a su víctima, pero negará, por ejemplo, que ella le haya reprochado su fealdad o un defecto oculto de constitución; nunca dará a conocer por sí mismo una circunstancia que lo volvería ridículo. Prefiere confesarse criminal. Este es uno de los aspectos de la cuestión; además puede ocurrir, y el hecho se produce con frecuencia, que estas circunstancias sean desconocidas tanto para el propio acusado como para el ministerio fiscal. En cualquier hecho, sea el que fuere, existen puntos accesorios cuya influencia latente no deja de tener poder. Los actores del drama la sufren sin analizarla, sin tener siquiera consciencia de ella...

—¿Y a qué conclusión llega?

—Concluyo que, si el culpable es condenado por el hecho material, brutal, el conocimiento de la verdad completa podría, la mayoría de las veces, modificar el veredicto del jurado, bien en el sentido de agravarlo, bien, en cambio, en el sentido de la absolución. Una cosa más: el sistema de las circunstancias atenuantes no se basa en Francia en otro razonamiento. Se ha dejado a la conciencia de los jurados la apreciación de circunstancias cuya materialidad no engaña...

Habíamos llegado al tribunal de la Audiencia.

Maurice se volvió grave y silencioso. Yo me dejé guiar.

Habíamos entrado de los primeros, por eso pudimos elegir nuestras plazas. Ya es sabido que, como el tribunal se halla situado sobre un estrado, en el fondo del hemiciclo, el acusado se instala a la derecha, con su abogado delante de él; a la izquierda, el fiscal general o su sustituto; más adelante, los jurados; delante del tribunal, el recinto reservado a los testigos; en medio de ese espacio dejado libre, la mesa, cargada con las piezas llamadas de convicción.

Maurice se hizo explicar estos detalles antes del inicio de los debates.

—Situémonos de tal forma que podamos ver tanto al acusado como a los testigos, únicos actores cuya observación nos resulta útil. Es una pena que solo podamos ver a los testigos de espaldas. Pero ese impedimento no constituye una dificultad tan importante como parece a primera vista. En un caso en que la pasión debe ser excluida, el único punto a observar, por lo que se refiere a los testigos, es su grado de educación y de inteligencia. Debemos poder echar una ojeada sobre su fisonomía en el momento en que se dirigen a la barandilla del tribunal; luego, el examen de su ropa hará el resto.

Nos instalamos por tanto a la izquierda del tribunal, junto a la tribuna de los jurados. Desde ahí podíamos ver de lleno el rostro del acusado.

Tras los preliminares de costumbre, hicieron entrar al asesino. El movimiento ordinario, en parte curiosidad, en parte interés, se manifestó en la concurrencia, compacta y compuesta en su mayoría por señoras, algunas de las cuales pertenecían a lo que se ha convenido en llamar la más alta sociedad.

Por otro lado, nada más insignificante que el acusado; podía definirse con una expresión: un joven apuesto. Cabellos castaños, rizados de forma natural, engominados y separados por una raya irreprochable. Ojos grandes, demasiado bien rasgados, de largas pestañas: mirada sin expresión especial. Una barba de un bello color castaño, cortada en abanico, peinada y rizada. La nariz recta, algo fuerte. La boca enmarcada por un mostacho bastante poblado. El labio inferior algo grueso. La tez muy clara. En resumen, una de esas cabezas como las que se encuentran a cada paso. Nada que apuntar desde el punto de vista de la expresión, ni para bien ni para mal. En cuanto a indumentaria, levita negra, chaleco cerrado, camisa muy blanca, cuello vuelto, dejando libre el cogote. Buen empaque, sin fanfarronería, pero con poca firmeza. En todos sus rasgos, en todos sus gestos, una especie de inquietud sorprendida. Mucha cortesía para los gendarmes. Cuando el abogado se volvió para hablarle, el acusado se ruborizó como si le hubiera sorprendido aquella condescendencia.

Una vez hecho el silencio y constituido el jurado, el escribano dio lectura al acta de acusación.

Acta de acusación

«El 23 de abril pasado, a las nueve de la noche, se dejaron oír gritos en un cuarto amueblado del Hôtel de Bretagne et du Périgord situado en la calle de Grès, nº 27. Ese cuarto, en el segundo piso, estaba ocupado por un joven de veintiséis años, Jules Defodon. Al mismo tiempo que resonaban los gritos, el ruido de una violenta pelea atraía la atención de los vecinos. Un instante después, la puerta del cuarto se abría precipitadamente, y Pierre Beaujon se lanzaba a la escalera lanzando gritos inarticulados y se precipitaba hacia la calle. El portero de la casa, el señor Tremplier, sorprendido ante aquel comportamiento, y preocupado por los gritos oídos, se oponía a su salida, y, a pesar de los esfuerzos del joven, lo sujetaba con energía. Al mismo tiempo, los vecinos entraban en el cuarto del que habían salido los ruidos. Allí se ofrecía a sus miradas un terrible espectáculo. Jules Defodon yacía sobre el suelo, de espaldas, con la cara contraída, la fisonomía convulsa como si, hasta en la muerte, hubiera lanzado a su asesino una última y suprema imprecación. Se llamó de inmediato a un hombre del arte médico, que vivía en la casa.

»El cuerpo solo llevaba puesta una camisa de noche. En el cuello había huellas de dedos apretados con fuerza. El llamado Pierre Beaujon, llevado al cuarto, no pudo mirar de frente el cadáver todavía caliente de su víctima. Se desmayó. El comisario de Policía del barrio fue a hacer las primeras pesquisas; luego la autoridad judicial se entregó a una larga y minuciosa investigación que ha revelado los hechos siguientes; los detalles recogidos arrojan sobre este misterioso caso una luz que no deja ninguna circunstancia en la sombra.

»Jules Defodon nació en Rennes el 1 de mayo de 184... Pertenece a una de las mejores familias de la región, y su padre ha ocupado un elevado puesto en la magistratura; hace seis años fue enviado a París para terminar sus estudios de Derecho. Durante mucho tiempo su conducta fue ejemplar. Pero poco a poco fue relacionándose con jóvenes de su edad, y sus hábitos se volvieron menos regulares. Nervioso y enfermizo, se dejó arrastrar a excesos que, sin comprometer por ello seriamente su futuro, influyeron en la marcha de sus

estudios. En el número de esas amistades nuevas, la acusación señala a Pierre Beaujon.

»El hombre que en este momento está sentado en el banco de los acusados nació en París; tiene tres años menos que Defodon. Estudiante de Derecho, se ha señalado por su falta a las clases, y sus fracasos han sido numerosos en los exámenes que ha sufrido. Huérfano desde su infancia, no recibió las informaciones preciosas de la familia. Sin embargo, nada hubiera probado en él las tendencias perversas que debían arrastrarlo hasta el crimen si una de sus relaciones, demasiado frecuentes en el mundo de los jóvenes, no hubiera ido a despertar en él pasiones violentas.

»Una de esas mujeres que juegan con el honor de las familias, Annette Gangrelot, conocida en la sociedad equívoca con el nombre de la Bestia, atrajo los homenajes de Beaujon, que se enamoró locamente de ella.

»Un encuentro fortuito la puso en relación con Defodon, y no tardó en entregarse también a él.

»De ahí surgió entre los dos jóvenes un odio sordo, poco aparente, que debía estallar con toda su violencia en la noche del 23 de abril.

»Annette Gangrelot compartía sus favores entre los dos amigos, que se ocultaban uno al otro con el mismo cuidado. Sin embargo, Beaujon parece haber sido el primero en darse cuenta de las infidelidades de su amante; el 15 de marzo, en un café del Barrio Latino, exclamaba dirigiéndose a la joven: “Si me engañas, te retorceré el cuello y luego el de tu amante”.

»En ese mismo establecimiento se produjo una violenta escena pocos días después. Beaujon, que estaba borracho, quiso pegar a la Gangrelot, y tuvo con ella este lenguaje odioso cuyos términos debemos suavizar: “Si tienes relaciones con alguno, prefiero que sea con Defodon antes que con otro”. Pero cuando pronunciaba estas palabras se hallaba en tal estado de exasperación que debieron intervenir sus amigos para evitar una desgracia, expresión empleada por uno de los testigos.

»Las explicaciones dadas por el acusado pueden resumirse así:

»Ni él ni Defodon sentían por la joven Gangrelot el menor afecto serio. Cada uno de ellos conocía perfectamente las relaciones que esa mujer tenía con su compañero, y era de común acuerdo como se divertían, dijo Beaujon,

fingiendo unos celos que no sentían.

»Sin detenernos en la profunda inmoralidad que revelaría semejante acuerdo, por otra parte tan poco natural y tan inverosímil, conviene centrar la atención en algunos detalles probatorios.

»Durante unas indagaciones hechas en el cuarto de Beaujon, se descubrió una fotografía de la joven Gangrelot, cuya cabeza había sido desgarrada a golpes de navaja; además, una carta encontrada en su escritorio lleva estas palabras inacabadas: “Me quitas a la Bestia... ¡me lo pagarás!”. Evidentemente esta carta iba destinada a Defodon.

»En casa de Defodon se encontraba otra fotografía de la misma persona con estas palabras escritas de mano de la víctima: “¡Todo mi corazón es tuyo! ¡Toda mi vida es tuya!”. Es por lo tanto indiscutible que estos dos jóvenes sentían por la Gangrelot una pasión real y que los celos los animaban. Pocos días antes del crimen tuvieron una discusión bastante fuerte en la pensión donde comían; y Beaujon, cogiendo un cuchillo, exclamó dirigiéndose a Defodon: “¡Voy a desollarte como a un conejo!”. Por otro lado, esta discusión parecía tener por pretexto únicamente una broma; pero evidentemente es el indicio de un antagonismo siempre a punto de estallar y convertirse en violencia.

»¿Qué pasó, pues, la noche del 23 de abril? Defodon y Beaujon habían ido a cenar juntos a su pensión burguesa. Nada parecía indicar unas desavenencias mayores que de costumbre. La conversación giró sobre diversos temas insignificantes. Defodon parecía a disgusto; hablaba poco y se quejaba de una especie de debilidad general. ¿Estaba bajo el efecto de uno de esos presentimientos inexplicables cuyo secreto aún no ha podido ser captado por la ciencia? Al final de la cena, manifestó su intención de volver a casa para meterse en la cama. Uno de sus amigos, el llamado Singer, propuso acompañarlo y pasar la velada con él. Pero Beaujon intervino enseguida diciendo:

—Pero ¿no estoy yo allí? Conmigo bastará.

»El suceso ha demostrado cuánta ironía y amenazas ocultaban estas últimas palabras bajo su aparente insignificancia.

»A este propósito, un testigo cuenta también que, en el momento en que

Defodon y Beaujon se retiraban, alguien dijo al primero: “¡Hasta mañana! — ¡Oh!, hasta mañana –dijo Beaujon–, no lo creo. Necesita descansar”.

»Los dos jóvenes regresaron al hotel. ¿Qué pasó entre las ocho y las nueve? Es lo que la acusación no ha podido establecer de forma segura. Estaban solos, y no se oyó nada hasta la escena suprema. Evidentemente, entre Defodon y su asesino se entabló una discusión. Defodon estaba acostado. Atacado por el asesino, se levantó para defenderse y fue a caer en el centro del cuarto, donde Beaujon le apretaba la garganta.

»Las explicaciones proporcionadas por Beaujon no presentan ninguna verosimilitud. Según él, su amigo hablaba con él de la forma más tranquila cuando, de repente, su rostro, sin razón aparente, habría expresado el mayor horror. Se habría levantado de la cama, presa de un indescriptible temor, y se habría lanzado sobre Beaujon, que lo habría sujetado con fuerza. El acusado ha mostrado en apoyo de sus palabras una equimosis en el hombro que, en efecto, parecía producida por las uñas de su víctima. Habría sido entonces para defenderse por lo que Beaujon habría agarrado por el cuello a Defodon; de forma involuntaria habría ejercido una presión más violenta de lo que pensaba. Luego, cuando había visto a su amigo caer sin vida, habría sido presa de un pánico tan vivo que habría huido, como se ha dicho.

»Este planteamiento, que todo contradice, ha sido sostenido por el acusado con rara tenacidad; no deja de ser inaceptable. Y todas las circunstancias, cuidadosamente reunidas por la instrucción, prueban que, una vez más, la sociedad tiene que deplorar uno de esos crímenes gestados por los celos y las bajas pasiones...

»En consecuencia, Beaujon (Pierre-Alexis) está acusado de haber dado muerte, en la noche del 23 de abril, voluntariamente y con premeditación, a Defodon (Jules-François-Émile), crimen previsto y castigado, etc.».

III

Las deducciones del acta de acusación parecieron tan concluyentes a la

conurrencia que, desde el primer momento, esta se formó una opinión, y el contenido murmullo que se elevó indicó una especie de desencanto. Se habían esperado detalles más emocionantes; el rumor que había corrido de negaciones persistentes del acusado había hecho esperar intrincadas complicaciones. En cambio, se encontraban ante un crimen vulgar; el elemento amoroso, tan potente en las causas judiciales, era relegado en cierto modo a un segundo plano por la indignidad de la sujeto, cuyo apellido de Gangrelot había provocado algunas sonrisas¹⁰⁷. Por otra parte, la actitud del acusado no era de tal naturaleza que despertase simpatías. Había escuchado el acta de acusación sin un gesto, sin un movimiento cualquiera de emoción. Se le había visto sonreír dos o tres veces e incluso encogerse imperceptiblemente de hombros. Luego, poco a poco, su semblante había adoptado una expresión de despreocupada seguridad. El verdadero defecto de aquella fisonomía estaba en la ausencia de todo carácter sorprendente y original.

A las damas que frecuentan los tribunales les gusta encontrar en los rasgos del culpable alguna singularidad en cualquier sentido. El bruto feroz sorprende y asusta, el hombre fatal interesa, el fanfarrón exaspera, pero ¿puede interesarse una por un asesino que ni asusta ni exaspera?

Empezó el interrogatorio del acusado. Respondía en voz baja; su acento era firme, sin ninguna brillantez. Decididamente aquel hombre era la insignificancia misma.

EL PRESIDENTE: Explíquenos qué pasó el 23 de abril.

BEAUJON: Voy a repetir las explicaciones que di al comisario de Policía, al juez de instrucción, en fin, a todos aquellos que me han interrogado desde ese triste asunto. Defodon y yo habíamos salido de la pensión hacia las siete; él decía que estaba algo indispuesto. En general, no tenía buena salud; además era muy aprensivo. A veces incluso nos burlábamos de él por eso, llamándolo «la damita». Y era una broma frecuente preguntarle: ¿Estás nervioso? En fin, esa noche parecía bastante agitado; estaba pálido, y creí que lo mejor para él era descansar un poco. A las siete y media estaba acostado y me pidió que me quedara a su lado para hacerle compañía.

EL PRESIDENTE: Pero ¿no había dicho usted en la pensión que pasaría la

velada con él? Eso implicaría una contradicción con esa petición de la que usted habla por primera vez.

BEAUJON: El detalle no tiene importancia... No lo recuerdo exactamente. Lo cierto es que me quedé.

EL PRESIDENTE: Una cosa más: ¿le parecía bastante enfermo para que su indisposición pudiera prolongarse varios días?

BEAUJON: No comprendo el sentido de esa pregunta.

EL PRESIDENTE: Me explico. Cuando uno de sus amigos le decía: ¡Hasta mañana!, usted contestó: ¡Oh!, no creo... Necesita descansar.

BEAUJON: ¿Dije eso? Es posible. No me acuerdo.

EL PRESIDENTE: Los señores del jurado oirán al testigo. Siga, Beaujon.

BEAUJON: Si hubiera que recodar todas las palabras sin importancia, ¡en fin! Iba diciendo que me instalé al lado de su cama...

EL PRESIDENTE: Descríbanos el cuarto en que se encontraba.

BEAUJON: Es muy fácil. Es un cuarto de hotel semejante a todos los demás; el mobiliario se compone de una cama con cortinas blancas, un secreter, una mesa cubierta por un tapete que sirve de escritorio, una mesilla de noche, algunas sillas y un sillón. La cama está frente a la ventana. Yo me hallaba sentado en el sillón, delante de la chimenea en la que no había fuego. Veía a Defodon de tres cuartos. Él estaba muy contento, y nos pusimos a hablar.

EL PRESIDENTE: ¿Cuál era el tema de su conversación?

BEAUJON: Me resultaría bastante difícil reproducirlo con orden. Hablamos de teatro; tres días antes habíamos ido a ver en el Odéon la obra nueva de George Sand¹⁰⁸. Luego hablamos de viajes. Teníamos ganas de irnos los dos hacia algún país lejano... Ya sabe, uno de esos proyectos como los que se hacen todos los días y que no se realizan por falta de dinero...

EL PRESIDENTE: ¿No hablaron también de la joven Gangrelot?

BEAUJON: ¿De la Bestia? ¡Ah, seguro que no!

EL PRESIDENTE: Dentro de un momento le interrogaré sobre sus relaciones con esa joven; termine su relato.

BEAUJON: Pero si me interrumpe usted a cada instante. Ya habría terminado. Así pues, le decía que hablábamos de toda clase de cosas, como muy buenos

amigos, se lo aseguro. Ya se había hecho de noche, encendí una lámpara de aceite de petróleo que, entre paréntesis, no tenía ni globo ni pantalla. La puse sobre la chimenea. Alumbraba de lleno la cama y el rostro de Defodon. Fue entonces cuando ocurrió la inexplicable escena que me ha traído aquí... ¡Ah!, ya me acuerdo, en ese momento recordábamos un viejo episodio en Bullier¹⁰⁹, una boda del año anterior... Lo que sigue fue tan rápido que me cuesta mucho recuperar algunos detalles. Defodon me pareció preocupado; con la mirada fija solo me respondía con monosílabos. De repente, su rostro se contrajo; no sé; pero me parece haber visto en su cara, junto a la boca, una cosa negra como una mancha. Dio un salto sobre sí mismo lanzando un grito ronco, ahogado, como si la laringe se le hubiera cerrado violentamente. Extendió los brazos en el aire y lo golpeó con sus manos... Luego saltó de la cama, en camisa, y se arrojó sobre mí. Me levanté y lo rechacé, pero él se aferró a mí, me agarró el cuello con una mano, el hombro con la otra. Parecía debatirse contra una pesadilla horrible. Creí que se volvía loco; para hacerlo retroceder le puse la mano en la garganta, evidentemente; en mi sorpresa, no medí la fuerza de la presión... Debí apretar muy fuerte. Él echó la cabeza hacia atrás, lo solté, y cayó todo lo largo que era. Me agaché hacia él..., su cara estaba horriblemente convulsa. Fue entonces cuando lo creí muerto, tuve miedo y eché a correr gritando.

EL PRESIDENTE: ¿Por qué su primera idea fue huir antes que pedir ayuda?

BEAUJON: Perdí la cabeza.

P.: ¿Pretende entonces que fue Defodon quien lo atacó, sin ninguna provocación de su parte, y que usted se limitó a defenderse?

R.: Atacado no me parece la palabra adecuada. Él no tenía ninguna razón para atacarme, lo mismo que tampoco yo la tenía para hacerle daño. Creo más bien en un acceso de delirio.

EL PRESIDENTE, *a los jurados*: Sobre ese punto oiremos a los médicos. (*Al acusado*). Explíquenos cuáles eran sus relaciones con la joven Gangrelot. (*Movimiento de atención en el auditorio*).

El acusado sonrió.

—En verdad —dijo— no comprendo demasiado la importancia que se presta a esos detalles. La Bestia es una buena chica, que ama a todo el mundo y, por

consiguiente, no ama a nadie. Es muy cierto que he tenido relaciones con ella, más o menos como la mayoría de mis camaradas. Defodon también. Pero de ahí a una pasión, de ahí a celos, hay mucha distancia. El que sienta celos de la Bestia, tendrá demasiado trabajo...

EL PRESIDENTE: Acusado, lo invito a expresarse de forma decorosa y abandonar ese tono irónico que no está en consonancia con la gravedad de su situación. Así pues, ¿niega que haya habido celos entre usted y Defodon a propósito de esa joven?

BEAUJON: Lo niego absolutamente. La conocimos juntos un día que fuimos a Bullier. Los dos estábamos algo idos e invitamos a la Bestia a venir con nosotros.

—¿Con cuál de los dos? —preguntó ella.

—Espera —le dijo Defodon—, eso vamos a jugárnoslo a los cientos¹¹⁰».

Y, en efecto, nos la jugamos a ciento cincuenta puntos. Gané yo.

Resulta fácil comprender la desfavorable impresión producida en el auditorio y en el jurado por estas explicaciones inconvenientes. En unas pocas palabras muy sentidas, el presidente invita al acusado a respetarse a sí mismo y a respetar al tribunal.

—¿Qué quiere? —replica Beaujon—. Usted me exige la verdad y yo se la digo. Tiene que vérselas con estudiantes, que no valen menos que otros, que son muchachos muy honrados, pero no son vestales.

P.: Está usted tratando de arrojar sobre la víctima un descrédito que lo salpica a usted mismo. Lo conmino a que cambie de método. La sola excusa del acto cometido estriba, en cambio, en una pasión violenta por una criatura que, desde todo punto de vista, parece poco digna. Por otro lado, la instrucción ha dejado sentado que usted y Defodon se ocultaban con el mayor cuidado sus relaciones con esa persona.

R.: Las ocultábamos tan poco que en todo momento se nos ha visto cenando a los tres, o en parejas.

P.: ¿Pretende que ignoraba las infidelidades de la joven Gangrelot?

R.: La frase es excesiva para una cosa tan pequeña. La Bestia era infiel por naturaleza, nunca tuvo nadie la pretensión de contar con su fidelidad.

P.: Insiste usted en ese método, y olvida que todas las circunstancias

desmienten esa pretendida indiferencia. El 15 de marzo usted gritaba: Si la Bestia me engañase, le retorcería le cuello...

R.: En efecto, creo recordar que dije algo parecido. Pero podrá preguntarle a ella misma si alguna vez ha considerado esas palabras como una amenaza seria. Es una de esas bromas cuyo buen gusto no pretendo defender, pero que se oyen todos los días en el Barrio Latino.

D.: Podría admitirse esa explicación, por extraña que parezca, si el mismo hecho no se hubiera repetido varias veces. Unos días más tarde, ¿no tuvo usted con esa joven una discusión de lo más violenta? Quiso pegar a la que usted llama la Bestia.

R.: Yo estaba algo borracho. Ella me habría dicho alguna impertinencia, especie de amabilidades que esas damas no ahorran, y, como yo no estaba bien de la cabeza, quise corregirla quizá con demasiada energía...

P.: Se lo repito, era con toda evidencia por celos...

R.: Le repito a mi vez que eso es un error. Nunca en mi vida he estado celoso de esa buena joven, que era muy libre de hacer lo que quisiera. Además, ¿podía yo mantenerla? Ella venía a buscarnos cuando no tenía otra cosa mejor que hacer...

D.: Esas expresiones y esas explicaciones manifiestan tal ausencia de moralidad que lo conmino por última vez a abandonar ese método que, por su dignidad personal, es inaceptable y repugnante...

R.: Dios mío, señor presidente, no tengo la menor intención de ofender a nada ni a nadie; no hago apología de nuestras costumbres. Evidentemente hay en todo esto un descuido lamentable, y, como usted dice, una falta de dignidad; soy el primero en reconocerlo. Pero lo confieso, prefiero cien veces exponerme, diciendo la verdad, a una censura merecida que dar pábulo, con confesiones ficticias, a una acusación monstruosa que rechazo con todas mis fuerzas...

P.: ¿Cómo explica la presencia en su casa de una postal fotográfica, retrato de la joven Gangrelot, cuyo rostro estaba en parte desgarrado a golpe de navaja? — Escribano, haga pasar esta fotografía a los señores jurados...

R.: Si yo hubiera sentido por la Bestia la pasión que me atribuye, ¿cree que la habría tratado así?...

P.: Precisamente los celos explican esa violencia.

R.: Los celos..., pero vuelvo a repetirlo, yo no estaba ni bastante enamorado ni era lo bastante necio como para sentir celos de esa joven.

P.: Admitiendo que fuera usted tan indiferente como dice, sin embargo, es a todas luces evidente que el afecto de Defodon por ella era real; había escrito sobre una fotografía estas palabras explícitas: ¡Todo mi corazón es tuyo! ¡Toda mi vida es tuya!

R.: Era una broma.

P.: En una escena que precedió al crimen en varios días, usted amenazó a Defodon; tras apoderarse de un cuchillo, usted grito: «Voy a *despellejarte* como a un conejo».

R.: Si hay testigos que den la importancia que sea a esas palabras, están locos o son de mala fe: no era más que una amenaza para reírnos, y de la que, se lo aseguro, Defodon no estaba nada asustado.

P.: A pesar de estas explicaciones, de la investigación se deduce que usted siempre ha tenido un carácter violento.

R.: No soy un cordero, pero tampoco un tigre.

P.: Apelo una vez más a su sinceridad: en la noche del 23 de abril, ¿hubo, sí o no, una discusión entre usted y Defodon?

R.: No.

P.: ¿Persiste en decir que él se arrojó sobre usted sin provocación y que solo defendiéndose fue como lo mató?

R.: Lo juro.

EL PRESIDENTE: Los señores jurados lo valorarán. Vamos a oír a los testigos.

IV

El interrogatorio había producido sobre el auditorio una impresión penosa; en varias ocasiones se habían elevado murmullos tras las respuestas del acusado, quien, por otra parte, protestaba sin demasiada energía contra la acusación; parecía prestar al drama una importancia secundaria y sentir por la víctima la

indiferencia que se empeñaba en mostrar hacia su amante. No había ninguna fanfarronería en la forma en que se expresaba. Respondía con la precipitación de un hombre que no ve la hora de escapar de una formalidad enojosa.

Durante la breve suspensión de audiencia que siguió al interrogatorio, pregunté a Maurice qué pensaba de todo aquello.

—¡Oh, oh! —me dijo—, trabaja usted deprisa. Nosotros nunca pensamos con tanta rapidez. Dejémosnos arrastrar antes por la impresión del momento.

—Confieso —lo interrumpí— que esa primera impresión es absolutamente desfavorable para el acusado...

—¿Quién le dice que no comparto esa opinión? Hemos escogido este caso al azar; su sencillez puede volver inútiles todas las pesquisas de nuestra parte. En cualquier caso, no perdemos nuestro tiempo. Dedicuémonos a escuchar y a esperar.

Empezó la audición de los testigos.

TREMPPLIER, portero de la casa, repitió los detalles ya consignados en el acta de acusación; había visto a Beaujon lanzarse, con la cabeza descubierta, fuera de la casa. Un impulso irracional lo había llevado a detenerlo cuando pasaba. Por lo demás, no tenía ninguna sospecha. Pero la actitud de Beaujon le parecía fuera de lo común.

P.: ¿No pronunció ninguna palabra en el momento en que usted lo detuvo?

R.: No, se debatía lanzando gritos inarticulados. Me pareció loco.

P.: ¿Cómo era el carácter de Defodon?

R.: Era un muchacho excelente, aunque demasiado juerguista, por lo que su salud era mala; en todo instante tenía movimientos nerviosos, cuando una puerta se cerraba demasiado fuerte, al menor ruido..., pero era un muchacho excelente, y nada tacaño...

P.: ¿Qué sabe usted sobre las relaciones del acusado con la joven Gangrelot?

R.: ¡Ah!, es una pelandusca como hay muchas. *(Aquí, algunas expresiones demasiado pintorescas que excitan la hilaridad y que nos abstenemos de reproducir).*

P.: Los dos jóvenes ¿se escondían el uno del otro en sus relaciones con ella?

R.: Sobre eso, no sé nada..., aunque creo que ella prefería al señor Defodon.

Tres personas habían oído el ruido en el cuarto de Defodon y habían sido las primeras en acudir a los gritos lanzados por Beaujon.

LA SEÑORITA RATEAU (Émilie), de diecinueve años, sin profesión, estaba ocupada, dijo, cuando unos gritos salieron del cuarto que solo está separado del suyo por un tabique. La persona que estaba con ella salió fuera y ella la siguió.

Encontró a Defodon tendido en el suelo en camisa de noche. Ya no se movía.

P.: ¿Oyó usted hablar alto..., algo así como una pelea?

La señorita Rateau duda, luego responde, bajando la voz, que en ese momento no prestaba atención a lo que pasaba al lado.

EL SEÑOR BARNIOLI (Giacomo), rentista, de cuarenta y cinco años, estaba de visita en el cuarto de la señorita Rateau. Afirma haber oído gritos que le parecieron, aunque no pudiese afirmarlo, una pelea. Luego se había abierto una puerta violentamente y alguien se había lanzado a la escalera. Pensó entonces en un accidente y, obedeciendo a un primer impulso, corrió para ayudar en caso de que fuera necesario.

A una pregunta del presidente, que insiste para saber si había o no pelea, el señor Barnioli responde que él no se fijó bien, pero que sin embargo los gritos no le parecieron resultado de una conversación amistosa.

LAVORIT (Gustave), estudiante, de veintitrés años, trabajaba en su cuarto, encima del que ocupaban en ese momento los dos jóvenes. Oyó el ruido y bajó rápidamente. Encontró a Defodon sin movimiento.

EL DOCTOR MERCIER, de treinta años, vive en la casa. Fueron a buscarlo enseguida y trató de prestar a Defodon los primeros cuidados. Pero al momento reconoció que cualquier esfuerzo era inútil. Las marcas de los dedos eran visibles sobre el cadáver. Defodon solo llevaba encima la camisa de noche, con las piernas y los pies desnudos. Evidentemente, se había levantado de forma precipitada o había sido sacado de su cama. Las mantas estaban tiradas por el suelo, la alfombra movida de su sitio.

Cuando Beaujon volvió a subir, llevado por el portero, estaba extremadamente pálido y, a la primera ojeada sobre el cadáver, cayó

desmayado sin decir una palabra. El testigo conocía muy poco a los dos jóvenes y no puede proporcionar ninguna información sobre su carácter.

V

Tras la declaración del señor de Lespérot, comisario de Policía, cuyas constataciones no presentan ningún interés nuevo, se llama a la señorita Gangrelot (Annette).

Viva emoción en el auditorio; varias personas se suben a los bancos para ver a la heroína. De todas partes gritan: «¡Sentaos! ¡Sentaos!». Los ujieres apenas consiguen restablecer el orden. El presidente vuelve a exigir a la audiencia decoro, y amenaza, en caso de que un tumulto semejante se repitiese, con mandar evacuar la sala.

Annette Gangrelot, llamada la Bestia, tiene veintiocho años. Es una joven alta, bastante fuerte, de apariencia decidida. Es muy morena. Sus cabellos arrancan muy abajo en la frente. La cara es común, aunque bastante bella. Tiene ojos grandes, la boca espesa, la nariz fuerte y las aletas abiertas. En sus labios se aprecian unos rudimentos de bigote.

Lleva un vestido de seda, de cuadros rojos y negros. Se nota que se ha arreglado. Un sombrero apenas visible está plantado hacia delante sobre su cráneo, y deja escapar un moño monstruoso. No lleva guantes, sus manos, bastante blancas por otro lado, están cubiertas por mitones de encaje negro. Pese a su elevada estatura, lleva altos tacones de aguja y, al acercarse a la barandilla, tropieza. Sus zapatos descubiertos dejan ver unas medias muy blancas y un pie algo robusto. Un *caraco*¹¹¹ de seda negra completa ese atavío de mal gusto. El acusado, al verla acercarse, no puede reprimir una sonrisa. En cuanto a ella, a pesar de su seguridad, parece algo desconcertada y, para prestar el juramento, levanta primero la mano izquierda, luego las dos manos al mismo tiempo. Finalmente, una vez cumplidas las formalidades, el presidente la interroga.

P.: ¿Quiere, señorita, de la forma más clara y respetando el decoro, explicar

a los señores jurados la naturaleza de las relaciones que la unían a la víctima?

Una vez que el ujier le indica dónde se encuentra el jurado, ella da totalmente la espalda al acusado. Luego guarda silencio. El presidente se ve en la necesidad de proceder mediante interrogatorio:

P.: ¿Hace cuánto tiempo que conoce usted a Beaujon?

R.: Hace dos meses aproximadamente.

P.: ¿Dónde lo conoció?

R.: En Bullier, donde él estaba con su amigo.

P.: ¿Qué circunstancia la puso en relación con estos señores?

R.: Oh, nada de particular: todo se hizo de forma muy tranquila.

P.: ¿No es cierto que Beaujon fue su primer amante?

La mujer parece dudar e intentar reunir sus recuerdos; luego:

—No recuerdo demasiado bien. Sin embargo, creo que fue Beaujon.

R.: ¿No recuerda ninguna circunstancia, por ejemplo, una partida a los cientos que habrían tenido por premio sus favores?

P.: ¡Oh!, eso no. En primer lugar, yo no habría querido. Hubiera sido *insolentarme*.

El presidente, dirigiéndose entonces al acusado:

—Ya lo ve. La testigo desmiente su relato.

BEAUJON: Por algo la llaman la Bestia; no habrá comprendido nada.

EL PRESIDENTE, *a la señorita Gangrelot*: ¿No jugaban estos señores a los cientos?

R.: Creo que sí, pero se jugaban la *consumi*.

BEAUJON, *vivamente y sonriendo*: Todo incluido.

EL PRESIDENTE: Vamos, señorita, continúe.

LA GANGRELOT, *furiosa*: Todo esto es muy desagradable. ¿Acaso sé algo de todos estos asuntos? Para dar disgustos a una persona que no les ha hecho nada...

EL PRESIDENTE: Le ruego que se calme. ¿Le manifestaba Beaujon un gran afecto?

R.: Es cierto; era muy amable.

P.: ¿Y Defodon?

R.: ¡Oh!, muy amable también.

P.: ¿No sentía usted preferencia por el uno o por el otro? Lamento verme obligado a entrar en semejantes detalles, pero los señores jurados comprenden toda la importancia de su testimonio. Así pues, señorita Gangrelot, responda con sinceridad. Nos hacemos cargo de su apuro. Sin embargo, es necesario que no oculte ninguna de las circunstancias que han marcado esas relaciones.

R.: Beaujon era más amable que Defodon. Siempre me decía que me quería mucho: incluso una vez me regaló un anillo. En cuanto a Defodon, era un poco oso, en última instancia era un hombre.

P.: ¿Qué quiere decir?

R.: Era un gallina; no tenía más maldad que un cordero. Tenía una especie de temblor continuo...

P.: ¿No le pareció Beaujon celoso de sus complacencias con Defodon?

R.: Bueno, algunas veces no le gustaba. Pero yo hago lo que quiero, y no será un hombre el que me mangonee.

P.: ¿No lo oyó proferir amenazas contra Defodon?

R.: No, nunca..., pero sí, una vez, en el café, cuando quiso molerme a golpes, quería romper todo.

P.: ¿Hablabas de Defodon?

R.: No me acuerdo bien; pero si lo hubiera tenido a mano, le habría retorcido el cuello como a un pollo.

Entre el auditorio se elevaron algunos murmullos.

P.: ¿Los dos jóvenes se pelearon en su presencia?

D.: ¡Oh!, varias veces; pero, vaya, por tonterías. En primer lugar, estaba Beaujon, que siempre me hacía escenas y se burlaba de mí.

P., *al acusado*: Estas afirmaciones distan mucho de sus declaraciones de indiferencia.

BEAUJON: La desgraciada no comprende la importancia de sus palabras. Me ataca sin querer.

LA GANGRELOT, *vivamente*: ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Que no comprendo? ¿Por qué siempre dices que no soy más que una idiota? Soy tan páfida como tú, y además no he matado a nadie.

El presidente la invita a la calma, luego prosigue este interrogatorio del que parece deducirse que Beaujon siempre le ha manifestado unos celos exagerados. En cuando a Defodon, era muy dulce y jamás pronunció una palabra malsonante.

La señorita Gangrelot va a sentarse en el banco de los testigos, muy satisfecha de sí misma y pareciendo atribuir a la simpatía que inspira las muestras de curiosidad burlona del auditorio.

VI

Se oye también a varios testigos más. Pero no hacen sino confirmar los detalles consignados en el acta de acusación sobre las palabras dichas por Beaujon.

Dos declaraciones tienen el privilegio de despertar la atención. Se llama al señor Defodon padre.

El señor Defodon es un viejo de estatura mediana, pero de una delgadez espantosa. Sufre de un tic nervioso al que su emoción presta evidentemente una fuerza nueva. Su cabeza y sus manos tiemblan continuamente, no puede sostenerse sobre sus piernas. Se ven obligados a ofrecerle una silla. Habla en voz baja y a trompicones.

Llora y, a las preguntas muy benévolas del presidente, responde con una descripción rápida y afectuosa del carácter de su hijo. Era, dice, el mejor hijo que pudiera encontrarse; dulce, benévolo, caritativo. Nunca le causó ningún disgusto. El padre no tiene en cuenta algunas locuras de juventud que podrían reprocharse a su hijo. Es una monstruosidad haber matado a un buen chico como el suyo.

En un impulso febril, conmina al tribunal a vengarlo y a mostrarse implacable.

Se comprende el efecto que producen en el auditorio algunas de estas frases, impregnadas de pasión paternal. Por primera vez, hasta el mismo acusado parece presa de una viva emoción y oculta la cabeza entre las manos.

Después del señor Defodon, se oye al médico encargado de la autopsia del cuerpo.

Según él, el individuo era débil; su sistema nervioso excitable. Se ejerció sobre su cuello una presión violenta, pero piensa que esa presión no ha sido bastante fuerte para determinar la muerte. El cerebro presentaba signos inequívocos de congestión. El médico piensa que ha habido simultaneidad entre la congestión y las violencias ejercidas, sin que la conexión sea, sin embargo, evidente; el estrangulamiento parece haber sido la causa determinante de la congestión, pero no la única causa de la muerte.

Se vuelve a llamar y a oír de nuevo a algunos testigos sobre las palabras dichas por Beaujon en varias discusiones. Afirman la sinceridad de sus primeras declaraciones.

Después se da la palabra al ministerio fiscal.

No reproduciré este discurso, compuesto con habilidad, que agrupaba de forma inteligente y a la vez dramática todos los hechos que establecían la culpabilidad de Beaujon.

Terminaba así:

«Desde hace algún tiempo los atentados contra las personas vienen cada día a asustar a la sociedad; ayer mismo, un jugador asesinaba a uno de sus compañeros de libertinaje. Hoy es un crimen debido a los celos, a un amor obsesivo, ciego, ¿y por quién? Ya han oído ustedes, señores del jurado, ya han oído esas palabras, impregnadas a la vez de cinismo y de insensibilidad absoluta. Las bajas pasiones no retroceden ante ninguna violencia para conseguir satisfacción. Es entonces, señores del jurado, cuando debe intervenir la sociedad, tanto sin temor como sin debilidad. Se ha cometido un crimen, sin excusa: pues la pasión inspirada por la señorita Gangrelot es de las que no podrían desmerecer demasiado; un joven cuya dulzura e inteligencia se complacen en afirmar cuantos lo conocieron, un joven a cuyo padre han visto en esta barandilla, honorable anciano al que la muerte de su hijo ha roto, un joven ha sido asesinado... A ustedes corresponde castigar al culpable, a ustedes corresponde enaltecer el respeto por la vida humana y, con él, el respeto por todo lo que eleva el alma, el trabajo y la religión».

El abogado del acusado tenía un gran apellido; no defraudó en su tarea. Sin detenerse demasiado en las declaraciones de Beaujon, que consideraba como teñidas de una gran exageración para atenuarlas, determinaba que la escena había debido desarrollarse así:

Evidentemente, aquella noche no había tenido lugar ninguna discusión entre los dos amigos; pero ciertos recuerdos daban a su amistad una especie de acrimonia de la que ninguno de los dos se daba suficiente cuenta. Defodon se hallaba en un estado de sobreexcitación enfermiza; una palabra pronunciada por Beaujon, palabra involuntaria, puesto que nada se la recuerda, debió de excitar al enfermo, que saltó de su cama bajo el imperio de una cólera inconsciente para golpear a quien consideraba como su ofensor. Sorprendido ante ese ataque que nada le hizo prever, Beaujon se defendió. Como ha constatado el médico que procedió a la autopsia, no fue la presión ejercida sobre el cuello de Defodon lo que determinó la muerte, sino una congestión cerebral producida por la cólera y derivada de una predisposición mórbida. Beaujon es, por tanto, totalmente inocente, y no hay razón para condenarlo. El abogado cree que no debe insistir. Los hechos son claros, patentes, no ha habido ni asesinato ni intención de asesinato. No hay más que un accidente triste, penoso, doloroso, pero al que la condena de un inocente daría un carácter más doloroso todavía.

El abogado termina declarando que pone su confianza en la alta sabiduría del jurado, al que faltan los elementos más simples de una convicción contraria al acusado.

—Ni una sola prueba —exclamó—, piénsenlo, señores del jurado, ni un indicio seguro. Al contrario, entre estos dos jóvenes, amistad constante, afecto mutuo. No hagamos a la naturaleza humana la injuria de creer que el mejor amigo puede volverse de pronto el más cruel de los asesinos. Ante ustedes tienen a un joven al que se abre el futuro; cierto, tiene algunas faltas que reparar, pero nada mancilla su honor. Una condena, por ligera que fuese, destrozaría su vida entera. No, no ha matado, no; Beaujon no es un asesino, y estoy convencido de que ustedes emitirán un veredicto de absolución.

Tras el resumen del presidente, el jurado se retira para deliberar.

VII

—Y bien —le pregunté a Maurice durante la suspensión de la audiencia—, ¿qué piensa de todo esto? ¿Puede al menos prever el veredicto?

Maurice me miró sonriendo.

—Decididamente —me respondió—, usted se empeña en ver en mí un brujo, y no desespero de oírlo un día pedirme que lea el futuro en los posos del café o en la palma de su mano.

—De hecho —respondí—, tenía usted razón. A pesar del misterio que reina y reinará siempre en este caso, es imposible negar que ha habido violencia ejercida por Beaujon sobre la víctima. Hemos elegido mal nuestro problema...

—¿Eso cree?

—Estoy convencido —respondí con energía—, ahí hay una causa muy secundaria, tanto sin interés como sin importancia. Y no le pediré siquiera que siga preocupándose por ella más tiempo...

—Dígame —continuó Maurice sin seguirme en el mismo terreno—, he oído decir que el muerto había sido fotografiado. ¿Puede conseguirme esa fotografía?

—¿Se refiere a la fotografía después de muerto?

—Claro.

—La tendrá... Pero ¿no comparte mi opinión, cree que hay ahí algo que buscar?

—No creo nada... Yo le he hecho una pregunta, y usted me ha respondido. No vea nada más.

—Está disimulando. Pero se lo perdono en razón del despecho que ha debido causarle la ausencia de interés de este proceso. Por mi parte, estoy afligido por no haber elegido mejor...

—¡Chist!, el jurado —dijo Maurice.

En efecto, los jurados, tras media hora de deliberación, entraban en la sala.

En el auditorio reinó un silencio profundo.

Las preguntas planteadas se referían, la primera, a la cuestión de homicidio voluntario; la segunda, a la premeditación.

Las respuestas fueron estas:

Sobre la cuestión de homicidio: Sí.

Sobre la cuestión de premeditación: No.

Y, por último:

Admisión de circunstancias atenuantes.

Trajeron a Beaujon a la sala. En el momento en que el escribano le comunicó el veredicto, se volvió púrpura; sus ojos se inyectaron:

—¡Es imposible! –gritó.

El presidente le preguntó si tenía algunas observaciones que hacer sobre la aplicación de la pena.

—¡Me importa un bledo! –aulló el desgraciado fuera de sí—. ¡Soy inocente!

Tras una breve deliberación, el presidente leyó la sentencia, que, reconociendo al acusado culpable de homicidio voluntario, lo condenaba, teniendo en cuenta las circunstancias atenuantes, a diez años de reclusión.

Beaujon lanzó un grito terrible y con el brazo extendido amenazó con el puño al tribunal. En lugar de retirarse, se resistió a los gendarmes que querían arrastrarlo. Hubo un momento de lucha horrible. El condenado se debatía, golpeaba, aullaba. Por fin consiguieron arrancarlo de su banco.

La multitud se marchó, dolorosamente impresionada. Pero este último incidente afirmaba la justicia de la sentencia dada:

—¿Qué le parece? –decía una joven—. Él, que tenía un aire tan dulce todo el tiempo. Qué rabioso.

Al día siguiente, en el periódico judicial aparecía una nota concebida en estos términos:

En cuanto fue devuelto a su celda, Beaujon ha sido presa de tales accesos de furia y de desesperación que durante un momento hubo que temer por su vida. El hecho es tanto más notable cuanto que, durante su arresto y durante toda la duración de su detención preventiva, no cesó de mostrar la más perfecta despreocupación. Se le prodigaron algunos cuidados; por fin

volvió en sí y lloró largo rato. Protesta de su inocencia. Beaujon ya ha pedido recurrir en casación contra la sentencia que lo ha condenado.

Maurice me había dejado en cuanto terminó la audiencia, recordándome mi promesa relativa a la fotografía de la víctima; yo había observado en mi amigo cierta agitación; a las preguntas que le había dirigido, solo me había contestado con monosílabos.

A mi pesar, cuando estuve solo, no pude dejar de reflexionar en el drama que acababa de tener lugar ante mis ojos.

VIII

«Veamos —me decía yo—, ¿es posible que se haya producido un error judicial? Tenemos aquí a un hombre, cierto, en el que, hasta ese momento, nada ha señalado inclinaciones perversas. Pero si tenemos en cuenta solo las circunstancias materiales del acto en sí mismo, es evidente que es culpable. Estaba solo con la víctima; en ninguna de las declaraciones se ha hablado de la presencia de una tercera persona. El portero se enfrentó a la salida de Beaujon; por lo tanto, se encontraba en la puerta exterior de la casa y habría visto a cualquier extraño que hubiese tratado de huir. Además, ¿por qué esta hipótesis? Beaujon no hubiera dejado de poner de manifiesto esa circunstancia. Él mismo reconoce que estaba solo, absolutamente solo con Defodon. Es más, al dar una explicación particular de la escena de violencia, no deja de confesar que llevó sus manos al cuello de Defodon».

En mi deseo de encontrar algún punto extraño en este asunto, no sé hasta dónde me habría dejado arrastrar por la vía de las hipótesis.

De repente, cuando releía el párrafo del periódico citado más arriba, en mi mente se encendió una luz repentina.

«¡La locura! —exclamé para mis adentros—, sí, evidentemente es eso. Este joven ¿no se encuentra en el primer periodo de invasión de esa terrible enfermedad, no está predestinado por su complexión misma a la alienación

mental, y el acto que se le reprocha no sería la primera manifestación de esa disposición mórbida?».

En cuanto esta idea hubo invadido mi cerebro, la estudié cuidadosamente y me pareció que todos los detalles se remitían a esa hipótesis.

Me complacía en el dulce convencimiento de que, sin duda, Maurice había entrevisto ese lado de la verdad. Para reafirmarme en mi idea, fui a ver al abogado de Beaujon. Lo encontré solo, estábamos bastante relacionados como para poder entablar con él una conversación muy amistosa.

—¡Bueno! —le dije—. Ha conseguido usted un gran éxito.

—Tiene razón —me respondió—, nunca me he topado con una causa más embarazosa; y he triunfado más allá de mis esperanzas. Sabía que le evitaría la pena de muerte. Por eso me he concentrado sobre todo en librarlo de los trabajos forzados. A pesar de su violencia, es un hombre de buen tono, demasiado joven todavía para volverse dueño de sí mismo, y eso es lo que le ha perdido. En el presidio, hubiera sido horriblemente desgraciado, y la desesperación lo hubiera llevado a algún acto de insubordinación que lo habría privado para siempre de toda esperanza de perdón... Ahora, en cambio, tendrá cinco o seis años de reclusión y conseguiremos la remisión del resto de la pena.

—Entonces, en su opinión, ¿asesinó a su amigo en un acceso de violencia?...

—¡Diablos! ¿Creería usted por casualidad que se lanzó al cuello en un acceso de afectuosa amabilidad?

—Pero ¿no se le ha ocurrido otra hipótesis?

—¿Cuál?

—La de locura.

—No lo comprendo.

—Me explico. Comparto absolutamente su opinión en cuanto a los hechos, en cuanto al acto cometido..., pero donde creo que todo el mundo se equivoca es en que, teniendo en cuenta solo el pasado y nada del futuro...

—Cada vez lo entiendo menos.

—En algunos casos, según los alienistas, la locura estalla bruscamente; pero en general el principio es lento, gradual. Hay una especie de periodo de

incubación durante el que se ve sobrevenir diversos cambios en el carácter y los hábitos del enfermo, esos hábitos sorprenden, asombran y (no soy yo, es el doctor G... quien habla), si el enfermo no está ya alienado, es raro que se les atribuya a un desorden mental. Ese periodo de incubación puede durar no solo meses, sino incluso años enteros...

—Tanto que usted cree que...

—Déjeme acabar. La alucinación es uno de los síntomas más comunes de la enajenación mental; lo es hasta el punto de que un tal Esquirol¹¹² afirma que se encuentran al menos ochenta veces de cada cien alienados. Los alucinados, no lo olvide, creen la realidad de sus visiones, se vuelven para ellos el móvil de ciertas acciones, inexplicables en sí mismas. Ahora bien, es imposible, imposible, me oye, no considerar a esas personas como que ya han franqueado, si puedo expresarme así, el umbral de la locura: un paso más, y no habrá ninguna diferencia entre ellas y aquellas a las que se encierra. Ver cosas que no existen, estar convencido de la realidad de esas visiones, es una alteración que indica necesariamente una modificación mórbida del cerebro.

—Todos esos principios —replicó el abogado— me parecen absolutamente justos. Pero ¿cómo quiere aplicarlos al caso que nos preocupa?

—¿No lo ha adivinado? Recuerde los detalles dados por Beaujon sobre la escena a la que Defodon debió su triste fin. Nunca cambió su relato. Vio que el rostro de Defodon adoptaba una expresión de terror y de amenaza, vio al hombre levantarse de su cama para lanzarse sobre él. Y entonces, pensando en su seguridad personal, se defendió, lo mató. Pues bien, para mí, Beaujon estaba en ese momento alucinado, y Defodon se hallaba evidentemente en su estado normal; si se levantó, fue sin ninguna intención perversa. Observe, además, este punto muy curioso: si Beaujon hubiera gozado de toda su razón y hubiese querido deshacerse de Defodon, ¿no habría tenido a su disposición mil medios más ingeniosos? ¿No podía provocar una pelea? Pero, vayamos más lejos aún. Estoy convencido de que la narración hecha por Beaujon es de una buena fe absoluta. Sí, porque, si no, diría que Defodon lo insultó, lo provocó, le escupió a la cara, yo qué sé. Pero nada de todo eso; cuenta lo que realmente vio, sintió o mejor dicho *creyó ver* o sentir.

—Puede tener razón —dijo el abogado—. Lo pensé por un momento, pero

para defender la enajenación mental ante un jurado se necesitan otros indicios: mis argumentos se habrían tomado como el esfuerzo de la desesperación... y, entre nosotros, confiese que se necesita una gran voluntad para aplicar su teoría a nuestro caso.

—Por eso le digo que solo se ha tenido en cuenta el pasado, y que hemos de tener en cuenta el futuro; estoy convencido de que, en un tiempo dado, Beaujon sufrirá delirios, y que la alienación mental se declarará de una forma espantosa. Entonces se comprenderá lo inmerecida que era su condena...

—Le haré sin embargo una observación: es muy singular, incluso para nosotros que discutimos aquí con el solo deseo de conocer la verdad y no tratamos, por supuesto, de convencernos uno a otro, por amor propio, es muy singular, digo, que esas alucinaciones no se hayan manifestado nunca antes de la noche del crimen.

—Evidentemente. Pero a eso responderé con esa verdad a lo *La Palice*¹¹³, y es que hay que empezar por el principio; se necesita una primera alucinación...

—En todo caso, fue mala suerte para los dos... Pero admitamos su teoría; ¿hay algo útil que podamos hacer?

—Nada más que seguir la marcha ordinaria. El condenado va a recurrir en casación. ¿Hay alguna esperanza?

—Aquí volvemos a entrar en el derecho. Sí, hay casi certeza de casación; en el sorteo de los jurados se ha producido una irregularidad tal que el rechazo de la apelación me parece imposible...

—¡Pues bien!, mi teoría podrá verificarse por sí misma. Suponiendo que la sentencia sea suspendida, ¿qué plazo le da eso?

—Unos dos meses.

—En ese tiempo, como la detención influirá sobre el sujeto, la alienación mental no puede dejar de desarrollarse.

—Tiene usted razón.

Nos separamos encantados el uno del otro. Y yo, muy orgulloso de mí mismo, me dije que, decididamente, era digno de mi maestro Maurice Parent.

¿Qué había hecho él mientras tanto?

IX

En cuanto Maurice me vio, me dijo:

—Bueno, ¿trae mi fotografía?

Se la entregué al punto. Aquel retrato había sido sacado unas horas después del crimen; la cabeza de la víctima respiraba terror, los rasgos estaban convulsos, los ojos medio cerrados. Aunque yo apenas comprendía el interés de esa pieza para la búsqueda de la verdad.

Maurice le lanzó al principio una ojeada distraída; luego, de pronto, vi que su mirada adoptaba esa extraña fijeza de la que he hablado. Quedó absorto cerca de un cuarto de hora en una contemplación muda que no me atreví a turbar, aunque ardiese por comunicarle mis observaciones.

Se levantó, fue a su biblioteca, cogió un libro que reconocí como el tratado de Lavater¹¹⁴, anotó un pasaje, luego cerró el libro y se volvió hacia mí:

—¡Ah! —me dijo—, le pido perdón.

—Bueno, ¿tiene algún indicio?

—Querido amigo —continuó Maurice—, tiene usted la curiosidad de los niños. Desde el caso de Lambert¹¹⁵, usted me toma por una especie de prestidigitador que va a hacer desaparecer una bolita debajo de un cubilete.

—No lo crea.

—No lo censuro por ello. Ese sentimiento es natural en esencia. Recuerde solo lo que le dije. Las causas atribuidas a un hecho, como le expliqué, no son por lo general más que causas secundarias; casi siempre se pasa al lado de la verdad.

—¿Y en el caso Beaujon?

—En este caso más que en cualquier otro se ha equivocado el camino, tengo esa íntima convicción...

—Entonces, ¿Beaujon es inocente en su opinión?

—No digo ni sí ni no; primero tendríamos que entendernos sobre lo que usted llama su inocencia...

—¿Ha cometido el crimen por el que ha sido condenado, sí o no?

—Cambie su pregunta. Diga: ¿Ha cometido el acto? Ahí ya puedo responderle: Sí, ha estrangulado a Defodon.

—¿Es culpable?

—Eso es discutible.

—¿Quiere que le explique mis ideas al respecto?

—Por supuesto.

Conté entonces todas las circunstancias de mi entrevista con el abogado. Maurice me escuchó con la mayor atención sin interrumpirme. Yo habría querido provocar un gesto, una palabra, una exclamación. Confieso incluso que contaba con una aprobación enérgica.

Maurice permaneció totalmente frío. Me costó bastante disimular mi despecho, y en mi fuero interno atribuí esa indiferencia a ciertos celos de oficio.

—¿Y bien? —pregunté.

—Es ingenioso —respondió Maurice.

—¿Eso es todo? —exclamé con cierta impaciencia.

Maurice no pudo dejar de sonreír.

—Mi querido amigo —prosiguió—, permítame que le explique en qué y por qué no ha hecho usted ningún descubrimiento útil. Para sus pesquisas solo se ha basado en la cuestión del sentimiento. Si no hubiese asistido conmigo a este proceso, dicho de otro modo, si no hubiese venido al tribunal con esa idea preconcebida de que había que descubrir absolutamente un misterio, ni siquiera se hubiera planteado el problema. Hoy necesita a cualquier precio una solución, y sobre esa necesidad que usted mismo se ha forjado construye completamente un sistema. Su argumento de enajenación mental en periodo de incubación es curioso y seductor a primera vista; en cuanto se le ocurrió esa idea, se ha dicho: Esto podría ser cierto, luego debe de ser cierto, luego es cierto. Entonces ha elevado su pequeño monumento adaptándolo a unas bases de fantasía. Compréndame: si en ciertos hechos de la causa usted había visto apuntar esa idea de locura; si, entonces, cogiendo ese hilo desde que apareció, se adentró por el laberinto de las circunstancias accesorias, y poco a poco esos puntos de referencia se hubieran situado por sí mismos en su camino llevándole insensiblemente a la certeza, entonces le diría que tiene razón, y le

expresaría mis más cálidas felicitaciones. Pero déjeme decirle que ha actuado usted de una forma totalmente distinta. Ha admitido desde el principio la enajenación mental y ha hecho entrar el asunto Beaujon en su cuadro, torturándolo en caso necesario como en un lecho de Procusto¹¹⁶.

Yo bajé la cabeza, sintiendo toda la justicia de estas observaciones.

—Y en resumen —continuó el implacable analista—, ¿en qué se basa para asentar la veracidad de su hipótesis? En un plazo hipotético en sí mismo, en una posibilidad más o menos probable de que la locura se desarrollará en la reclusión, de que el acceso que ya se habría producido volvería a reproducirse. Pero suponga por un instante que, así como ya se ha presentado el hecho, la alucinación totalmente accidental no se repite; suponga también que incluso la sacudida producida por la condena haya llevado a la curación: ¿qué pasa entonces con su demostración?

—¡Basta! —exclamé—, me rindo.

—Se rinde usted tan deprisa como ha sabido triunfar. Créame, querido amigo, ni desánimo ni entusiasmo irreflexivo...

—Dejemos eso. Ha sido una metedura de pata, como se dice.

—Por lo menos su error no es peligroso y no hará daño a nadie. Por lo tanto, no se aflija, sus investigaciones revelan incluso una gran voluntad. Pero, como usted dice, dejémoslo. Lo necesito.

—Soy todo suyo, pero ¿me tendrá al menos al corriente del resultado de sus pesquisas?

—Por supuesto, pero déjeme dedicarme primero a esas pesquisas. ¿Podría saber si Defodon ha estado enfermo alguna vez, y encontrar al médico que lo haya cuidado?

—Eso es fácil.

—Como no tenemos tiempo que perder, abusaré de su complacencia. ¿Quiere ir ahora mismo al Hôtel de Bretagne et du Périgord a preguntar si el cuarto ocupado por Defodon está libre y alquilarlo de inmediato para mí? Sobre todo, que no se toque nada y que se deje exactamente en el estado en que se encuentra...

—Ahora mismo.

—Bien. Ahora voy a pedirle algo que angustiará a su amistad. Necesito

quince días de soledad absoluta. ¿Quiere concedérmelos?...

—Sí, gran alquimista. ¡No iré a turbar la gran obra!

—Para agradecersele, le diré esto: Beaujon estranguló a Defodon. Su relato es absolutamente verdadero. Por lo tanto Beaujon es inocente.

—¿Y no está loco?

Maurice se levantó, me estrechó la mano y me dijo sonriendo:

—Estamos a martes, por lo tanto, de hoy en quince días lo espero.

X

Es fácil suponer si fui puntual a la cita. Confieso con toda sinceridad –aunque se me tache de vanidad o de inconsecuencia– que, durante toda esa quincena, me devané los sesos para encontrar la solución del problema cuyos términos me había prometido y me había impuesto estudiar. Con gran dolor, hube de abandonar la hipótesis de la enajenación mental. En efecto, tras reunir de nuevo las diversas circunstancias del proceso, no había encontrado nada que pudiera producir en mí, no diré una certeza, sino ni siquiera una probabilidad real.

¿Cuál era entonces la vía seguida por Maurice? Aquel hombre empezaba a despertar en mí una profunda sorpresa. Diez veces había ido yo a llamar a su puerta, diez veces se me había respondido que estaba en el campo. Ninguno de nuestros amigos lo había encontrado, se había vuelto completamente invisible. ¿Estaba ausente de París. Yo no lo creía. Contaba los días, y el caso Beaujon se me había convertido en una especie de pesadilla. ¿No había dicho Maurice que era inocente?

Cierto, la opinión pública es fácil de contentar. Cuando un hombre sufre una acusación capital y escapa a la pena de muerte, incluso aunque sea castigado a una condena terrible, la impresión general es la siguiente: es muy afortunado de librarse a ese precio.

No se piensa en compadecer al hombre cuya vida se ha perdido, que tiene ante sí diez largos y mortales años de detención, que ve todo su futuro

destruido, todas sus esperanzas frustradas. ¡Es tan afortunado por haberse librado a ese precio! Apasionado por los condenados a muerte, por los culpables sentenciados a una pena perpetua, el público se muestra indiferente hacia los condenados por un tiempo, sin pensar que los primeros años son igual de horribles y dolorosos, cualquiera que sea la duración de la pena a sufrir. La esperanza solo llega mucho tiempo después de que se haya agotado la esperanza.

Por excepción, en torno al caso Beaujon no se había hecho el silencio de forma inmediata; aquel renuevo de popularidad se debía a la rareza del personaje que había comparecido ante el tribunal bajo el apellido de señorita Gangrelot. La aventura la había puesto de moda y, para decirlo todo, había hecho su fortuna. El coche y los paseos por el Bois no se habían hecho esperar; los vividores la habían invitado a sus cenas y saraos; su estupidez hacía incluso su fuerza. Había pasado al estado de estrella; se hablaba de su próxima contratación en un teatro de género. En fin, para llegar al apogeo de su gloria efímera solo le faltaba el obligatorio matrimonio con algún inglés excéntrico.

Por eso la atención se había vuelto de nuevo hacia Beaujon, quien, como se sabe, había recurrido inmediatamente en casación.

Tras el acceso de ira que había sufrido durante su reingreso en la cárcel, Beaujon había sido presa de una fiebre ardiente que había puesto en peligro su vida.

A ese estado le había sucedido una postración general. Se aumentó la vigilancia del condenado, a quien suponían ideas de suicidio.

Los periódicos se habían apoderado de la Bestia y le habían dado una popularidad de mala calidad a lo Nina Lassave¹¹⁷. A la antigua amante del asesino Beaujon le endosaban cada día frases que le atribuían los intrigantes habituales. Su estupidez, exagerada adrede, amenazaba con volverse legendaria. Hacía la competencia a La Palice y a Calino¹¹⁸, esos dos tipos de la ingenuidad carente de inteligencia.

Yo anotaba cuidadosamente todos estos detalles; por un momento pensé que la Bestia podía proporcionar alguna información; la había vigilado, espiado. Esperaba que se le escapase una palabra que me pusiera tras las

huellas de alguna observación hasta entonces descuidada. Pero esperé en vano.

No había dejado de ver un solo día al abogado de Beaujon; le había comunicado mis perplejidades. Pero, después de haber acogido al principio con complacencia mi hipótesis de enajenación mental, el hombre de la ley había vuelto enseguida a su convicción primera, la culpabilidad real, absoluta, completa de Beaujon, para aceptar en su integridad los argumentos de la acusación; sin atribuir únicamente a los celos el impulso violento del asesino, el abogado pensaba que un motivo accidental había dado lugar a la pelea a consecuencia de la que Defodon había sucumbido.

—Debería conocer mejor a los jóvenes —me decía—. A menudo tienen pudores inauditos y el temor al ridículo puede llevarlos a verdaderas aberraciones. Hubo una pelea, eso para mí no ofrece la menor duda. Pero esa pelea procede tal vez de una de esas frases sin importancia que a veces se escapan en la conversación, y es la vulgaridad misma de ese punto de partida lo que se opone a lo que Beaujon le haga conocer. Además estoy convencido de que no tenía intención de matar. En esa breve lucha, el mismo accidente habría podido producirse en sentido contrario; Defodon habría podido matar a Beaujon sin más premeditación.

»En suma, el veredicto del jurado ha tenido en cuenta esas circunstancias. Si la conducta de Beaujon es satisfactoria, como espero, se le conseguirán algunos paliativos en su cautiverio. Podrá ser bibliotecario, contable, qué sé yo. En fin, de aquí a unos años, se conseguirá remisión de una parte de su pena. Créame, no se preocupe más de este caso. Por desgracia, hay demasiados que son más terribles y por consiguiente más interesantes.

Tal vez me habría rendido a esas razones. El plazo fijado por Maurice estaba a punto de expirar. Él no me había dado señales de vida... Yo pensaba a veces que no había descubierto absolutamente nada, que quizá desde el primer día sabía exactamente a qué atenerse y que solo el amor propio lo había inducido a retrasar esa confesión.

Pero, a mi pesar, no podía arrancar esas preocupaciones de mi mente. Estaba literalmente obsesionado; mi imaginación me representaba a Beaujon en su celda, pensando en aquella horrible condena, preguntándose por qué

encadenamiento de circunstancias la fatalidad lo había arrojado a aquel abismo... Acusaba a Maurice de lentitud, de despreocupación. Quería convencerme de que, con sus facultades extraordinarias, habría debido llegar a la buena conclusión más deprisa y antes.

Una mañana, hacia las siete, llamaron a mi puerta. Abrí enseguida:

Era Maurice.

Reinaba la penumbra en mi habitación, descorrí las cortinas y me volví tendiendo los brazos a mi amigo. Pero retrocedí involuntariamente lanzando un grito de sorpresa.

En otro relato (*El clavo*)¹¹⁹ he bosquejado la fisonomía de Maurice Parent. Era, dije, un hombre de unos treinta y tres o treinta y cinco años, de estatura mediana, delgado y bien proporcionado. Su rostro, poco impresionante a primera vista, atraía pronto la atención por la singularidad de sus ojos, cuya mirada parecía tener propiedades muy particulares. Eran vivos, móviles, hundidos bajo la arcada superciliar. Cuando se fijaban en un punto cualquiera, o cuando la meditación lo dominaba, se desviaban bajo la influencia de un estrabismo pasajero, hasta el punto de que los rayos de los dos ojos convergían sobre el objeto examinado. Cuando esa atención tenía por objeto un pensamiento interior, los ojos se inmovilizaban, se petrificaban, se cristalizaban por así decir, y me hubiera sido imposible explicar cómo sus miradas parecían dirigirse hacia dentro y no hacia fuera. Y sin embargo esa era la impresión que sus ojos me causaban entonces.

Maurice era por lo general pálido, pero de una palidez *sana*. Su tez tenía el color mate y uniforme debido más al grano mismo de la epidermis que al estado de salud.

Pero aquella mañana Maurice apenas era reconocible. Estaba lívido, delgado como un anacoreta que sale de su Tebaida¹²⁰; las sombras de su rostro se acentuaban con tonos renegridos; sus ojos, rodeados por un círculo negruzco, brillaban como esas antracitas que se parecen a los diamantes en la oscuridad.

—¿Qué le pasa? —exclamé—. ¿Qué le ha ocurrido?

Me miró con sorpresa y sus labios afinados esbozaron una sonrisa.

—¿Qué significa esa pregunta? —me respondió.

—Pero... —continué yo dudando—, ¿no está enfermo?

—En absoluto.

—Mire entonces —le dije, llevándolo ante el espejo que remataba la chimenea.

Se examinó largo rato.

—Comprendo —murmuró.

Luego, con su voz clara y nítida:

—No se asuste, nunca me he encontrado mejor. Un poco de cansancio, nada más. Pero déjeme sentarme, tenemos que hablar.

Al oírlo expresarse con aquella soltura y aquella perfecta libertad, sentí desvanecerse mis temores. Nos instalamos en el rincón de la chimenea. Iba de nuevo a dirigirle la palabra, pero él me detuvo con un gesto.

—No me pregunte —dijo—. Desde hace quince días no he dejado escapar un solo minuto, un solo segundo, el hilo de mi pensamiento; he seguido sin dudar, sin vacilar, mi camino recto e inflexible. Aún no ha llegado el tiempo en que pueda devolver a mi espíritu su libertad de acción. Es preciso que lo mantenga inmóvil sobre el potro de tortura en el que lo he tumbado... No he oído la voz de ningún ser humano. Si he venido aquí es porque sé que poco a poco podré escuchar la suya sin que la transición sea demasiado brusca. Hace mucho que estoy acostumbrado a oírlo: su nota no desarmonizará mi pensamiento... Esto puede parecerle extraño. Tengo que explicarme mejor. Envíe a buscar café negro, y dentro de diez minutos le hablaré. Mientras tanto, déjeme solo. También yo tengo que habituarme, que rehabilitarme a los objetos que aquí me rodean.

Salí en el acto.

A pesar mío, me sentía inquieto. ¿Era el caso Beaujon lo que había llevado a mi amigo a aquel increíble cambio? ¿O algún movimiento desconocido, alguna desgracia lo habían golpeado de repente? Aquella admirable inteligencia ¿había sido sacudida por un choque repentino?

Cuando volví al cuarto, Maurice estaba de pie ante la chimenea; su rostro se había aclarado, los ojos habían recobrado su vitalidad, la sonrisa había encontrado de nuevo aquella expresión a la vez dulce y profunda que daba a su mirada una belleza excepcional. Me tendió la mano:

—¡Ya! —dijo—, ya estoy nivelado, como ves, no ha sido largo.

Se observará que empleábamos indistintamente el tú y el usted. Cuando Maurice se encontraba en lo que yo llamaba el periodo *meditativo*, entonces, involuntariamente y como sin proponérselo, ambos perdíamos las fórmulas de la familiaridad. El tuteo con el que me acogió me pareció de buen augurio, y le estreché la mano de manera efusiva.

—¿Puedo hablar ahora? —le pregunté sonriendo.

XI

—Te perdono la broma —respondió—, porque es verdad que debo parecerle extraño. Aún no me conoces del todo; además, ni siquiera yo sé si me conozco bien a mí mismo. Pero con tu buena voluntad vamos a tratar de darnos cuenta exacta del estado en que me encuentro. Y, ante todo, para no dejar que tu curiosidad pase más tiempo en suspenso, te diré que, desde la última vez que nos vimos, no he cesado un solo instante de ocuparme del caso Beaujon...

—¡Ah! —dije en un impulso de alegría involuntaria—. ¿Y lo has conseguido?

—Nada de impaciencia; ahora llegaré a ese punto. Debo decirte que, desde el principio, tenía un plan trazado casi por completo. Pero la idea misma que había surgido en mí implicaba tales dificultades que los simples procedimientos de la inducción, aplicables al caso Lambert que no has olvidado, eran aquí totalmente insuficientes. Ya no se trataba en el caso actual de hechos materiales, palpables, de circunstancias que, por pequeñas que fuesen, pudieran servirme de jalones en mis pesquisas. En el caso Lambert, el marido había asesinado a su mujer. Él mismo sabía cómo había ocurrido, por lo tanto solo se trataba en cierta forma de hacerlo hablar, de interrogar a los acontecimientos mismos, de encontrar, si puedo decirlo así, la huella física que necesariamente habían dejado de su paso. Comprendes toda la importancia de este punto: el asesino sabía, había que sustituirlo, entrar en su pensamiento, estudiarlo en sus menores movimientos, en las más

insignificantes manifestaciones de su conciencia. Para decirlo todo, el problema existía, los términos estaban planteados. Había que buscar a una desconocida, pero por lo menos teníamos los primeros términos de la ecuación. Aquí, en cambio, escucha bien esto, y que te sirva de información sobre la utilidad de los medios bárbaros empleados en la Edad Media para llegar al descubrimiento de la verdad, aunque a Beaujon le hubieran aplicado la tortura, el tormento ordinario y extraordinario, aunque le hubieran roto los miembros y desgarrado el cuerpo, nunca habrían podido arrancarle una confesión real.

»Quizá se hubiera confesado culpable, quizá hubiera ideado una fábula para dar consistencia a la acusación y, por consiguiente, para lograr que sus tormentos cesaran. Pero habría mentido por esta razón espantosa, increíble: que no conocía, que no conoce la verdad. Esto parece insensato; pero no lo es. Beaujon estaba a solas con Defodon, nadie entró en el cuarto; desde luego Beaujon mató a Defodon, y Beaujon no sabe ni cómo ni por qué se produjo el hecho. Cosa más espantosa todavía: puede creer que una parte del sistema de acusación está fundado; puede suponer que Defodon se lanzó sobre él en un ataque de celos. En una palabra, ni comisario de Policía, ni juez de instrucción, ni fiscal general, ni jurados, ni presidente ni acusado saben la verdad...

Maurice se detuvo. Yo estaba aterrado.

—O sea —exclamé—, sin ti —y subrayé con fuerza estas palabras—, sin ti nunca se habría conocido la verdad...

—No siento ninguna vanidad por ello, créeme. Pero lo que acabas de decir es exacto. Sin mí, ese problema habría quedado insoluble para siempre. Se precisaba ese concurso de circunstancias inauditas, que tú me hicieses la proposición que recuerdas, que ciertas palabras en el acta de acusación y las respuestas de los acusados me pusieran en guardia, y que, por último, hubiese ido a asistir a estos debates yo, a quien lo irresoluble atrae, a quien lo desconocido subyuga, a quien lo imposible fascina. Era preciso, además, que no me equivocase ni un solo minuto, y ahora voy a explicarte el sentido de mis primeras palabras, voy a explicarte por qué no me has visto, por qué no has oído hablar de mí en estos últimos quince días...

En verdad, en ese momento en que, maestro de sí mismo, Maurice exponía lentamente con su voz tranquila, sin énfasis, sin entusiasmo, la filosofía de aquel increíble caso, yo me sentía presa de una admiración sin límites hacia él; su cabeza estaba echada hacia atrás, su mirada había asumido esa fijeza que la volvía tan notable: se comprendía lo que había sido en los tiempos antiguos la Pitia¹²¹ en su trípode.

—Tú captaste bien ese hecho importante —continuó—. Yo carecía de cualquier punto de referencia. Había que reconstruir el drama por completo, no en lo que constituía la escena misma del crimen, sino en sus antecedentes, en sus causas. Es además lo que había tratado de hacer la acusación centrándose en la pretendida pasión de ambos jóvenes por la Gangrelot. Y este fue mi primer modo de proceder: estudiando con la atención más minuciosa, diría casi con lupa, los términos del acta de acusación, las respuestas de Beaujon, las declaraciones de los testigos, me pregunté si no habían pasado desapercibidos detalles que exigiesen un examen más serio. Y desde el principio tuve una convicción absoluta, que procedía de una constatación cuya exactitud tú mismo vas a admitir. En todo este asunto, se han preocupado del pasado del acusado o de los testigos, se han agrupado, tras haberlas buscado, todas las circunstancias capaces de esclarecer la opinión sobre su carácter, sobre sus sentimientos probables. En una palabra, se ha hecho sobre Beaujon, sobre la Bestia, una investigación cuidadosa. Pero se ha descuidado por completo hacer el mismo trabajo sobre uno de los actores de este terrible drama; no se ha investigado ni un solo instante quién era moral y físicamente Defodon, la víctima, el muerto. Nunca se ha hablado de investigarlo. Así actúa siempre la justicia, obedeciendo a una de las enfermedades de la naturaleza humana; se da un objetivo, delimita primero el camino que deberá seguir, y no se aparta de él a ningún precio. Para ella, el razonamiento ha sido este: Beaujon es culpable; no puede dejar de serlo; por lo tanto, hay que justificar la acusación. Todos estos razonamientos son de buena fe.

»Entonces se busca, se construye un sistema a partir de un plan dado de antemano, se deja de lado lo que no parece concluyente, se da una importancia enorme a hechos que ni siquiera serían notados si, desde el

principio, no se tuviera la convicción de la culpabilidad, y de esta forma vemos que ante los jurados se producen esas conversaciones carentes de valor, del mismo modo que se recuperan esas palabras que no tenían ningún sentido preciso. Se exprimen, se torturan los menores detalles para ajustarlos al molde construido por la prevención. En el caso actual es fácil reconocer las huellas de ese trabajo. Los elementos reunidos por la investigación no han convencido a nadie: lo prueba el veredicto mismo del jurado. ¿Qué son en este caso las circunstancias atenuantes sino la constatación de una duda?

»Ahora —continuó Maurice—, vengamos a esto: nos hallamos en presencia de tres argumentaciones diferentes: una, formulada por la acusación, que atribuye el asesinato de Defodon a un acto voluntario de Beaujon, no premeditado, sino determinado por una explosión irresistible de cólera y de celos. El segundo argumento, si es que merece ese nombre, es el de Beaujon. No sé nada, dice; Defodon se arrojó sobre mí, ignoro por qué razón. Me defendí y tuve la desgracia de matarlo. Y llego yo, con el tercer sistema, que es la verdad...

—Beaujon es inocente —exclamé.

—Absolutamente.

—¡Entonces está loco!

—Tampoco. Caes en el mismo defecto que te señalaba. ¿No hay, al margen de Beaujon, nadie cuyo estado haya debido influir sobre el acontecimiento?...

—¡Defodon!

—Por fin te has dignado pensar en él. Observa con qué lentitud se ha producido en ti esa idea...

—Entonces, según tu opinión, Defodon, en un acceso de locura, se arrojó sobre Beaujon... Sí, en efecto, nada más racional, nada más plausible. ¡Qué extraño que esa idea no se le haya ocurrido a nadie!...

—¡Por suerte! —continuó Maurice sonriendo—. Porque de un solo salto vas a los últimos límites de lo posible. No te he traído a este punto de mi demostración para declararte que el estado de Defodon era tal o cual, sino únicamente para que comprendieses que ahí había toda una vía nueva, a saber, el estudio del estado de Defodon. ¿Comprendes la falta cometida por todos? El acto de Beaujon atrajo violentamente la atención sobre él; por

tanto, fue él quien, desde el principio, se convirtió en el punto de mira de todas las pesquisas. Y yo digo que debía haberse dirigido la investigación sobre Defodon... Esa tarea es la que yo asumo.

Yo escuchaba con una atención creciente. Era toda una revelación, e instintivamente sentía que Maurice estaba sobre la verdadera pista.

—Ahora debes comprender —continuó él— por qué me he apartado absolutamente del mundo durante quince días: necesitaba identificarme con la naturaleza de un hombre al que no había conocido, reconstruir pieza a pieza un carácter que nunca había podido apreciar, y no tenía más datos que unas cuantas palabras cogidas acá y allá en actas y piezas donde algunos puntos de referencia se habían deslizado por casualidad y como a espaldas de todos. He pasado estos quince días en el cuarto donde se cometió el crimen... Digo *crimen* para amoldarme al veredicto dado; pero demostraré que en él hubo pura y simplemente accidente. Sí, durante quince días, sin apenas dormir, comiendo solo lo justo para no morir de hambre, he vivido la vida de Defodon, he sobreexcitado mi propia naturaleza para ponerla a tono con la suya..., y he triunfado...

—¿Y bien? —exclamé viendo que se detenía.

—No quiero decirte más. Hoy, a las tres, ven al Hôtel de France et du Périgord, en la calle de Grès, donde encontrarás algunas personas más que he convocado, y ahí les diré todo. Entonces, además, tendrá lugar una prueba suprema que demostrará la realidad de mis deducciones... ¡Hasta las tres, pues!

—Hasta las tres.

Y Maurice salió.

XII

El hotel de la calle de Grès era una de esas viejas casas, de aspecto pesado y respetable, como apenas quedan hoy. Se adivinaba que generaciones de estudiantes habían pasado por allí, y que sobre aquel descansillo se había

estremecido bajo su ropa raída más de uno que, hoy, ocupaba un lugar entre los privilegiados de la facultad; más de uno se había dado prisa al pasar delante de la garita del portero, temiendo alguna reclamación, y, sin embargo, hoy, cuenta las rentas de una clientela seria; en fin, más de uno que había salido con la cabeza alta y la frente brillando de esperanza, había terminado muriendo en algún rincón mientras roía su última desilusión con su último mendrugo de pan.

En resumen, casa mal cuidada, de apariencia sombría y *gruñona*. Su fachada parecía decir: Soy lo que soy. Quien no me quiera, que pase adelante.

Ahí era donde habían vivido Beaujon y Defodon. Interrogué a la propietaria, que ocupaba la entrada. Me indicó el cuarto. Subí rápidamente por una vieja, ancha y sólida escalera, de barandilla orgullosamente plantada, de balaustrada maciza, sobrecargada de polvo, en la que mis dedos dejaron testimonio escrito de que apenas se había limpiado.

Llamé a una pesada puerta que se abrió al punto. Maurice estaba solo. Miré a mi alrededor con curiosidad.

—Este es el cuarto —me dijo Maurice.

La descripción que Beaujon había hecho en el tribunal era exacta. Se trataba de una gran sala, de construcción y disposición antiguas, como toda la casa, uno de esos cuartos como ya solo se encuentran en el Marais o en el *faubourg* Saint-Germain. Las paredes estaban cubiertas de un papel decorado en otro tiempo con flores, pero hoy de color tan apagado, tan marchito, que todo desaparecía bajo un mismo tinte grisáceo. Estaba desgarrado en varios puntos, sobre todo encima del plinto.

Al entrar, uno tenía a la derecha la ventana alta y ancha que daba a la calle; a la izquierda, ocupando casi toda la anchura del muro, una cama en esa forma llamada de barco. Grandes cortinas de calicó blanco, bordadas con una banda de algodón fino y ligero con flores amarillas, colgaban de una flecha fijada a la pared que rodeaba la cama; demasiado cortas sin embargo para tocar el suelo, se detenían a media altura del barco. A la cabecera de la cama, uno de esos muebles conocidos por nuestros padres con el nombre de *servantes*¹²², hacía las funciones de mesilla de noche. Frente a la puerta, una chimenea rematada por un espejo de dos hojas, enmarcado en madera pintada

de blanco; en ese marco, por encima del espejo, los restos de una vieja pintura que en el pasado había tenido la pretensión de unos amorcillos manoseando a una ninfa. Junto a la chimenea, un sillón en terciopelo de Utrecht, en la forma llamada *poltrona*; en el suelo, delante de la cama, una alfombrilla recortada de alguna vieja tapicería. Frente a la chimenea, es decir, junto a la puerta de entrada, una mesa de madera renegrida.

Maurice había mandado colocar ante la ventana una tabla redonda cubierta por un paño verde, especie de mesa a cuyo alrededor unos sillones parecían esperar a un consejo de administración.

—Te he hecho venir el primero —me dijo Maurice— para que pudieses ayudarme en mis últimos preparativos.

—¿A quién esperas?

—A tres personas primero, que se sentarán con nosotros en esta mesa, luego a algunos testigos, y entre ellos al padre de Defodon. Sobre este debo hacerte algunas recomendaciones. La propietaria ha puesto a mi disposición el cuarto de al lado. Ahí permanecerá el señor Defodon padre hasta que lo necesite. Tú iras a buscarlo cuando yo te lo diga.

—Está bien. Pero ¿quiénes son las tres personas que deben formar nuestro tribunal, porque supongo que tu intención es repetir la instrucción y el proceso?...

En ese instante llamaron a la puerta. Maurice abrió. Reconocí a B..., el abogado de Beaujon; lo acompañaba un anciano.

—Les agradezco su puntualidad —dijo Maurice estrechando la mano de B... y saludando al anciano.

Me presentó a este último, luego me comunicó que era el presidente del jurado que había condenado a Beaujon.

Un instante después llegó la tercera persona. No pude contener un gesto de sorpresa: era el fiscal que había intervenido en el caso.

—Señor —le dijo a Maurice—, ha apelado usted a mi imparcialidad y a mi honor de magistrado; la estima tan particular que me inspira su carácter ha acallado en mí toda duda. Por extraño que pueda parecer este paso, tengo la convicción de que un hombre de su inteligencia aprecia toda la estima que mi presencia le manifiesta.

Cómo había podido Maurice decidir al fiscal general y al presidente del jurado a esa revisión íntima de un caso ya juzgado es algo difícil de comprender, si no se tuviera en cuenta el extraordinario ascendiente que sabía tomar sobre los hombres con los que se relacionaba. Antiguo funcionario de ministerio, sin gran fortuna, sin título oficial, Maurice era acogido en todas partes con la consideración que merecía y que le conciliaba su gran inteligencia.

En ese momento me sentía orgulloso de él, aunque a pesar mío no podía defenderme de cierto movimiento de inquietud. Lo miré, estaba tranquilo, aunque más pálido que de costumbre. Pero sus ojos hablaban, estaban muy vivos, imponían confianza. Le estreché con vehemencia la mano a hurtadillas. Se volvió, me miró con dulzura, me hizo una pequeña señal como para tranquilizarme, y luego invitó a sus huéspedes a tomar asiento alrededor de la mesa.

—¡Ah! —dijo de pronto Maurice volviéndose hacia mí—, espero también a un médico; en cuanto llegue, lo colocarás al lado del señor Defodon padre, en el otro cuarto. Él sabe lo que tiene que hacer. Ahora, señores —continuó inclinándose ligeramente ante sus invitados—, estoy con ustedes.

Colocó sobre la mesa diversos objetos, papeles, una cajita, y, sentado en el sillón adosado a la ventana, empezó:

—Señores, en este momento hay, en una celda de la cárcel, un hombre que ha sido condenado a diez años de reclusión; ese hombre ha estado a punto de ser condenado a muerte. Pues bien, les aseguro, y pronto compartirán mi opinión, que ese hombre es absolutamente inocente. Lejos de mí acusar aquí a los que han contribuido de cerca o de lejos a su condena; porque, cuando sepan la verdad, comprenderán que a la justicia le era imposible reconocer las increíbles circunstancias de este accidente.

Miré al fiscal general y al presidente del jurado; no hicieron el menor gesto de protesta ni de incredulidad. Aguardaban.

Maurice abrió una cajita lisa que tenía al alcance de la mano.

—Este —dijo— es el retrato de Defodon después de muerto; les ruego que lo miren con cuidado y perciban bien los rasgos de esta fisonomía...

El retrato pasó de mano en mano.

—Han de comprender —continuó Maurice— que ese retrato es el primer testigo cuyo examen puede aportar aquí alguna luz. En efecto, el hombre murió rápidamente, la fisonomía de la víctima conservó la huella de los sentimientos que estallaron en su cerebro en el momento mismo de la conmoción mortal. Por lo tanto, interrogar ese retrato es el único medio que hay en nuestro poder para establecer una comunicación cualquiera entre la víctima y nosotros, y, si no el único, como les demostraré, al menos el primero, el más sencillo y el mejor a nuestro alcance. No crean por lo demás que juego con las palabras. Se puede interrogar a una cosa inerte. Mirarla rápidamente con una ojeada desatenta e irreflexiva, si puedo decirlo así, es no pedirle nada. En cambio, concentren su mente en ese examen, estudien una a una todas sus líneas, y se sorprenderán al ver cómo la idea se desprende poco a poco y se impone a sus conciencias. Esa fisonomía —continuó Maurice— muestra un carácter prominente, manifiesto. ¿Cuál es en su opinión, señor fiscal general?

—Es evidentemente el terror —respondió el magistrado.

Maurice no pudo reprimir una sonrisa.

—Permítame detenerlo en esta primera apreciación. No, esa fisonomía no expresa terror; examínela conmigo, y quedará convencido. Coja ese espejo y mírese bien. Bueno, ahora dé a su fisonomía la expresión del espanto. Así, pero acentúela..., acentúela más.

El magistrado, obedeciendo al deseo de Maurice, se esforzaba por trasladar a su rostro el sentimiento del terror más profundo. Sostenía en la mano un espejito ovalado y estudiaba con curiosidad las contracciones que se producían en su rostro.

—Muy bien —exclamó Maurice—, un momento de paciencia. Observe estos puntos principales. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, las cejas levantadas, la frente arrugada. La boca está abierta, las mejillas se han tensado en un solo pliegue, las arrugas incluso que rodean la boca en la comisura de los labios han desaparecido. Carácter general, extensión de la cara... Ahora, mire de nuevo esta fotografía y dígame si sigue pensando lo mismo.

—Es cierto —exclamó el fiscal—, ninguno de esos caracteres se reproducen

en ese rostro...

—Y también un detalle importante: en la tensión de los rasgos bajo la impresión del terror, los labios, sobre todo, están desprovistos de cualquier especie de pliegue o contracción... Mire los labios del muerto.

La observación era justa. El labio inferior del retrato estaba torcido y en cierta forma convulso.

—Quizá me haga usted observar que la muerte, aunque reciente cuando se hizo este retrato, puede haber modificado ciertos rasgos..., y yo sería de su parecer si constatásemos una *ausencia* de contracciones. La muerte puede producir el reposo y la distensión de los músculos. Pero todas las contracciones que han subsistido durante la primera hora que siguió al fallecimiento han preexistido evidente y necesariamente a la muerte, o más bien se han producido de forma simultánea a la catástrofe final. Estudiemos ahora el carácter de estas contracciones que, hasta ahora le parecen, como a mí, que el espanto no explica. Cierto, sé que nada podía ocurrirse de forma más natural que esa primera hipótesis. Se entabla una pelea, el más débil sucumbe. En el momento en que siente que le falla su fuerza, es presa de un terror loco... Sí, eso es cierto, a menos (escuche bien esto), a menos que un sentimiento más violento, más imperioso, absorba todas sus facultades y lo vuelva consciente de un peligro que nada le hace prever...

Apenas respirábamos por temor a turbar a Maurice en su demostración. Presentíamos que la verdad iba a deducirse de estos preliminares.

—Ahora bien, el carácter típico, absoluto, evidente de esta fisonomía es la repugnancia, una repugnancia intensa, profunda, enorme. Verifiquemos el hecho. El signo característico de la repugnancia es la contracción del labio inferior, cuyos extremos caen mientras la mitad de ese labio se curva sobre sí mismo y hace, según una expresión vulgar, pero de una claridad meridiana, una rosca.

Todos hicimos instintivamente ese movimiento.

—Mire, el labio superior sube de forma violenta, el labio inferior baja. Bajo la presión ejercida en las mejillas por el movimiento del labio superior, los dos pliegues de que hablaba hace un momento y que surcan el rostro desde la nariz a las comisuras de la boca se acentúan vigorosamente y se hunden. Al

mismo tiempo, la nariz se levanta y se forman pliegues transversales en la unión de las cejas. Los ojos, en lugar de abrirse desmesuradamente, como en el terror, se achican en cambio bajo la hinchazón de los párpados. La piel de la frente, tirada hacia abajo, no tiene arrugas... Mire ese retrato. Es el modelo mismo de la repugnancia... Y esto es lo que nos responde cuando lo interrogamos: el hombre ha muerto en un acceso de repugnancia terrible, irresistible... Lo que le digo ¿es una hipótesis más o menos ingeniosa? La respuesta está en la contracción del labio inferior. Ninguna sensación, y digo ninguna, tiene por carácter accesorio ese rasgo que es inherente a la repugnancia. El primer grado de la repugnancia es el desdén; aquí la lengua misma nos ayuda. Labio desdeñoso, la fórmula existe, es el labio inferior que avanza, mientras el labio superior se apoya con fuerza en él.

—Todas estas deducciones —dice el jurado— son de una exactitud admirable. Es evidente que, durante la crisis fatal, Defodon estaba bajo el imperio de la repugnancia; pero ¿uniría usted la repugnancia, sentimiento talmente repulsivo y de retirada, si puedo decirlo así, a esa acción violenta que habría impulsado a la víctima a lanzarse sobre Beaujon?...

XIII

—Su observación —continuó Maurice— viene por sí misma en ayuda de la verdad; ahora mismo verá cómo. Retengo la palabra y, como se dice en el Palais¹²³, tomo nota. Repugnancia, sentimiento que tiene por resultado el deseo de alejarse, de hacer retirada, como muy bien ha dicho usted. Ahora bien, retirarse de aquí, ¿no es ir allá, es decir, moverse en un sentido opuesto al objeto que causa la repugnancia? Cuanto más violenta sea la repugnancia, más repulsión inspirará el objeto que la haya causado, y más vivo será el movimiento de retirada, de alejamiento, es decir, de tendencia hacia un punto alejado de aquel en que se encuentra el objeto en cuestión. Supongamos que me horrorizan los sapos. Voy caminando por un prado. Usted viene detrás de mí. Veo a mis pies uno de esos horribles animales, hago un movimiento de

retroceso, de retirada, y choco violentamente con usted.

No sé qué idea surgió en ese momento en mi mente. Me pareció vislumbrar el objetivo hacia el que tendía aquella demostración; pero me contuve. En el mismo instante se me advirtió que habían llegado los testigos esperados. Fui a tomar las disposiciones de que me había hablado Maurice, luego volví, tras haber colocado al médico al lado del señor Defodon padre.

Cuando estuve de vuelta, Maurice tomó de nuevo la palabra:

—Una vez obtenido ese primer resultado, creo necesario dejarlo de forma provisional a un lado y estudiar ahora el carácter y la naturaleza misma de la víctima. Ahí también parece que nos faltan los documentos. Pero reconocerá conmigo la gran importancia que van a tener para nosotros ciertas palabras, ciertas opiniones que se encuentran en las distintas declaraciones aportadas al proceso, importancia que aumenta con la siguiente consideración: que esas manifestaciones no han sido provocadas por ningún interrogatorio y no se remiten a un sistema concebido de antemano. Me explico: todos los que han sido llevados, por la lógica misma de sus respuestas, a hablar del carácter de Defodon se han apoyado en su sensibilidad nerviosa. Esa sensibilidad era tal que lo habían apodado *la damita*; ustedes no han olvidado el término. Otras veces le preguntaban en broma *si estaba nervioso*. La señorita Gangrelot nos ha dicho, en su lenguaje demasiado enérgico para no ser exacto: «No era un hombre». En su pensamiento, esa palabra se aplica a una sensibilidad poco apreciada por esta clase de mujeres, y también a una debilidad de organización sobre la que es inútil insistir. A este respecto van a oír ustedes las explicaciones dadas por la mujer que, en la pensión burguesa, solía servir a Defodon.

Maurice me hizo una seña, y yo introduje a la señorita Annette, camarera en el restaurante, aquella valerosa sirvienta parecía sorprendida hasta el colmo ante aquel boato tan poco usado en un cuarto de hotel. Maurice la invitó a sentarse.

—Señorita —dijo—, sin duda la ha sorprendido la carta que ha recibido. Por razones importantes, yo no la he visto a usted antes de hoy. Lo admite, ¿verdad?

—Sí, señor. No lo conozco.

—Fui a hablar con su patrón, y ha sido él quien ha tenido a bien permitirme citarla. ¿Será bastante buena para darnos algunas informaciones?

—¿Sobre qué, señor?

—¿Conoce bien a Defodon?

—Pobre muchacho. ¡Ah, ya lo creo! ¡De qué forma ha hecho condenar al otro! Ha sido muy dulce, nada más...

—Era un muchacho encantador el tal Defodon, ¿verdad?

—¡Ah, señor, y tierno como una chica; no le habría hecho daño ni a una mosca.

—No era fuerte, me parece.

—No, eso no; además, verás, se notaba que un cachetillo habría matado a ese muchacho. A la menor cosa temblaba como una hoja.

—¡Ah! ¿Temblaba?

—A veces con tal fuerza que apenas podía sostener su vaso...

—Pero ese temblor ¿no era consecuencia de excesos?

—¿Excesos? No diga cosas malas... Si me ha hecho venir para eso, no merecía la pena... Mire, recuerdo que una vez el pobre muchacho casi tuvo una crisis de nervios..., ¿sabe por qué? Porque había encontrado un cricrí en su pan.

—¿Un cricrí?

—Sí, uno de esos bichos negros que hay en las panaderías... Todavía lo estoy viendo: se puso totalmente pálido... Luego se levantó de su silla bruscamente..., incluso estuvo a punto de caerse de espaldas...

—¿Era nervioso?

—Nervioso, sí, eso sí, y además..., ponía caras de repugnancia como una señoritinga...

Nos miramos con un signo de inteligencia. Aquel interrogatorio, guiado con tanta habilidad y paciencia, corroboraba de la forma más sorprendente y más inesperada las deducciones de Maurice.

Dio las gracias a Annette, que se retiró muy sorprendida ante la importancia que se parecía dar a sus declaraciones.

—Según esta información —dijo Maurice—, apreciarán como yo lo susceptible de excitación que era el organismo de Defodon. La menor

conmoción lo alteraba, y llamo su atención sobre el detalle del *cricrí*. Ahora vamos a oír al señor Lafond, viejo jardinero de la familia Defodon, cuya declaración tendrá, eso espero, la mayor importancia para el punto de vista que nos ocupa.

El señor Lafond era un viejo de sesenta años, robusto y con buena salud. A las primeras palabras que le fueron dirigidas, se puso a sollozar.

—Mi pobre amo —exclamó—, ¡si usted supiera cuánto lo quería!

—¿Lo crio usted?

—Es cierto que planté un olmo el día en que nació y que hoy es un árbol grande y hermoso.

—¿Recuerda usted su infancia, cuando él corría por el jardín?

—Sí, sí. Era un niño tan gracioso, muy dulce, muy amable. Lo tomaban por una niña, y tenía todos sus gustos... Un poco miedoso. La oscuridad lo atemorizaba. Además, y sobre todo, ¡oh!, de eso me acuerdo como si fuera ayer, detestaba los insectos, los bichos, como decía.

—¡Ah!, ¿detestaba los insectos, las mariposas?

—Las mariposas menos, porque eran bonitas. Pero eran los abejorros, las avispas, las arañas... Eso repugnaba al pobre inocente. Y cuando, por casualidad, uno de esos infames bichos chocaba con él en el jardín, se ponía totalmente pálido y hacía una gran mueca de repugnancia...

—¿Recuerda usted algún hecho particular a este respecto?

—¡No, creo que no! ¡Ah!, mire, sí... Recuerdo que durante casi quince días no quería pasar por una alameda, sin embargo muy bonita, bajo árboles y sombreada... Yo le decía: «¡Anda, ven, pequeño! — ¡No, no!», gritaba pataleando. Entonces le cogí en brazos y quise pasear con él, que se debatía gritando: «¡El bicho! ¡El bicho!». ¿Pueden creerlo? Y era porque una gran araña había hecho su tela justo en la entrada de la alameda, pobre animal. Palabra que la maté. Por lo demás, era cosa de familia. El señor Defodon es así...

El jardinero fue despedido. Maurice me rogó que llamase al médico. Era un amigo nuestro, el doctor R...

—Querido amigo —le dijo Maurice—, ¿has examinado bien al señor Defodon?

—Sí. Puedes intentar la experiencia.

—¿Estás seguro de que la conmoción no ofrece ningún peligro?

—Ningún peligro serio, respondo de ello. A pesar de su estado de excitación nerviosa, es muy fuerte y afirmo que no hay nada que temer...

—Pero ¿qué quiere hacer usted? —exclamó el fiscal.

—Voy a intentar una experiencia decisiva; la escena que va a tener lugar les ilustrará por completo sobre los hechos que les interesan, y apenas serán necesarias algunas últimas explicaciones. He tenido que tomar ciertas precauciones a fin de que la salud del señor Defodon no sufra por una prueba que habría podido ser peligrosa en su estado. Ya han oído la respuesta del doctor; creo que podemos actuar.

—Hágalo —respondimos todos.

El señor Defodon padre entró; era, no se habrá olvidado, un viejecillo muy delgado, sacudido por una especie de temblor continuo. Parecía que a sus piernas les costara sostenerse. Maurice lo hizo sentarse en un sillón.

—Señor —le dijo—, cualquiera que sea el dolor que le haya hecho sentir la pérdida de su hijo, espero de su amabilidad que quiera responder a ciertas preguntas que voy a hacerle y que no tienen otro fin que la búsqueda de la verdad.

Maurice se había sentado al lado del viejo, delante de la mesa. Desplazó lentamente hacia él una cajita cuadrada y puso el dedo sobre la tapa.

—Quizá mi pregunta le parezca extraña. ¿Se acuerda de la historia de Pellisson?

—¡De Pellisson!

—Encarcelado, Pellisson tuvo en su soledad la singular idea de domesticar un animal que ordinariamente inspira a todos la mayor repulsión¹²⁴... Encontró una araña en un rincón de su prisión, una araña gorda y horrible...

Maurice recalca las palabras y miraba fijamente a Defodon padre:

—Sí, tuvo el coraje de cogerla entre sus dedos, de acercarla a su cara, mientras sus largas patas... se movían...

—Basta, señor —exclamó el viejo—. Eso es repugnante.

—¡Repugnante! ¿Y por qué? El astrónomo Lalande se comía... las arañas... vivas¹²⁵...

—¡Innoble! —murmuró el viejo estremeciéndose.

—Pues sí, llevaba encima una cajita, igual que esta.

Mostraba la cajita de que ya he hablado.

Le daba vueltas entre sus dedos como hubiera hecho con una bombonera..., luego, de vez en cuando, la abría.

El señor Defodon padre tenía los ojos clavados en la cajita, su rostro se descomponía, se volvía lívido...

—Y las sacaba, mire, ¡así!

Maurice abrió la caja, hundió los dedos en ella y sacó una enorme araña que acercó rápidamente al viejo. Este, como golpeado por una conmoción eléctrica, saltó en su silla, se levantó y, lanzando un grito ronco, se abalanzó sobre el médico, como el ahogado que se aferra a una tabla de salvación, y le echó los brazos al cuello. El médico, con un movimiento rápido, le puso en la frente una servilleta mojada que tenía preparada. El viejo se derrumbó: se había desmayado.

Hubo un largo momento de silencio.

El médico palpaba el pulso del viejo; nos tranquilizó con un gesto.

—Nada que temer, ya se recupera.

Debo confesarlo, todos estábamos horriblemente pálidos. El repelente bicho se debatía entre los dedos de Maurice y su fealdad repugnante nos fascinaba. No podíamos apartar de él la mirada. Maurice se dio cuenta, volvió a meterlo en la cajita y se acercó al viejo. Este recobraba poco a poco su estado normal. El médico le ofreció el brazo y ambos salieron.

—¿Han comprendido por fin? —exclamó Maurice—; el culpable está ahí en esa cajita, fue ese repelente animal el que lo hizo todo. Cuando leí en la cara del muerto esa expresión de repugnancia, recordé las explicaciones de Beaujon. Defodon estaba en la cama. De pronto su mirada se volvió fija, batió el aire con las manos.

»Beaujon vio algo negro en su cara, como una mancha. El hombre se lanzó de la cama y se precipitó hacia Beaujon, que lo abrazó... Por lo tanto un objeto, un ser capaz de excitar la repugnancia, eso es lo que había que encontrar... Pues bien, señores, miren.

Maurice apartó la cortina de la cama, y vimos, suspendida entre el techo y

la flecha, una enorme telaraña, gris, peluda...

—De esa tela he arrancado el animal. ¿Qué pasó entonces? La lámpara estaba sobre esta chimenea, sin globo, sin pantalla, lanzando la claridad macilenta del petróleo..., el animal había salido de su tela..., estaba sobre la cortina, su color negruzco resaltaba más sobre la blancura del tejido... Por un accidente cuya causa no tenemos que buscar, mientras Defodon, fascinado al verla, clavaba en la araña su mirada asustada, el animal cayó sobre su rostro. Es la mancha negra. Defodon batió el aire con sus manos, como para apartar al repugnante enemigo... Luego, en el paroxismo de la repugnancia, echó a correr, hizo retirada y se lanzó sobre Beaujon. El resto se explica por sí mismo. En el momento en que agarraba a Beaujon por el cuello, este se zafó con un movimiento brutal. La conmoción determinó la muerte inmediata de Defodon... Pero ¿no era Beaujon inocente?

Maurice había vencido.

El juicio fue anulado por el tribunal y remitido ante otras audiencias.

Maurice fue llamado a título de experto. Beaujon fue absuelto...

—¡Y bien! —me dijo Maurice—, ¿qué le parece?

—Le queda un deber que cumplir —le respondí—, tiene que preparar discípulos.

¹⁰⁶ Según la tradición, Enrique IV, preocupado por la situación del campesinado francés tras cuarenta años de guerras de religión que lo habían expoliado a impuestos, y por el bienestar del pueblo, habría repetido: «Si Dios me da vida todavía haré que no haya *laboureur* en mi reino que no tenga medio de tener una gallina en su puchero». El *laboureur* de la época era la élite del campesinado. Enrique IV (1553-1610), rey de Francia desde 1589 y de Navarra (desde 1572), nacido en Pau, ciudad que pertenecía al vizcondado

soberano de Bearne, fue el jefe de las fuerzas protestantes y el primer Borbón de la rama capeta en el trono francés, al suceder a Enrique III, para lo cual tuvo que reconvertirse a su religión de origen, el catolicismo: «París bien vale una misa». Su reinado se vio asolado por las luchas de religión entre católicos y protestantes y por las guerras en Italia contra los españoles. Fue asesinado por Ravaillac, un fanático católico al servicio, quizá, de los círculos favorables a España. Ejerció el mecenazgo artístico y escribió cartas que lo confirman como persona cultivada. Su popularidad y el apelativo de «el buen rey» que le adjudica la literatura son sobre todo póstumos.

107 Por su inicio, similar al término *gangrène* («gangrena»).

108 La novelista francesa George Sand (1804-1876) empezó a publicar en la década de 1830 novelas centradas en las confesiones íntimas de mujeres incomprendidas. Sus relaciones amorosas con el poeta Alfred de Musset primero (entre 1833-1835) y con el músico Chopin después (entre 1838-1847) supusieron un escándalo para la sociedad francesa. Posteriormente, su obra evolucionó hacia análisis sociales y la glorificación del trabajo manual, la poesía proletaria, el humanitarismo del mundo rural, para terminar escribiendo novelas de análisis sentimental y sobre su propia biografía. Muy aficionada al teatro, llegó a escribir para la escena más de veinticinco obras, hoy olvidadas.

109 Famoso baile parisino creado por François Bullier (1796-1869), que lo inauguró en 1847 con el nombre de Baile La Closerie des Lilas, por su decoración: llegó a sembrar 1.000 plantas de lilas, dotándolo posteriormente de bosques de lámparas de gas y de juegos y deportes como el billar, el tiro con arco y a pistola. Fue uno de los puntos de encuentro más importantes de la alta sociedad de la Belle Époque. Cerró sus puertas en 1940.

110 Juego de naipes que comúnmente se jugaba entre dos y en el que ganaba la suerte quien primero hacía 100 puntos (DRAE).

111 Vestido femenino, especie de corpiño de mangas largas y amplio que se lleva sobre una falda fruncida.

112 Jean-Étienne Esquirol (1772-1840), alienista francés, considerado el padre de la organización psiquiátrica en su país; se le debe el impulso político para dotar de un hospital especializado a cada departamento francés.

113 Verdad de Perogrullo. La expresión remite a Jacques de Chabannes (1470-1525), marqués de La Palice y mariscal de Francia que encontró la muerte frente a los españoles en la batalla de Pavía. Sobre sus virtudes escribió en el siglo XVIII Bernard de La Monnoye (1641-1728) una canción popular a base de afirmaciones tan evidentes que eran ridículas, sentido del término *Palissade* y de la expresión «verdad a lo La Palice»; ambos derivan de una mala lectura de dos líneas de su tumba: «¡Ay, si no hubiera muerto / aún tendría ganas (*envie*)» de morir, cuando la lectura correcta era *en vie* («estaría en vida»). Reflexión que trata de demostrar algo que se demuestra por sí mismo.

114 El suizo Gaspard Lavater (1741-1801) está considerado como el padre de la fisiognomía, ciencia que trata de saber por la fisonomía las facultades e inclinaciones del

ser humano.

115 Caso que resuelve el detective Maurice Parent, protagonista del relato *El clavo de Lermína*.

116 Según la mitología griega, este hijo de Poseidón asaltaba a los viajeros solitarios después de invitarlos a tumbarse en un lecho de hierro cuya longitud regulaba para luego cortar la parte que sobresalía del cuerpo del viajero. Teseo no cayó en la trampa, sino que tendió a Procusto en ese lecho y le cortó a hachazos cabeza y pies.

117 Nina Lassave era una muchacha de quince o dieciséis años en 1836, tuerta y contrahecha, amante de Giuseppe Fieschi (1790-1836), conspirador corso que preparó un atentado con la «máquina infernal» contra Luis Felipe y la familia real (28 de julio de 1835), causando dieciocho muertos; apresado, Fieschi fue condenado a muerte junto con dos de sus cómplices y guillotinado el 19 de febrero de 1836. Nina Lassave, hija de su amante Laurence Petit, se hizo célebre al día siguiente de la ejecución de Fieschi: fue contratada por una suma importante para dirigir el mostrador del Café de la Renaissance, que, durante un tiempo, no tuvo mesas suficientes para acoger a tanta clientela como iba a verla. Olvidada pronto, terminó casándose con un tal Génin, propietario del Café Génin. Un artículo de Jules Valles hablaba en 1866 de la muerte de Nina Lassave y de la locura de su marido.

118 Nombre que figura en el título de un vodevil de Théodore Barrière (1821/1825-1877) y Antoine Fauchery (1823-1861), *Calino, chargé d'atelier*, estrenada en 1856. Calino encarna en ella un personaje pánfilo, un calzonazos inocente.

119 El detective Maurice Parent, creado por Lermína, figura en cuatro de sus obras: *El clavo*, *El todo por el todo*, *El morral* y *El cuarto de hotel*; estos relatos, además de figurar en *Histoires incroyables*, han sido reunidos bajo el título *Les enquêtes de Maurice Parent (Las investigaciones de Maurice Parent)*.

120 Tebaida: región desértica del Antiguo Egipto, que se convirtió en lugar de retiro de ermitaños cristianos desde que se trasladara a ella Antonio Abad, en el siglo III.

121 En la mitología griega, sacerdotisa encargada de proferir, tras entrar en una especie de delirio extático y frenético, los oráculos del santuario del dios Apolo en Delfos; sus gritos ininteligibles y sus palabras incoherentes eran traducidas por un «profeta».

122 Por desplazamiento de sentido respecto a *servantes* (sirvientas): mueble de ayuda o de apoyo que servía de trincherero y se colocaba cerca de los invitados.

123 Palacio de Justicia.

124 Paul Pellisson (1624-1693), escritor francés, secretario del superintendente Nicolas Fouquet, cuya caída en desgracia arrastró también a su secretario; puesto en libertad tras cuatro años en la Bastilla, una vez que renegó de Fouquet, fue nombrado historiógrafo del rey y abad de Cluny. Poeta mediocre, según Voltaire, «pero hombre muy sabio y muy elocuente».

125 Jérôme Lalande (1732-1807), astrónomo francés, director de la cátedra de Astronomía

del Collège de France; Napoleón le prohibió escribir en 1805 por su ateísmo y su lucha contra las supersticiones: «No sabemos nada. Creemos en los milagros, en los brujos, en los aparecidos; tenemos miedo del trueno, de las arañas, de los ratones y con mayor razón se cree en Dios». Según Chateaubriand, le gustaba comer arañas vivas.

JEAN RICHEPIN

LOS DOS RETRATOS

Se sabe que a los orientales no les gusta encargarse de que les hagan su retrato. Tienen la superstición de creer que hay que coger un poco del alma del modelo para animar la imagen, y que de esta forma el retrato se vuelve una especie de doble del retratado, que, sobreviviéndole, sigue sometido a las aventuras, los peligros, sufrimientos y pasiones de la existencia terrenal.

Después de todo, quizá no sea una superstición, y haya algo de real en esa creencia quimérica. El artificio de la naturaleza, dice Bossuet¹²⁶, es inexplicable. El del arte no lo es menos. Todo es posible. ¡Quién sabe!

Un sabio de Oriente no se sorprendería con toda seguridad ante la asombrosa historia siguiente. No solo la hubiera encontrado verosímil, sino totalmente natural. Más bien lo que le habría asombrado es que pudiera calificarse de sorprendente. Para mí, aunque no me repugna compartir la extravagante opinión de los orientales sobre la supervivencia de los retratos, confieso que esta historia me ha parecido algo extraña. La contaré, además, sin tratar de esclarecer su misterio, aunque sin exagerarlo, y dejando a los espíritus positivistas y escépticos la tarea de decidir si hay en ella un misterio de singular magia o solo se trata de su apariencia.

En una tienda que frecuento encantado, como aficionado más que como comprador, regalándome la mirada entre antiguos cuadros, preciosas estampas, libros raros, objetos decorativos y de arte, muebles, curiosidades, antiguos paños, observé un día dos retratos bastante bellos que atrajeron mi atención precisamente por su intensidad de vida.

Desde luego, no estaban mal pintados, y se debían, sin duda, a algún buen retratista de la escuela inglesa en floración a principios de este siglo. Pero en su factura demasiado correcta no llevaban la marca de un maestro, ni siquiera de un maestro oculto que hubiera producido aquellas dos obras maestras desconocidas. Se notaba en ellos el oficio conocido y seguro de un honrado alumno sin genio, y nada más. En resumen, como cuadros, y desde el punto de vista puramente pictórico, no tenían gran valor.

Pero debían haber sido de un parecido extraordinario con los modelos. Eso se adivinaba enseguida, sin que fuera necesario haber visto a esos modelos. Y en este punto la idea de los orientales se imponía. Evidentemente, para animar hasta tal extremo aquellas efigies había sido necesario robar un poco de su alma a los retratados, y era esa alma la que seguía iluminando los ojos, de forma tan ardiente, espléndida y maravillosamente vivos, de los dos retratos.

Esa alma, por otra parte, tanto en uno como en otro, era muy especial y característica. Era un alma de odio.

No obstante, el odio brillaba de distinta manera en las dos miradas, y el artista había sabido reproducir esa diferencia con una fuerza y una nitidez de expresión que permitían leer plenamente, sin vacilación ni incertidumbre posibles, los sentimientos actuales de los dos personajes.

Y digo actuales a propósito. Porque los sentimientos que habían palpitado en aquel hombre y en aquella mujer mientras les habían hecho su imagen seguían desde luego palpitando todavía en ellos.

El hombre tenía un hocico de dogo, ancho y lampiño, de belfos pesados que levantaba por un lado un diente prominente en forma de gancho, cuello corto y con abundante pellejo, triple mentón realzado por un envaramiento del uniforme militar de color rojo de carnicero; y la ferocidad de toda aquella cara bestial se resumía y concentraba, irradiada por unos ojillos agudos, crueles, levemente cegatos, de pupila verde oscura, casi de jugo de bilis, de esclerótica amarillenta y sanguinolenta.

La mujer, bellísima, con cabeza de *keepsake*¹²⁷, de rizos rubios y vaporosos, todo dulzura gracias a unos rasgos menudos, infantiles, y a una piel de nata batida de fresas, tenía unos ojos grandes de un azul muy claro,

pero evocando el pensamiento de un lago profundo y mortalmente frío cuyas aguas debían beberos despacio, envolveros en una mortaja de parálisis, y helaros como la cicuta.

Y el odio del hombre, violento, brutal, asesino, congestionado, explosivo, estallaba con rabia hacia la mujer. Y el odio de la mujer, paciente, solapado, venenoso, lívido, rastrero, desenrollaba serpentivamente sus anillos lánguidos y atroces hacia el hombre.

Pregunté al comerciante el precio de los dos retratos. Me hizo una larga perorata sobre la escuela inglesa, sobre la perfecta conservación de los lienzos, que procedían directamente de la galería Mansfield, y representaban precisamente a dos miembros de esa ilustre familia, a lord y lady Mansfield, célebres por cierto proceso que había sido muy sonado en Londres en 1828. Por último, después de tanta salsa para que yo tragase su pescado, me lo sirvió por un precio exorbitante que no pude comprometerme a pagar. Y dejé los dos retratos en la tienda, que siguieron mirándose con aquellos ojos de odio siempre vivo y siempre actual.

Pocos meses después, hallándome en Inglaterra, volví a pensar en los dos retratos cuyo recuerdo me obsesionaba debido a sus extrañas miradas, y sentí curiosidad por saber quiénes habían podido ser aquel lord y aquella lady Mansfield, de odio tan trágico, tan tenaz, y aún sin apagar a pesar del mucho tiempo que debían de llevar muertos.

Un amigo mío, gran rebuscador de bibliotecas y especialmente aficionado a las causas célebres, me informó enseguida. Conocía muy bien el proceso de 1828, que, en efecto, había hecho en el pasado cierto ruido en Londres.

—¡Oh! —me dijo—, no por causa del crimen en sí mismo, que no fue sino bastante vulgar; el escándalo fue debido únicamente al rango ocupado en la *gentry*¹²⁸ por los criminales.

Y me contó la novela de lord y de lady Mansfield, que no me pareció tan vulgar como él quería decir.

Porque si, de hecho, las circunstancias no fueron diferentes de lo que son por lo general en este tipo de crímenes pasionales, por mi parte sabía cuán exaltados y feroces habían debido de ser los sentimientos en la perpetración de aquellos crímenes, lo sabía por los ojos de los dos retratos, que seguían

viviendo de forma tan prodigiosa y terrible en el cielo como lo estaban en la eternidad.

Lady Mansfield había engañado al lord. Él se había dado cuenta. Había matado al amante a puñetazos, y se había librado de ese crimen aduciendo un caso de legítima defensa y por medio de armas naturales, luego había seguido conviviendo con su mujer para martirizarla. Seis años más tarde había muerto, dejándole toda su fortuna, que era colosal. Los herederos habían acusado entonces a lady Mansfield de haber envenenado al lord, después de haber redactado un falso testamento. Ella había perdido el proceso y se había ahorcado en la cárcel. Esta era la célebre causa que había hecho cierto ruido en Londres en 1828.

De vuelta en París, corrí a la galería de arte, decidido, no a regalarme, a pesar de su precio, los dos retratos, que eran realmente demasiado caros para mi pobre bolsa, sino con la sed de volver a ver aquellas miradas que llameaban de un modo tan frenético aquellos odios siempre vivos.

—¡Ah! —me dijo el vendedor—, habría debido usted comprarlos. Estarían en su casa, mientras que ahora están perdidos, perdidos para usted, para mí, para todo el mundo. Dos muestras tan bellas de la escuela inglesa que...

Corté en seco su perorata retrospectiva y le pregunté de prisa qué quería decir. Me lo explicó, indicándome los dos lienzos. En una mudanza que había tenido que hacer, se había cometido una *torpeza*, se había producido una caída. Resultado: un frasco de ácido sulfúrico se había roto sobre la cara del hombre, que ya no era más que una papilla negra, y el otro retrato había caído sobre un lustro de hierro forjado cuyas puntas habían reventado los ojos de la mujer.

—Vaya chasco, ¿no le parece? —gemía el vendedor—. ¡Eso sí que es un azar desgraciado! ¡Se diría hecho a propósito!

Y yo pensé en voz baja:

«Tal vez lo sea».

126 Jacques-Bénigne Bossuet (1627-1704), orador, teólogo y político francés que alcanzó los mayores honores y uno de los predicamentos sociales más consolidados por la brillantez de sus *Oraciones fúnebres*, que lo confirman como un gran maestro de la prosa clásica por su musicalidad y el sentido de la armonía de la frase. Preceptor del Gran Delfín (el primogénito de Luis XIV), fue obispo de Meaux y consejero de Estado en 1697; de origen plebeyo, había nacido en una familia de magistrados. Sus ideas, arraigadas en el catolicismo más rancio, lo llevaron a luchar contra el teatro, contra los jesuitas, contra la crítica de la religión y —tras una primera etapa de intento de conciliación— contra los protestantes; su combate más largo y penoso fue dirigido contra el quietismo de Mme. Guyon y de Fénelon, antiguo discípulo suyo.

127 Término inglés derivado de la expresión *keep for my sake* («guárdese por amor a mí») con el que se designaba una especie de libro sin valor utilitario pero de apariencia muy cuidada, con papel de gran calidad y cubierta satinada de muaré, que contenía poesías, fragmentos en prosa y grabados; servía de regalo y de recuerdo personal. La moda, de origen inglés, pasó a Francia hacia 1820, muy marcada por el Romanticismo, que le dio una impronta de refinamiento excesivo y amanerado.

128 *Gentry*: nombre dado en Inglaterra a la nobleza no titulada, es decir, a cualquier descendiente sin título de un par, un baronet o un caballero, así como escuderos y alta burguesía.

ALPHONSE ALLAIS

¡POBRE CÉSARINE!

Si desean tener algunos informes sobre este Alcide Paquet del que se va a tratar, puedo dárselos con el mayor gusto del mundo.

Alcide Paquet era un muchacho corpulento de treinta y seis o treinta y siete años que vivía en Pont-Audemer, en el camino de Périgueux, tres casas más allá pasado el fielato.

Física y moralmente, Alcide no presentaba nada que lo distinguiese de los demás mortales, salvo un aspecto extraordinariamente común y una mediocridad extraordinariamente poco común.

De oficio era representante de una gran firma de abonos químicos.

En sus vastos cobertizos se desplegaban en grandes letras: ALMACÉN DE SUPERFOSFATOS, DEPÓSITO GENERAL DE SALES AMONIACALES, ESPECIALIDAD DE NITRATOS, GUANOS DEL PERÚ, etc., etc.

Alcide vendía a los agricultores muchas de estas generosas porquerías, pero sin comprender la poesía de su oficio. Nunca se preguntó, inquieto, por qué misteriosa elaboración aquellos productos ridículos se convertían en el buen trigo que alimenta a la buena gente, la dulce alfalfa que tanto aprecian los animales, la colza de la que sacamos el aceite y las mil florecillas amarillas, azules, rosas, malvas que esmaltan nuestras praderas, y tantas preciosidades que uno lloraría nada más verlas.

Si quieren saber mi opinión, Alcide Paquet era un simple bruto.

Vivía en la casa designada más arriba, solo, con una prima que le servía también de ama de llaves y que se llamaba Césarine.

Tras perder a sus padres siendo muy pequeña, Césarine había sido recogida por la señora Paquet (la madre de Alcide), la cual, en su caritativa finalidad de convertirla, para más tarde, en una excelente ama de casa, de momento hizo de ella una criada para todo.

¡Pobre Césarine!

Amable y dulce por naturaleza, Césarine aceptó ese papel, con la sonrisa en los labios.

—Césarine —decía la señora Paquet—, cuando no se tiene dinero, hay que acostumbrarse a trabajar... Lustra los zapatos.

Y Césarine lustra los zapatos.

—Césarine —decía la señora Paquet—, cuando no se tiene dinero, hay que acostumbrarse a trabajar... Aclara la vajilla.

Y Césarine aclara la vajilla, siempre con la sonrisa en los labios.

Césarine creció en medio de esas tareas domésticas y llegó a ser una joven modelo.

Los años siguieron corriendo, y Césarine, muy despacio, se transformó en una solterona de treinta años aproximadamente.

¡Pero tan encantadora todavía, y tan fresca!

Sobre todo su piel, una de esas bonitas pieles tan delicadas que no se atreve uno a besarlas, pero que a pesar de todo se besan.

¡Pobre Césarine!

En ese momento (o quizá en otros, no podría precisarlo) la señora Paquet murió y el señor Paquet también.

Alcide le dijo a su prima:

—¿Quieres quedarte conmigo?... Serás mi ama de llaves.

Césarine dijo que sí, ¡y con qué vehemencia!, porque —puedo decíroslo, ahora que está muerta— amaba a su primo.

Y aunque lo amaba en secreto, lo hacía con furia; bajo sus bonitos y tranquilos bandós, Césarine escondía una naturaleza como para hacer estallar todos los pirómetros de Le Creusot¹²⁹.

Y Alcide —¡oh, qué bruto! —no se daba cuenta de nada.

Con tal de vender muchos *químicos* a los campesinos, estaba contento, y a eso se limitaba su ideal. ¡Pobre Césarine!

Una noche, Alcide volvió a casa muy contento.

—Mi pequeña Césarine —dijo mientras desplegaba su servilleta—, ¡ya está!

—¿Qué?... ¿Qué es lo que está?

—Me caso.

Césarine se limitó a decir: ¡Ah!, pero el rosado de sus mejillas desapareció en el acto.

Había sentido un gran golpe en el corazón, y sus párpados se agitaban.

Creyó que iba a desmayarse.

Sin embargo, tuvo fuerza para preguntar:

—¿Y... con quién?

—Adivina.

—¿Quizá con Aline Leproult?

—No.

—¿Quizá con Jeanne Beaudon?

—Exacto.

Esa noche, Césarine no cenó, y Alcide (decididamente, ¡qué bruto!) no se dio cuenta de nada.

¡Pobre Césarine!

La víspera de la boda, el último día en que Alcide cenaba como soltero, la cocina de Césarine olía muy bien.

—¡Oh! —observó Alcide—, quieres darme nostalgia, Césarine.

Lo que olía tan bien era un platito preparado en la sartén, sobre un fuego de madera (Césarine siempre despreció el gas y todos vuestros modernos hornos).

¡En él había cebolla frita, tomillo y de todo!

El perejil, un perejil recién cogido y picado menudo, hacía de aquel plato una especie de paisaje succulento, aromático y humeante.

Era una vianda a un tiempo sólida y tierna.

Nada de buey, nada de vaca, nada de cordero. Entonces, ¿qué?

Tampoco era cerdo.

—¿Qué es esto? —preguntaba Alcide—. ¿Qué es lo que puede ser esto?

—¿Está bueno? —respondía simplemente Césarine.

—Nunca, ¿me oyes bien?, mi pequeña Césarine, NUNCA he comido nada tan

exquisito.

—Pues eso es lo principal.

—¿No quieres decirme qué es?

—¿Importa mucho?

—Sí.

—Pues bien...

Césarine se desabrochó bruscamente su corsé, apartó su camisa y, bajo el seno izquierdo —¡una maravilla de seno izquierdo—, Alcide pudo ver una llaga que abierta allí, en forma de cruz, todavía sangraba.

Al mismo tiempo, Césarine caía redonda al suelo.

Solo se incorporó para decir, en inglés, con voz apagada:

—¡Es mi corazón lo que acabas de comer!

¡Pobre Césarine!

¹²⁹ Le Creusot, población de Borgoña, en el departamento de Saona y Loira, famosa por una producción de aceros especiales, a partir de 1836, fecha en la que los hermanos Adolphe y Eugène Schneider fundan una empresa de productos destinados a los ferrocarriles, a la producción de blindajes y cañones, etc.

LÉON BLOY

LA TISANA

Jacques se juzgó simplemente innoble. Era odioso permanecer allí, en la oscuridad, como un espía sacrílego mientras aquella mujer, tan perfectamente desconocida para él, se confesaba.

Pero entonces tendría que haberse marchado inmediatamente, tan pronto como el cura con sobrepelliz había venido con ella, o, al menos, haber hecho un poco de ruido para que estuvieran advertidos de la presencia de un extraño. Ahora era ya demasiado tarde, y la horrible indiscreción no podía sino agravarse.

Desocupado, buscando como las cochinillas un lugar fresco al final de aquel día canicular, había tenido el capricho, poco conforme con sus caprichos habituales, de entrar en la vieja iglesia y se había sentado en aquel rincón sombrío, detrás de aquel confesionario, para pensar, mientras miraba cómo se apagaba el gran rosetón.

Al cabo de algunos minutos, sin saber cómo ni por qué se convertía en testigo muy involuntario de una confesión.

Cierto, las palabras no le llegaban con claridad y, en última instancia, solo oía un cuchicheo. Pero, hacia el final, el coloquio parecía animarse.

Aquí y allá destacaban algunas sílabas emergiendo del río opaco de aquel parloteo penitencial, y el joven, que milagrosamente era lo contrario de un perfecto palurdo, temía muy en serio confesiones que, con toda evidencia, no estaban destinadas a él.

De repente, esas previsiones se hicieron realidad. Pareció producirse un

violento remolino. Las ondas inmóviles bramaron al dividirse, como para permitir que surgiera un monstruo, y el oyente, destrozado de espanto, oyó estas palabras proferidas en un tono impaciente:

—*¡Le digo, padre, que he echado veneno en su tisana!*

Luego, nada. La mujer, cuyo rostro no podía ver, se levantó del reclinatorio y desapareció silenciosamente en el bosquecillo de tinieblas.

En cuanto al sacerdote, no se movía más que un muerto, y transcurrieron varios lentos minutos antes de que abriese la puerta y también se fuera con el pesado paso de un hombre agobiado.

Fue necesario el carillón persistente de las llaves del sacristán y la conminación a salir, largo rato berreada en la nave, para que el propio Jacques se levantase, tan estupefacto estaba por aquella frase que resonaba dentro de él como un clamor.

¡Había reconocido perfectamente la voz de su madre!

¡Imposible equivocarse! Había reconocido incluso su forma de andar cuando la sombra de la mujer se había erguido a dos pasos de él.

Pero, entonces, ¡todo se desmoronaba, todo se iba al cuerno, todo se convertía en una broma monstruosa!

Vivía solo con su madre, que casi no veía a nadie y que solo salía para asistir a los oficios religiosos. Se había acostumbrado a venerarla con toda su alma, como un ejemplo único de rectitud y bondad.

Por mucho que mirase en el pasado, nada turbio, nada torcido, ni un repliegue, ni un recoveco. Un hermoso camino blanco hasta donde alcanza la vista, bajo un cielo pálido. Porque la existencia de la pobre mujer había sido muy melancólica.

Desde que en Champigny¹³⁰ mataran a su marido, del que el joven apenas se acordaba, no había dejado de llevar luto, ocupándose exclusivamente de la educación de su hijo, del que no se había apartado un solo día. Nunca había querido enviarlo a la escuela, y, temiendo por él cualquier contacto, se había encargado por completo de su educación, había construido el alma del hijo

con trozos de la suya. De ese régimen, incluso, él había recibido una sensibilidad inquieta y unos nervios singularmente vibrantes que lo exponían a dolores ridículos —quizá también a verdaderos peligros—.

Cuando llegó la adolescencia, las calaveradas previstas que ella no podía impedir la habían vuelto un poco más triste, sin alterar su dulzura. Ni reproches ni escenas mudas. Había aceptado, como tantas otras, lo que es inevitable.

En resumen, todo el mundo hablaba de ella con respeto y hoy era él, su hijo muy querido, el que se veía obligado a despreciarla —a despreciarla de rodillas y con los ojos en lágrimas, ¡como los ángeles despreciarían a Dios si no cumpliera sus promesas!—.

En verdad, era como para volverse loco, era como para ponerse a gritar en medio de la calle. ¡Su madre, una envenenadora! Era insensato, era un millón de veces absurdo, era absolutamente imposible, y sin embargo era cierto. ¿No acababa ella misma de declararlo? Se habría arrancado la cabeza.

Pero envenenadora, ¿de quién? ¡Santo Dios! No conocía a nadie de su entorno que hubiera muerto envenenado. No era su padre, que había recibido un paquete de metralla en el vientre. Tampoco era a él a quien ella habría tratado de matar. Nunca había estado enfermo, nunca había tenido necesidad de una tisana y se sabía adorado. La primera vez que se había retrasado por la noche, y desde luego no era por cosas limpias, ella misma había enfermado de inquietud.

¿Se trataba de un hecho anterior a su nacimiento? Su padre se había casado con ella por su belleza cuando apenas tenía veinte años. Ese matrimonio ¿había sido precedido por alguna aventura que pudiera implicar un crimen?

No, desde luego. Conocía perfectamente aquel pasado límpido, se lo había contado cien veces y los testimonios eran demasiado seguros. ¿Por qué, entonces, aquella terrible confesión? Y, sobre todo, ¿por qué, oh, por qué era necesario que él hubiera sido su testigo?

Su madre acudió enseguida a abrazarlo:

—¿Qué tarde vuelves, querido hijo! ¡Y qué pálido! ¿No estarás enfermo?

—No —respondió él—, no estoy enfermo, pero estos grandes calores me agotan y creo que no podría comer. Y usted, mamá, ¿no siente ningún malestar? Quizá haya salido en busca de un poco de fresco. Me parece haberla visto de lejos, en el muelle.

—Sí, he salido, pero no has podido verme en el muelle. He ido a confesarme, cosa que tú no haces, según creo, desde hace siglos, malvado.

A Jacques le sorprendió no sentirse sofocado, no caer patas arriba, fulminado, como suele verse en las buenas novelas que había leído.

Era, pues, cierto que había ido a confesarse. No, él no se había dormido en la iglesia y aquella catástrofe abominable no era una pesadilla, como hacía un minuto había pensado en medio de la locura.

No se desmayó, pero se puso mucho más pálido y su madre se asustó.

—¿Qué te pasa, mi pequeño Jacques? —le dijo—. Sufres, le ocultas algo a tu madre. Deberías tener más confianza en ella, que solo te quiere a ti y a nadie más que a ti... ¡Cómo me miras, tesoro mío!... Pero ¿qué te pasa? ¡Me das miedo!

Lo rodeó amorosamente con sus brazos.

—Escúchame bien, muchachote. No soy curiosa, ya lo sabes, y no quiero ser tu juez. No me digas nada si no quieres decirme nada, pero déjame que te cuide. Vas a meterte en la cama ahora mismo. Mientras tanto, te prepararé una comidita muy ligera que yo misma te llevaré, ¿vedad? Y si esta noche tienes fiebre, te haré una TISANA...

Esta vez, Jacques se derrumbó en el suelo.

—¡Por fin! —suspiró ella, algo cansada, extendiendo la mano hacia una campanilla.

Jacques tenía un aneurisma en los últimos tiempos y su madre tenía un amante que no quería ser padrastro...

Este sencillo drama ocurrió hace tres años en el vecindario de Saint-Germain-des-Près. La casa que fue su escenario pertenece a un empresario de demoliciones.

¹³⁰ El gobernador de París, asediada durante la guerra francoprusiana (1870), intentó una salida para romper el cerco en dirección a Champigny (comuna de Villiers-sur-Marne), y unir sus fuerzas a las del ejército del Loira. La contraofensiva alemana (2 de diciembre) obligó a las tropas francesas a regresar a la capital tras perder 9.000 hombres. Poco después, el Gobierno entablaba conversaciones de paz con Prusia.

JULES LERMINA

EL ENIGMA

I

Después de haber servido brillantemente a Francia durante largos años, el señor de Morlaines, general de brigada, se había retirado. Era un hombre de sesenta años, todavía lozano, dotado de una distinción exquisita que recordaba el tipo de aquellos antiguos gentilhombres cuya palabra era sagrada y cuya delicadeza no admitía ni evasivas ni compromisos cuando se trataba de mantener una palabra.

El señor de Morlaines era viudo. Incluso había sido la pérdida de su mujer Hortense, de nacimiento Des Chaslets, la que lo había inducido a renunciar al estado militar. Su dolorosa tristeza se ajustaba mal a la vida activa: había renunciado a toda ambición y había ido a instalarse cerca de París, a Vitry, en una pequeña propiedad donde había encontrado el reposo que necesitaba, entregándose a trabajos de jardinería y satisfaciendo una afición que no había perdido durante su larga carrera de soldado.

Su hijo, Georges de Morlaines, de veinticinco años, había sido promovido hacía poco al grado de teniente de navío y, en la época en que se inicia este breve relato, estaba alistado en un gran viaje de exploración.

El general se había encontrado solo a una edad en que el hombre necesita más que nunca sentir a su lado un cariño siempre en vela. El corazón, ya frío, helado por los pesares, siente unas angustias dolorosas cuando a su alrededor todo está vacío y silencioso. Con el general vivía una vieja ama de llaves,

viuda de un antiguo soldado, algo ruda, algo gruñona, feliz con el poder que él le entregaba y sintiendo por el señor de Morlaines, por su hijo y, sobre todo, quizá, por la memoria de la muerta un afecto profundo, por otra parte más instintivo que razonado. Es lo que ocurre con esos afectos casi brutales que se imponen con una especie de violencia. Germaine carecía de dulzura. Los cuidados que prestaba a su amo eran para ella el ejercicio de un derecho. El general le pertenecía; su cariño era un yugo que él estaba obligado a soportar, tan pesado como lo volviese la bondad maciza de aquella criatura sin inteligencia. El señor de Morlaines sufría de forma pasiva aquella obsesión de complacencias inevitables cuando se produjo un suceso que debía cambiar singularmente su propia situación y la de Germaine.

Moría una de sus parientes lejanas; en una carta, escrita en medio de las angustias supremas, se dirigía a él y le suplicaba que acogiese a su lado a su hija, Marie Deltour, que iba a quedarse sin fortuna ni apoyo.

El señor de Morlaines no lo dudó. Sin consultar a Germaine —quizá feliz de actuar por iniciativa propia—, respondió inmediatamente a la pobre mujer que ya estaba esperando a su hija. La diligencia que puso en esa buena acción dobló su precio. Porque la señora Deltour, antes de apagarse, tuvo la inefable satisfacción de saber que el destino de su amadísima hija estaba asegurado.

Pero, en su precipitación, el general no había indagado quién era aquella que iba a venir bajo su techo. Por eso fue con profunda sorpresa y una especie de espanto como el señor de Morlaines vio llegar a las Petites-Tuileries, como se llamaba su propiedad en la región, a una mujer de modales distinguidos, de cara lozana y dulce, Marie Deltour en una palabra, de apenas veintiséis años, y encantadora bajo sus ropas de luto.

Germaine, irritada ante todo por no haber sido llamada para dar su opinión, dedicó a la recién venida uno de esos odios tanto más ásperos cuanto que todas las circunstancias demuestran con mayor evidencia su injusticia. Marie Deltour, inteligente y modesta a la vez, demostró desde el primer momento de su estancia en las Petites-Tuileries lo mucho que agradecía al general la benevolencia que este le manifestaba. Se mostró afable con Germaine, respetuosamente servicial con el señor de Morlaines, que pronto sintió por ella un afecto creciente, aunque quizá menos rápido que la antipatía de

Germaine hacia «la usurpadora».

Marie Deltour era rubia; sus rasgos finos, entristecidos por el dolor que le había causado la muerte de su madre, respiraban una placidez que no carecía de nobleza. Tenía ese gran mérito de ser activa sin brusquedad, siempre ocupada sin exceso de movimiento. A su llegada, Germaine le había cedido repentinamente su puesto al lado del general, como si hubiera sido castigarlo por su disimulo privarlo de los cuidados o, más bien, de las exigencias de su despótica ama de llaves. El general se sintió rodeado por una atmósfera totalmente nueva. Aquella robusta naturaleza, algo salvaje, como todo lo que se envuelve forzosamente en la rudeza militar, se ablandaba, se civilizaba al contacto de aquella afabilidad siempre uniforme, indulgente con los caprichos y sonriente ante las cóleras involuntarias. Y como el corazón era joven, como ya hacía cuatro años que la señora de Morlaines había muerto, el general, una hermosa tarde de otoño, cuando Marie sostenía con decisión un combate de chaquete¹³¹, el señor de Morlaines dejó con decisión su cubilete en la mesa, se echó hacia atrás en su sillón, unió sus dos manos, cruzó los dedos, hizo crujir las articulaciones, carraspeó tres o cuatro veces y luego, poniéndose, palabra, colorado hasta las orejas, dijo:

—Señorita, ¿quiere que hablemos?...

—¿Por qué no? —dijo la joven—. ¿Le cansa el chaquete?

—Cansarme... yo..., maldita sea... ¡Soy sólido!... ¡Cansarme yo! ¡Vaya ocurrencia!

Parece que esa hipótesis le importaba mucho en ese momento especial, porque se levantó bruscamente y dio algunos pasos, afirmando por la rigidez de su cintura y la solidez de su paso el vigor que le quedaba.

—No quería ofenderlo —dijo Marie.

—Lo sé, querida niña... ¿No es usted la bondad viviente?

—Hablemos pues, ya que usted lo quiere...

—¡Ah!, es cierto, he dicho que íbamos a hablar... ¡Pues bien! ¡Adelante!

Repitió varias veces esa palabra: ¡Adelante! Pero no decía nada más y Marie lo miraba sonriendo, no sin cierta malicia.

Pero el hombre que había galopado en pleno fuego no podía vacilar más tiempo; continuó:

—Perdóneme esta pregunta a quemarropa: ¿cómo es que, joven y guapa y buena como usted es, no pensaba en casarse?

Marie bajó la cabeza y palideció ligeramente. Cuando miró de nuevo al general, este vio que sus ojos estaban húmedos.

—Voy a responderle —le dijo ella con una voz alto temblorosa—. Como no sé mentir quiero decirle toda la verdad. He amado y he sido amada una vez en mi vida, yo tenía veinte años. Pero aquel al que había escogido y en quien tenía puesta toda la esperanza de mi vida, me olvidó y se casó con otra...

—¡Ah, eso está mal! —exclamó el señor de Morlaines—. Es casi un crimen...

—Hay que ser indulgente —prosiguió en tono más dulce todavía Marie Deltour, cuyo rostro se iluminó con una expresión de caridad radiante—. Yo era pobre, él rico. Era ambicioso, su inteligencia le daba ese derecho. Su padre luchó contra su amor. Él resistió mucho tiempo, luego comprendió o creyó comprender que no habíamos nacido el uno para el otro... Un día me dijo adiós suplicándome que le devolviese mi palabra, declarándome, además, que, si yo lo exigía, cumpliría sus juramentos... Puse mi mano en la suya, y mirándolo a la cara, le dije: «¡Obedezca a su padre!». Se marchó, y desde entonces no he vuelto a verlo...

El señor de Morlaines se mordía sus mostachos con rabia. Aquella sencillez en el sacrificio lo entusiasmaba y lo encolerizaba a la vez.

—Esa es toda mi pobre novela —continuó Marie—. No me casaré. Mi decisión está tomada... y bien tomada, se lo aseguro.

Hubo un momento de silencio.

El señor de Morlaines se había sentado de nuevo, envolviendo con su mirada franca y honesta la deliciosa cabeza de aquella niña que le parecía heroica... Después sus labios se agitaron, pero de ellos no salió sonido alguno.

¿Qué tenía, pues, que decir que fuera tan penoso para tu timidez?...

Así transcurrieron varios minutos. Luego, como si tomase una resolución repentina, el señor de Morlaines metió la mano en su bolsillo, sacó una cartera que abrió, cogió una carta y, tendiéndola desplegada a Marie Deltour:

—Lea, se lo ruego. No me atrevo a hablar, ¡soy un niño! Pero prométame responderme con toda franqueza.

Marie había recuperado la calma. Pasando la mano por su frente había apartado la dolorosa visión evocada hacía un momento. Cogió la carta...

—Si quiere leer en voz alta —dijo el general—, me parece que yo tendría más valor...

Ella lo miró curiosa, tal vez algo asustada. Luego volvió sus ojos hacia la carta y empezó a leer.

«Mi querido y amado padre —estaba escrito—, me colma usted de alegría consultándome sobre unos proyectos que son para usted de un interés tan grave y tan emocionante a la vez... Puede obrar sin preguntarme nada, y desde luego conoce usted demasiado bien el respeto y el amor que le he dedicado para suponer que no me hubiera inclinado ante la decisión tomada. Pero ya que apela a mi honor para que le dirija mis humildes y afectuosas opiniones, responderé con toda la franqueza que exige de mí...

»No le ocultaré que, en el primer momento, sentí una impresión de piadosa pena al pensar que, en ese hogar donde todavía vive la sombra de mi querida madre, otra podría sentarse a su vez... pero cuando, conociendo toda la altura de su conciencia, toda la nobleza de su corazón, he releído con respetuoso interés el cuadro que me presenta de su soledad pasada y de su felicidad presente, he apreciado que solo esta era digna de reemplazar, junto a usted, a mi querida y venerada madre, que ha sabido inspirarle con su afecto, con su ternura casi filial, el profundo apego cuya expresión noble y franca me envía...

»Teme, dice usted, que esa palabra de madrastra me asuste... Si usted lo permite, la sustituiré por la de amiga. Quiero verlo feliz, y en esto usted es el mejor y más sincero de los jueces... Ella es muy joven, dice usted. Su corazón, padre, tiene veinte años, y usted es de esos en quienes los años aumentan el carácter y afirman la bondad. Se lo digo, por lo tanto, con toda seguridad, pida a la que ama si consiente en convertirse en su compañera y... en mi amiga. No tendrá hijo más afectuoso que aquel que le deberá la felicidad paterna... Y, para terminar, padre, ya que me pide con una sonrisa mi consentimiento a su matrimonio, se lo doy y le suplico que agradezca y bendiga, en nombre de su hijo, a la que ha sabido despertar en usted esas

aspiraciones de felicidad y de ternura».

Esta carta estaba datada en Shanghái y firmada por Georges de Morlaines.

Marie Deltour, temblando, había dejado deslizarse el papel entre sus dedos...

El general, inclinado hacia delante, le dijo:

—Marie, ¿quiere llamarse señora de Morlaines?

La joven resistió. Debía hacerlo. ¿No era pobre, no estaba sola? ¿No la acusarían de captación moral? Estaba pensando en Germaine, cuya mirada dura pesaba a veces sobre ella como una amenaza.

Pero el general supo triunfar de sus escrúpulos, de su inquietud... Marie se rindió por fin y apenas habían transcurridos dos meses cuando, en la modesta iglesia de Vitry, el señor conde de Morlaines se casaba con Marie Deltour...

Transcurrió casi un año, año de calma y de felicidad... cuando, un día, unos labradores que pasaban por la carretera, vieron apoyado contra la tapia de un jardín a un hombre inmóvil... Acababa de amanecer... Se detuvieron sorprendidos, luego decidieron acercarse... Uno de ellos tocó al hombre, que cayó pesadamente a tierra mientras una pistola escapaba de su mano crispada...

Aquel hombre tenía el cráneo atravesado por una bala. Era el conde de Morlaines... ¡muerto!

II

El conde era conocido y apreciado en toda la región. Incluso los que descubrieron su cadáver habían mantenido muchas relaciones con él; y aunque la sensibilidad sea la menor cualidad de nuestros campesinos, reconocieron con verdadero dolor al dueño de las Petites-Tuileries.

La duda era imposible. Se trataba de un suicidio. ¿Cómo había sucumbido de repente a semejante ataque de desesperación aquel hombre que parecía al abrigo de cualquier preocupación, y que, rico como era, se había casado con

la mujer elegida por él? ¿Había sido un momento de locura? ¿O bien existía en la vida de aquel hombre benévolo algún secreto terrible que, en el momento del suicidio, hubiera pesado en su corazón hasta romperlo?

El lugar en que se había encontrado el cuerpo distaba más de dos leguas¹³² de las Petites-Tuileries. Era en el territorio de la pequeña comuna de S... El alcalde, avisado inmediatamente, se había dirigido al lugar; un médico parisino de vacaciones había consentido en acompañarlo. Pero las primeras comprobaciones no dejaban ni esperanza ni duda sobre la causa física de la muerte. La pistola que había utilizado el general era un arma moderna de dos tiros. El cañón había sido apoyado en la sien, el disparo había estallado, y la bala había penetrado en el cerebro. Resultaba evidente que la muerte había sido instantánea. Solo se veía, en la piel mate, un pequeño agujero circular. No había salido ni una gota de sangre.

El general estaba correctamente vestido de negro. Se hubiera dicho que, en la calma de su implacable resolución, había puesto un cuidado especial en vestirse. Aunque, detalle raro, a unos pasos de él se encontró la roseta de la Legión de Honor, como si, con un gesto desesperado, se la hubiera arrancado antes de dispararse.

Se improvisó una camilla, sobre la que se extendió el cadáver. Echaron sobre el cuerpo un paño, luego el fúnebre cortejo tomó el camino de las Petites-Tuileries. Por respeto hacia el muerto, y también con la generosa idea de suavizar la amargura del golpe que iba a herir a la señora de Morlaines, el alcalde acompañaba a los porteadores.

Sonaban las ocho de la mañana en el momento en que el triste cortejo llegó a la carretera, enfrente de la verja de las Petites-Tuileries.

En ese instante, Diane, la perra favorita del general, que estaba atada en el primer patio, lanzó un doloroso aullido y, obedeciendo a ese instinto misterioso que la ciencia trata de explicar en vano, hizo un esfuerzo desesperado, rompió su cadena, saltó por encima de la tapia y, abalanzándose sobre la camilla, habría saltado sobre el cadáver si no la hubieran apartado...

La vieja Germaine, desde el interior, donde se dedicaba a sus ocupaciones, había oído el grito del animal y había salido enseguida, sobrecogida por esos presentimientos que tienen su raíz en legendarias supersticiones, y que sin

embargo el acontecimiento iba tristemente a confirmar...

Vio el cortejo y, hundiendo las manos en sus cabellos grises, se apoyó en la pared, incapaz de dar un paso, de proferir una palabra...

El alcalde —que se llamaba Maleret— hizo una seña a los porteadores para que se detuvieran, luego avanzó hacia Germaine. Esta lo miraba con ojos fijos, dilatados por el espanto; el magistrado la conocía, sabía el afecto profundo que sentía por su amo.

—Germaine —le dijo—, ¡valor! Lo que ha ocurrido es una gran desgracia.

El rostro de la pobre mujer se contrajo, sus dientes rechinaron y, levantando el brazo, señaló la camilla:

—¿Quién anda ahí? —preguntó con una voz apenas perceptible.

—Su amo, el conde de Morlaines...

—¡Herido!...

El alcalde bajó la cabeza.

—¡Muerto! —gritó Germaine golpeándose el pecho de forma violenta.

Luego, irguiéndose, corrió con un vigor que no se hubiera adivinado en ella, apartó a los porteadores, llevó la mano al paño que ocultaba el cadáver, descubrió la cara del muerto con un gesto brusco y, luego, dejándose caer de rodillas, estalló en sollozos...

Mientras tanto, el alcalde dudaba en seguir adelante. En el castillo había otra persona a la que había que dar aquel golpe terrible: los más valientes retroceden ante estas siniestras obligaciones.

Se hubiera dicho que Germaine adivinó aquel sentimiento. Porque, de repente, se levantó, se pasó por los ojos sus manos largas y secas, y volviéndose hacia los porteadores, dijo con voz ronca:

—Ustedes, síganme.

Se volvió hacia la verja y se echó a un lado para dejar pasar el cadáver; ahora tenía los ojos secos y estaba lívida. Sus cabellos grises, sueltos, caían en desorden alrededor de su rostro. Estaba espantosa de desesperación concentrada, y por sus miradas fijas pasaban destellos furiosos.

—Habría que anunciar esta catástrofe...

—¡A la Deltour! —dijo Germaine con un acento de una brutalidad casi salvaje—. Venga conmigo, señor Maleret, yo me encargo...

Ya subía la escalera. El alcalde la seguía de cerca; temía que aquella mujer, a la que el dolor parecía volver loca, golpease con demasiada violencia a la joven condesa...

—Hay que obrar con cautela —murmuró.

Pero la anciana no parecía escucharlo ni oírlo. Había llegado al primer piso. Abrió una puerta. Era la de las habitaciones particulares de la señora de Morlaines. Sin llamar, sin tomar ninguna precaución, como si su desesperación la liberase de los deberes de la servidumbre, abrió una puerta, la del cuarto de la condesa...

La joven estaba recostada en un sillón, durmiendo. Su cama no parecía deshecha, y su palidez parecía indicar que había sucumbido a la fatiga...

Germaine fue derecha hacia ella, y antes de que el alcalde hubiera podido prever su movimiento, había cogido a Marie por el brazo... y en el momento en que esta, estremeciéndose, abría los ojos:

—Señora condesa —gritó la vieja mujer—, el general está abajo, muerto... Lo han asesinado.

La señora de Morlaines lanzó un grito terrible, se libró con un gesto violento del abrazo de Germaine, vio al señor Maleret y, despavorida, espantada, dijo:

—¿Qué pasa? ¿Quién ha dicho eso?...

—¡He dicho asesinado! —repitió Germaine, golpeando con violencia el suelo.

Pero el alcalde, interrumpiéndola, declaró:

—El dolor extravía a esta pobre mujer. Señora, el dolor que usted siente es terrible... El señor conde de Morlaines se ha suicidado.

La condesa parecía fulminada. Vaciló y hubiera caído de espaldas si el señor Maleret no la hubiera sostenido. Se había derrumbado en su sillón, con los labios temblorosos y sin encontrar fuerzas suficientes para llorar.

En cuanto a Germaine, parecía que las últimas palabras del alcalde la hubieran golpeado con una sorpresa indecible. ¿Era porque, en realidad, la idea de un crimen se había impuesto a ella desde el principio, y porque aquella hipótesis de un suicidio le pareciese injustificable? Se retiró despacio hacia la puerta, a reculones, manteniendo los ojos obstinadamente clavados

en la condesa...

Esta volvía en sí.

—Perdóneme —le dijo al magistrado—, pero esa noticia es tan espantosa que apenas puedo creer lo que he oído...

Su voz temblaba, se notaba que las lágrimas estaban a punto de brotar.

—No es sino demasiado cierto, señora —continuó el alcalde.

Y en pocas palabras contó en qué circunstancias había sido descubierto el cadáver.

Marie de Morlaines le había escuchado sin interrumpirlo. Cuando él hubo acabado, ella agitó varias veces la cabeza, con los ojos entornados, y las manos juntas, y luego dijo:

—Lléveme junto a mi marido.

Se levantó. Ahora gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Germaine se había detenido, inmóvil, de pie, junto a la puerta. Al pasar por delante, Marie hizo un gesto para tenderle la mano murmurando:

—¡Mi pobre Germaine!

Pero la sirvienta se echó hacia atrás.

Habían colocado la camilla delante de la escalinata, y los campesinos, en espera de nuevas órdenes, hablaban entre sí en voz baja con la cabeza descubierta...

Cuando la condesa apareció, fue acogida por un murmullo de dolorosa compasión.

Franqueó los escalones de piedra, luego se arrodilló junto al cadáver; se inclinó sobre él y lo besó en la frente, larga, santamente...

En el momento en que sus labios tocaron la cara del muerto, Germaine, que se había quedado al lado del señor Maleret, dejó escapar una especie de gruñido ronco, y, con un movimiento sin duda involuntario, su mano se posó en el brazo del alcalde. Este la miró, y al ver su cara descompuesta dijo:

—¿Cómo ha podido matarse el general, si era tan amado?

Ella soltó bruscamente su brazo.

La señora de Morlaines se levantó, luego rogó a los porteadores que depositasen el cadáver en un salón de la planta baja. En pocos instantes, sola —porque Germaine, sombría, se había quedado en la escalinata, insensible en

aparición a cuanto pasaba a su alrededor—, la condesa había dispuesto una especie de capilla funeraria. Lloraba y solo se interrumpía para enjugarse las lágrimas que mojaban sus mejillas.

Uno de los campesinos le dijo:

—Aquí tiene la pistola, señora.

La cogió, la miró atentamente, luego la dejó sobre un mueble. Volvió hacia el cadáver, cuya cabeza, puesta sobre una almohada, destacaba más pálida que la tela que le servía de marco. La fisonomía iba adquiriendo poco a poco esa rigidez marmórea que es la belleza de la muerte. Los rasgos, firmes, se acentuaban con más vigor, pero al mismo tiempo sobre ellos se extendía como una especie de sombra de dolor y de bondad.

De este modo la máscara parecía reflejar la huella de las desconocidas desesperaciones que habían puesto el arma de muerte en las manos de aquel hombre honrado.

De pronto la condesa exclamó, llevándose las manos a la frente:

—¡Dios mío!... ¡Y su hijo!

Nadie había pensado todavía en él. Esa palabra resonó como un tañido de desolación. Y es que, en efecto, todos sabían el amor profundo que unía a aquellos dos hombres: cada vez que el general cruzaba el pueblo y que hablaba con algún aldeano, dos nombres volvían sin cesar a sus labios: el de su mujer y el de Georges, «¡mi apuesto oficial!», como lo llamaba sonriendo.

No todos habían sido heridos todavía. Quedaba un corazón por romper; y, como si ella hubiera recibido por adelantado la reacción de aquella desesperación, la condesa sollozaba, por ser tal vez menos fuerte para aguantar el dolor de otro que el suyo propio.

En ese mismo instante, y como si el grito lanzado por Marie hubiera sido una señal esperada por la fatalidad, el cartero rural apareció en el umbral de la puerta; vio aquella escena de muerte y se detuvo sobrecogido. Un campesino le dijo algunas palabras en voz baja; entonces el hombre se quitó la gorra, luego sacó de su bolsa una carta y se la tendió al señor Maleret:

—Era para el general —dijo.

La condesa había echado una ojeada al sobre.

—Es suya —exclamó—, es del señor Georges...

—¡Y datada en Brest! —dijo el alcalde estremeciéndose.

—¡En Brest! Entonces es que está de vuelta..., llegará aquí mañana, quizá hoy.

Y se estremecía como si hubiera sido presa de un frío glacial. El señor Maleret buscaba inútilmente fórmulas de consuelo que le faltaban.

—¿Por qué no la lee la señora? —dijo una voz ronca.

Era la de Germain, que, al oír el nombre de Georges, se había acercado.

—Pero... ¿tengo derecho? —preguntó tímidamente la señora de Morlaines, interrogando al magistrado con la mirada.

—Sí, ¿no era usted la compañera, la confidente de nuestro pobre amigo?

La condesa cogió la carta y, con unos dedos que le temblaban, desgarró el sobre... Luego, cuando hubo visto su contenido, dijo tristemente:

—Mañana... el señor Georges estará aquí.

Devolvió la carta al alcalde, que la leyó a su vez. Apenas contenía unas pocas líneas. El oficial anunciaba su vuelta con un impulso de alegría casi infantil. Si su servicio no lo hubiera retenido, habría partido sin perder un minuto, tanta era su impaciencia por abrazar a su padre y, decía él, a su amiga, a su bella y buena madre...

—Entonces, llega mañana, ¿verdad? —preguntó Germaine.

—Mañana... Eso asegura el señor Georges.

Y añadió, pero tan bajo que no la oyó nadie:

—Esperaré.

Fue necesario que la señora de Morlaines respondiese a las preguntas que le dirigieron los magistrados, que habían acudido al enterarse de la catástrofe.

El punto importante era saber cuáles habían sido las disposiciones aparentes del general antes de la fatal noche; sus palabras, algunos de sus actos, ¿podían hacer prever aquella funesta resolución?

La condesa respondió con sencillez, con una franqueza evidente.

Hasta aquella siniestra explosión, ella sabía, podía afirmar que el general no era presa de ninguna pena. Sin embargo añadía que, la velada precedente, se había empeñado en hablar largo rato con ella... Habían permanecido juntos hasta una hora bastante avanzada de la noche. El señor de Morlaines parecía triste, preocupado. Hablaba de su hijo, de su futuro.

Cuando la condesa se retiró a su cuarto sonaban las tres. Estaba agotada de fatiga y se había dormido en un sillón, en el mismo sitio en que la habían encontrado por la mañana.

—Pero, sobre mi conciencia afirmo —añadía la señora de Morlaines que el general no pronunció una sola palabra que pudiera hacerme prever esta horrible catástrofe—. Si hubiera dicho una sola palabra —exclamó además con un acento desesperado—, no le habría dejado solo un instante; él, que era más que mi marido, que era a la vez mi bienhechor y mi padre...

—Es un enigma —dijo uno de los magistrados retirándose.

Lo que nadie vio fue que, en ese momento, como si su corazón hubiera estado a punto de explotar, Germaine escapó a su habitación, y allí, sola, dominada por una especie de furor enloquecido, tendió el puño como si a través de la pared hubiera querido golpear a alguien exclamando:

—¡Miserable mujer! ¡Será el hijo el que venga a su padre!

El suicidio del señor de Morlaines seguía siendo inexplicable. Era un hombre de carácter sencillo, de relaciones agradables, que mostraba una alegría dulce; los campesinos decían de él: «Parece totalmente feliz de vivir». En realidad, la muerte de su primera mujer había sido el único dolor real de aquella existencia totalmente compartida entre los deberes de su carrera y el afecto familiar.

Sus amigos —y podía llamar con ese nombre a todos los que lo habían conocido— habían acudido a las Petites-Tuileries nada más conocerse la catástrofe. Uno de ellos, un anciano, su antiguo compañero de armas, el comandante de Samereuil, lloraba como un niño.

—¡Es un acto de locura! —exclamó—. Hace apenas tres días, De Morlaines aún me hablaba de su felicidad, estaba feliz explicándome (con el calor de un enamorado de veinte años) las nuevas perfecciones de carácter, de corazón y de inteligencia que descubría a diario en la que llevaba su apellido.

La señora de Morlaines era, para aquellos sinceros desolados, objeto de una profunda estima, de un cariño casi paternal. Porque, en medio de aquellas cabezas grises, parecía una niña. Todos, con su ruda franqueza, se esforzaban por prestarle algún consuelo.

Pálida, con los labios apretados y una especie de pánico en los ojos, repetía:

—¡Era tan bueno..., tan bueno!

Pero a todas las preguntas que le dirigían sobre las circunstancias que habían precedido al suicidio, no podía más que repetir sus primeras respuestas. No sabía nada, no había oído al general dejar su cuarto.

—¿O sea, que ninguna palabra, ni una señal pudo hacerle prever esa resolución insensata?

—¡Nada! —respondía.

La presionaban para que recordase los detalles más insignificantes. Porque, a menos de suponer que, en un súbito acceso de delirio, el general hubiera perdido de repente la noción de las cosas reales, era imposible que, incluso en el acto mejor disimulado, una mujer tan abnegada, tan atenta como la condesa, no hubiera observado alguna singularidad a la que, sin duda, no hubiera prestado importancia en el momento mismo en que se producía, pero cuya evocación podía arrojar alguna luz sobre aquel irritante misterio.

La condesa movía la cabeza y decía:

—No sé nada.

Aunque, por deferencia hacia la señora de Morlaines, y también en razón del pronto regreso del heredero directo del general —a quien el señor Maleret había enviado un telegrama para apresurar su llegada—, el juez de paz se hubiera abstenido de proceder a la formalidad legal de la colocación de los precintos, había entrado, acompañado por el alcalde y por la señora condesa, en la cámara mortuoria.

Era una pieza grande, iluminada por anchas ventanas, a través de las que entraba alegremente un sol radiante. Pocos muebles. El general solía decir: «Esta es mi tienda; tengo mi nido, la habitación de mi mujer».

Aquel cuarto, de una austeridad totalmente militar, estaba adornado con armas de todo tipo, y fue fácil ver el lugar de aquella que el suicida había arrancado de una panoplia. Encima de una consola había pólvora y balas. Era evidente que la pistola había sido cargada de forma deliberada y cuidadosamente. Por lo demás, ningún desorden. Sobre la mesa del señor de Morlaines, ninguna carta. Nada indicaba que hubiera pensado en tomar algunas disposiciones supremas.

Solo observaron que en la chimenea se habían quemado recientemente unos

papeles —cartas, sin duda—. El fuego había sido atizado de tal modo que no formaban más que una pequeña masa negruzca, que se caía en polvo.

El general no se había acostado, lo cual concordaba con el relato de su esposa, que lo había retenido a su lado hasta muy avanzada la noche.

¿Cuál había sido el tema de su conversación?

La señora de Morlaines solo podía proporcionar vagas indicaciones; habían tratado superficialmente toda clase de temas, sin que ninguno hubiera parecido interesarlos, sobre todo a su marido. Las velas de los candelabros habían ardido hasta la última gota de cera. Evidentemente, el señor de Morlaines se había marchado sin pensar en apagarlas; o más bien había querido que la luz, vista desde fuera, dejara suponer que su mujer, cuyos aposentos situados en un ala salediza, casi estaban enfrente de su habitación, no se iba.

Como toda la servidumbre de la casa estaba formada por la vieja Germaine, que ocupaba un cuarto en las buhardillas, y por un jardinero que hacía el oficio de palafrenero y dormía en la cuadra, era fácil comprender cómo había podido el general franquear la puerta del jardín sin ser visto.

En resumen, estas observaciones —por minuciosas que fuesen— no podían proporcionar ninguna indicación. El enigma parecía impenetrable.

La vieja Germaine aparecía de vez en cuando en el umbral de las puertas, silenciosa, con los rasgos estirados. Seguía, sin participar en las peripecias de la investigación. Pero consultaba sin cesar un grueso reloj de plata, sujeto a su cinturón, y de vez en cuando preguntaba en voz baja si había mucha distancia entre Brest y París.

Esperaba a Georges.

Los demás también pensaban en ese hijo que había tocado suelo francés lleno de alegría y de esperanza, y a quien el dolor aguardaba en el umbral de la casa paterna. Lo que a todos parecía raro era que el general no hubiera dejado para él ni para su compañera algunas líneas de suprema despedida. El señor de Samereuil observó que el retrato de Georges, que estaba colgado junto a la cama de su padre, se había soltado de la pared y había caído al suelo. En la caída se había roto el vaso. ¿Era, pues, uno de esos extraños síntomas cuyas proféticas manifestaciones la superstición atribuye a las cosas

inertes?

La jornada pasó lentamente. Los campesinos venían uno tras otro a presentar sus respetos al muerto; cada uno encontraba en su corazón una frase de piadoso pesar. Aquel hombre había sabido conquistar el cariño de todos, había verdadero duelo.

Llegó la noche. La condesa deseó quedarse sola al lado de aquel al que había amado. Sin embargo, el señor de Samereuil obtuvo autorización para pasar la noche en la casa. Conocía a Georges y quería encontrarse allí en el momento mismo de su llegada.

Germaine no había insistido para dar a su amo esos últimos testimonios de afecto. Se lo agradecía su dolor mudo.

«La pobre mujer no le sobrevivirá», pensaban.

En realidad, parecía que la muerte ya hubiera puesto su siniestra garra sobre aquel rostro lívido, donde solo vivían dos ojos febriles que, a intervalos, despedían fulgores sombríos.

¡Qué largas y qué tristes son esas noches de veladas fúnebres!

Una vez sola, la condesa se arrodilló al lado del cadáver, y, apoyando su frente ardiendo sobre la mano helada, lloró largo rato. Después se levantó, y, en la plenitud de su dolor y sus recuerdos, lo besó en la frente. Tenía en los ojos un destello de amor inmenso y, quien la hubiera espiado en aquella soledad, habría visto que extendía la mano hacia el muerto, murmurando palabras imperceptibles, como si hubiera proferido un juramento.

IV

A primera hora habían traído a las Petites-Tuileries un telegrama. Georges de Morlaines suplicaba que se retrasase la ceremonia mortuoria. Llegaría a Vitry por la tarde. Es largo el trayecto de Brest a París, y, además, en la mayor parte del recorrido no existen trenes expresos.

A ruegos de la señora de Morlaines se había accedido a la petición de Georges. La casa estaba tapizada de negro; el cuerpo colocado en el ataúd

seguía descubierto, y el rostro del cadáver no había perdido nada de su serenidad. Al contrario, la muerte había depositado sobre aquella máscara esa pátina mate que es la marca de la sedación suprema. Dolor o terror, todo se había borrado. Quedaba la quietud severa del olvido; tal vez del perdón.

Germaine no había reaparecido. Sin duda, para entregarse por completo a su dolor, o más bien, cosa que nadie sabía, para meditar no sé qué venganza cuyo pensamiento angustiaba su corazón se había encerrado en su cuarto...

La señora de Morlaines, infatigable, sostenida por la fiebre de los grandes dolores, se bastaba, junto con el comandante de Samereuil, para atender las múltiples necesidades de la fúnebre ceremonia que se preparaba.

El general no tenía parientes; ninguna codicia venía a lanzar su nota discordante en medio de aquella armonía de sinceridades desoladas. A cada instante, ante la verja se detenían coches, y se veían oficiales, unos vestidos de burgueses, otros de etiqueta, para rendir a su viejo camarada el último tributo de su afectuoso respeto. Habían conseguido dar el aviso en la plaza de París con tiempo, y el pelotón que debía acompañar los restos del general a su última morada llegó a las tres. El patio estaba lleno de gente, y sin embargo no se alzaba ninguna voz. La singularidad de aquel final súbito y trágico ponía en todos los pechos una dolorosa opresión.

La gente se hacía preguntas en voz baja. El señor de Samereuil pasaba entre las apretadas filas dando breves explicaciones, atribuyendo a un acceso de delirio, a un desorden cerebral, aquella resolución que ninguna otra circunstancia podía justificar.

De repente se hizo un gran silencio. Se oyó en la carretera el galope de un caballo. El animal, lanzado con una violencia casi imprudente, estuvo a punto de desfallecer ante la puerta.

Todos se descubrieron. Era Georges de Morlaines, era el hijo.

El señor de Samereuil se precipitó a su encuentro y lo recibió en sus brazos. El joven, cuyos rasgos respiraban, bajo su tez bronceada, esa energía que da el hábito del peligro, se apoyó en el hombro del viejo amigo de su padre y, sin dudar ya, herido en pleno corazón por la fulminante realidad que eliminaba sus últimas dudas por la evidencia de los preparativos fúnebres, se puso a sollozar como un niño.

—¡Ánimo, hijo, ánimo! —murmuraba el comandante.

¿Era posible tener ánimo?... Hacía tres años que Georges se había despedido de su padre, y, durante esos tres años, no había pasado un día sin que pensase en el regreso. Parecía que entre aquellos dos hombres hubiera un vínculo distinto al de la sangre: era como una fraternal amistad que hacía comunes entre ellos las alegrías, los dolores, las esperanzas y las desilusiones.

Cuando Georges se enteró de los proyectos del general, no había dudado un momento, como se recordará, en aprobarlos; ni un instante los celos, ni un instante el temor a ser menos amado habían rozado su corazón. Se había preocupado con frecuencia por aquella soledad a la que sus deberes de marino le habían forzado a condenar a su padre; conocía mejor que nadie aquel carácter que, a todas las energías del soldado, unía las debilidades del hombre; le había visto roto por la muerte de su madre. Sabía que, al perder una compañera tanto tiempo amada, el general se había quedado como un viajero que ha extraviado el camino, se vuelve inquieto hacia los cuatro confines del horizonte sin saber ya de qué lado debe avanzar y a veces se deja caer en tierra, desalentado y abatido.

Aunque la fuerza moral del señor de Morlaines hubiera triunfado ante aquella primera crisis, era de temer sin embargo que el hastío y la ociosidad lo fueran minando poco a poco. Marie Deltour había aparecido de repente en su vida, tendiéndole la mano para ayudarla mejor a vivir. Conociéndola solo por las cartas poco apasionadas del general, Georges había adivinado sin embargo que aquella joven, bella, se resignaba, por una de esas caridades delicadas cuyo secreto tienen los grandes corazones, a una obra de salvación, de resurrección. Y desde el fondo de su conciencia Georges le había consagrado un respeto agradecido cuya expresión, renovada a menudo en sus cartas, era dulce para el corazón del general.

Cuando este contestaba a su hijo era para detallarle, con la complacencia del hombre feliz, las dichas constantemente renovadas de aquella existencia plácida, totalmente alegrada por la joven sonrisa de su mujer, Georges había anunciado su próximo regreso. Desde entonces no le había llegado ninguna carta de su padre; tenía prisa por poner el pie sobre suelo francés, estaba

dispuesto a pedir un permiso de varios meses que pasaría en medio de aquellos seres felices a los que iba a pedir una parte de su felicidad.

Y de pronto, sobre aquellas esperanzas tan largo tiempo acariciadas, que habían crecido y habían tomado posesión de todo su ser, había caído, pesado, brutal, aquel telegrama del señor de Samereuil: — ¡El general de Morlaines se ha suicidado! ¡Si quiere volver a verlo, dese prisa! —. ¡El suicidio!... Esta palabra había golpeado su cráneo como un mazazo. ¿Qué horrible misterio de dolor, de desesperación, se había revelado de golpe?

Georges tenía la sensación de volverse loco, y todavía no se hacía preguntas. Aquel rápido viaje lo había hecho en un estado febril. Esas horribles sorpresas ponen al cerebro en una especie de ebriedad que embota el pensamiento.

Tenía en la cabeza ese zumbido siniestro que la tempestad pone en los oídos del marino. No dudaba y tampoco creía. En realidad, había instantes en que olvidaba los motivos de su sufrimiento. El recuerdo no se había despertado, terrible, punzante, hasta que había llegado a París. Había corrido a casa de un amigo suyo, había cogido un caballo, y luego, al galope, espoleando al animal hasta hacerle sangre, se había lanzado, continuando con su sueño vertiginoso, y ahora, de repente, con el corazón y el cuerpo rotos, lloraba...

¿Supo siquiera cómo franqueaba la escalinata, cómo caminaba a través de aquella amplia sala, iluminada por un pálido rayo que se filtraba a través de las cortinas semiechadas? Vio el ataúd abierto, vio el rostro lívido e inmóvil... Desolado, estremecido hasta los cimientos más profundos de su ser, no pensaba en besarlo. Fue preciso que el señor de Samereuil lo empujase, lo acostase por así decir sobre aquel cadáver. Entonces permaneció varios minutos —sufriendo un siglo de desesperación— con los labios apoyados en una frente de mármol... Por fin se incorporó y miró a su alrededor. La señora de Morlaines se mantenía algo apartada, envuelta en la sombra, cubierta por su luto. Él la miró un instante, con curiosidad... Ella se acercó a él, con la mano tendida, y, por aquel simple gesto, él adivinó quién era aquella mujer, recordó cuánto la amaba su padre, y, sin ver su juventud, se arrodilló ante ella diciéndole:

—¡Madre mía! ¡Madre mía!...

También por el rostro de ella corrían gruesas lágrimas y por su mirada clavada sobre aquel hijo pasaba un rayo despavorido y desesperado... Él estrechaba sus manos y repetía con una alegría áspera esa apelación filial...

El señor de Samereuil casi tenía miedo. Aquellos dolores confinaban con la locura. Eran demasiado silenciosos y demasiado íntimos. Hizo una señal a los hombres que esperaban, y, poniendo la mano sobre el hombro de Georges, dijo:

—Es la hora; despídase de su padre...

Georges se incorporó, de pie, todo de una pieza. Un pensamiento súbito acababa de iluminar su cerebro.

—¡No! ¡No! —exclamó—. ¡Todavía no! ¡Quiero hablarle a solas! Déjenme unos instantes con él...

Y con un gesto soberbio, despótico, echó a todos los que lo rodeaban...

La señora de Morlaines comprendió. Era necesaria aquella concesión. Era preciso que aquella desesperación se embotase gracias a la acción, por insensata que fuese. Cogió suavemente la mano del señor de Samereuil y se lo llevó. Todos obedecieron en silencio aquella orden muda... La puerta se cerró.

Georges estaba junto al ataúd abierto:

—Padre —dijo con una voz sorda—, soy tu hijo..., respóndeme... Ellos dicen que te has dado la muerte... ¿Por qué? Quiero vengarte. Tienes que decirme todo...

Se inclinó sobre el cadáver, tanto que su rostro rozaba la cara marmórea; sobre los párpados que dejaban filtrar la mirada sin brillo de los muertos, él deslizaba su mirada viva que interrogaba, escudriñando hasta el fondo de aquel cerebro inerte.

—Dime, ¿qué espectro se ha erguido de pronto ante ti? ¿De qué horrible visión has tenido ese miedo repentino y mortal? Te conozco..., tenías el valor de las almas fuertes... y, para abatirte, la fatalidad ha debido golpear con sus impactos más duros... ¿Qué has visto frente a frente? Un crimen, ¿quién lo ha cometido? ¿En qué infamia te has sentido de pronto envuelto como para haber querido arrancarla con los jirones de tu carne y de tu vida? ¡Padre!

¡Padre! Te has castigado por la falta de algún otro. ¿Quién es ese otro para que yo lo aplaste a mi vez?

Todo su cuerpo se estremeció y, poniendo la mano sobre aquel pecho en el que ya no latía el corazón:

—Por mi honor de marino, por el recuerdo de mi madre, te juro, padre bienamado, que me enfrentaré a cualquier obstáculo para llegar hasta el enemigo que te ha golpeado, hasta el infame que ha puesto en tu mano el arma mortal... Padre mío, juro castigar... ¡Juro matar al que te ha matado!...

Luego, con desesperación, crispó las uñas en sus cabellos, exclamando:

—Pero ¿quién? ¿Quién?

Entonces, en el fondo de la sombría sala, se alzó una colgadura, y una mujer, rígida como un fantasma, con la boca torcida por una ironía furiosa, se deslizó hasta Georges de Morlaines... Él la reconoció; era la vieja compañera de su padre, era la amiga de los tiempos pasados, la sirvienta que lo había acunado en sus brazos de nodriza... Tendió las manos hacia ella...

Y Germaine, con un dedo sobre sus labios, se inclinó hacia Georges de Morlaines, y le dijo con una voz apenas perceptible:

—Ten paciencia, hijo mío. ¡Ten paciencia! Esta noche lo sabrás todo...

Él la miraba, espantado por aquel misterio que surgía como respuesta inmediata a la pregunta hecha al cadáver...

—¡Cómo, Germaine! Tú sabes...

—¡Todo!...

—¿Y me señalarás al culpable?

—¿Y tú lo castigarás?

—He jurado...

—Ve a llorar sobre la tumba de tu padre —continuó diciendo ella—, y esta noche... cuando todos se hayan dormido, yo velaré..., yo...

El señor de Samereuil abrió discretamente la puerta. Germaine había desaparecido. Georges estaba más blanco que el cadáver.

La primera vez que se había casado, el señor de Morlaines era un joven oficial, orgulloso de su talle desesperadamente apretado en el uniforme, al que le gustaba hacer brillar sus charreteras, estrellas radiantes en el cielo brumoso de las ciudades de guarnición, haciendo caracolear a su caballo con corvetas bajo los balcones y ante las cortinas entreabiertas.

Un día pensó que debía crear una familia. A decir verdad, estaba enamorado, sobre todo porque se sabía amado. Dueño de una gran fortuna, le hubiera sido fácil seguir el impulso de su corazón, incluso aunque la mujer elegida hubiera sido pobre. Pero se encontró con que los intereses de su situación armonizaban de maravilla con sus aspiraciones matrimoniales. Berthe des Chaslets, salida de la vieja nobleza de la Île-de-France, aportaba como dote un centenar de miles de francos; era una criatura encantadora, algo amuñecada quizá, pero viva, alegre, ingeniosa a ratos, que tenía en la nuca esos ricitos rebeldes que tanto turban los cerebros, y en los labios la sonrisa que regocija a las almas y se regocija a sí misma.

El señor de Morlaines, hombre enérgico y voluntarioso, no era precisamente un santo. Hasta hubiera sido fácil, hojeando el libro deshilvanado de su vida nómada, encontrar en él muchas páginas cuya lectura, según la fórmula consagrada, la madre difícilmente hubiera permitido a su hija. Pero el corazón era joven, digamos incluso ingenuo. Aquel amor virginal lo afirmó en su propia estima: huérfano desde hora temprana, tenía la nostalgia de la familia, y cuando, evadido del café y de las reuniones de camaradas, se encontraba por la noche, bajo la luz tranquila que caía de una pantalla discreta, junto a una mesa redonda a la que se sentaban el señor des Chaslets, viejo gentilhombre algo rudo, muy orgulloso, pero en última instancia buen hombre, luego la señora des Chaslets, cuyos afectados melindres recordaban a las canónigas femeninas del pasado siglo, y por último Berthe, totalmente colorada bajo sus encendidas miradas, el señor de Morlaines sentía unas alegrías desconocidas, y nadie en su presencia se hubiera permitido impunemente hablar de los suegros y de la familia. Último punto, el más grave. Una buena tarde de otoño, a la sombra de los álamos o de las hayas (la esencia no hace a la cosa), de Morlaines se había atrevido a

coger una mano que no se había negado demasiado, había rozado con la punta de los labios una frente que había ardido de pudor y de sorpresa, y había murmurado algunas palabras:

—Señorita Berthe, ¿quiere ser mi esposa?

Esto u otra cosa. El sentido era ese.

Y como no se le había respondido (cosa que en retórica amorosa es el más elocuente de los discursos), al día siguiente, estricto como si se hubiera tratado de un duelo o de una deuda de juego, el señor de Morlaines había ido a ver a su coronel y le había dicho:

—Como el regimiento es mi familia, usted es mi padre. Le ruego que vaya a casa del señor des Chaslets y solicite en mi nombre el honor de su alianza.

El coronel, que era viejo amigo de Morlaines y hablaba con él con toda franqueza, no había dejado de soltar varios juramentos de la forma más impertinente; incluso había pellizcado con dureza la oreja de aquel muchachote que «iba a cometer una estupidez». Pero el muchachote se había rebelado de manera rotunda.

Y la petición había sido trasladada, acogida, se habían publicado los bandos, las felicitaciones burlonas habituales habían sido dirigidas al joven teniente, promovido capitán y condecorado para la circunstancia. En resumen, Berthe des Chaslets se llamaba en adelante condesa de Morlaines.

Durante veinticinco años, el marido de Berthe vivió en su sueño de miel. Una sola sombra: solo al final del quinto año se convirtió en padre. Por haberse hecho esperar, la felicidad fue más profunda. Con demasiada frecuencia para el gusto del esposo enamorado, las exigencias del servicio lo habían obligado a ausencias de varios meses; pero era de una habilidad suprema para organizar en beneficio propio ocasiones de fuga, y llegaba súbitamente, abrazaba a su mujer y volvía a marcharse... Cuando tuvo un hijo al que abrazar, se quedó algunos minutos más, llevándose dobles tesoros de alegría.

Cuando cumplió más o menos treinta años, Berthe enfermó. Se debilitó, y poco a poco tuvo que desinteresarse de las tareas del hogar. En este punto, Germaine fue para ella de gran ayuda. Era la viuda de un soldado muerto en Crimea. Había llevado su dolor con nobleza; como no tenía hijos, hizo suyo

al hijo de su amo. Era la probidad misma, y pronto se había identificado de forma tan completa con aquellos a los que servía que cuidaba de sus intereses mejor de lo que hubiera hecho Berthe, la cual, por infantilismo o por pereza congénita, temía las responsabilidades. Germaine fue un intendente de una integridad absoluta, de una abnegación a toda prueba. Estaba orgullosa de los servicios que prestaba; aquel mandato que había recaído en ella la engrandecía a sus propios ojos, y, para ejercerlo mejor, se esforzó —sin mala intención por lo demás— en ampliarlo todavía más.

Berthe dejaba hacer. Estaba cada vez más triste, sin duda por conciencia de su estado de debilidad. Ya preveía el final de su vida, y mantenía los ojos obstinadamente fijos en la tumba que la llamaba. A veces se hubiera dicho que aquella naturaleza —no hacía mucho vivaz, hoy quebrantada— se doblegaba bajo algún dolor secreto y siempre sangrante.

El general no se apartaba de ella; al verla apagarse lentamente, estrechaba con más fuerza contra su pecho al hijo que era como el renacimiento de su vida. El carácter de la pobre mujer se había modificado de un modo singular. Parecía que sus facultades se alteraban. Tenía convulsiones morales, crisis de terror durante las que, despavorida, rechazaba a su marido, a su hijo, gritando palabras sin ilación y frases incomprensibles. Estas agonías del ser amado agotan al valor más fuerte.

En la hora de su muerte, cuando el general, llorando, se había inclinado al pie de su cama cubriéndola con una mirada con la que hubiera querido reanimarla, Georges fue a arrodillarse piadosamente a su lado. Ella se incorporó con un esfuerzo violento, y, agarrándolo, lo atrajo contra su pecho. Al mismo tiempo, gritó a su marido:

—¡Es mío! ¡Es mío! ¡Le prohíbo odiarlo!... Germaine, ¡defiéndelo! ¡Defiéndeme!...

Era la locura en el minuto supremo. Volvió a caer de espaldas con un estertor atroz, ¡muerta!...

Germaine tuteaba al hijo de su amo. Había conseguido con buen derecho ese privilegio. El recuerdo de la muerte había sido ocultado piadosamente en el fondo de su corazón, gastado como un sepulcro excavado en la roca. Allí lo adoraba. De ahí su odio contra la extranjera, contra la Deltour, como la

llamaba. Como no había podido acusarla de haber matado a Berthe, hoy parecía que quisiera abrumarla con el suicidio inexplicado del señor de Morlaines.

Georges la había oído. Pero, devuelto de nuevo al engranaje de la realidad, había caminado con paso inseguro detrás del cuerpo de su padre, frunciendo las cejas con dolorosas contracciones al compás del sordo redoblar de los tambores enlutados con crespones.

Por suerte, no tuvo que sufrir vulgaridades molestas. Los viejos soldados que habían acudido a saludar a su camarada habían visto con demasiada frecuencia la muerte de cara para no respetarla; para todos, el señor de Morlaines había sucumbido a uno de esos accesos de delirio que hacen brotar del cerebro no sé qué súbita e inconsciente atracción hacia la muerte. En medio del combate, todos habían sufrido esas curiosidades extrañas, y habían intentado —aunque solo fuera durante un minuto— arrancarle su secreto. Estaban menos sorprendidos que si ellos la hubieran afrontado, y se sentían más pesarosos pensando en el dolor de la viuda y del hijo que pensando en el general, que «ya había cumplido su tiempo».

Cuando llegó la noche, la multitud desapareció. Georges se encontró a solas con el señor de Samereuil. Este, queriendo galvanizar aquel sufrimiento demasiado mudo, habló del misterioso suceso. Pronto Georges prestó atención; y, como al principio no había oído, se hizo repetir con todo detalle todas las circunstancias de aquella catástrofe. El señor de Samereuil lo forzó a emitir su opinión, a mirar el hecho de frente y a interrogar a la esfinge fúnebre.

Georges no encontraba ninguna respuesta, como tampoco los demás.

El señor de Morlaines amaba la vida, que su nuevo matrimonio le hacía dulce y feliz.

Georges aún tenía consigo, en su cartera, la última carta que su padre le había dirigido. Los dos hombres la relejeron juntos. Desprendía una alegría franca, profunda, rejuvenecida. Entre líneas, bajo las palabras, había rayos de felicidad. Y se notaba que era la sonrisa de Marie de Morlaines la que iluminaba aquella primavera de vejez.

El señor de Samereuil acompañó a Georges hasta las Petites-Tuileries y se

retiró prometiendo volver al día siguiente. El joven se lo había pedido. Georges se encontró solo en aquella casa con la señora de Morlaines, ocupando de repente el lugar de su padre. Para aquellas dos almas desoladas fue un momento de lamentable angustia. No tuvieron el valor de interrogarse.

El doble silencio de la muerte y del dolor planeaba sobre la morada.

Germaine no apareció. Sin duda, pensaba que Georges se olvidaba de ella.

A hora temprana, la señora de Morlaines, agotada, pidió permiso para retirarse. Entre ella y aquel hijo había un acuerdo tácito de no provocar confidencias hasta el día siguiente. Pero en el momento en que Marie se levantó para dirigirse a su habitación, Georges le dijo dulcemente:

—¡Madre, abrace a su hijo!

Y, con un sollozo contenido, él expresó el supremo pesar que dejaba en aquellos dos corazones la ausencia de un hombre honrado.

Georges llamó al criado y dio algunas órdenes para que fueran cumplidas por la mañana. Luego bajó al jardín. Aún no sentía cansancio. La sobreexcitación no había disminuido.

La oscuridad, ahora profunda, lo envolvía, y el crujido de la arena bajo sus pies le recordaba el cementerio donde dormía su padre. Trataba de levantarse bajo el golpe que lo había herido. Por primera vez desde hacía tres días tenía la noción de una reacción necesaria. Haciendo un gran esfuerzo, respiró más profunda y ampliamente. Volvió a tomar posesión de su pensamiento. El viento fresco pasaba entre sus cabellos y despertaba en sus sienes la sensación entumecida; era como si la vida hubiera vuelto a entrar poco a poco en él. Volvía a ver uno tras otro los hechos de aquellas últimas horas, y de repente recordó las extrañas palabras de Germaine.

¿En qué pensaba?... ¿Y cómo no le habían venido antes a la memoria? Ciertamente, el suicidio de su padre era evidente. Pero nadie había formulado causa verosímil a aquel acto de desesperación. ¡La fiebre, la enfermedad! Pero todo parecía probar que la mano y la cabeza estaban tranquilos en la hora fatal. El soldado había apoyado la pistola sobre su cráneo sin un estremecimiento.

—¿No vienes? Estoy aquí —dijo una voz sorda a la espalda del joven.

Sintió un escalofrío y se volvió bruscamente. Difuminada en las tinieblas, Germaine, alta, delgada, extraña silueta, permanecía en pie a su espalda...

Agitó las manos como si hubiera querido apartar una visión fantástica...

—¿Es que no quieres vengar a tu padre, Georges? —dijo ella, hablando de forma acelerada como si hubiera sentido una prisa febril por lanzar la acusación que atormentaba su alma—. ¿Es que también tú te has dejado atrapar en las dulzuras de esa mujer? Entonces me voy... y seré yo la que actúe... sola...

Georges se sacudió su torpor.

—¿Eres tú, Germaine? Perdóname, estaba pensando, seguía más allá la vida de aquel a quien tanto he amado... ¿Qué quieres?... No te comprendo.

Ella le cogió de la mano y, arrastrándolo, lo llevó hasta el final del parque... Allí había un bosquecillo de plantas verdes, alheñas y laureles que formaba una especie de cortina... Más allá, una alta empalizada de varios pies de altura dejaba adivinar las profundidades del horizonte.

—¡Mira! —dijo ella obligándolo a sentarse en un banco mientras ella permanecía en pie—, mira dónde estás, es el final del parque... ¡Allí se han escondido! Nadie puede ver... ¡y sin embargo se vio!

—¿Qué se vio?

Germaine se erguía como para lanzar más alto las siniestras palabras que quemaban sus labios:

—Se vio —continuó en tono grave, solemne—, se vio entrar el deshonor, se vio entrar la desesperación... Se vio entrar la muerte...

Aunque no viese con claridad su rostro, Georges mantenía los ojos obstinadamente fijos sobre aquella forma negra... Gotas de sudor corrían por su frente...

—Habla —dijo él.

—¿Quieres saber por qué tu padre se ha matado?

—Claro que quiero.

—Pues bien, ha sido porque tu padre cometió un crimen en su vida...

—¡Un crimen!

—Sí, un crimen de debilidad, de insulto hacia la memoria de un ángel... Y lo cometió el día en que dio el apellido de condesa de Morlaines a una...

Georges se levantó de un salto:

—¡Cállate, Germaine! En nombre de mi padre, te prohíbo ultrajar a la que

él respetaba...

—En nombre de tu padre yo diré la verdad... Esa mujer es una miserable... que ha sabido, con su bajeza, con su hipocresía, robar el lugar que tu madre había ocupado; ella ha introducido en este hogar de honor la infamia y el adulterio. ¿Comprendes ahora por qué el general se reventó la cabeza con un disparo de pistola?

Aquella campesina tenía una especie de elocuencia salvaje que procedía a mazazos.

Georges vacilaba. Era una especie de nueva muerte lo que de golpe sentía: el segundo choque era más duro... Se dejó caer en el banco, y hundiendo la cabeza entre sus manos, se puso a llorar nervioso.

—¡Llora! ¡Llora! —continuaba Germaine con un acento cuya aspereza se volvía espantosa—, pero recuerda que has jurado vengar a tu madre. La echarás de la casa, ¿verdad? La echarás fuera como a una alimaña malhechora gritando muy alto la verdad..., ¡porque la bella Marie Deltour es orgullosa e impúdica!...

En la conciencia de aquel hijo, respetuoso con el profundo cariño de su padre, se produjo una última rebelión.

—No quiero oír nada —dijo bruscamente—. Estás loca..., el dolor te extravía. Mañana, sí, mañana, volveremos a hablar de todo esto.

Y repetía esa palabra: ¡Mañana! Y empujaba a Germaine en dirección a la casa. Pero ella se desasió, y alzando los brazos hacia el cielo, como si fuera a maldecir:

—¡También tú te has vuelto cobarde! —gritó con fuerza.

—¿Cobarde, yo?

—O sea, que no amabas a tu padre...

—¡No digas eso!, ¡era el amigo de mi alma, era mi conciencia viviente!...

—Entonces, ¿por qué no quieres escucharme?

Él bajó la cabeza sin responder.

—¿Por qué? Yo voy a decírtelo. ¡Oh!, tú sabes que soy siempre la misma..., no he mentado en mi vida... y nunca he podido guardar un peso en el corazón... No quieres que yo acuse a esa mujer porque te parece hermosa... ¡Ah, todos los hombres son iguales!

Con un gesto irritado, Georges la agarró de las muñecas.

—¡Desgraciada! ¡Estás blasfemando!... Esa mujer es la esposa de mi padre... y yo la he llamado madre.

—¿Que tú, que tú la has llamado madre? ¡Ah, esto es demasiado!... Georges, quiero que me escuches, y me escucharás... En primer lugar, no te dejaré pasar, tendrás que pegarme, y no te atreverías, porque después de la santa criatura, tan buena, tan pura a la que lloramos, después de la verdadera condesa, solo a mí, solo a mí, ¡óyeme bien, ingrato!, tienes derecho a llamarme tu madre...

Él retrocedía ante Germaine. Se sentía dominado, presa de una especie de terror supersticioso. La vieja sirvienta tenía ahora en la voz unas dulzuras inefables.

—¿Crees acaso que iba yo a apenarte por una nadería?... Lo sé, para ti habrá sido dulce creer en la honestidad de esa mujer, en su amor por tu padre. Pero, en fin, razona, hijo mío; compréndelo... se ha matado... por lo tanto era desgraciado, es muy sencillo... ¿Quién lo ha hecho desgraciado?... Desde luego no he sido yo..., ¡tú me conoces!... Ni tú tampoco, el mejor y más respetuoso de los hijos... Por lo tanto ha sido ella, esa ladrona de fortuna y de título que se ha convertido en condesa, que lleva el apellido de tu madre... ¡Oh!, pero... tú se lo quitarás, se lo arrancarás... ¡Es tuyo, es nuestro ese apellido! ¡Mira!, creo que habrá que matarla, será lo mejor...

Ninguna expresión podría expresar la exaltación curiosa de aquella mujer, que parecía uno de los sabios antiguos de los bosques galos... Y es que había odiado con una aversión feroz desde hacía tanto tiempo a aquella intrusa que le había robado a su amo... Ahora la dominaba, al parecer, y la loba no quería soltar su presa...

Georges dejó de resistirse: se doblegaba bajo un horror espantoso. Ahora quería saber... la realidad, cualquiera que fuese, sería un alivio a aquellas angustias indecibles...

—¡Habla, Germaine!

—Aquí tienes. Hace de esto cinco días, exactamente... un individuo, una especie de hombre de negocios, vino a las Petites-Tuileries diciendo que quería hablar con el señor de Morlaines de la venta de una granja... Palabra

que era un joven apuesto, de unos cuarenta años, recién afeitado, con unas patillas de un pie de largo, y ojillos que parpadeaban, pero malignos como los de un gato... Ya sabes que el señor de Morlaines nunca se ocupaba de negocios... Desde que ese hombre, que tenía un aplomo orgulloso, como vas a ver, le hubo dicho dos palabras sobre la venta (una mentira), el general le respondió: «No me encargo de eso. ¡Hable con mi mujer!». Es cierto que siempre era lo mismo: ella lo hacía todo, se ocupaba de todo... y recibía incluso el dinero. ¡Quién sabe en qué lo empleaba! Precisamente la bella señora llegaba en ese momento... El general le dijo dos palabras y la dejó con el otro... Si me equivoco, que no creo, solo me atañe a mí. Aquel hombre no me gustaba. Yo ya había descubierto algo. Cuando vio a la señora, había hecho un gesto como de sorpresa... o más bien de emoción. Ella..., ¡ah, tengo en la sangre a esa mujer! lo miraba descaradamente de frente como si no lo conociese...

»Yo habría querido escuchar..., pero se pusieron a hablar delante de la casa, junto al quiosco pequeño. Habría que haber sido ese quiosco... No podía en aquel momento entrar sin ser vista... Me limité a acecharlos... y seguía el movimiento de sus labios, furiosa por no oír las voces. Sin embargo, veía que discutían. Es más, que disputaban. Ella quería mostrar dignidad, era su fuerte; él, algo pálido, pero muy tranquilo, discurseaba, y faltó poco para que gritase... Hasta el punto de que la Deltour tuvo miedo de que el señor de Morlaines, que estaba en el salón, oyese algo. Puso su mano sobre el brazo del hombre y se lo llevó al otro lado del quiosco. Entonces yo aproveché ese movimiento... Corrí, fui a acurrucarme en el pabellón, pero ya era demasiado tarde, ellos ya habían concluido su complot. Pero ¿sabes, Georges, sabes lo que se decían, allí, a dos pasos de tu padre?

Era ella la que hablaba:

«Señor, es usted un miserable, pero me veo obligada a obedecer... Quiere diez mil francos...

—Sí, diez mil francos.

—Y a cambio me entregará las cartas.

—Todas, sin excepción.

—Pues entonces, señor, mañana por la noche... No entre aquí... Dé la vuelta al parque... y preséntese a las nueve en la cerca, allí donde vea una cortina de árboles verdes... Le entregaré esa cantidad...

—Y yo, señora, le daré esas cartas».

«Él balbució todavía algunas palabras de pesar..., de excusa..., y ella lo empujaba hacia la verja... El hombre desapareció. Y su gesto decía que sería puntual.

»Así fue. Cinco minutos después, la Deltour —mentirosa descarada— decía al señor de Morlaines:

—Las proposiciones de ese agente de negocios son inaceptables... Sería un trato engañoso. Nosotros conservaremos la granja.

»¡Oh!, decía “nosotros” cuando se trataba de la fortuna de los Morlaines».

—Y bien, Georges, ¿qué dices? ¿Y todavía quieres imponerme silencio?

—Continúa —dijo Georges con una voz tan baja que apenas era perceptible.

La Germaine tenía ahora un acento triunfal:

—No te lo oculto... Yo odiaba a esa mujer por instinto, pero nunca habría sospechado esto: cartas, ¡que se rescatan por diez mil francos! Se sabe lo que es eso, ¿verdad? Él fue un idiota por no pedir más... Por conservar su nombre y su reputación de honestidad ella habría saqueado hasta el último céntimo de tu padre, porque, como bien sabes, ¡esa mendiga no tiene un maldito céntimo! Y esos diez mil francos los ha sisado de los escudos del general...

Se alegraba de volverse vulgar, de la misma forma que habría querido patear a su enemiga.

—O sea —dijo Georges—, que ha pagado..., que ha rescatado... esas cartas...

—¡Aguarda!... Ahora vas a saber todo... Pero antes, Georges, me arrodillo delante de ti... porque tienes que perdonarme...

—¡A ti, Germaine! Pero ¿de qué falta tienes que acusarte?

—Creí que actuaba bien... Quise desenmascarar a la hipócrita... Al día siguiente, por la noche. Llevé al general al parque, a dos pasos del lugar en el que Deltour había dado su cita. Ella creía que su marido había salido... y estaba allí, muy cerca, y lo vio todo, al hombre que venía, a la Deltour

dándole los diez mil francos que el otro tuvo la desvergüenza de contar... Luego las cartas en una cartera. ¡Ah!, cómo se las guardó ella en su bolsillo con un grito de alegría... Se creía salvada, pero se había olvidado de mí...

Georges había dado un salto:

—¡Miserable! Pero eres tú la que ha matado a mi padre...

—¿Podía saberlo acaso? Creía que echaría de su casa a esta mujer... ¿Podía saber que se castigaría a sí mismo por la falta de esa criminal? ¿No debía pensar ante todo en ti, en su hijo? ¡Ah!, juro por mi salud que no lo creía bastante loco para amarla hasta el punto de morir por su traición.

Georges estaba al límite de sus fuerzas. Aquel abismo le daba vértigo.

—¿Y luego? —preguntó.

—Luego, cuando ella volvió a entrar en la casa, muy orgullosa, sin duda, y dispuesta a subir a su cuarto para quemar las cartas..., ¿quién sabe?, tal vez para volver a leerlas, el general se plantó ante ella; la cogió de la mano y la llevó a su dormitorio... ¡Oh!, hubo lágrimas, súplicas, se arrastró a sus rodillas... Yo la oía gritar: «¡Perdón! ¡Perdón!». No sé lo que él respondía, porque su voz era sorda y desolada... Eso duró gran parte de la noche... Luego envió a la Deltour a su aposento. Ella no quería irse, ¡pardiez! Entonces creí que él le había ordenado abandonar la casa... Se hizo el silencio; me fui arriba, a un cuarto, pensando que por la mañana vería la cara avergonzada de esa mujer ruborizarse ante mis ojos... ¡Pues bien! ¡No! ¡Está loca! ¡Fue él, tu padre, el que quiso marcharse!... Fue él quien salió en medio de la oscuridad de su casa... como un ladrón... y el que fue a matarse..., ¡el pobre!, ¡mi buen y querido amo!, que fue a matarse a una legua de aquí... ¡Georges!, sí... hice mal, lo siento, ahora lo siento, pero ¿podía acaso dejar a la adúltera en el lugar de tu madre? ¡Era imposible! ¡Hice lo que debía!

Tuvo un gesto resolutivo:

—De hecho, si me crees culpable, mátame si quieres..., pero máatala primero a ella..., que yo la vea morir para morir contenta.

Silencioso, Georges apartó con un gesto lento a la Germaine, que se agarraba a sus ropas. Permaneció un instante absorta, prosternada... Cuando alzó la cabeza, Georges había desaparecido... Pero pronto vio luz en la ventana de su cuarto...

A las siete de la mañana, en el momento en que Marie de Morlaines salió de su dormitorio, encontró en el descansillo a Germaine, de centinela, por así decir.

La joven estaba dispuesta a dirigirle alguna palabra amable, pero sus miradas encontraron el destello glacial que brotaba de los ojos de la sirvienta. Percibió en sus labios una sonrisa maliciosa, hecha de contracciones y de cólera contenida. Sabía que no era amada. Solo desde hacía tres días adivinaba el odio:

—El señor Georges ruega a la señora condesa de Morlaines —dijo Germaine subrayando con una ironía evidente el título y el apellido que daba a aquella «Marie Deltour»— que tenga a bien ir a reunirse con él en el cuarto del general.

Ante el tono con que fueron pronunciadas aquellas palabras, la señora de Morlaines no pudo reprimir un estremecimiento. No habría podido explicar por qué, de repente, se había sentido herida en el corazón. Aquel hijo, al que nunca había visto antes de la catástrofe y al que, en la distancia, había consagrado un cariño de hermana más que de madre tal vez se apoderaba en su opinión con demasiada rapidez de las prerrogativas que le confería la muerte de su padre. Pero ella adivinaba, presentía otra cosa.

Como se quedó durante un instante inmóvil, sorprendida y apenada a la vez, Germaine continuó:

—¿Es que me he explicado mal?

—No, no... Ahora voy —contestó Marie—, dentro de unos minutos.

Volvió a entrar en su cuarto bruscamente. Obedeciendo al instinto femenino que nunca descansa, lanzó una mirada al espejo y se pasó sus manos blancas sobre sus bandós rizados. Luego, como si, durante ese breve momento, hubiera tomado una resolución decisiva, hizo un gesto y murmuró:

—¡Vamos!...

Se dirigió hacia el aposento del señor de Morlaines. En el momento en que ponía la mano sobre la llave, sintió un fugaz desfallecimiento y las lágrimas asomaron a sus ojos. Pero como si hubiera adivinado, acurrucada en un rincón de la escalera, a Germaine que la acechaba con su despiadado espionaje, abrió la puerta...

Georges estaba de pie, de espaldas, delante de la ventana. Al ruido que hizo la puerta, se volvió. Bajo las pesadas cortinas que caían en espesos pliegues, la luz pasaba gris y pálida, y sobre ese fondo que parecía hecho de bruma se recortaba la alta estatura del joven cuyo rostro apenas estaba iluminado...

Marie se había detenido, como turbada por la fúnebre placidez de aquel lugar, escogido por Georges para su primer encuentro.

Él se inclinó, y dio un paso hacia ella, que vio sus rasgos cubiertos de una palidez tan espantosa que no pudo reprimir un grito de inquietud:

—¡Usted sufre! —dijo ella vivamente.

Con un gesto lento, él le impuso silencio. Luego le indicó un asiento. No hablaba. El nudo de su garganta impedía que las palabras brotasen. La señora de Morlaines estaba invadida por un sentimiento de vago terror, del que en vano se esforzaba por triunfar.

En aquella habitación ya descrita, y cuya sencillez era casi cenobítica, enfrente de la ventana, había un retrato de tamaño natural: el del general con uniforme de gala.

Cuando Marie se hubo dejado caer sobre el sillón que se le había señalado, Georges se volvió hacia aquel retrato, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándolo con toda la potencia de su furiosa mirada. Era él quien pedía un último consejo. Era él quien quería, en esa evocación, reclamar del que ya no estaba el derecho a mostrarse implacable. Sobrecogida, Marie no se atrevía a ser la primera en hablar. Sin embargo, resultaba demasiado pesado de sobrellevar aquel silencio que se prolongaba.

Georges apartó sus ojos del retrato; luego, de pie ante la señora de Morlaines, le dijo:

—Señora, ¿sigue sin saber, hoy como ayer, por qué se ha matado mi padre?
Sin vacilar, Marie respondió:

—No he sabido nada... ni adivinado nada.

Pero al decir esto se hubiera dicho que de repente volvía a tomar posesión de sí misma. Evidentemente, la pregunta no la sorprendió, tenía preparadas de antemano sus respuestas.

Georges había empezado a caminar. En sus manos había agitaciones febriles.

—Es decir —continuó él—, en la noche que precedió a ese horrible suicidio, ¿mi padre no le dijo nada que pudiera abrirle los ojos sobre ese fatal proyecto? ¿Nada, ni una palabra?...

—Ni una palabra —repitió la señora de Morlaines, como un eco.

—¿Y está usted segura de que mi padre no tenía —al menos en apariencia— ningún asunto de grave preocupación, de dolor...

—No percibí nada de eso —dijo Marie con su voz más tranquila—. Además, no era la primera vez que pasábamos la noche hablando...

—¿Cuál era el tema de esa larga charla?

—¡Hablamos de tantas cosas!

—¿Y entre otras?...

—Puedo asegurarle que hablamos mucho de usted.

Se adivinaba que Georges retenía en sus labios impulsos de cólera dispuestos a escapársele. Sin embargo, la señora de Morlaines parecía no preocuparse por ellos. Con los ojos entornados, parecía escuchar con una atención permanente, activa, como si hubiera temido perderse una sola palabra, o más bien como si hubiera tratado de prever las palabras que iban a ser pronunciadas.

Hubo un momento de silencio. Georges de Morlaines no era demasiado hábil: los marinos miran el peligro de frente y luchan cuerpo a cuerpo con él. Entre el mar y el hombre se entabla una guerra sin merced que tiene la vida por envite. Pero, por lo menos, el que se defiende actúa en la plenitud de su fuerza; devuelve golpe por golpe, el enemigo es demasiado fuerte para que se le tenga piedad.

Allí, en aquella habitación, frente a aquella mujer a la que un soplo podía quebrar, Georges quería golpear, pero retenía el brazo. Se asustaba ante los golpes que podía, que debía dar. Al mismo tiempo, el horror de la hipocresía, la repugnancia ante aquel disimulo velado de debilidad, lo irritaba cada vez más. Era un hombre violento, es decir, que sus esfuerzos sobre sí mismo para rechazar la cólera volvían más terrible la explosión. Era torpe en esos juegos de armas corteses: sentía bajo su mano una especie de hoja desnuda y estaba impaciente por rechazar cualquier escrúpulo, todo temor... Después de haber meditado toda la noche, se había jurado permanecer tranquilo; había decidido

que al principio utilizaría prudentes reticencias, que lo intentaría todo para provocar una confesión...

Pero su voz, que temblaba, renunciaba a esos propósitos, y su conciencia, que se revelaba, le gritaba que actuase. Ya había tenido suficiente paciencia, suficiente zalamería. Allí había un culpable: el juez tenía que dejarse ver.

Y de repente, como si un gatillo se hubiera soltado de pronto, como si un resorte, rompiéndose en su pecho, hubiera inutilizado cualquier esfuerzo de contención, Georges exclamó:

—¡Deje de mentir!... señora. ¿No comprende que lo sé todo?

Toda la sangre de la joven había refluído a su corazón; una palidez violácea invadió su rostro.

Se hubiera podido decir que estaba a punto de desmayarse; pero no. Gracias a que su voluntad se había rehecho con tal rapidez que el desfallecimiento apenas fue perceptible, Marie tuvo fuerzas para decir:

—¡Me insulta usted! ¡Eso está mal! ¿Qué sabe?

Su voz era dulce, salía cargada de lágrimas, y, sin embargo, no lloraba, un fulgor brillaba en sus ojos, cuyo tinte azulado matizaba un gris de acero.

Ante aquellas palabras: «¡Me insulta usted!», Georges sintió una vacilación. Era verdad. Y aquel insulto se dirigía a una mujer.

Pero también aquella mujer había matado a su padre...

—Sé, señora –continuó con un acento más grave–, que mi padre había descubierto un lamentable secreto... y que fue ese secreto el que le puso en la mano el arma mortal...

—¿Y ese secreto?... –dijo en voz muy baja Marie, mirando a Georges, esperando su respuesta con una angustia que ponía en su blanca frente perlas de sudor–, ese secreto, ¿lo conoce usted?

—¡Sí!

La señora de Morlaines se echó hacia atrás cerrando los ojos. Se escuchaba de aquel: ¡sí! Meditaba su inflexión y su sonoridad.

—Explíquese con más claridad –dijo.

—¿Y para qué? –exclamó Georges–. En verdad, señora, ¿tiene usted tanta necesidad de que despertemos esas vergüenzas, sepultadas en una tumba?

Esta vez, con toda nitidez y una audacia singular, la señora de Morlaines

replicó:

—¡Vergüenzas!... ¡No lo comprendo!...

Georges hizo un gesto furioso.

—¿No descubrió mi padre unas cartas?

—¡Sabe usted eso!

—Ya le he dicho que lo sé todo.

—Continúe.

Cosa singular, ella no bajaba la cabeza. En última instancia, era demasiada infamia...

—¡Y esas cartas probaban a mi padre que aquella mujer a la que había creído casta, a la que había amado, lo había deshonrado!...

La señora de Morlaines hizo un gesto extraño. Era como la expresión de un desaliento.

—En fin, dígame pues... —dijo ella con una voz casi impaciente—, ¿de qué quiere hablar?

—¿De qué?

Fue derecho hacia ella, impotente para contenerse por más tiempo. La agarró por las muñecas, y doblándola sobre la alfombra:

—Usted, a la que mi padre había escogido, usted, que no tenía más que decir una palabra para usurpar en este hogar honesto (donde estaba mi madre) el lugar que le ofrecían... Usted, que era joven, que tenía ante sí el futuro. ¿Cómo ha tenido la infamia de engañar a ese hombre?

Quien hubiera mirado la cara de Marie de Morlaines en el momento en que era abofeteada por esa acusación, habría creído ser el juguete de una alucinación. Había caído de rodillas, doblaba la cabeza hacia el suelo, y sin embargo, en sus labios, apenas visible pero real, había suspendida una cosa, algo así como una sonrisa.

—¡Ah!, ahora no niega usted nada! —gritaba Georges—. ¡Desdichada! No ha comprendido entonces que no hay enigma del que no se encuentre la clave. Aquel pobre padre, aquel hombre de honor que la amaba con la locura de un joven, ¡usted cogió, robó su apellido para arrastrarlo por el barro! A él eso no lo preocupó, lo siento, lo adivino. ¡Su honor! ¡Bah, en esa hora maldita hubiera cerrado los ojos! Lo que lo mató es que la amaba. Es que vio

romperse entre sus manos las ilusiones que acariciaba con la alegre debilidad de un viejo niño, es que tanto engaño lo dejó desolado, abatido, quebrantado... ¡Ah!, al rescatar sus cartas de amor, que un miserable experto en chantajes había venido a venderle, usted se creía libre, tranquila... Pero la fatalidad velaba... y cuando la obligó a entregarle esos testimonios irrefutables de su mentira, de su cobardía, ¡se volvió loco! ¡No la mató a usted! ¡Cuánto la amaba! ¡Prefirió morir, precipitarse desde la cima de su felicidad destrozada a las profundidades de la nada! ¡Ah, miserable!, en verdad que lo que él no hizo, yo siento el deseo de hacerlo.

Sin poder dominarse, con los ojos fijos en los ojos del retrato, Georges había levantado el brazo.

—¡Decida sobre mí! —dijo Marie de Morlaines con un acento ahora tan tranquilo que se hubiera comprendido que estaba dispuesta para el castigo.

—¡Oh, si yo tuviese una prueba! —exclamó el joven.

—¡Aquí tiene una! —dijo una voz.

Germaine había entrado.

—Pides una prueba, Georges, por lo tanto todavía dudas! Pues bien, ¡mira esto!... Es la roseta de la Legión de Honor que tu padre llevaba en el ojal... Antes de matarse, se la arrancó y la tiró lejos... ¿Quién lo había deshonrado?

Georges la empujó fuera con violencia.

—Vete —dijo—, aquí yo soy el amo, yo soy el juez...

Volvió hacia Marie, que no había hecho ningún movimiento y seguía de rodillas, con la cabeza bajada.

—Señora —dijo rápidamente con una voz que jadeaba—, va usted a marcharse, a desaparecer. No quiero castigarla. Las mujeres como usted encuentran el castigo y se ofrecen a él voluntariamente... Lo que usted ha hecho es infame, no sé si lo comprende. Su silencio me resulta odioso... y, sin embargo, le prohíbo hablar... Dentro de una hora habrá abandonado esta casa... Dígame que obedecerá...

—Obedeceré —respondió la condesa de Morlaines.

Él dio un paso hacia la puerta. Luego, deteniéndose de repente, se volvió hacia la mujer...

—Se me olvidaba..., mi padre le reconoció una dote... Puede estar

tranquila..., ¡tendrá usted ese dinero!...

Ella se incorporó a medias violentamente, para protestar contra aquella injuria suprema... Luego volvió a caer de rodillas, con la cabeza entre las manos, anonadada, como muerta...

La puerta se cerró... Ella estaba condenada.

VI

—¿Se marcha? —preguntó Germaine.

—Dentro de una hora...

—¿Y eso es todo?

—No puedo hacer nada más...

—No te atreves a matarla...

—Vete... ¡Me horrorizas!

En ese momento, Germaine se rebeló.

—¡Ah!, eres tú el que habla... Te horrorizo... ¡Tenga usted un niño en sus brazos durante cuatro o cinco horas de reloj!... ¡Haya sido usted lo bastante imbécil para matarse en cuerpo y alma porque el crío dormía mal o porque tenía un capricho!... ¡Ah, te horrorizo! ¿Por qué? ¿Porque te he obligado a decirle lo que ha hecho esa miserable? ¡Esto te aburre! ¡Rediez!, ¿es que puede uno casarse con la viuda de su padre?... Yo no lo sé...

Georges dio un salto, sus dos manos se posaron en los hombros de la vieja Germaine, cuya cara pálida, llena de arrugas, resplandecía de rabia insatisfecha...

—Solo te diré dos palabras, mi vieja Germaine: ¡te odio y te desprecio! Ahora, sal de aquí...

Ella se echó hacia atrás, riendo a carcajadas.

—¡Ah!, aquí se desprecia a las mujeres honradas... ¡Bueno!, ¡había que haberlo dicho antes! Apuesto a que ella no se va... ¡Ella sí que es una malvada!

Georges, a quien todas estas escenas quebrantaban, enloquecían, apoyó con

tal violencia sus dos puños en los hombros de aquella mujer furiosa que sus rodillas se doblaron:

—¡Ni una palabra más! —dijo—. ¡Te mato!

Entró el criado y se detuvo un instante, estupefacto al ver a Germaine arrodillada.

—¿Qué pasa? —preguntó Georges.

—El señor de Samereuil llega de París... Exige una entrevista inmediata con el señor de Morlaines.

—Está bien. Ahora voy...

La Germaine se había levantado. Tenía espuma en los labios:

—¡Todos ustedes son asesinos! —murmuró—. Solo él era bueno... Lo mismo que la primera, la verdadera, la única condesa de Morlaines...

—Escúchame, Germaine —le dijo Georges, cuyo rostro tocaba casi la cara apergaminada de la vieja mujer—, si dices una palabra, si haces un gesto que haga sufrir a esa desdichada, te echo...

—¡A mí! ¡Echarme a mí! No te atreverías.

Pero Georges ya había salido.

El señor de Samereuil lo esperaba en un saloncito de la planta baja que servía de biblioteca. En el momento en que Georges entró, vio sus rasgos descompuestos, y avanzando hacia él, con las manos abiertas:

—Georges, ¿qué le pasa?

—¿A mí? ¡Nada! —dijo el joven—. Como supongo que se imaginará, sigo tratando de adivinar la causa...

—¿Del suicidio del señor de Morlaines?

—Y no consigo descubrir nada...

—Bueno, yo le traigo la verdad...

Georges lanzó un grito ronco. ¡Cómo! ¡Aquel secreto que pretendía enterrar en el olvido iba a alzarse de repente ante él!

Ya había juzgado. Estaba decidido. Aquella mujer había sido expulsada. Esa reparación era suficiente, pero a condición de que nadie conociese ni sospechase siquiera la verdad. Y aquel hombre, el amigo de su padre, ¡pretendía saber!... Entonces el deshonor era flagrante, el castigo debía ser más terrible. Si no... Y las odiosas palabras de Germaine subían de nuevo a

su conciencia con una amargura espantosa.

El señor de Samereuil, solemne, vestido de negro y militarmente uniformado, esperaba con paciencia a que el joven se sustrajese a sus meditaciones.

—Georges —le dijo por fin—, ¡sea hombre! ¿No es una especie de consuelo poseer por fin la llave de este odioso misterio?

El marino miró al señor de Samereuil.

—Así que lo sabe usted todo...

—¿Yo? No. Al contrario, ignoro todo... Solo espero que, cuando usted haya leído, me explique...

—Cuándo yo haya leído... ¿qué?

—Está usted tan alterado, amigo mío (y no le acuso por ello), que aún no me ha permitido explicarme. Hoy mismo, hace tres horas apenas, el notario de mi pobre Morlaines se ha presentado en mi casa. Anteayer, a la hora en que se llevaba a cabo el suicidio del general, había recibido un paquete lacrado... Estaba de viaje, y no lo abrió hasta anoche, cuando volvió. Bajo ese lacre se encontraba una carta dirigida a mí y un segundo sobre cerrado. Aquí tiene la carta... Léala...

Y tendió a Georges una hoja de papel desplegada...

El joven la cogió. Era desde luego la letra de su padre. Algunas líneas habían sido trazadas con mano firme:

Mi querido Samereuil, es un moribundo el que le dirige un ruego supremo, porque acabo de cargar la pistola que me matará dentro de una hora... El señor Georges está ausente, ya lo sabe. Ignoro la época de su regreso. Le ruego que, en cuanto haya pisado el suelo de Francia, le entregue el sobre aquí incluido. Cuento con su vieja amistad. Adiós.
General de Morlaines.

Mientras Georges leí y releía aquella carta, tan serena y, sin embargo, tan espantosa en su sequedad y su laconismo, la puerta del salón se había entreabierto, y en el resquicio, al abrigo de las miradas de los dos hombres, la señora de Morlaines, pálida, sin poder apenas sostenerse en pie, escuchaba:

Una palabra había sorprendido al joven, y de forma tan profunda que no podía apartar los ojos de la línea que la contenía.

—¡Señor Georges!

¿Por qué había empleado el general aquella extraña fórmula?

—Aquí tiene el segundo sobre —dijo el señor de Samereuil—. No he querido perder un momento para traérselo... Mi pobre amigo sintió alguna desilusión cruel, estoy seguro: habrá sido traicionado por algún miserable en el que había puesto su confianza... y la desesperación habrá quebrantado esa conciencia de un hombre sublime... Es preciso que sepamos todo, porque —añadió el comandante con una voz sorda— tendremos que vengar y castigar...

—Tiene usted razón —dijo Georges.

Y tendió la mano para recibir el sobre que le presentaba el señor de Samereuil. Lo cogió, lo desgarró y del sobre extrajo dos papeles, uno blanco, nuevo, evidentemente una carta del general; el otro una hoja amarillenta, con las dobleces ennegrecidas. Y, en el momento en que iba a desplegarlas, la puerta se abrió con violencia. Marie de Morlaines se abalanzó hacia él y gritó:

—¡Georges! ¡Georges! ¡Se lo ruego! ¡No lea!

Georges había retrocedido estupefacto. Pero de repente comprendió: ¡aquella mujer tenía miedo de que el señor de Samereuil conociese su vergüenza!... Escuchaba tras las puertas, seguía haciendo su papel odioso, repugnante. ¡Pues bien, no! No se diría que aquel exceso de impudor no recibiría su castigo... y cuando ella ya había agarrado con un movimiento brusco la muñeca de Georges, como si hubiera querido arrancarle los papeles acusadores, la rechazó con tal dureza que la pobre mujer, vacilando, fue a caer sobre un sofá...

Era ya demasiado tarde... Lívido, con los cabellos erizados, Georges tenía en los labios el temblor nervioso que precede al ataque de locura... Al grito de Marie, comprendiendo que, sin querer, había sido el agente de alguna horrible revelación, el señor de Samereuil había dado un salto hacia el joven; pero este, batiendo las manos por delante para apartarlo, retrocedía, lanzando exclamaciones entrecortadas...

—Pero ¿qué pasa? —gritó el señor de Samereuil.

Georges se apoyó contra la pared, estrujando entre sus dedos crispados las dos cartas que acababa de leer.

—¡Déjeme! ¡No se acerque! ¡No me toque!

—¡Georges, amigo mío!... ¡Georges, en nombre de tu padre!

El joven temblaba como si hubiera recibido un latigazo en plena cara.

—¡Mi padre! ¡Acaso tengo yo un padre! ¡Vamos! ¡No soy más que un miserable bastardo!

Marie de Morlaines le puso la mano sobre los labios:

—¡Cállese! ¡Por favor, por ella! ¡Por la muerta!

Pero Georges ya había dejado de oír, estaba loco... Se precipitó hacia la puerta antes de que pudieran oponerse a su impulso.

—¡Germaine! —gritó.

La vieja no estaba lejos. Apareció. Georges le echó sus dedos alrededor de la muñeca, y luego, atrayéndola, o más bien, arrastrándola, la lanzó, violento y brutal, a los pies de la señora de Morlaines:

—¡Pide perdón a esta mujer, de rodillas! ¡Con la frente en el suelo! ¡Ah, miserable loca!

—¡Señor de Morlaines! —suplicaba Marie.

—¡Aquí no hay señor de Morlaines que valga! —exclamó Georges con voz vibrante—. Señor de Samereuil, escuche. Es necesario que sepa toda la verdad...

—¡Georges, tenga cuidado!... ¡Podrían oírlo!

—¿Y qué pasa? ¿Qué importa eso? Allí donde hay crimen es preciso que se haga justicia...

Germaine, aterrorizada, no se atrevía a levantarse; pero murmuró:

—¡Un crimen!... ¡No te he dicho todo!...

—¡Has mentido!...

—¡Yo! Yo vi, te dije..., vi.

—Viste a la señora de Morlaines comprar a un miserable unas cartas que había venido a venderle... Llevaste al señor de Morlaines a la cita que esta honrada mujer había dado a un bandido... ¡Sí, eso hiciste, espía infame! Y el general vio a la señora de Morlaines pagar, recibir esas cartas... ¡Y jugaste tu papel de Judas de una forma tan odiosa que el señor de Morlaines obligó a su

mujer a entregárselas!...

—¡Me las cogió... por la fuerza! —sollozó la señora de Morlaines.

—Pues bien, esas cartas... ¡escuche, señor de Samereuil! Escucha, Germaine! Esas cartas... eran, no de la mujer a la que acusabas, esas cartas fueron escritas por mi madre, Berthe de Chaslets, a su amante, y probaban, que yo, ladrón de apellido, era el hijo de aquel amante... ¡Germaine! ¿Comprendes ahora?

El señor de Samereuil estaba anonadado. Germaine había lanzado un grito y se había derrumbado en el suelo.

Georges, ebrio de desesperación y de vergüenza, seguía:

—Y cuando este hombre, este hombre honrado, vio desmoronarse aquel edificio de recuerdos, cuando vio que aquella infamia se extendía sobre los treinta años del pasado...

—Cuando supo —dijo Marie de Morlaines con un acento desgarrador— que usted, Georges, al que amaba con toda la energía de su alma, no era hijo suyo...

—¡Se mató! —dijo Georges terminando la frase.

Luego, volviéndose hacia la señora de Morlaines:

—Y yo la acusaba a usted..., yo la insultaba, y usted se inclinaba sin una palabra... ¡Iba a ser expulsada de esta casa por mí! ¡Por mí, que aquí no soy más que el hijo de un cobarde seductor y de una mujer adúltera, yo, un timador del afecto y del cariño!

—¡Basta! —exclamó la señora de Morlaines—, tengo que decirle toda la verdad...

Con un gesto, el señor de Samereuil la animó a insistir. Georges le asustaba: obligarlo a escuchar ya era una victoria conseguida sobre la locura.

—Es esta —dijo Marie—. Vino un hombre, un hombre de negocios, había buscado un pretexto, pero quería hablar con la señora de Morlaines... Pero no sabía que su madre hubiese muerto, por eso quedó sorprendido al verme tan joven... Dudaba en explicarse, creyendo en alguna trampa. Esos miserables siempre tiemblan. Pero yo lo animé a hablar... y se decidió. En una subasta pública, tras el fallecimiento, había comprado un secreter... y dentro había descubierto un cajón oculto... en el que había unas cartas... Era toda una

correspondencia que databa de hacía veinticinco años... La había leído... Los nombres estaban escritos con todas sus letras. Por su cerebro se cruzó una idea infernal: ese tipo de gentes llaman a eso chantaje, creo. Entonces había venido. Le dejé explicarse. Aunque dudaba de que yo fuese la mujer del señor de Morlaines, estaba convencido de que era una pariente, su hermana, tal vez su hija... Me amenazó con enviarle toda aquella correspondencia... Sabía pasajes enteros de memoria y me los recitaba... Entonces, asustada, le pregunté sus condiciones. Me puso un precio de diez mil francos. Precisamente el señor de Morlaines me había entregado dos días antes una suma bastante importante que le había pasado su notario. No dudé. Debía cumplir con mi deber, salvar a mi marido de una desesperación espantosa... Ignoraba que Germaine hubiera descubierto el secreto de la cita, de la misma forma que también ignoraba que fue ella quien condujo al señor de Morlaines, por la noche, al lugar en que se concluyó el odioso trato... Pagué los diez mil francos y las cartas me fueron entregadas.

Georges, abatido, crispaba las uñas sobre su frente, que sangraba.

—Quería correr a mi cuarto, encerrarme, destruir para siempre la huella de un paso que la muerte ha expiado... El señor de Morlaines me sorprendió, me arrastró a su habitación. Allí hubo una escena horrible. Dudaba de mí. Era a mí a quien acusaba. Tuve la debilidad de gritarle que me calumniaba, que yo no era culpable... Él se irritaba cada vez más... Comprendí la falta que yo había cometido... ¡y confesé, confesé todo! Me arrastré a sus plantas pidiéndole perdón. ¡Era una comedia horrible, y yo la interpretaba de todo corazón, con toda mi vida! Pero él seguía pensando en aquellas cartas, las quería, las exigía... ¡Oh, con qué ardor me debatí!, pero mi resistencia misma lo hizo enloquecer... Él, tan bueno, tan generoso, ¡me pegó! Habría querido que me matase si, al menos al morir hubiera podido hacer desaparecer aquellas cartas malditas, pero cuando caí, agotada, casi desmayada, noté que me las arrancaba. Entonces cerré los ojos y esperé...

»No fue un grito lo que él lanzó. Fue un estertor. Y sin embargo, cuando lo miré, me pareció que había recuperado toda su calma. Adiviné, sin embargo, la espantosa tempestad que se agitaba en su cerebro... Yo tenía otra tarea que cumplir: era negar, incluso ante la evidencia... ¡Por desgracia, no había leído

aquellas cartas..., no sabía que la verdad estallaba en cada línea! Él me escuchaba casi sonriente. Entonces tuve miedo de que aquella calma ocultase alguna siniestra resolución... le hablé de usted, Georges, usted, a quien tanto amaba, y que (recuerdo que empleé esta expresión) se había ganado con veinte años de amor el derecho a decirse su hijo. Transcurría la noche. Me parecía casi convencido, no puedo decir que consolado; pero no sospeché nada. Despacio, con palabras tiernas y consoladoras, me obligó a volver a mi cuarto. ¡No habría debido dejarlo solo!... ¡Pero estaba agotada!... Me dormí en un sillón... El resto, ya lo sabe usted.

El señor de Samereuil lloraba. Georges, ahora impasible, tenía los ojos abiertos, fijos en el revestimiento de la pared. Fue un momento de cruel angustia.

Entonces Georges dijo:

—Había solicitado un permiso para quedarme un tiempo al lado del señor de Morlaines. Voy a irme. No me pidan que me quede. ¡Es imposible! Eso sería recordarme lo que soy... Quiero tener a mi alrededor el espacio de los grandes mares, vivir fuera del mundo... Es más que mi voluntad, es mi deber... ¿No es cierto, señor de Samereuil?

El comandante inclinó la cabeza. Era su aprobación.

—En cuanto a usted, señora —añadió Georges volviéndose hacia la señora de Morlaines—, quiero pedirle un favor...

—Señor Georges —respondió la joven—, el señor de Morlaines lo amó como a su hijo hasta la hora suprema... A usted le corresponde amar y olvidar cómo ha muerto... Lo obedeceré como si él mismo me hablase...

—Querría que este secreto permaneciese sepultado por siempre en nuestras almas...

—¡Se lo juro! —exclamó Marie.

—Cuando me vaya, le dejaré un poder general... Sí, actuaré como si realmente fuese el heredero del señor de Morlaines... Usted dispondrá de su fortuna... Solo le pido una cosa, ¡haga que amen, haga que bendigan su memoria!

—Y ahora —dijo Georges levantándose— les digo adiós... No volverán a verme nunca.

—¡Amigo mío! ¡Hijo mío! —exclamó el señor de Samereuil abrazándolo.

—No me dé el nombre de hijo —respondió Georges con voz sorda—, oírlo me hace demasiado daño...

—Y a mí —dijo Marie tendiéndole la mano—, ¿no quiere llamarme madre?

—¡Eso sería insultarla! —respondió el marino con una rudeza involuntaria...

Salió. El señor de Samereuil y la señora de Morlaines no se habían atrevido a retenerlo.

En ese momento, los dos se dieron cuenta de que Germaine había desaparecido, sin que se hubieran dado cuenta del momento en que se marchó.

—¡Dios mío! —murmuró el señor de Samereuil—, ¡si ella hablase!

—Solo me odiaba a mí —dijo Marie.

Dos días después, la señora de Morlaines recibía de Georges de Morlaines los más amplios poderes para gestionar los bienes que le dejaba su padre.

Después se supo por los periódicos que se había embarcado en un navío del Estado destinado a realizar una exploración de los mares australianos.

Al mismo tiempo, en la sección de sucesos, se había mencionado un suicidio. Una mujer vieja se había tirado al Sena, y su cadáver había sido trasladado a la morgue.

Era Germaine.

Seis meses más tarde, a la señora de Morlaines se le notificó la muerte de Georges, quien, por testamento, le había legado toda su fortuna. Ella cumplió el juramento que había prestado. Esa fortuna pertenece a los pobres...

¹³¹ Antiguo juego de las tablas reales, parecido al de las damas donde «se combina la habilidad con el azar, ya que son los dados los que deciden el movimiento» (DRAE).

¹³² *Legua*: medida itineraria, variable según los países o regiones, definida teóricamente por el camino que regularmente se anda en una hora; la legua francesa medía 4,44 km, mientras la española era de 5,572 km.

ALPHONSE ALLAIS

LA BÚSQUEDA DE LA DESCONOCIDA

En los consejos que se dan a los jóvenes, nunca se insistirá suficiente en los disgustos que pueden resultar para ellos de actos de violencia mal calculados o de crímenes realizados a la ligera.

El breve relato que, damas y caballeros, tienen a bien conocer, servirá de clamorosa consagración de esta tesis.

Un buen muchacho —porque, a pesar de su carácter espontáneo, era un buen muchacho— asistía una mañana a los funerales de una dama fallecida, que era la esposa de uno de sus amigos.

De complexión poco mística, solo aportaba a la celebración del servicio religioso un alma nada enternecida, templada además por una vaga impaciencia.

De repente...

¡No sonrían los maliciosos! ¡Quién sabe si el mismo fenómeno no les acecha al volver la esquina!

De repente...

Como el firmamento, el corazón tiene sus meteoros, sus cometas, sus fulgores.

De repente, nuestro amigo siente en el centro de su aparato sentimental-cardíaco..., nuestro amigo siente el flechazo.

En el lateral izquierdo de la nave, el lado de las damas, a dos pasos de él, acababa de ver a la más encantadora de las criaturas con que Dios ha espolvoreado nuestro globo.

Se la describiría de buena gana, pero siento que serían esfuerzo y tiempo perdidos.

Además, como por lo que a mí se refiere no la conocí nunca, ignoro si es bella o fea, joven o vieja, si tiene los ojos rubios, negros o rojizos, si sus cabellos son azules, verdes o de color violeta.

Además, vuelvo a repetirlo, ¡qué importa!

Lo esencial es constatar que el pobre muchacho sintió el flechazo, el famoso flechazo.

«He ahí una mujer —solo tuvo fuerzas para decirse a sí mismo—, he ahí una mujer sin la que de ahora en adelante la vida me parecerá como la más negra de las nadas».

Y se juró a sí mismo saber quién era, y, sin perjuicio de casarse con ella, hacerla suya inmediatamente.

¿Casada? Pues entonces se haría desaparecer al importuno.

Acabada la misa, mientras en la salida el pobre viudo estrechaba, hasta triturarla, la mano de nuestro amigo, la desconocida desapareció.

¡La desconocida desapareció!

Y en el pórtico de la iglesia, siempre fulgurante, pero ahora apagado, el hombre del flechazo estaba allí, jadeante, agitándose, escudriñando, negándose ferozmente a creer en su desamparo. Permaneció allí hasta la noche, esperando, en no sé qué demencia, que la desconocida volviera a pasar por aquel sitio, se echaría en sus brazos, declarándole: «También yo te amo; ¡partamos para las islas Jónicas!».

La noche cayó, negra.

A la mañana siguiente, el día se levantó más negro todavía, y así los demás.

Resultaron inútiles todas las pesquisas que el desdichado hizo a fin de encontrarla...

Como no podía seguir resistiéndolo, al llegar a los peores extremos, tuvo consigo mismo este frío lenguaje:

—Esa mujer asistía a la misa celebrada por las exequias de la esposa de mi amigo... Por lo tanto, es una amiga de su familia... Si mi amigo muriese, no hay duda de que ella asistiría también a la parte religiosa de sus funerales... Voy a matar a mi amigo y volveré a verla.

Mató a su amigo, pero no vio a la desconocida.

Como resultado del asesinato, en efecto, agentes de Policía lo habían detenido, y unos meses más tarde las gentes de la justicia lo condenaban a muerte, con la más divertida desenvoltura.

Feliz por haberse liberado de una existencia que ya carecía de sentido, caminaba alegremente hacia la guillotina cuando, de repente, lanzó un gran grito.

Gracias a una autorización especial, rara vez concedida, una joven se encontraba entre la privilegiada concurrencia admitida a acercarse al pie del cadalso.

¡Su desconocida!

¡Justo a tiempo!

OCTAVE MIRBEAU

LAS BOCAS INÚTILES

El día en que quedó bien demostrado que el tío François no podía seguir trabajando, su mujer, mucho más joven que él y muy viva, con dos ojillos brillantes de avaricia, le dijo:

—¿Y qué es lo que quieres, marido?... Cuando estás ahí afligiéndote durante horas... Todo tiene un final en este mundo... Eres tan viejo como el puente del Bernache, tienes casi ochenta años, los riñones tan contraídos como un viejo olmo desmochado... Tienes que ser razonable, descansa.

Y esa noche no le dio nada de cenar. Cuando él vio que el pan y la jarra de bebida no estaban encima de la mesa, según la costumbre, el tío François sintió frío en el corazón. Dijo con una voz trémula, con una voz humillada e implorante:

—Tengo hambre, mujer... quisiera mi pequeño mendrugo...

Entonces ella respondió, sin enfadarse:

—¡Tienes hambre!... tienes hambre... es una desgracia, mi pobre viejo..., pero no puedo hacer nada... Cuando no se trabaja... no se tiene derecho a comer... Hay que ganarse el pan que uno come... ¿No es cierto?... Un hombre que no trabaja no es un hombre, ya no es nada de nada... Es peor que una piedra en un jardín, es peor que un árbol muerto contra un muro...

—Pero si no puedo... Allá, lo sabes de sobra... —replicó el buen hombre—, yo querría, pero como no puedo... porque las piernas y los brazos ya no quieren...

—¿Te reprocho acaso algo? ¿Es acaso culpa mía? Hay que ser justos en

todo... Yo soy justa... Tú has trabajado, y has comido... Ya no trabajas, pues bien, ya no comes... Eso es todo. ¡Y no hay nada más que decir! Es como dos y dos son cuatro. ¿Guardarías en la cuadra, con el pesebre lleno y avena en el comedero, a un viejo rocín que ya no se sostuviera sobre sus piernas?... ¿Lo conservarías?

—Claro que no —respondió sin mentir el tío François, a quien esa comparación pareció abrumar por su implacable justicia.

—Ahí lo tienes... Hay que ser razonable.

Y con voz gangosa, recomendó:

—Si tienes hambre, cómete el puño... y guarda el otro para mañana.

La mujer iba y venía por el cuarto muy pobre pero muy limpio, colocando todo con orden, para adelantar su labor del día siguiente —porque desde ahora tenía que trabajar por dos— y, a fin de no perder tiempo, desgarraba con sus dientes rápidos un trozo de pan moreno y una manzana todavía no madura que había recogido bajo los árboles, en el patio...

El hombre la contempló con ojos tristes, unos ojillos parpadeantes que tal vez por primera vez conocieron lo que es una lágrima. Sintió pasar sobre él, sobre sus viejos huesos anquilosados, una inmensa y pesada angustia, porque sabía que ninguna discusión, ningún ruego, podrían doblegar aquella alma más dura que el hierro. Sabía también que esa terrible ley que ella le aplicaba, la hubiera aceptado para sí misma, sin el menor desfallecimiento, porque era estricta, sencilla y leal como el crimen. A pesar de todo, pero sin convicción, se aventuró a decir con una mueca astuta en los labios:

—Tenemos algunos ahorros...

Rápidamente la mujer gritó:

—¡Algunos ahorros!... ¡Algunos ahorros!... ¡Ah, bien, gracias!... Pero ¿has perdido la cabeza? Si hubiera que tocar nuestros ahorros, ¿adónde iríamos a parar, quieres decírmelo?... Y el hijo, para el que nos lo hemos ganado, ¿qué diría? No, no... Trabaja y tendrás pan... ¡No trabajes y no tendrás nada! Es lo justo... ¡Así es como debe ser!

—¡Está bien! —dijo el tío François.

Se puso de pie penosamente, lanzando grititos de dolor: «¡Oh, mis riñones, mis riñones!». Llegó hasta el cuarto de al lado, cuya puerta se abría

totalmente negra ante él, como una tumba.

Aquel terrible momento debía llegar, para él, como había llegado en el pasado para su padre, para su madre, a los que, brazos impotentes y bocas inútiles, también él, con un rigor implacable, les había negado el pan de los últimos días sin trabajo. Hacía mucho que veía llegar aquel momento. A medida que sus fuerzas menguaban, menguaban también las raciones parsimoniosamente reguladas de sus comidas. Primero se había escatimado en la carne de los domingos y los jueves, luego en las verduras de todos los días. Ahora le llegaba el turno al pan, que le quitaban de la boca. No se quejó y se dispuso a morir, en silencio, sin un grito, como una planta demasiado vieja, cuyos tallos resecos y raíces podridas ya no reciben las savias de la tierra.

Él, que no había soñado nunca, esa noche soñó con su última cabra. Era una cabra muy vieja y muy dulce, totalmente blanca, con unos cuernecitos negros y una larga perilla parecida a la de los diablos de piedra que brincan en el pórtico de la iglesia. Después de haber dado durante mucho tiempo preciosos cabritillos y buena leche, su vientre se había vuelto estéril y sus ubres se habían secado. Sin embargo, no costaba nada en alimento ni en pajaza, y no molestaba a nadie. Atada a la estaca, todo el día, a unos metros de la casa, pastaba las puntas de aulagas de la landa comunal y paseaba, en toda la longitud de la cuerda, balando alegremente a la gente que pasaba a lo lejos, por el sendero. Él habría podido dejarla morir así. Pero una mañana la había degollado porque es necesario que todo lo que ya no produce nada, leche, semillas o trabajo, desaparezca y muera. Y volvía a ver el ojo de la cabra, su ojo tiernamente sorprendido, su dulce ojo lleno de un afectuoso y moribundo reproche cuando, manteniéndola abatida entre sus muslos cerrados, revolvía la garganta sangrante con su cuchillo. Al despertarse, con la mente todavía invadida por su sueño, el tío François murmuró:

—Es justo... Un hombre es un hombre, como una cabra es una cabra... No tengo nada que decir... ¡Es justo!

El tío François no hizo el menor reproche, ni se soliviantó. No volvió a salir de su cuarto, no volvió a levantarse de su cama. Acostado de espaldas, con las piernas extendidas y juntas, con los brazos pegados a lo largo de sus piernas, la boca abierta y los ojos cerrados, se volvió inmóvil como un muerto. En esa posición de cadáver ya no sufría de sus riñones, no pensaba en nada, se adormecía en un letargo blando, en una somnolencia continua, que lo arrastraba lejos de la tierra, lejos de la atmósfera de su catre, en una especie de gran ola blanquecina, ilimitada, que atravesaban pequeños relámpagos rojos y en la que pululaban minúsculos insectos de fuego. Y de su cama se elevaba un hedor semejante al de un muladar.

Por la mañana, al ir al campo, su mujer lo encerraba con triple vuelta de llave. Por la noche, al volver, no le decía nada, ni siquiera lo miraba, y se acostaba cerca de la cama, en un jergón, donde se dormía con un sueño pesado, un sueño que ninguna pesadilla y ningún despertar interrumpían. En cuanto amanecía se dedicaba a sus tareas habituales con la misma actividad tranquila, como la misma comprensión del orden y de la limpieza.

El domingo siguiente lo empleó en reunir los harapos del viejo, remendarlos, y los ordenó con mucho cuidado en un rincón del armario. Por la noche fue a buscar al cura, para que administrase la extremaunción a su hombre, porque presentía cercano su final.

—¿Qué le pasa al tío François? —preguntó el cura.

—Está viejo... —respondió la mujer en tono perentorio—... ¡Tiene la muerte!... Le ha llegado el turno al pobre hombre.

El cura ungió los miembros del viejo con sus aceites santos, y recitó algunas oraciones.

—Pensaba que estaría peor de lo que está —dijo al irse.

—¡Es su turno!... —repitió la mujer.

Y al día siguiente, al entrar en el cuarto, ya no oyó aquella especie de pequeño estertor, de pequeño gluglú que salía de la nariz del viejo como de una botella que se vacía. Le tocó en la frente, en el pecho, en las manos, y lo encontró frío.

—¡Ha muerto! —dijo ella con cierta emoción, pero con un grave tono de respeto.

Los párpados del tío François estaban desencajados en el momento de la agonía final y dejaban al descubierto el ojo apagado, sin mirada. Los bajó con un toque rápido del pulgar, luego contempló, pensativa, durante unos segundos el cadáver, y pensó:

—Era un hombre ordenado, ahorrador, valiente... Se ha portado bien toda su vida... Ha trabajado mucho... Voy a ponerle una camisa nueva, el traje de la boda, una sábana muy blanca... Y luego, si el hijo quiere, podríamos comprarle una concesión por diez años... en el cementerio, como un rico...

GUILLAUME APOLLINAIRE

LA DESAPARICIÓN DE HONORÉ SUBRAC

A pesar de las búsquedas más minuciosas, la Policía no ha llegado a dilucidar el misterio de la desaparición de Honoré Subrac.

Era amigo mío y, como yo conocía la verdad sobre su caso, me sentí en la obligación de poner a la justicia al corriente de lo que había ocurrido. El juez que recogió mis declaraciones utilizó conmigo, tras escuchar mi relato, un tono de cortesía tan espantoso que no me costó mucho comprender que me tomaba por loco. Se lo dije. Fue más cortés aún; luego, levantándose, me empujó hacia la puerta, y vi a su escribano, de pie, con los puños apretados, dispuesto a saltar sobre mí si me ponía violento.

No insistí. El caso de Honoré Subrac es tan extraño, en efecto, que la verdad parece increíble. Por los relatos de los periódicos se ha sabido que Subrac pasaba por individuo extravagante. Tanto en invierno como en verano, solo llevaba una hopalanda, y para los pies únicamente utilizaba zapatillas. Era riquísimo, y como su indumentaria me sorprendía, un día le pregunté la razón:

—Es para desvestirme muy deprisa en caso de necesidad —me respondió—. De todos modos, uno se acostumbra enseguida a salir poco vestido. Se puede prescindir perfectamente de ropa interior, de calcetines y de sombrero. Vivo así desde los veinticinco años y nunca he estado enfermo.

En lugar de aclararme las cosas, estas palabras aguzaron mi curiosidad.

«Pero ¿por qué —pensé— necesita Honoré Subrac desvestirse tan deprisa?».

Y hacía un gran número de cábalas...

Una noche, cuando volvía a casa —podía ser la una, la una y cuarto —, oí pronunciar mi nombre en voz baja. Me pareció que venía de la pared que estaba rozando. Me detuve, desagradablemente sorprendido.

—¿No hay nadie más en la calle? —continuó la voz—. Soy yo, Honoré Subrac.

—Pero ¿dónde está usted? —exclamé, mirando a todas partes sin conseguir hacerme una idea del lugar en que mi amigo podía esconderse.

Lo único que descubrí fue su famosa hopalanda tirada en la acera, al lado de sus no menos famosas zapatillas.

«He aquí un caso —pensé— en que la necesidad ha obligado a Honoré Subrac a desvestirse en un abrir y cerrar de ojos. Por fin voy a conocer un gran misterio».

Y dije en voz alta:

—La calle está desierta, querido amigo, puede dejarse ver.

Bruscamente, Honoré Subrac se despegó en cierto modo de la pared, en la que yo no lo había visto. Estaba totalmente desnudo, y lo primero que hizo fue apoderarse de su hopalanda, ponérsela y abotonársela lo más rápido que pudo. Luego se calzó y, deliberadamente, me habló mientras me acompañaba hasta mi puerta.

—¡Le ha sorprendido! —dijo—, pero ahora comprenderá la razón por la que me visto de forma tan extravagante. Y sin embargo no ha comprendido usted cómo he podido escapar de manera tan completa a su mirada. Es muy sencillo. Solo hay que ver en ello un fenómeno de mimetismo... La naturaleza es una buena madre. Ha concedido a aquellos hijos suyos amenazados por peligros, y que son demasiado débiles para defenderse, el don de confundirse con lo que los rodea... Pero todo esto ya lo sabe usted. Sabe que las mariposas

se parecen a las flores, que ciertos insectos son semejantes a hojas, que el camaleón puede asumir el color que mejor lo oculta, que la liebre de los polos se ha vuelto blanca como las regiones glaciales donde, tan medrosa como la de nuestros barbechos, sale a escape casi como si fuera invisible.

»Estos débiles animales escapan de sus enemigos así, gracias a una capacidad instintiva para el ingenio que modifica su aspecto.

»Y yo, a quien sin cesar persigue un enemigo, yo, que soy miedoso y que me siento incapaz de defenderme en una pelea, imito a esos animales: me confundo a voluntad y por terror con el medio ambiente.

»Ejercí por primera vez esa facultad instintiva hace ya cierto número de años. Tenía veinticinco, y, por lo general, las mujeres me encontraban agradable y apuesto. Una de ellas, que estaba casada, me demostró tanta amistad que no pude resistir. ¡Fatal relación! Una noche estaba yo en casa de mi amante. Su marido, supuestamente, había salido de viaje por varios días. Estábamos desnudos como divinidades cuando de pronto se abrió la puerta y apareció el marido revólver en mano. Mi terror fue indecible, y solo tuve un deseo, cobarde como era y como sigo siendo: desaparecer. Me pegué a la pared deseando confundirme con ella. Y el acontecimiento imprevisto se materializó al punto. Me volví del color del papel de la pared, y como mis miembros se aplanaron en un estiramiento voluntario e inconcebible, me pareció que formaba parte de la pared y que ya nadie me veía. Era cierto. El marido me buscaba para matarme. Me había visto, y era imposible que me hubiera escapado. Se puso como loco y, volviendo su rabia contra su mujer, la mató salvajemente disparándole seis tiros de revólver en la cabeza. Luego se marchó, llorando desesperadamente. Después de su partida, mi cuerpo recuperó por instinto su forma normal y su color natural. Me vestí y conseguí irme antes de que llegase nadie... Desde entonces he conservado esta afortunada facultad, que deriva del mimetismo. El marido, como no me había matado, ha dedicado su existencia al cumplimiento de esa tarea. Me persigue desde hace mucho por todo el mundo, y yo pensaba haber escapado de él viniendo a vivir a París. Pero, poco antes de que usted pasara he visto a ese hombre. El terror ha hecho castañetear mis dientes. Solo he tenido tiempo de quitarme la ropa y confundirme con la pared. Ha pasado a mi lado, mirando

curiosamente esa hopalanda y esas zapatillas abandonadas en la acera. Ya ve cuánta razón tengo vistiéndome de forma sumaria. Mi facultad mimética no podría ejercerse si fuera vestido como todo el mundo. No podría desnudarme con la suficiente rapidez para escapar de mi verdugo, y ante todo importa que yo esté desnudo, para que mis ropas, pegadas a la pared, no vuelvan inútil mi desaparición defensiva.

Felicité a Subrac por una facultad cuya materialización había visto y que le envidiaba...

Durante los días siguientes solo pensé en este asunto y me sorprendía a mí mismo cada dos por tres forzando mi voluntad a fin de modificar mi forma y mi color. Intenté transformarme en autobús, en torre Eiffel, en académico, en ganador del premio gordo de la lotería. Mis esfuerzos resultaron inútiles. No lo conseguía. Mi voluntad no poseía fuerza suficiente, y además me faltaba aquel santo terror, aquel formidable peligro que había despertado los instintos de Honoré Subrac...

Hacía algún tiempo que no lo había visto cuando, un día, llegó enloquecido:

—Ese hombre, mi enemigo —me dijo—, me acecha por todas partes. He conseguido escapar tres veces poniendo en práctica mi facultad, pero tengo miedo, querido amigo, tengo miedo.

Vi que había adelgazado, pero me guardé mucho de decírselo.

—Solo le queda una cosa por hacer —le dije—. Para escapar a un enemigo tan despiadado, ¡márchese! Escóndase en un pueblo. Deje en mis manos el cuidado de sus asuntos y diríjase a la estación más cercana.

Me estrechó la mano diciendo:

—Acompáñeme, se lo suplico, tengo miedo.

En la calle, caminamos en silencio. Honoré Subrac volvía constantemente la cabeza con aire inquieto. De pronto lanzó un grito y echó a correr desembarazándose de su hopalanda y de sus zapatillas. Vi que detrás de nosotros llegaba un hombre corriendo. Traté de detenerlo. Pero se me escapó. Llevaba un revólver, que apuntaba en dirección a Honoré Subrac. Este acababa de alcanzar un largo muro de cuartel y desapareció como por encanto.

El hombre del revólver se detuvo estupefacto, lanzando una exclamación rabiosa y, como para vengarse del muro que parecía haberle robado a su víctima, descargó su revolver en el punto en que Honoré Subrac había desaparecido. Luego se fue corriendo...

Se congregó la gente, unos guardias llegaron para dispersarla. Entonces llamé a mi amigo. Pero no me respondió.

Tanteé la pared, *todavía estaba tibia*, y observé que, de las seis balas de revólver, tres habían penetrado a la altura *del corazón de un hombre*, mientras las otras habían rayado el yeso, más arriba, en el punto donde me pareció distinguir vagamente, vagamente, el contorno de un rostro.

GASTON LEROUX

EL HACHA DE ORO

Hace de esto muchos años, yo me encontraba en Gersau, pequeña estación balnearia en el lago de los Cuatro Cantones, a unos kilómetros de Lucerna¹³³. Había decidido pasar allí el otoño para terminar algún trabajo, en medio de la paz de ese encantador pueblo que refleja sus viejos tejados puntiagudos en una onda romántica por donde se desliza la barca de Guillermo Tell. En aquel final de otoño, los turistas habían huido y todos los horribles fanfarrones bajados de Alemania con sus *alpenstocks*¹³⁴, sus bandas para las piernas y su sombrero redondo inevitablemente adornado con una pluma ligera, habían vuelto a subir hacia sus jarras de cerveza y su chucrut y sus *gros concerts*, dejándonos por fin libre el país entre el Pilatus, los Mitten y el Rigi¹³⁵.

En la mesa común del hotel se encontraba a lo sumo media docena de huéspedes que simpatizaban y, al llegar la noche, se contaban los paseos del día o tocaban un poco de música. Una vieja dama, siempre envuelta en velos negros, que, cuando el pequeño hotel estaba lleno de viajeros ruidosos, no había dirigido nunca la palabra a nadie, y que siempre nos había parecido algo así como la personificación de la tristeza, se reveló pianista de primer orden y, sin hacerse rogar, nos tocó Chopin y sobre todo cierta nana de Schumann en la que ponía una emoción tan divina que hacía brotar las lágrimas a nuestros ojos. Todos le quedamos tan agradecidos por las dulces horas que nos había hecho pasar que, en el momento de irse, en vísperas del invierno, recogimos a escote dinero para ofrecerle un recuerdo de nuestra temporada en Gersau.

Uno de nosotros, que se dirigía aquel día a Lucerna, fue el encargado de comprar el regalo. Volvió por la noche con un broche de oro que representaba una pequeña hacha.

Pero ni esa noche ni la siguiente volvimos a ver a la vieja dama. Los huéspedes que se iban me dejaron el hacha de oro.

Las maletas de la dama no habían abandonado el hotel, y yo esperaba verla volver de un momento a otro, tranquilizado por el hostelero que me decía que la viajera acostumbraba a escaparse y que no había ninguna razón para la preocupación.

De hecho, la víspera de mi marcha, cuando daba una última vuelta al lago y me había detenido en la capilla de Guillermo Tell, vi aparecer, en el umbral del santuario, a la vieja dama.

Nunca como en aquel momento me había impresionado tanto la inmensa desolación de su rostro, surcado por gruesas lágrimas, y nunca hasta entonces había observado tan bien las huellas todavía visibles de su antigua belleza. Ella me vio, bajó su velillo y descendió hacia la calle. Sin embargo, no dudé en alcanzarla y, saludándola, le comuniqué la pesadumbre de los viajeros. Por último, como llevaba conmigo el regalo, le entregué la cajita en la que estaba el hacha de oro.

Ella abrió la caja con una dulce y lejana sonrisa, pero tan pronto como vio el objeto que había dentro se puso a temblar de una forma horrible, se echó hacia atrás alejándose de mí como si tuviera que temer algo de mi presencia, y, con un gesto insensato, arrojó el hacha al lago.

Aún me encontraba atónito por aquella acogida inexplicable cuando ella ya me pedía perdón sollozando. Había allí, en aquella soledad, un banco. Nos sentamos. Y, después de algunos lamentos contra el destino que no me permitieron comprender nada, este fue el extraño relato que me hizo, la sombría historia que me confió y que yo no debía olvidar nunca. Porque, en verdad, no conozco destino más espantoso que el de la vieja dama de velos negros que nos tocaba con tanta emoción la nana de Schumann.

—Lo sabrá usted todo —me dijo—, porque voy a abandonar para siempre este país que por última vez he querido ver de nuevo. Y entonces comprenderá por qué he tirado al lago el hachita de oro. Yo, señor, nací en Ginebra, en el

seno de una excelente familia. Éramos ricos, pero desgraciadas operaciones de bolsa arruinaron a mi padre, que murió por ello. A los dieciocho años, yo era muy bella, pero sin dote. Mi madre había perdido la esperanza de casarme. Sin embargo, quiso asegurar mi destino antes de ir a reunirse con mi padre.

»Tenía yo veinticuatro años cuando un partido, que todo el mundo consideraba inesperado, se presentó. Un joven de la región de Brisgau, que venía a pasar todos los veranos a Suiza y al que habíamos conocido en el casino de Évian, se enamoró de mí y lo amé. Herbert Gutmann era un muchacho alto, dulce, sencillo y bueno. Parecía unir las cualidades del corazón a las del espíritu. Gozaba de cierta holgura económica, sin ser rico. Su padre todavía se dedicaba al comercio y le pasaba una pequeña renta para viajar, esperando que Herbert lo sucediese. Debíamos ir todos juntos a ver al viejo Gutmann a su finca de Todtnau, en plena Selva Negra, cuando la mala salud de mi madre precipitó de una forma singular los acontecimientos.

»Como ya no se sentía con fuerzas para viajar, mi madre regresó apresuradamente a Ginebra, donde recibió de las autoridades civiles de Todnaü, a petición suya, los mejores informes sobre el joven Herbert y su familia. El padre había empezado siendo un honrado leñador, luego había dejado la región y había vuelto tras haber hecho una pequeña fortuna «en los bosques». Eso era, al menos, todo lo que se sabía de él en Todtnau.

»Mi madre no necesitó más para apresurar todas las formalidades que debían desembocar en mi boda, ocho días antes de su muerte. Murió en paz, y, como decía, “tranquila sobre mi destino”.

»Mi marido me ayudó a superar el dolor de una prueba tan cruel con todos los cuidados con los que me rodeó y su incansable bondad. Antes de volver al lado de su padre, vinimos a pasar una semana a esta región, a Gersau, luego, para mi gran asombro, emprendimos un largo viaje, siempre sin haber visto al padre. Mi tristeza se habría disipado poco a poco si, a medida que pasaban los días, no me hubiera dado cuenta, casi con terror, de que mi marido estaba de un humor cada vez más sombrío.

»Eso me sorprendió más allá de cuanto pueda decir porque Herbert, en Évian, me había parecido un carácter agradable y muy extrovertido. ¿Debía

descubrir que toda aquella alegría de entonces era ficticia y ocultaba un profundo dolor? ¡Ay!, los suspiros que lanzaba cuando se creía solo y la turbación a veces inquietante de su sueño apenas me dejaban esperanza, y decidí interrogarlo. A las primeras palabras que aventuré sobre el tema, me respondió riendo a carcajadas, tratándome de cabecita loca y abrazándome apasionadamente, demostraciones todas ellas que solo sirvieron para convencerme más de que me encontraba frente al más doloroso misterio.

»Yo no podía ocultarme que, en la forma de ser de Herbert, había algo que se parecía muy de cerca a los remordimientos. Y, sin embargo, habría jurado que él era incapaz de acción alguna, no digo baja o infame, sino incluso poco delicada. En esto, el destino que se encarnizaba persiguiéndome nos golpeó en la persona de mi suegro, cuya muerte supimos cuando nos encontrábamos en Escocia. Esta noticia funesta abatió a mi marido más de lo que puedo expresar. Permaneció toda la noche sin decirme una palabra, sin llorar, sin dar la impresión incluso de oír las dulces frases de consuelo con las que, a mi vez, trataba de darle ánimos. Parecía abrumado. Por fin, con las primeras horas del alba, se levantó del sillón en que se había desmoronado, me mostró un rostro espantosamente devastado por un dolor sobrehumano y me dijo en un tono desgarrador:

—¡Vamos, Élisabeth, hay que volver! ¡Hay que volver!

»Estas últimas palabras parecían tener en su boca y por el tono en que las decía un sentido que yo no llegaba a comprender. Era una cosa tan natural aquel regreso al país de su padre en un momento como aquel que yo no podía captar la razón por la que parecía luchar contra esa necesidad de volver. A partir de ese día, Herbert cambió por completo, se volvió terriblemente taciturno, y más de una vez lo sorprendí sollozando a lágrima viva.

»El dolor causado por la pérdida de un padre amado no podía explicar todo el horror de nuestra situación, porque no hay nada más horrible en el mundo que el misterio, el profundo misterio que se desliza entre dos seres que se adoran para apartarlos de pronto el uno del otro en las horas más tiernas, y hacerlos mirarse el uno a otro sin comprenderse.

»Habíamos llegado a Todtnau¹³⁶ justo a tiempo para rezar sobre una tumba todavía reciente. Ese pequeño burgo de la Selva Negra, que se eleva a unos

pasos del Valle del Infierno, era lúgubre y apenas había en él sociedad para mí. La morada del viejo Gutmann, en la que nos instalamos, se alzaba en la linde del bosque.

»Era un sombrío chalé aislado, que no recibía más visita que la de un viejo relojero del lugar al que se consideraba rico, que había sido amigo del viejo Gutmann y que aparecía de vez en cuando, a la hora del almuerzo o de la cena, para hacerse invitar. No me gustaba aquel fabricante de cucos, prestamista a corto plazo que, si era rico, todavía era más avaro e incapaz de la menor delicadeza. Tampoco Herbert apreciaba a Frantz Basckler, pero, por respeto a la memoria de su padre, seguía recibéndolo.

»Basckler, que carecía de descendientes, había prometido repetidas veces al padre que no tenía más heredero que su hijo. Cierta día, Herbert me habló de eso con la más franca repugnancia, y entonces también volví a tener la oportunidad de juzgar su noble corazón.

—¿Te agradaría heredar de ese viejo roñoso que ha hecho su fortuna con la ruina de todos los pobres relojes del Valle del Infierno? —me decía.

—¡Claro que no! —le respondí—. Tu padre nos ha dejado alguna hacienda, y lo que ganes honradamente bastará para permitirnos vivir, incluso si el cielo tiene a bien enviarnos un hijo.

»No había terminado de pronunciar esa frase cuando vi que Herbert se volvía de una palidez de cera. Lo tomé en mis brazos, porque creía que iba a indisponerse, pero la sangre volvió a su rostro y exclamó con fuerza:

—Sí, sí, eso es lo único verdadero, tener la conciencia para uno mismo.

«Y tras estas palabras escapó como un loco.

»Algunas veces se ausentaba un día, dos días, debido a su comercio, que consistía, según me dijo, en comprar lotes de árboles todavía en pie y revenderlos a empresarios. No trabajaba él mismo; dejaba a los otros, me decía, la tarea de hacer con los árboles traviesas de ferrocarril si la materia era de menor calidad, estacas o mástiles de navíos si esa calidad era superior. Lo único que había que hacer era entender. Y había recibido esa ciencia de su padre. Nunca me llevaba con él en sus viajes. Me dejaba sola en la casa con una vieja criada que me había recibido con hostilidad y de la que me escondía para llorar, porque yo no me sentía feliz. Estaba segura de que Herbert me

ocultaba algo, una cosa en la que él pensaba sin cesar, y de la que, como yo tampoco sabía nada, no conseguía apartar mi pensamiento.

»¡Además, aquel gran bosque me daba miedo! ¡Y la criada me daba miedo! ¡Y el viejo Basckler me daba miedo! Y aquel viejo chalé. Era enorme, con montones de escaleras por todas partes que llevaban a corredores por los que no osaba aventurarme. En concreto había al final de uno de ellos un pequeño gabinete en el que había visto entrar dos o tres veces a mi marido, pero en el que yo nunca había entrado. Nunca podía pasar delante de la puerta siempre cerrada de aquel gabinete sin estremecerme. Era detrás de aquella puerta donde Herbert se retiraba, según me decía, para hacer sus cuentas y pasar a limpio sus libros, pero también era detrás de aquella puerta donde yo lo había oído gemir, completamente solo, con su secreto.

»Una noche que mi marido se había ido a una de sus giras, cuando me esforzaba en vano por dormirme, mi atención se vio atraída por un ligero ruido bajo mi ventana, que había dejado entreabierta debido al gran calor. Me levanté con precaución. El cielo estaba enteramente oscuro y grandes nubes ocultaban las estrellas. Apenas si podía distinguir las grandes sombras amenazadoras de los primeros árboles que rodeaban nuestra morada. Y no vi con claridad a mi marido y a la criada hasta el momento en que pasaban debajo de mi ventana, con mil precauciones, caminando sobre el césped para que yo no oyese el ruido de sus pasos, y llevando cada uno, por una empuñadura, una especie de larga malla, bastante estrecha, que yo no había visto nunca. Entraron en el chalet y no los oí ni vi durante más de diez minutos.

»Mi angustia superaba todo lo que se pueda imaginar. ¿Por qué se escondían de mí? ¿Cómo no había oído yo llegar el pequeño cabriolé en el que volvía Herbert? En ese momento, me pareció oír piafar a lo lejos. Y apareció la sirvienta, atravesó los arriates de césped, se perdió en la oscuridad y no tardó en volver con nuestra yegua, ya desenganchada, a la que hacía caminar sobre la tierra blanca. ¡Cuántas precauciones para no despertarme!

»Más asombrada cada vez de no ver a Herbert entrar en nuestro cuarto como hacía en cada uno de sus regresos nocturnos, me puse de prisa una bata y empecé a vagar por la sombra de los corredores. Mis pasos me llevaron de

forma muy natural hacia el pequeño gabinete que tanto miedo me daba. Y aún no había penetrado en el pequeño corredor que llevaba a él cuando oí a mi marido ordenar con una voz sorda y ruda a la sirvienta, que subía:

—¡Agua!... ¡Tráeme agua! Agua caliente, ¿me oyes? ¡Esto no sale!

»Me detuve y contuve el aliento. Por lo demás, ya no podía respirar. Me ahogaba, tenía el presentimiento de que acababa de ocurrirnos una horrible desgracia. De repente, me vi sacudida de nuevo por la voz de mi marido, que decía:

—¡Ah, por fin!... ¡Ya ha salido!...

»La sirvienta y él siguieron hablando en voz baja y luego oí los pasos de Herbert. Eso me devolvió las fuerzas y corrí a encerrarme en mi cuarto. No tardó él en llamar, hice como que estaba dormida y que me despertaba; por fin, le abrí. Yo llevaba una vela en la mano, que se me cayó al ver su rostro, era terrible.

—¿Qué te pasa? —me preguntó tranquilamente—, ¿todavía estás soñando? Acuéstate entonces.

»Quise encender de nuevo la vela, pero él se opuso, y fui a echarme en mi cama. Pasé una noche atroz. A mi lado, Herbert daba vueltas y más vueltas, lanzaba suspiros y no dormía. No me dijo una palabra. Al amanecer, se levantó, depositó un beso helado en mi frente y se fue. Cuando bajé, la sirvienta me entregó una nota suya anunciándome que se veía obligado a estar ausente de nuevo durante dos días.

»A las ocho de la mañana, me enteraba por los obreros que iban a Neustadt de que habían encontrado al viejo Basckler asesinado en un pequeño chalé que poseía en el Valle del Infierno y donde algunas veces pasaba la noche cuando sus negocios de usura lo habían retenido demasiado tiempo entre los campesinos. Basckler había recibido un terrible hachazo en cabeza que se la había partido en dos, una auténtica labor de leñadores.

»Volví a casa agarrándome a las paredes. Y fue también hacia el fatal y pequeño gabinete hacia donde me arrastré. No habría podido decir exactamente qué pasaba por mi cabeza, pero tenía necesidad de saber qué había detrás de aquella puerta después de las palabras de la noche y del semblante que le había visto a Herbert. En ese momento, la sirvienta me vio y

me gritó con un tono perverso:

—Deje esa puerta tranquila, sabe de sobra que el señor Herbert le ha prohibido tocarla. ¡Pues sí que habrá adelantado mucho cuando sepa lo que hay detrás!

»Y la oí alejarse con una risa demoniaca. Me metí en la cama con fiebre. Estuve quince días enferma. Herbert me cuidó con una abnegación maternal. Creía haber tenido un mal sueño y ahora me bastaba con mirar su buen rostro para confirmarme en la idea de que yo no me encontraba en mi estado normal la noche que había creído ver y oír tantas cosas insólitas. Por lo demás, el asesino del viejo Basckler estaba detenido. Era un leñador de Bergen, a quien el viejo usurero había “sangrado” demasiado, y que se había vengado sangrándolo a su vez.

»Aquel leñador, un tal Mathis Müller, seguía proclamando su inocencia, pero, aunque no le hubieran encontrado ni una gota de sangre encima, ni sobre sus ropas, y aunque su hacha fuese casi como de acero nuevo, había al parecer suficientes pruebas de su culpabilidad para que no escapase al castigo.

»Nuestra situación no resultó modificada, como habríamos podido esperar, por la muerte del viejo Basckler y fue inútil que Herbert esperase un testamento que no existía.

»Para mi gran asombro, no pareció muy afectado por ello, y cierto día en que le pregunté sobre el asunto, me respondió muy nervioso:

—Pues sí, lo admito. ¡Había contado mucho con ese testamento, si quieres saberlo, mucho!

»Y su rostro, al decir esto, se había vuelto tan malvado que otra vez se me apareció el rostro de la misteriosa noche, y desde entonces ya no me abandonó. Era como una máscara siempre dispuesta que yo ponía sobre el semblante de Herbert, incluso cuando este era por naturaleza dulce y triste. Cuando el proceso de Mathis Müller tuvo lugar en Friburgo, me abalancé sobre los periódicos. Una frase que pronunció el abogado defensor me persiguió noche y día:

—Mientras no hayan encontrado el hacha que golpeó y las ropas manchadas de sangre del asesino de Basckler, no podrán condenar a Mathis

Müller.

»Sin embargo, Mathis Müller fue condenado a muerte, y debo decir que esa noticia alteró de forma extraña a mi marido. Por la noche, yo no soñaba más que con Mathis Müller. Él me asustaba, y también me espantaba mi pensamiento. ¡Ah, necesitaba saber! ¡Quería saber! ¿Por qué había dicho “Esto no sale”? ¿En qué labor se había ocupado esa noche, en el pequeño chalé misterioso?

»¡Una noche me levanté a tientas y le quité sus llaves!... Y me fui por los corredores... Había ido a buscar una linterna a la cocina... Llegué, rechinando los dientes, a la puerta prohibida... La abrí... y enseguida vi la maleta..., la maleta oblonga que tanto me había intrigado... Estaba cerrada con llave, pero no me costó mucho encontrar la llavecita allí, en el manojito... y levanté la tapa... Me puse de rodillas para ver mejor... y lo que vi me arrancó un grito de horror... Allí había ropas manchadas de sangre y el hacha todavía manchada de herrumbre que había golpeado...

»¿Cómo pude vivir las pocas semanas que precedieron a la ejecución del desgraciado al lado de aquel hombre, después de lo que había visto? ¡Tenía miedo a que me matase!...

»¿Cómo mi actitud, mis terrores, no le informaron? Porque en aquel momento su pensamiento entero parecía presa de un espanto tan grande por lo menos como el mío. ¡Mathis Müller no lo abandonaba! Para huir de él, sin duda, ahora iba a encerrarse en el pequeño gabinete y, a veces, lo oía dar enormes golpes que hacían resonar el techo y las paredes, como si se batiese con su hacha contra las sombras y los fantasmas que lo asaltaban.

»Cosa extraña y que al principio me pareció inexplicable: cuarenta y ocho horas antes del día fijado para la ejecución de Müller, Herbert recuperó de golpe toda su calma, una calma de mármol, una calma de estatua. La antevíspera por la noche, me dijo:

—¡Élisabeth, mañana me voy al amanecer, tengo un asunto importante por la parte de Friburgo! Quizá me vaya dos días, no te preocupes.

»Era en Friburgo donde debía tener lugar la ejecución, y, de repente, se me ocurrió que toda la serenidad de Herbert solo procedía de una gran resolución tomada.

»Iba a entregarse.

»Semejante pensamiento me alivió hasta tal punto que, por primera vez después de muchas noches, me dormí con un sueño de plomo. Ya era día avanzado cuando me desperté. Mi marido se había marchado. Me vestí de prisa y, sin decir nada a la sirvienta, corrí a Todnaü. Allí tomé un coche que debía llevarme a Friburgo. Llegué al anochecer. Corrí a la Casa de Justicia y la primera persona que vi, al entrar en aquella casa, fue a mi marido. Me quedé clavada en el sitio, y como no vi a Herbert volver a salir, quedé convencida de que se había entregado y de que inmediatamente había sido puesto a disposición del tribunal.

»La cárcel estaba entonces pegada a la Casa de Justicia. Di vueltas a ella como una desesperada. Durante toda la noche vagué por las calles, volviendo continuamente a esa lúgubre casa, y cuando los primeros rayos de la aurora empezaban a apuntar vi a dos hombres con levita negra que subían los escalones del palacio. Corrí hacia ellos y les dije que quería ver cuanto antes al fiscal, porque tenía que comunicarle el hecho más grave relativo al asesinato de Basckler.

»Uno de aquellos señores era precisamente el fiscal. Me rogó que lo siguiese y me hizo pasar a su despacho. Allí le dije mi nombre y añadí que, la víspera, él había debido de recibir la visita de mi marido. Me respondió que, en efecto, lo había visto. Y como se callaba después de decirme eso, me eché a sus plantas suplicándole que se apiadase de mí y me dijese si Herbert había confesado su crimen. Pareció asombrado, me hizo levantarme y me interrogó.

»Poco a poco le hice el relato de mi existencia tal como se la he contado a usted, y por fin le comuniqué el atroz descubrimiento que había hecho en el gabinete del chalé de Todnaü. Concluí jurando que yo nunca habría dejado que se ejecutase a un inocente, y que, si mi marido no se había denunciado él mismo, yo no habría dudado en informar a la justicia. Por último le pedí como gracia suprema que me dejase ver a mi marido.

—Va a verle usted, señora —me dijo—, tenga la bondad de seguirme.

»Me condujo, más muerta que viva, a la cárcel, me hizo atravesar corredores y subir una escalera. Allí, me situó ante una pequeña ventana enrejada que dominaba una gran sala y me dejó, rogándome que tuviera paciencia. Otras personas vinieron enseguida a colocarse igualmente ante aquella ventanita y miraron a la gran sala sin hablar. Hice como ellas. Estaba como pegada a los barrotes y tenía la aguda sensación de que iba a asistir a algo monstruoso. La sala iba llenándose de numerosos personajes que, en su totalidad, observaban el silencio más lúgubre. La luz iluminaba ahora mejor el espectáculo. En medio de la sala se distinguía con toda claridad una pesada pieza de madera que alguien, detrás de mí, nombró: era el tajo.

«¡Iban a ejecutar por tanto a Müller! Un sudor frío empezó a correr a lo largo de mis sienes, y no sé cómo, desde ese instante, perdí el conocimiento. Se abrió una puerta y apareció un cortejo al frente del cual avanzaba el condenado, estremeciéndose bajo su camisa escotada y el cuello desnudo. Tenía las manos atadas a la espalda y era sostenido por dos ayudantes. Un ministro del culto le murmuró algo al oído. El desgraciado tomó entonces la palabra –una pobre palabra temblorosa– para confesar su crimen y pedir perdón a Dios y a los hombres; un magistrado tomó acta de aquella confesión y leyó una sentencia; luego, los dos ayudantes empujaron al paciente de rodillas y le pusieron la cabeza sobre el tajo. Mathis Müller ya no daba el menor signo de vida cuando vi separarse de la pared, donde hasta entonces se había mantenido en la sombra, a un hombre de brazos desnudos y que llevaba un hacha al hombro. El hombre tocó la cabeza del condenado, apartó con un gesto a los ayudantes, levantó el hacha y dio un golpe terrible. Sin embargo, hubo de repetir la operación dos veces antes de que la cabeza cayese. Entonces la agarró por el pelo y se incorporó.

»¿Cómo había podido yo asistir hasta el final a semejante horror? Mis ojos, sin embargo, no podían apartarse de aquella escena sangrienta, como si aún tuvieran algo que ver... Y, en efecto, vieron... Vieron cuando el hombre se incorporó y levantó la cabeza, sosteniendo en su mano que temblaba su abominable trofeo... Lancé un grito desgarrador: ¡Herbert! Y me desmayé.

»Ahora, señor, ya lo sabe todo; me había casado con el verdugo. El hacha que había descubierto en el pequeño gabinete era el hacha del verdugo; las

ropas ensangrentadas, ¡las del verdugo! Estuve a punto de enloquecer en casa de una vieja pariente en la que, desde el día siguiente, me había refugiado, y no sé cómo sigo viva. En cuanto a mi marido, que no podía pasarse sin mí, porque me amaba más que a nada en este mundo, lo encontraron dos meses más tarde ahorcado en nuestro dormitorio. Recibí estas últimas palabras:

»Perdóname, Élisabeth —me escribía—. He intentado todos los oficios. Me echaron de todas partes cuando supieron el que hacía mi padre. Desde hora temprana tuve que decidirme a recoger esa herencia. ¿Comprendes ahora por qué uno es verdugo de padre a hijo? Había nacido hombre honrado. El único crimen que jamás he cometido en mi vida es haberte ocultado todo. ¡Pero yo te amaba, Élisabeth, adiós!«.

La dama de negro ya estaba lejos mientras yo seguía mirando estúpidamente el lugar del lago al que ella había arrojado la pequeña hacha de oro.

¹³³ La comuna suiza de Gersau se halla en el cantón de Schwyz, a orillas del lago de los Cuatro Cantones, de 214 m de profundidad. Hasta el siglo xvi llevó el nombre de lago de Lucerna, ciudad de la que dista 31,5 km.

¹³⁴ Término alemán: bastón ferrado utilizado por los excursionistas de montaña.

¹³⁵ Picos montañosos de los Alpes cercanos a Lucerna.

¹³⁶ Población alemana en Baden-Wurtemberg, estación de deportes de invierno. El Valle del Infierno (Höllental) de la Selva Negra, en el sudoeste de Alemania (Baden-Wurtemberg) permite al Rin atravesar el macizo meridional para desembocar en el alto Danubio. El impresionante valle de 9 km está encajonado entre altas paredes de roca.

CHARLES-LOUIS PHILIPPE

EL ASESINO

Fue durante las vacaciones. En aquel pensionado que tenía el padre Réveillard, solo quedaban tres. Estaba el padre Réveillard, evidentemente, luego un viejo cura muy raro, el padre Patin, que era el profesor de ciencias, y por último él, Henri Leroy, que se había quedado porque no habría sabido adónde ir y además porque era necesario que, de los seis criados, se quedase uno por lo menos para efectuar de vez en cuando la limpieza y para cocinar para los dos padres. Era uno de tantos descarriados como existen y que son criados en espera de otra cosa.

Y una hermosa mañana, a las siete menos cuarto exactamente, cuando Henri lustraba los zapatos del padre Réveillard, se le ocurrió una singular idea.

Se dijo:

«Para alguien que estuviera en mi puesto habría un buen golpe que dar. El padre Réveillard siempre deja su puerta abierta por la noche. Atravesar el dormitorio que separa mi cuarto del suyo, entrar mientras duerme, matarlo y luego apoderarse del dinero que hay en su escritorio»...

Y una vez que Henri la hubo concebido, esa idea se le metió de lleno en la cabeza, incluso arrastró con ella toda una serie de reflexiones que la hicieron ocupar mayor sitio todavía.

«El padre Patin duerme en el piso superior y no podrá oír nada».

Fue entonces cuando el joven, para saber bien en qué mundo vivía, para constatar de inmediato que no vivía en un mundo en el que se realizan

proyectos como esos, miró por la ventana del parque. Hacía buen tiempo, la luz era pura, los pájaros cantaban en los árboles. Era uno de esos claros días de verano en los que resulta imposible cometer una mala acción, porque las malas acciones exigen la complicidad de la sombra.

Sin embargo, por si acaso, y en ese mismo instante, Henri tomó sus precauciones. Inmediatamente fue en busca del padre Réveillard para darle cuenta de un hecho que acababa de asumir las proporciones de un acontecimiento afortunado:

—Padre, acabo de darme cuenta de que su zapato está descosiéndose. ¿Quiere ponerse las zapatillas mientras voy a remendarlo?

No sabía remendar muy bien los zapatos. No tenía lezna, rompió varias agujas grandes, empleó mucho tiempo, tuvo que gastar una gran cantidad de esa paciencia que es tan difícil y que solo se consigue al precio de un esfuerzo considerable. Ahorró al padre Réveillard el precio de una reparación de calzados.

Después, no esperó un segundo más y comenzó una tarea que, para quedar bien hecha, exigía varios días de trabajo. Comenzó una limpieza general del pensionado. Utilizó la lejía, el rastrillo, la escoba, los trapos para secarla. Se subía a las mesas, a las camas, a las sillas, trepaba por las escalas, instalaba andamios para alcanzar el techo de las salas. Trabajó durante tres días. ¡Cómo sudó! Empleó gran cantidad de esfuerzo. Solo pudo parar cuando el padre Réveillard le dijo:

—Vamos, no te canses tanto, muchacho. Ya tendrás tiempo de hacer eso unos días antes de que empiece el curso.

Lo había logrado, había alcanzado su objetivo. El viejo cura le había dirigido unas buenas palabras. Le estaba muy agradecido por ello. ¡Ahora iba a ser incapaz de hacerle daño!

Al día siguiente, Henri tuvo todavía una idea mejor. Hizo exactamente como si tuviera ganas de ejecutar el plan que había concebido. Esperó por la noche a que terminaran de sonar las doce. El padre Réveillard debía de estar acostado. Corriendo el riesgo de ser reñido, entró en su cuarto.

El viejo dormía sobre su mesilla de noche había una lámpara. Henri sintió su boca como si estuviera llena de un agua caliente y buena cuando se dio cuenta de que no tenía del todo ganas de matarlo. Con el ruido que hizo, el sacerdote se despertó. El joven había preparado una frase.

Dijo:

—Padre, no consigo dormir. Quisiera que me prestase un libro.

El padre Réveillard no pareció demasiado sorprendido por aquella visita nocturna. ¡Era tan bueno! Respondió:

—Tenías que habérmelo dicho, muchacho.

¿Qué libro le prestó? Henri no oyó el pequeño discurso que le soltó el sacerdote. Estaba totalmente concentrado en una idea.

«Ahora ha acabado todo. Si tuviera que cometer un asesinato, ¡sería este!».

Se llevó el libro. Lo leyó fielmente, para obedecer mejor a su maestro. Era el Evangelio. Se tomó el esfuerzo de comprender cada palabra, de captar el sentido de cada palabra, y, para complacer al padre Réveillard, sacar provecho de su lectura. Fue hasta el sermón de la montaña, y cuando llegó al pasaje en que se habla de los lirios y donde se dice que Salomón en toda su gloria no está vestido como uno de ellos, tuvo que detenerse. Sobre la tierra existía algo que se llama la belleza. Lágrimas de felicidad inundaban sus ojos ante un pensamiento tan alto. Agitó dentro de su cabeza imágenes relativas a la viña, al trigo, a los gorriones; se acordó encantado de que Jesús decía: «¡Haceos semejantes a niños!».

Pero ¿qué se tiene en la mente para que los malos pensamientos, una vez que han entrado, no puedan encontrar la forma de salir? Al día siguiente de ese día, cuando se despertó, Henri sintió en su cuerpo algo que lo recorría y que le daba una especie de fiebre. Durante la mañana, se empeñó en repetirse:

—¡Estoy enfermo!

Por la tarde, para demostrarse a sí mismo que estaba enfermo, se acostó totalmente vestido en la cama. Durmió, en efecto, con un sueño muy pesado.

Se levantó solo hacia las seis para preparar la cena. La sirvió a los dos padres, comió él mismo, aunque por otra parte muy poco. A las ocho, estaba en la cama. Se durmió enseguida.

Más tarde, hubiera podido hacer valer una gran excusa. A las once fue como si alguien lo despertase y le ordenara levantarse. Se vistió. A todos sus pensamientos se había añadido otro: «Soy criado y gano treinta francos al mes; en el escritorio del padre Réveillard tal vez haya varios miles de francos». De hecho, no se había hecho esa reflexión antes.

Con su vela en la mano, Henri bajó a la cocina y se apoderó de un martillo. Volvió a subir la escalera, atravesó todo el dormitorio, llegó al cuarto del padre Réveillard. Se tomó su tiempo para depositar la vela sobre la mesilla de noche. Era demasiado fácil hacer el mal para no hacerlo. Un gran martillazo, muy deprisa, en la sien del viejo sacerdote... No pudo dejar de exclamar:

—¡Ya está!

Luego respiró mejor.

Henri permaneció unos cinco minutos en el cuarto del padre Réveillard. Durante ese tiempo, los sentimientos que experimentaba eran ridículos. Estaba muy derecho junto al escritorio, miraba el mueble y no tenía demasiadas ganas de apoderarse del dinero que contenía. Al principio esperó, para que esas ganas tuvieran tiempo de dominarlo. Estaba muy cansado; tuvo la impresión de que para forzar un cajón hubiera necesitado en los brazos, en los hombros y en la nuca toda la fuerza que habría necesitado un gigante para levantar una montaña. Además, ¿qué habría podido hacer con el dinero?

De pronto, una idea monstruosa cruzó por su cabeza: no podía quedarse donde estaba. Fue presa de una sorprendente necesidad de huir. No pudo esperar ni un segundo más, huyó a escape.

Corrió largo rato por el parque. Cuando llegó a la tapia que lo cerraba, la agarró con las dos manos y se apoyó en ella con todo su peso, como si hubiera sido capaz de echarla abajo. Después la bordeó; luego, al no encontrarle fin, renunció a bordearla. Se detuvo; primero miró a su alrededor,

luego hacia arriba. Comprobó una cosa sorprendente: cuando las miró, las estrellas le hicieron daño a la vista.

Sin embargo, un pensamiento delicioso vino en su ayuda. ¡Sí, eso está bien! Dio media vuelta y llegó a la casa. ¿Qué iba a hacer? Bajó a tientas una escalera muy empinada. ¿Adónde iba? A veces no lo sabía. Fue a la bodega. Tanteó los muros. Le parecía que el universo entero era un gran muro húmedo que se tantea. Pero cuando hubo entrado en la bodega, ¡qué felicidad! La oscuridad era total. Hubiera sido capaz de habitar allí toda su vida. Las tinieblas recubrían su pensamiento; era como uno de esos animales nocturnos que se esconden en los agujeros y no querían que los viesen nunca. Se acostó, se durmió.

Al día siguiente, al despertarse, se encontraba mucho mejor. Subió hasta la habitación del padre Patin, que aún dormía. Lo sacudió y le soltó a la cara estas palabras:

—¡He matado al padre Réveillard!

Luego fue a la habitación de este. Cuando el padre Patin bajó, pocos instantes más tarde, vio a Henri, el asesino, que, inclinado sobre la cama del viejo, había cogido su cabeza entre los brazos y con un gesto de locura cubría su rostro de besos.

GASTON LEROUX

LA CENA DE LOS BUSTOS

El capitán Michel solo tenía un brazo, que le servía para fumar su pipa. Era un viejo lobo de mar al que yo había conocido al mismo tiempo que a otros cuatro lobos de mar, un atardecer, a la hora del aperitivo, en la terraza de un café de la vieja dársena, en Tolón. Y habíamos tomado la costumbre de reunirnos alrededor de la taza de café, a dos pasos del agua que chapotea y de las pequeñas barcas que bailan sobre el agua, a la hora en que el sol baja por la parte de Tamaris.

Los cuatro viejos lobos de mar se llamaban Zinzin, Dorat (el capitán Dorat), Bagatelle y Chanlieu (el maldito Chanlieu).

Como es lógico, habían navegado por todos los mares, habían conocido mil aventuras y, ahora que estaban retirados, pasaban el tiempo contándose historias espantosas.

El capitán Michel era el único que nunca contaba nada. Y como no parecía nada extrañado de lo que oía, semejante actitud terminó por irritar a los otros, que le dijeron:

—Bueno, capitán Michel, entonces, ¿a usted nunca le han ocurrido historias espantosas?

—Sí —respondió el capitán quitándose la pipa de la boca—. Sí, me ocurrió una... ¡una sola!

—Bueno, cuéntela.

—¡No!

—¿Por qué?

—Porque es demasiado espantosa. No podrían oírla. Varias veces he tratado de contarla, pero todo el mundo se iba antes del final.

Los cuatro viejos lobos de mar se rieron a carcajadas y declararon que el capitán Michel buscaba un pretexto para no contarles nada porque, en el fondo, no le había ocurrido nada en absoluto.

El otro los miró un instante, luego, decidiéndose de golpe, depositó su pipa en la mesa. Este insólito gesto ya era, en sí mismo, espantoso.

—Señores —empezó—, voy a contarles cómo perdí mi brazo. En aquella época, hace de esto una veintena de años, yo tenía en Le Mourillon¹³⁷ una pequeña villa que me había venido de una herencia, porque mi familia vivió mucho tiempo en esa región y yo mismo nací en ella. Me gustaba descansar un poco, entre dos viajes de largo recorrido, en aquella casa. Además, me agradaba aquel barrio donde vivía en paz con el vecindario poco numeroso de gente de mar y de coloniales¹³⁸ a los que se veía rara vez, ocupados como estaban la mayoría de las veces en fumar tranquilamente el opio con sus amiguitas, o también en otras tareas que no me afectaban... Pero a cada cual sus costumbres, ¿no es verdad?, y con tal de que no molesten las mías... es todo lo que pido.

»Precisamente, una noche alteraron la costumbre que yo tenía de dormir. Un singular tumulto, de cuya naturaleza no podía darme cuenta, me despertó sobresaltado. Mi ventana, como de costumbre, había quedado abierta; escuchaba totalmente aturdido una especie de ruido prodigioso que oscilaba entre el fragor del trueno y el redoble del tambor, ¡pero de qué tambor! Se hubiera dicho que doscientos palillos rabiosos golpeaban, no la piel de asno, sino un tambor de madera...

»Y aquello venía de la villa de enfrente, que estaba deshabitada desde hacía cinco años, y en cuyo cartel “¡Se vende!”, me había fijado incluso la víspera.

»Desde la ventana de mi cuarto, situado en el primer piso, mi mirada, pasando por encima de la tapia del jardincillo que rodeaba aquella villa, divisaba todas las puertas y ventanas, incluso las de la planta baja. Seguían cerradas como las había visto durante el día. Pero por los intersticios de los postigos de la planta baja, yo distinguía luz. ¿Quién, qué gente se había introducido en aquella mansión aislada en el extremo de Le Mourillon, qué

compañías habían penetrado en aquella propiedad abandonada, y para celebrar qué tipo de aquelarre?

»El singular ruido de trueno de tambor de madera no cesaba. Duró todavía una hora larga y luego, cuando iba a despuntar la aurora, la puerta de la villa se abrió y, de pie en el umbral, apareció la criatura más graciosa que nunca he conocido en mi vida. Estaba en traje de noche y sostenía, con una gracia perfecta, una lámpara cuya luz hacía resplandecer unos hombros de diosa. Tenía una sonrisa bondadosa y tranquila mientras decía estas palabras, que oí perfectamente, en la noche sonora:

—¡Hasta la vista, querido amigo, hasta el año que viene!

»Pero ¿a quién se lo decía? Me fue imposible saberlo, porque no vi a nadie a su lado. Todavía permaneció unos instantes en el umbral con su lámpara, hasta el momento en que la puerta del jardín se abrió por sí sola y se cerró por sí sola. Luego, la puerta de la villa también se cerró y ya no vi nada más.

»Creí que estaba volviéndome loco o que soñaba, porque me daba perfecta cuenta de que era imposible que alguien cruzase el jardín sin que yo pudiera verlo.

»Seguía yo allí, plantado delante de mi ventana, incapaz de un movimiento o de una idea, cuando la puerta de la villa se abrió por segunda vez y la misma radiante criatura apareció, siempre con su lámpara, y siempre sola.

—¡Chist! —dijo—, callaos todos, no hay que despertar al vecino de enfrente... Voy a acompañaros.

»Y, silenciosa y solitaria, cruzó el jardín, se detuvo en la puerta que la lámpara iluminaba a plena luz, y tan bien que vi con toda claridad girar por sí mismo el pulsador de aquella puerta sin que se le hubiera puesto encima ninguna mano. Finalmente, la puerta se abrió una vez más por sí sola delante de aquella mujer que, por lo demás, no manifestó el menor asombro. ¿Necesito explicar que yo estaba situado de tal forma que veía al mismo tiempo la parte delantera y la trasera de aquella puerta? Es decir, que la divisaba en diagonal.

»La “magnífica aparición” hizo un delicioso gesto de cabeza en dirección al vacío de la noche que iluminaba la claridad deslumbrante de la lámpara; luego sonrió y volvió a decir:

—¡Vamos! ¡Hasta la vista! ¡Hasta el año que viene!... Mi marido está muy contento. Ninguno de vosotros ha faltado a la llamada... ¡Adiós, señores!

»Al punto oí varias voces que respondían:

—¡Adiós, señora!... ¡Adiós, querida señora! ¡Hasta el año que viene!

»Y, cuando la misteriosa anfitriona se disponía a cerrar la puerta, volví a oír:

—¡Os lo ruego, no molestéis!

»Y la puerta volvió a cerrarse por sí sola.

»El aire se llenó por un instante de un ruido singular; se hubiera dicho que se trataba del piar de una bandada de gorriones... ¡cui!... ¡cui!... ¡cui!... y fue como si aquella bonita mujer acabase de abrir su jaula a toda una nidada de auténticos gorriones.

»Ella volvía tranquilamente a su casa. Las luces de la planta baja se habían apagado, pero yo percibía ahora un resplandor en las ventanas del primer piso.

»Al llegar a la villa, la dama dijo:

—¿Has subido ya, Gérard?

»No oí la respuesta, pero la puerta de la villa volvió a cerrarse... y unos instantes después también se apagaba el resplandor del primer piso.

»Yo seguía allí, a las ocho de la mañana, en mi ventana, mirando estúpidamente aquel jardín, aquella villa que me había hecho ver cosas tan extrañas en las tinieblas, y que, ahora, en medio de la luz deslumbrante, se presentaba a mis ojos bajo su aspecto acostumbrado. El jardín estaba desierto y la villa parecía igual de abandonada que la víspera.

»Hasta el punto de que, cuando comuniqué a mi vieja asistenta, que llegaba en ese momento, los extraños acontecimientos a los que yo había asistido, ella me dio en la frente con su índice sucio y declaró que yo había fumado una pipa de más. Pero yo nunca fumo opio, y esa respuesta fue la razón definitiva por la que puse de patitas en la calle a aquella vieja puerca de la que quería librarme desde hacía mucho y que venía a ensuciar mi casa dos horas al día. Además, ya no necesitaba a nadie porque iba a embarcarme de nuevo dos días después.

»Solo me quedaba tiempo para hacer mi petate, mis compras, decir adiós a

mis amigos y tomar el tren para Le Havre, donde un nuevo contrato con la Transatlántica iba a tenerme ausente de Tolón durante once o doce meses.

—¡Vamos! ¡Hasta la vista! ¡Hasta el año que viene!

»Y yo solo pensaba en esa cita. También había decidido encontrarme allí y descubrir a cualquier precio la clave de un misterio que debía intrigar, hasta la locura, a un honrado cerebro como el mío, que no creía ni en aparecidos ni en las historias de barcos fantasmas.

»¡Ay! Muy pronto iba a descubrir que ni el cielo ni el infierno tenían nada que ver en aquella espantosa historia.

»Eran las seis de la tarde cuando entré en mi villa de Le Mourillon. Era la antevíspera del aniversario de la famosa noche.

»Lo primero que hice al entrar en mi casa fue correr a la ventana del primer piso y abrirla. Divisé inmediatamente (porque estábamos en verano y había una luz plena) a una mujer de gran belleza que paseaba tranquilamente por el jardín de la villa de enfrente, cogiendo flores. Al ruido que hice, levantó los ojos. ¡Era la dama de la lámpara! La reconocí; era tan bella de día como de noche. ¡Tenía la piel tan blanca como los dientes de un negro del Congo, unos ojos más azules que la rada de Tamaris y una cabellera rubia, suave como la estopa más fina! ¿Por qué no confesarlo? Al ver a aquella mujer, con la que no había hecho más que soñar desde hacía un año, el corazón me dio un vuelco. ¡Ah, no era una ilusión de mi imaginación enferma! ¡Estaba allí, delante de mí, en carne y hueso! Detrás de ella, todas las ventanas de la pequeña villa estaban abiertas, floridas por sus cuidados. En todo aquello no había nada de fantástico.

»Así pues, ella me había visto y acto seguido hizo una mueca de disgusto. Había seguido dando algunos pasos por la alameda del centro de su jardincillo, y luego, encogiéndose de hombros, como si estuviera contrariada, dijo:

—¡Volvamos a casa, Gérard!... Empieza a dejarse notar el fresco del atardecer.

»Miré por todas partes en el jardín. ¡Nadie!... ¿A quién le hablaba?... ¡A nadie!...

»Entonces, ¿estaba loca?... No lo parecía.

»La vi encaminarse hacia la casa. Franqueó el umbral, la puerta volvió a cerrarse y ella misma clausuró enseguida todas las ventanas.

»No vi nada ni oí nada de particular esa noche. A la mañana siguiente, a las diez, vi a mi vecina que, en traje de ciudad, cruzaba el jardín. Cerró la puerta con llave y acto seguido tomó el camino de Tolón. También yo bajé. Al primer tendero que encontré le mostré aquella silueta elegante y le pregunté si conocía el nombre de aquella mujer. Me respondió:

—Pues claro, desde luego, es su vecina; vive con su marido en la villa Makoko. Vinieron a instalarse aquí hace un año, justo en el momento en que usted se fue. Son hoscos; nunca dirigen la palabra a nadie, “salvo para lo necesario”; pero, mire, en Le Mourillon, cada cual vive como le da la gana y no nos asombramos de nada. Por eso, el capitán...

—¿Qué capitán?

—El capitán Gérard, sí, parece que el marido es un antiguo capitán de infantería de Marina, pues bien, no se le ve nunca... Algunas veces, cuando hay que dejar provisiones en su casa y “la dama” no está, se le oye gritar detrás de la puerta que las dejen en el umbral, y espera a que te hayas alejado para recogerlas.

»Como pueden suponer, yo estaba cada vez más intrigado. Bajé a Tolón para interrogar al arquitecto-gerente que había alquilado la villa a aquellas personas. Él tampoco había visto nunca al marido, pero me informó de que se llamaba Gérard Beauvisage. Al oír ese nombre lancé un grito. ¡Gérard Beauvisage! ¡Pues claro que lo conocía! Tenía un viejo amigo de ese nombre al que no había vuelto a ver desde hacía más de veinticinco años y que, oficial de la infantería colonial, había dejado en aquella época Tolón por el Tonquín. En cualquier caso, contaba con todas las razones naturales posibles para ir a llamar a su puerta, y precisamente aquella misma tarde, que era la famosa tarde de aniversario en que él esperaba a sus amigos, estaba decidido a ir a estrecharle la mano.

»Al volver a Le Mourillon vi delante de mí, en la cañada que conducía a la villa Makoko, la silueta de mi vecina. No dudé, apreté el paso y la saludé:

—Señora —le dije—, ¿tengo el honor de hablar a la señora del capitán Gérard Beauvisage?

»Se puso colorada y quiso pasar adelante sin responder.

—Señora –insistí–, soy su vecino, el capitán Michel Alban...

—¡Ah! –dijo ella al punto–, perdóneme, señor... El capitán Michel Alban...
Mi marido me ha hablado mucho de usted.

»Parecía horriblemente molesta y, en medio de aquella turbación, estaba todavía más hermosa, si es que era posible. Yo continué, a pesar del evidente deseo que ella tenía de escapar.

—¿Cómo es, señora, que el capitán Beauvisage ha vuelto a Francia, a Tolón, sin hacérselo saber a su más viejo amigo? Señora, le quedaría particularmente agradecido si hiciera saber a Gérard que iré a darle un abrazo, no más tarde que esta noche.

»Y al ver que ella apretaba el paso, me despedí. Pero, tras mis últimas palabras, se dio la vuelta en medio de una agitación cada vez más inexplicable.

—¡Imposible! –dijo–, esta noche imposible... Le... le prometo hablar de nuestro encuentro a Gérard, es cuanto puedo hacer... Gérard ya no quiere ver a nadie, a nadie... Se aísla... Vivimos aislados, habíamos alquilado esta villa porque nos habían dicho que la villa de al lado solo estaba habitada una o dos veces al año, durante unos días, por alguien al que no se veía nunca.

»Y añadió en un tono de repente muy triste:

—Tiene que disculpar a Gérard, señor... No vemos a nadie, a nadie... Adiós, señor.

—Señora –dije yo muy nervioso–, el capitán Gérard y la señora Gérard reciben a veces a amigos. Por ejemplo, esta noche esperan a los que dieron cita el año pasado...

»Su rostro se volvió de color escarlata.

—¡Ah! –dijo–, ¡eso, es excepcional!... ¡Totalmente excepcional!... ¡Son amigos excepcionales!...

»Y tras esto, echó a correr, pero se detuvo de pronto en su fuga y se volvió hacia mí:

—¡Sobre todo! –suplicó–, ¡sobre todo no venga esta noche!

»Y desapareció detrás de la tapia.

»Volví a mi casa y me puse a vigilar a mis vecinos. No se dejaron ver y,

mucho antes del anochecer, seguía viendo los postigos cerrados y, en sus intersticios, luces, resplandores, como los había visto durante la singular noche del año anterior. Pero aún no oía el prodigioso ruido de trueno del tambor de madera.

»A las siete, al acordarme del traje de noche de la dama de la lámpara, me vestí. Las últimas palabras de la señora Gérard no habían hecho más que afirmarme en mi decisión. Beauvisage recibía esa noche a sus amigos; no se atrevería a echarme a la calle. Después de endosarme el frac, se me ocurrió por un instante la idea, antes de bajar, de llevar mi revólver, pero luego terminé dejándolo en su sitio, y me sentí estúpido.

»Estúpido era por no haberlo cogido.

»En el umbral de la villa Makoko giré por si acaso el pomo de la puerta, aquel pomo que el año anterior había visto girar totalmente solo. Y, para mi gran asombro, la puerta cedió delante de mí. Por tanto, esperaban a alguien. Cuando llegué a la puerta de la villa, llamé.

—¡Pase! —gritó una voz.

»Reconocí la voz de Gérard. Entré alegremente en la casa. Al principio encontré el vestíbulo; y luego, como la puerta de un saloncito se encontraba abierta y ese saloncito estaba iluminado, entré llamando:

—¡Gérard! ¡Soy yo! ¡Soy yo, Michel Alban, tu viejo camarada!

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¿Así que te has decidido a venir? ¡Amigo mío, mi buen Michel!... Precisamente se lo decía a mi mujer hace poco... ¡Cuánto placer me hará volver a verlo!... ¡Pero es al único, junto con nuestros amigos excepcionales!... ¿Sabes que no has cambiado mucho, mi querido Michel?

»Me sería imposible expresar mi estupor. Oía a Gérard, ¡pero no lo veía. Su voz resonaba a mi lado, ¡pero no había nadie cerca de mí, no había nadie en el salón!... La voz continuó:

—¡Siéntate! Ahora vendrá mi mujer, porque se acordará enseguida de que me ha olvidado sobre la chimenea...

»Levanté la cabeza..., entonces descubrí arriba del todo..., arriba del todo de una alta chimenea, un busto.

»Era un busto que hablaba... Se parecía a Gérard. Era el busto de Gérard. Estaba puesto allí como suelen ponerse los bustos encima de las chimeneas...

Era un busto como los que hacen los escultores, es decir, sin brazos.

»El busto me dijo:

—No puedo estrecharte en mis brazos, mi querido Michel, porque, como ves, ya no los tengo, pero puedes cogermme en los tuyos, levantándote un poco, y colocarme encima de la mesa. Mi mujer me había puesto ahí arriba, en broma, porque decía que la molestaba para limpiar el salón... ¡Mi mujer es muy graciosa!

»Y el busto se echó a reír.

»Me creí entonces víctima de alguna ilusión óptica, como ocurre en las ferias, donde se ven así, gracias a un juego de espejos, bustos totalmente vivos que no están unidos a nada; pero, después de haber depositado a mi amigo sobre la mesa como me pedía, hube de constatar que aquel tronco sin piernas ni brazos era todo lo que quedaba del admirable oficial que había conocido antaño. El tronco descansaba directamente sobre un pequeño carricoche de los que usan las personas sin piernas, pero mi amigo no tenía siquiera el comienzo de piernas que todavía se ve en los que no las tienen. ¡Cuando les digo que mi amigo ya no era más que un busto!

»Sus brazos habían sido sustituidos por garfios y no podría decir cómo se las arreglaba para, unas veces apoyado en un garfio, otras en el otro, brincar, saltar, rodar, hacer cien movimientos rápidos que lo proyectaban de la mesa a una silla, de una silla al suelo, y luego, de golpe, lo hacían reaparecer encima de la mesa, donde decía las frases más alegres.

»En cuanto a mí, estaba consternado, no podía hablar, miraba a aquel engendro hacer piruetas y decirme con su inquietante risa burlona:

—He cambiado mucho, ¿verdad? ¡Confiesa que ya no me reconoces, mi querido Michel! Has hecho bien en venir esta noche... Vamos a divertirnos... ¡recibimos a nuestros amigos excepcionales!... Porque debes saber que, salvo a ellos... Ya no quiero ver a nadie, cosa de amor propio... Ni siquiera tenemos criados... Espérame aquí, voy a ponerme un traje...

»Se fue, y enseguida apareció la dama con la lámpara. Llevaba el mismo vestido de gala que el año anterior. En cuanto me vio, quedó singularmente turbada y me dijo con voz sorda:

—¡Ah, ha venido usted! Ha hecho mal, capitán Michel... Yo le había dado

su recado a mi marido, pero le prohibí venir esta noche... Si le dijese que, cuando ha sabido que estaba usted enfrente, me ha encargado invitarlo para esta noche... No lo he hecho... es que –dijo muy molesta– tenía mis razones para no hacerlo... Tenemos amigos excepcionales que algunas veces son molestos. Sí, les gusta el ruido, el jaleo... Debió de oírlo el año pasado... –añadió deslizándose hacia mí una mirada perversa–... Bueno, prométame que se irá temprano...

—Se lo prometo, señora –dije mientras una inquietud extraña empezaba a dominarme ante aquellas palabras cuyo sentido no conseguía captar del todo—. Se lo prometo, pero ¿podría decirme cómo es que mi amigo se encuentra hoy en semejante estado? ¿Qué horrible accidente le ocurrió?

—Ninguno, señor, ninguno.

—¿Cómo que ninguno?... ¿Olvida el accidente que le ha quitado brazos y piernas? Sin embargo, esa catástrofe ha debido de ocurrir después de su matrimonio.

—No, señor, no... ¡Me casé con el capitán así! Pero, perdóneme, señor, nuestros invitados van a llegar, y tengo que ayudar a mi marido a ponerse el traje.

»Me dejó solo, abatido, ante aquel único y embrutecedor pensamiento: Se había casado con el capitán así. Y casi inmediatamente oí ruido en el vestíbulo, aquel curioso ruido de cui.. cui... cui... que el año anterior no había conseguido explicarme y que había acompañado a la dama de la lámpara hasta la puerta del jardín... Aquel ruido fue seguido por la aparición en sus carricoches de cuatro lisiados sin piernas ni brazos que me miraron pasmados. Todos vestían traje de gala, muy correcto, con deslumbrantes pecheras. Uno llevaba lentes de oro; el otro, un viejo, un par de antiparras, el tercero un monóculo, el cuarto se contentaba con sus ojos fieros e inteligentes para contemplarme con disgusto. Sin embargo, los cuatro me saludaron con sus pequeños garfios y me preguntaron por el capitán Gérard. Les respondí que el señor Gérard estaba poniéndose su traje y que la señora Gérard seguía bien. Cuando me hube tomado la libertad de hablarles de la señora Gérard, sorprendí unas miradas que se cruzaban y que me parecieron algo burlonas.

—¡Hum, hum! –llegó a decir incluso el lisiado del monóculo–, sin duda,

señor, usted es un gran amigo de nuestro valiente capitán...

»Y los otros empezaron a sonreír con un aire muy desagradable. Y luego hablaron los cuatro a la vez.

—¡Perdón —decían—, perdón!... ¡Oh!, nuestro asombro es muy natural, señor, por encontrarlo en casa de este valiente capitán, que juró, el día de su boda, encerrarse con su mujer en el campo y no volver a recibir a nadie... No, no, a nadie, ¡salvo a sus amigos excepcionales! Comprende, ¿verdad? Cuando uno está lisiado hasta el punto en que este bravo capitán ha querido estar, y se casa con una persona tan bonita... ¡es muy natural!... ¡Completamente natural!... Pero, en fin, si ha encontrado en su vida un hombre de honor que no esté lisiado, ¡tanto mejor!... ¡Tanto mejor!

»Y repetían: “¡Tanto mejor!... ¡Oh, tanto mejor!... ¡Y felicitaciones!”.

»¡Dios! ¡Qué raros eran aquellos gnomos!... ¡Los miraba y no les hablaba!... Llegaron otros..., de dos en dos..., luego de tres en tres... y luego más... y todos me miraban con sorpresa, inquietud o ironía... Yo estaba totalmente enloquecido al ver a tantos lisiados... porque, por fin, empezaba a ver claro en la mayoría de los fenómenos que tanto me habían removido el cerebro, y, si los lisiados explicaban con su presencia muchas cosas, la presencia de los lisiados seguía sin explicarse, ¡así como la monstruosa unión de aquella magnífica criatura con aquel horrible trozo reducido de humanidad!

»Cierto, ahora comprendía que los pequeños troncos ambulantes debían pasar desapercibidos para mí en la estrecha alameda del jardincillo bordeado de matorrales de verbena y en el camino encajonado entre dos cortos setos; y, en verdad, cuando entonces me decía a mí mismo que era imposible que no viese pasar a nadie por aquellos senderos, solo podía pensar en alguien “que hubiera pasado sobre sus dos piernas”.

»Ni siquiera el pomo de la puerta guardaba ya ningún misterio para mí, y ahora veía en mi pensamiento el invisible garfio que lo hacía girar.

»El ruido del cui... cui... cui... no era otro que el de las ruedecitas mal engrasadas de aquellos carros para abortos. Por último, el prodigioso ruido de trueno de tambor de madera solo debía ser el de todos aquellos carritos y sus garfios golpeando el suelo en el momento, sin duda, en que, después de una

excelente cena, los señores lisiados se ofrecían un pequeño baile...

»Sí, sí, todo aquello se explicaba... Pero mientras miraba sus extraños ojos ardientes y escuchaba sus singulares ruidos de pequeñas pinzas, sentía que había algo terrible aún por explicar... y que todo lo demás, que me había sorprendido, no contaba.

»Entre tanto, la señora Gérard Beauvisage no tardó en llegar, seguida por su marido. La pareja fue recibida con gritos de alegría... Los pequeños garfios les dirigieron un “aplauzo” infernal. Me encontraba totalmente aturdido. Luego me presentaron. Había lisiados por todas partes: encima de la mesa, sobre sillas, sobre sillitas, en el sitio de jarrones ausentes, sobre un trincherero. Uno de ellos se mantenía como un buda en su hornacina sobre la tabla de un aparador. Y todos me tendieron su garfio con mucha cortesía. En su mayor parte parecían gente muy fina... con títulos y partículas, pero más tarde supe que me habían dado nombres falsos por razones que son fáciles de comprender. Lord Wilmore era el que mejor estaba, desde luego, con su bella barba dorada y su hermoso mostacho por el que todo el tiempo se pasaba su garfio. No saltaba de mueble en mueble como los otros, y no parecía que fuera a echarse a volar desde las paredes como un enorme murciélago.

—¡Ya solo esperamos al doctor! —dijo la dueña de la casa, que de vez en cuando me miraba con una tristeza evidente, y que pronto volvía a sonreír a sus invitados.

»Llegó el doctor.

»También era un lisiado, pero había conservado los dos brazos.

»Ofreció uno a la señora Gérard para pasar al comedor. Quiero decir que ella le cogió la punta de los dedos.

»Se había servido la mesa en aquella sala cuyos postigos estaban totalmente cerrados. Grandes candelabros iluminaban una mesa cubierta de flores y de accesorios. Ni una sola fruta. Los doce lisiados saltaron enseguida a sus sillas y empezaron a picotear glotonamente, con sus garfios, en los platillos. ¡Ah!, no era bonito de ver, e incluso me quedé totalmente asombrado al constatar cómo aquellos hombres-tronco, que hacía un momento parecían tan bien educados, devoraban ferozmente.

»Y luego, de repente, se calmaron; los garfios se quedaron quietos y me

pareció que entre los comensales se establecía lo que suele calificarse como un «penoso silencio».

—Bueno, mis pobres amigos, ¿qué quieren ustedes?... No se tiene todos los días la suerte del año pasado... ¡No se aflijan! Con un poco de imaginación, conseguiremos de cualquier manera estar igual de alegres...

»Y volviéndose hacia mí, mientras levantaba por una pequeña asa el vaso que tenía ante él:

—¡A tu salud, mi querido Michel!... ¡A la salud de todos!

—Y todos levantaron sus vasos con sus pequeñas asas desde la punta de sus garfios. Aquellos vasos se balanceaban encima de la mesa de una forma extraña.

»Mi anfitrión continuaba:

—¡No parece que estés muy a la “altura”, mi querido Michel! ¡Te he conocido más alegre!, ¡con más entusiasmo! ¿Es porque estamos “así” por lo que estás triste? ¿Qué quieres? ¡Uno está como puede! Pero hay que reír... Nos hemos reunido aquí todos, amigos excepcionales, para festejar el buen tiempo en que nos hemos vuelto “así”... ¿Verdad, señores de la *Daphné*?...

—Entonces —siguió contando el capitán Michel, con un gran suspiro—, entonces...

»Mi viejo camarada me explicó que, en otro tiempo, sobre la *Daphné*, un paquebote que hacía el servicio de Extremo Oriente, todas aquellas personas habían naufragado; que la tripulación había huido en las chalupas, y que aquellos desgraciados habían escapado en una balsa de fortuna. Una joven admirablemente bella, Miss Madge, que había perdido a sus padres en la catástrofe, había sido recogida asimismo en la balsa. En aquellas tablas se encontraron en total trece, que, al cabo de tres días, habían agotado todas sus provisiones de boca y, al cabo de tres noches, se morían de hambre. Fue entonces cuando, como ocurre en la canción, habían hablado de echar a suertes para saber “quién sería comido”...

—Señores —añadió el capitán Michel, muy serio—, son las cosas que tal vez

ocurren más a menudo las que no se ha tenido ocasión de contar, porque el gran tiburón ha debido pasar a veces por esas digestiones...

»Así pues, iban a echarlo a suertes en la balsa del *Daphné* cuando una voz, la del doctor, se alzó:

—Señoras y señores –decía el doctor–, en el naufragio que se ha llevado todos sus bienes, yo he conservado mi maletín y mis pinzas hemostáticas. Les propongo lo siguiente: es inútil que uno de nosotros corra el riesgo de ser comido entero. Echemos a suertes primero un brazo o una pierna, a voluntad... Y mañana, ya veremos cómo sale el día y si aparece una vela en el horizonte...».

En este punto del relato del capitán Michel, los cuatro viejos lobos de mar que, hasta entonces, no lo habían interrumpido, exclamaron:

—¡Bravo!... ¡Bravo!...

—¿Cómo que bravo? –preguntó Michel con el ceño fruncido.

—Pues sí, ¡bravo! Es muy rara tu historia, van a cortarse los brazos y las piernas uno tras otro, ¡es muy raro!, ¡pero no es totalmente espantoso!

—¿De veras os parece raro? –gruñó el capitán, cuyo vello se erizó—. Pues bien, os juro que si hubierais oído contar esta historia en medio de todos aquellos lisiados cuyos ojos brillaban como carbones ardientes, ¡os habría parecido menos raro!... ¡Y si hubierais visto cómo se meneaban en sus sillas!... ¡Y cómo se estrechaban nerviosamente, a través de la mesa, los garfios con una alegría aparente que yo no comprendía y que no era sino más espantosa!...

—¡No! ¡No! –volvió a interrumpir Chanlieu (el maldito Chanlieu)–, tu historia no es nada espantosa... ¡Es rara, simplemente porque es lógica! ¿Quieres que yo te cuente el final de tu historia? Me dirás que no es eso... En la balsa, echan a suertes. Y la suerte cae sobre la más bella... ¡Sobre una pierna de Miss Madge! Tu amigo el capitán, que es un hombre galante, ofrece la suya en su lugar, y luego se hace cortar los cuatro miembros para que Miss

Madge quede entera...

—Sí, amigo mío... ¡Sí, amigo mío!... Has acertado! ¡Así fue! —exclamó el capitán Michel, que tenían ganas de partirles la cara a aquellos cuatro cernícalos que encontraban rara su historia—... ¡Sí! Y lo que hay que añadir... es que, cuando se habló de cortar los miembros de Miss Madge, porque en todo el grupo ya solo quedaban esos y los dos brazos tan útiles del doctor, el capitán Gérard tuvo el coraje de hacerse cortar, a ras del tronco, los pobres muñones que una primera operación le había dejado.

—Y Miss Madge no podía hacer nada mejor —declaró Zinzin— que ofrecer al capitán aquella mano que él le había conservado de forma tan heroica.

—¡Perfectamente! —rugió en su barba el capitán—, ¡perfectamente! ¡Y si eso les parece divertido!...

—¿Es que se comieron todo eso crudo? —preguntó el imbécil de Bagatelle.

El capitán Michel dio un puñetazo tan grande en la mesa que los platillos de las tazas saltaron como bolas elásticas.

—¡Basta —dijo—, ¡cállense!... ¡Todavía no les he dicho nada! ¡Es ahora cuando va a volverse espantoso!

Y cuando los otros cuatro se miraban con una sonrisa, el capitán Michel palideció; al verlo, los otros, comprendiendo que aquello iba a estropearse, bajaron la cabeza...

«Sí, lo espantoso, señores —continuó Michel en el tono más sombrío—, lo espantoso era que aquellas gentes, que fueron salvadas solo un mes más tarde por una tartana china que los depositó a orillas del Yang-tse-kian¹³⁹, donde se dispersaron, *lo espantoso era que aquellas gentes habían conservado el gusto por la carne humana!* ¡Y que, vueltos a Europa, habían decidido reunirse una vez al año para renovar, *en la medida de lo posible*, su abominable festín! ¡Ah, señores, no me llevó mucho tiempo comprenderlo!...

»En primer lugar, hubo la acogida poco entusiasta hecha a ciertos platos que la señora Gérard sacaba en persona a la mesa. Aunque se atreviese a aventurar, por lo demás con bastante timidez, que *era poco más o menos*

aquello, los invitados estuvieron de acuerdo en no felicitarla. Solo las rajas de atún asadas fueron aceptadas sin demasiado descontento, porque, según la terrible expresión del doctor, estaban “bien seccionadas” y porque “si el sabor no era totalmente satisfactorio, por lo menos engañaba a la vista”... Pero el tronco con antiparras consiguió un éxito unánime al declarar que “aquello no podía compararse con el retejador”!

»Al oír esto, sentí que la sangre se retiraba de mi corazón —gruñó en tono sordo el capitán Michel—, porque recordaba que el año anterior, por la misma época, un retejador se había matado al caer de un tejado, en el barrio del Arsenal, ¡y que habían encontrado su cuerpo menos un brazo!...

»¡Entonces!... ¡oh, entonces!... no pude dejar de pensar en el papel que necesariamente había debido jugar mi bella vecina en aquel drama horrible y culinario... Volví la vista hacia la señora Gérard y observé que acababa de ponerse sus guantes... unos guantes que le llegaban más arriba del codo, casi hasta los hombros... y también que se había echado apresuradamente, sobre los hombros, un pañuelo que los ocultaba por completo. Mi vecino de la derecha, que era el doctor y el único de todos aquellos hombres-tronco en tener manos, se había puesto asimismo sus guantes.

»En lugar de buscar, por lo demás sin encontrarla, la razón de aquella nueva rareza, mejor habría hecho en seguir el consejo de no quedarme demasiado tiempo en aquel sitio, consejo que me había dado al comienzo de aquella maldita velada la señora Gérard, ¡consejo que, por lo demás, ya no me repetía!...

»Después de haberme demostrado, durante la primera parte de aquellos sorprendentes ágapes, un interés en el que (no sé por qué) percibía un poco de compasión, la señora Gérard evitaba ahora mirarme y participaba, cosa que me entristeció mucho, en la conversación más espantosa que yo había oído en mi vida. Aquellas pequeñas criaturas, muy activamente y con mil ruidos de pinzas y chocando sus vasitos de asas, se hacían amargos reproches o se dirigían vivas felicitaciones a propósito ¡del gusto que tenían! ¡Horror! Lord Wilmore, que hasta entonces había sido tan correcto, estuvo a punto de llegar a los garfios con el lisiado del monóculo, porque este, en el pasado, cuando estaban en la balsa, lo había encontrado correoso, y a la dueña del lugar le

costó todos los esfuerzos del mundo apaciguar las cosas replicando al tronco-monóculo –que en la época del naufragio debía de ser un bello adolescente– que tampoco era demasiado agradable caer sobre “un animal demasiado joven”».

—Eso, eso sigue siendo divertido –dijo el viejo lobo de mar Dorat, que no pudo dejar de interrumpirlo.

Creí que el capitán Michel iba a saltarle al cuello; sobre todo porque los otros tres parecían tragarse una alegría íntima y dejaban oír pequeñas risitas fantasiosas.

A duras penas consiguió dominarse aquel valiente capitán.

Después de haber resoplado como una foca, dijo al imprudente Dorat:

—Señor, usted tiene todavía dos brazos, y no le deseo, para que esta historia le parezca espantosa, que pierda usted uno como me pasó a mí, que perdí el mío aquella noche... Los troncos, señor, habían bebido mucho. Algunos habían saltado encima de la mesa, a mi alrededor, y miraban mis brazos de tal forma que, molesto, terminé por disimularlos todo lo que pude, hundiendo mis manos hasta el fondo de mis bolsillos.

»Entonces comprendí –pensamiento fulminante– por qué los que aún tenían brazos y manos –la dueña de la casa y el doctor– no los mostraban; lo comprendí por la ferocidad repentina que se encendió en ciertas miradas... Y en aquel mismo momento, cuando la mala suerte quiso que tuviese ganas de sonarme los mocos e hiciese un gesto instintivo que descubrió, bajo los puños de mi camisa, la blancura de mi piel, tres terribles garfios se abatieron inmediatamente sobre mi muñeca y entraron en mi carne. Lancé un grito horrible...».

—¡Basta, capitán!... ¡Basta! –exclamé, interrumpiendo el relato del capitán Michel–. Tenía usted razón, me marchó... No quiero seguir oyendo...

—¡Quédese, señor! –ordenó el capitán–. Quédese, porque voy a terminar esta espantosa historia que hace reír a cuatro imbéciles...

»Cuando se tiene sangre focea¹⁴⁰ en las venas —declaró con un acento de indecible desprecio, volviéndose hacia los cuatro lobos de mar que visiblemente se agotaban del esfuerzo que hacían para contener la risa—, cuando se tiene sangre focea en las venas... ¡se tiene por mucho tiempo! ¡Y cuando uno es de Marsella, está condenado a no creer en nada! Por lo tanto, hablo para usted, solo para usted, señor, y no tema, pasaré por alto los detalles más horribles, sabiendo lo que puede soportar el corazón de un hombre galante.

»La escena de mi martirio pasó con tanta rapidez que solo me acuerdo de gritos de salvajes, de la protesta de algunos, de la embestida de otros, mientras la señora Gérard se levantaba gimiendo: “¡Sobre todo no le hagan daño!”. Yo había intentado levantarme de un salto, pero ya tenía a mi alrededor un corro de troncos enloquecidos que me hizo tropezar, caer... ¡y sentí sus horribles garfios haciendo prisionera mi carne como está prisionera la carne de los animales en los garfios de la carnicería!... Sí..., sí, señor, ¡nada de detalles!...

»Se lo he prometido... Sobre todo porque no podría darle más... pues no asistí a la operación. A modo de mordaza, el doctor me había puesto un tampón de guata con cloroformo en la boca. Cuando volví en mí, señor, me encontraba en la cocina y tenía un brazo de menos. Todos los troncos lisiados estaban en la cocina a mi alrededor. Ahora ya habían dejado de discutir. Parecían unidos por el más conmovedor acuerdo, en el fondo de una ebriedad embrutecida que les hacía balancear la cabeza como niños que necesitan ir a dormir después de haberse comido la sopa, y no pude dudar de que empezaban, ay, a *digerirme*... Me encontraba tendido en las baldosas, totalmente atado, sin poder hacer el menor movimiento, pero los oía, los veía... Mi viejo camarada Gérard tenía lágrimas de alegría y me decía: “¡Ah, mi querido Michel, nunca habría creído que eras tan tierno!”

»La señora Gérard no estaba allí... Pero también había debido de recibir su parte porque oí a alguien preguntar a Gérard qué “le había parecido a ella su trozo”... ¡Sí, señor, he acabado!... Aquellos horribles troncos, una vez satisfecha su pasión, debieron comprender por último toda la extensión de su

fechoría. Huyeron, y la señora Gérard también se marchó, por supuesto, con ellos... Detrás se dejaron las puertas abiertas... y no vinieron a soltarme hasta cuatro días más tarde... medio muerto de hambre...

»¡Porque los miserables no me habían dejado siquiera el hueso!«.

¹³⁷ Barrio pesquero de Tolón que, desde mediados del siglo XIX, empezó a tomar forma; auténtico enclave provenzal dentro de la ciudad, se convirtió con el desarrollo de su arsenal militar en lugar de paso para visitantes como Flaubert, Jules Michelet o Alexandre Dumas.

¹³⁸ Militares de las tropas coloniales retirados, o personas que han vivido mucho tiempo en ultramar.

¹³⁹ El Yang-tse-kian, o Yangtsé, es el río más largo del continente asiático; nace en la meseta tibetana y desemboca en el mar de China tras un recorrido de 6.300 km.

¹⁴⁰ Marineros de la antigua ciudad griega de Focea fundaron una colonia en el actual emplazamiento de Marsella hacia el año 600 a. C.; el término designa en francés lo relativo a Marsella o sus habitantes.

MAURICE LEBLANC

EL CHAL DE SEDA ROJA

Aquella mañana, al salir de casa a la hora habitual en que se dirigía al Palacio de Justicia, el inspector principal Ganimard observó la maniobra bastante curiosa de un individuo que caminaba delante de él a lo largo de la calle Pergolèse.

Cada cincuenta o sesenta pasos, aquel hombre, pobremente vestido, cubierto aunque fuese noviembre con un sombrero de paja, se agachaba, bien para atarse los cordones de los zapatos, bien para recoger el bastón, bien por cualquier otro motivo. Y cada vez sacaba del bolsillo y dejaba furtivamente en el borde mismo de la acera un trocito de cáscara de naranja.

Simple manía, sin duda, diversión pueril a la que nadie hubiera prestado atención; pero Ganimard era uno de esos observadores perspicaces a los que nada deja indiferentes, y que solo quedan satisfechos cuando saben la razón secreta de las cosas.

Por lo tanto, se puso a seguir al individuo.

Pero en el momento en que este torcía a la derecha por la avenida de la Grande-Armée, el inspector lo sorprendió cambiando señas con un chiquillo de una docena de años, chiquillo que iba a lo largo de las casas de la izquierda.

Veinte metros más adelante, el individuo se agachó y se levantó los bajos del pantalón. Una cáscara de naranja señaló su paso. En ese mismo instante, el chiquillo se detuvo y, con la ayuda de un trozo de tiza, trazó en la casa junto a la que pasaba una cruz blanca rodeada por un círculo.

Los dos personajes siguieron su camino. Un minuto después, nueva parada. El desconocido recogió un alfiler y dejó caer una cáscara de naranja, y al punto el chiquillo dibujó en el muro una segunda cruz que también inscribió en un círculo blanco.

«Caramba —pensó el inspector principal con un gruñido de placer—, esto promete... ¿Qué diablo de complot están preparando estos dos clientes?».

Los dos «clientes» descendieron por la avenida Friedland y por el *faubourg* Saint-Honoré, sin que por lo demás se produjese ningún hecho digno de ser tenido en cuenta.

A intervalos casi regulares, la doble operación volvía empezar, por así decir, de forma mecánica. Sin embargo era evidente, por un lado, que el hombre de las cáscaras de naranja no realizaba su tarea sino después de haber elegido la casa que había que marcar, y por otro, que el chiquillo no marcaba esa casa sino después de haber observado la señal de su compañero.

Estaban por tanto de acuerdo, y la maniobra sorprendida presentaba un considerable interés a los ojos del inspector principal.

En la plaza Beauvau, el hombre vaciló. Luego, dando la impresión de que se decidía, se levantó y se volvió a bajar dos veces los bajos del pantalón. Entonces el chiquillo se sentó en el borde de la acera, frente al soldado que montaba guardia en el Ministerio del Interior, y marcó la piedra con dos pequeñas cruces y con dos círculos.

A la altura del Elíseo, la misma ceremonia. Solo que, en la acera por la que el vigilante de la Presidencia caminaba, hubo tres signos en lugar de dos.

«¿Qué quiere decir esto?», murmuró Ganimard, pálido de emoción, y que, a su pesar, pensaba en su eterno enemigo Lupin, como pensaba cada vez que se presentaba una circunstancia misteriosa.

«¿Qué quiere decir eso?».

De buena gana hubiera agarrado e interrogado a los dos clientes. Pero era demasiado sagaz para cometer semejante tontería. Además, el hombre de las cáscaras de naranja había encendido un cigarrillo, y el muchacho, también provisto de una colilla, se había acercado a él con el aparente objetivo de pedirle fuego.

Cambiaron algunas palabras. Rápidamente, el chico tendió a su compañero

un objeto que tenía, eso creyó por lo menos el inspector, la forma de un revólver en su funda. Se inclinaron ambos sobre ese objeto, y seis veces el hombre vuelto hacia la pared se llevó la mano al bolsillo e hizo un gesto como si hubiera cargado un arma.

Tan pronto como acabó esa tarea, volvieron sobre sus pasos, llegaron a la calle de Surène, y el inspector, que los seguía todo lo cerca que era posible con riesgo de despertar su atención, los vio penetrar bajo el porche de una vieja casa cuyos postigos estaban totalmente cerrados, salvo los del tercer y último piso.

Se lanzó detrás de ellos. En el extremo de la puerta cochera avistó en el fondo de un gran patio la muestra de un pintor de la construcción, y, en la izquierda, el hueco de una escalera.

Subió, a partir del primer piso su prisa fue aumentando, sobre todo cuando oyó en todo lo alto un estrépito, como de alguien dando golpes.

Cuando llegó al último descansillo, la puerta estaba abierta. Entró, prestó atención un segundo, percibió el ruido de una pelea, corrió hasta el cuarto de donde parecía proceder aquel ruido y permaneció en el umbral todo jadeante y muy sorprendido al ver al hombre de las cáscaras de naranja y al chiquillo golpeando el suelo con sillas.

En ese momento un tercer personaje salió de una habitación vecina. Era un joven de veintiocho a treinta años, que llevaba unas patillas muy recortadas, gafas, un batín de casa forrado de astracán, y con cierto aire de extranjero, de ruso.

—Buenos días, Ganimard —dijo.

Y dirigiéndose a los dos compañeros:

—Os doy las gracias, amigos míos, y mi enhorabuena por el resultado obtenido. Aquí tenéis la recompensa prometida.

Les dio un billete de cien francos, los empujó fuera y cerró tras él las dos puertas.

—Te pido perdón, amigo mío —le dijo a Ganimard—. Tenía necesidad de hablarte..., una necesidad urgente.

Le ofreció la mano, y, como el inspector seguía estupefacto, con el rostro devastado por la rabia, exclamó:

—No parece comprender... Sin embargo, es evidente... Tenía una necesidad urgente de verte... ¿No te parece?...

Y fingiendo responder a una objeción:

—No, no, amigo mío, te equivocas. Si te hubiera escrito o telefoneado, no habrías venido... o habrías venido con un regimiento. Como quería verte a solas, pensé que me bastaba con enviar a esos dos buenas piezas en tu busca, con orden de sembrar cáscaras de naranja, de dibujar cruces y círculos, en resumen, de trazarte un camino hasta aquí. Bueno, parece aturrido. ¿Qué pasa? ¿Tal vez no me reconoces? Lupin... Arsène Lupin... Hurga en tu memoria... Ese nombre, ¿no te recuerda algo?

—Animal —dijo Ganimard rechinando los dientes.

Lupin pareció desolado, y en tono afectuoso:

—¿Estás enfadado? Sí, lo veo en tus ojos... El caso Dugrival, ¿no es cierto? ¿Habría debido esperar a que vinieses a detenerme? Caramba, no se me había ocurrido. Te juro que la próxima vez...

—Canalla —masculló Ganimard.

—¡Y yo que creía complacerte! Sí, me he dicho: «Ese buen gordo de Ganimard, cuánto tiempo hace que no nos hemos visto. Saltará a mi cuello».

Ganimard, que aún no se había movido, pareció salir de su estupor. Miró a su alrededor, miró a Lupin, se preguntó visiblemente si, en efecto, no iba a saltar a su cuello, luego, dominándose, cogió una silla y se instaló, como si de repente hubiera tomado la decisión de escuchar a su adversario.

—Habla —dijo—, y nada de pamplinas. Tengo prisa.

—De acuerdo —dijo Lupin—, hablemos. Imposible pensar en un lugar más tranquilo. Es un viejo palacete que pertenece al duque de Rochelaure, quien, como nunca vive aquí, me ha alquilado este piso y ha permitido el uso de las zonas comunes a un empresario de pintura. Tengo unos cuantos alojamientos parecidos, muy prácticos. Aquí, a pesar de mi apariencia de gran señor ruso, soy el señor Jean Dubreuil, antiguo ministro... Como comprenderás, he elegido una profesión con muchas ocupaciones para no llamar la atención...

—¿Y a mí qué me importa eso? —le interrumpió Ganimard.

—En efecto, yo hablo y tú tienes prisa. Perdóname. No será largo... Cinco minutos. Empiezo... ¿Un puro? No. Perfecto. Entonces yo tampoco.

Se sentó también, tecléo el piano sobre la mesa mientras reflexionaba y se expresó de esta suerte:

—El 17 de octubre de 1599, un hermoso día cálido y alegre... ¿Me sigues bien?... Pues el 17 de octubre de 1599... De hecho, ¿es totalmente imprescindible que me remonte hasta el reinado de Enrique IV y documentarte sobre la crónica del Pont-Neuf? No, debes estar versado en la historia de Francia, y corro el riesgo de embarullar tus ideas. Por lo tanto, ha de bastarte saber que esa noche, hacia la una de la madrugada, un barquero que pasaba bajo el último arco de ese mismo Pont-Neuf por el lado izquierdo del río, oyó caer, en la parte delantera de su gabarra, una cosa que habían lanzado desde lo alto del puente, y que visiblemente estaba destinada a las profundidades del Sena. Su perro se abalanzó ladrando, y, cuando el barquero llegó al extremo de su barca, vio que su animal agitaba con sus fauces un trozo de periódico que había servido para envolver diversos objetos. Recogió aquellos objetos que no habían caído al agua, y, una vez en su camarote, los examinó. El examen le pareció interesante, y como ese hombre estaba en relación con un amigo mío, hizo que me avisaran. Y esa mañana me despertaban para ponerme al corriente del caso y entregarme los objetos recogidos. Son estos.

Los mostró, ordenados sobre una mesa. En primer lugar estaban los trozos desgarrados de un número de periódico. Había luego un grueso tintero de cristal, a cuya tapa iba unido un largo trozo de bramante. Había una pequeña astilla de vidrio, luego una especie de cartón flexible, reducido a trapo. Y había, por último, un trozo de seda rojo escarlata, rematada por una borla de la misma tela y del mismo color.

—Aquí ves nuestras piezas de convicción, amigo mío —continuó Lupin—. Desde luego, el problema a resolver sería más fácil si tuviéramos los otros objetos que la estupidez del perro dispersó. Pero, sin embargo, me parece que de estos puede sacarse algo con un poco de reflexión y de inteligencia. Y esas son precisamente tus cualidades maestras. ¿Qué me dices?

Ganimard no rechistó. Consentía en sufrir la palabrería de Lupin, pero su dignidad le ordenaba no responder a ella ni con una sola palabra ni siquiera con un movimiento de cabeza que pudiera pasar por una aprobación o una

crítica.

—Veo que somos totalmente de la misma opinión –continuó Lupin sin dar la impresión de fijarse en el silencio del inspector principal—. Y resumo así, en una frase definitiva, el caso tal como lo cuentan estas piezas de convicción. *Anoche, entre las nueve y las doce, una señorita de aires excéntricos resultó herida a cuchilladas, luego serrada por el pecho hasta que llegó la muerte, por un señor bien vestido, que lleva monóculo y pertenece al mundo de las carreras, y con el que la citada señorita acababa de comer tres merengues y un éclair de café.*

Lupin encendió un cigarrillo, y agarrando la manga de Ganimard:

—¡Eh!, eso te deja pasmado, inspector principal. Imaginabas que, en el terreno de las deducciones policiacas, proezas de este tipo estaban prohibidas al profano. Error, señor. Lupin hace juegos malabares con las deducciones como un detective de novela. ¿Mis pruebas? Deslumbrantes e infantiles.

Y continuó, señalando los objetos mientras seguía con la demostración:

—Así pues, *anoche, entre las nueve y las doce* (este fragmento de diario lleva la fecha de ayer y la mención «diario de la noche»); además, aquí puedes ver, pegado al papel, un trozo de esas bandas amarillas bajo las que se envían los números de suscriptores (números que solo llegan al domicilio con el correo de las nueve), así pues, después de las nueve, *un señor bien vestido* (hay que hacer notar que esa pequeña astilla de vidrio presenta en uno de los bordes el agujero redondo de un monóculo, y que el monóculo es un utensilio esencialmente aristocrático), *un señor bien vestido entró en una pastelería* (aquí tienes el cartón muy delgado, en forma de caja, donde todavía se ve un poco de la crema de los merengues y del *éclair* que se colocó según la costumbre). Provisto de su paquete, el señor del monóculo se reunió con esa joven cuyo chal de seda rojo escarlata indica de sobra unos aires excéntricos. Tras reunirse con ella, y por motivos aún desconocidos, la hirió primero a cuchilladas, luego la estranguló con la ayuda de ese chal de seda. (Coge tu lupa, inspector principal, y verás en la seda marcas de un rojo más oscuro que son, aquí, las marcas de un cuchillo que se limpia, y allí, las de una mano ensangrentada que se aferra a una tela). Una vez cometido el crimen, y para no dejar ningún rastro tras él, saca de su bolsillo: 1º) el periódico al que está

suscrito y que (recorre ese fragmento) es un periódico de carreras cuyo título reconocerás fácilmente; 2º) una cuerda que resulta ser una cuerda de látigo (y estos dos detalles te prueban, ¿verdad?, que nuestro hombre se interesa en las carreras y se ocupa de caballos). Luego, recoge los restos de su monóculo, cuyo cordón se ha roto durante la lucha. Corta con unas tijeras (examina las estrías de las tijeras), corta la parte manchada del chal, dejando sin duda la otra en las manos crispadas de la víctima. Hace una bola con el cartonaje del pastelero. También deja ciertos objetos denunciadores que, luego, han debido deslizarse en el Sena, como el cuchillo. Envuelve todo con un periódico, sujeta y ata, para hacer peso, este tintero de cristal. Luego se marcha. Un momento después, el paquete cae sobre la barcaza del marinero. Y ya está. ¡Uf!, tengo calor. ¿Qué dices de la aventura?

Observó a Ganimard para darse cuenta del efecto que sus palabras habían producido en el inspector. Ganimard no abandonó en ningún momento su mutismo.

Lupin se echó a reír.

—En el fondo, estás pasmado. Pero desconfías. «¿Por qué este diablo de Lupin me pasa este caso, en vez de quedárselo para él, correr tras el asesino, y esquilmarlo, si ha habido robo?». Evidentemente, la pregunta es lógica. Pero... hay un pero: no tengo tiempo. En este momento, estoy desbordado de trabajo. Un robo con efracción en Londres, otro en Lausana, una sustitución de niño en Marsella, el salvamento de una joven a cuyo alrededor merodea la muerte, todo me cae encima al mismo tiempo. Entonces me he dicho: «¿Y si le pasase el caso al bueno de Ganimard? Ahora que está algo despabilado, es muy capaz de tener éxito. ¡Y qué favor le hago! ¡Cómo va a poder distinguirse!». Dicho y hecho. A las ocho de la mañana enviaba a tu encuentro al tipo de las cáscaras de naranja. Tú mordías el anzuelo, y a las nueve llegabas aquí vivito y coleando.

Lupin se había levantado. Se agachó un poco hacia el inspector, y le dijo, mirándolo directamente a los ojos:

—Un punto lo es todo. La historia ha terminado. Dentro de poco, probablemente, conocerás a la víctima..., alguna bailarina de *ballet*, alguna cantante de café-concierto. Por otro lado, hay muchas probabilidades de que

el culpable viva en los alrededores del Pont-Neuf, o mejor dicho en la orilla izquierda. En fin, aquí están todas las piezas de convicción. Te las regalo. Trabaja. Solo me quedo con este trozo de chal. Si necesitas reconstruir el chal entero, tráeme el otro trozo, el que la justicia recogerá del cuello de la víctima. Tráemelo en un mes, día por día, es decir, el próximo 28 de diciembre: todo esto es serio, amigo mío, te lo juro. ¡Nada de engaños! Puedes seguir adelante. ¡Ah!, a propósito, un detalle que tiene su importancia. Cuando detengas al tipo del monóculo, cuidado: es zurdo. ¡Adiós, querido, y buena suerte!

Lupin hizo una pirueta, ganó la puerta, la abrió y desapareció, antes incluso de que Ganimard pensase en tomar una decisión. El inspector se precipitó de un salto, pero constató al punto que el picaporte de la cerradura no giraba gracias a un mecanismo que él desconocía. Necesitó diez minutos para desatornillar aquella cerradura, y otros diez para desatornillar la de la antecámara. Cuando hubo bajado a saltos los tres pisos, Ganimard no tenía la menor esperanza de alcanzar a Arsène Lupin.

Además, ni siquiera pensaba en ello. Lupin le inspiraba un sentimiento raro y complejo en el que había miedo, rencor, una admiración involuntaria y también la intuición confusa de que, a pesar de todos sus esfuerzos, a pesar de la persistencia de sus pesquisas, nunca conseguiría alcanzar a un adversario semejante. Lo perseguía por deber y por amor propio, pero con el temor continuo a ser engañado por aquel temible manipulador, y abofeteado ante un público siempre dispuesto a reírse de sus contratiempos.

En particular, la historia de aquel chal rojo le pareció muy equívoca. Interesante, desde luego, por más de un lado, pero ¡qué inverosímil! Y también, ¡qué poco resistía a un examen severo la explicación de Lupin, tan lógica en apariencia!

«No —se dijo Ganimard—, todo esto es una broma... Un montón de suposiciones y de hipótesis sin la menor base. No sigo.

Cuando llegó al número 36 del muelle de los Orfèvres, estaba absolutamente decidido a considerar el incidente nulo y sin valor alguno.

Subió al servicio de información de la Policía. Allí, uno de sus camaradas le dijo:

—¿Has visto al jefe?

—No.

—Ha preguntado por ti hace un rato.

—¡Ah!

—Sí, vete a verlo.

—¿Adónde?

—A la calle de Verne... Esta noche se ha cometido un asesinato...

—¡Ah! ¿Y la víctima?

—No sé muy bien... Una cantante de café-concierto, creo.

Ganimard se limitó a murmurar:

—¡Por todos los diablos!

Veinte minutos después, salía del metro y se dirigía hacia la calle de Berne.

La víctima, conocida en el mundo del teatro bajo el apodo de Jenny Saphir, ocupaba un modesto apartamento situado en el segundo piso. Conducido por un agente de Policía, el inspector principal atravesó primero dos habitaciones, luego penetró en el cuarto donde ya se encontraban los magistrados encargados de la investigación, el jefe de la Policía de información, el señor Dudouis y un médico forense.

A la primera ojeada, Ganimard se sobresaltó. ¡Había visto, echado sobre un diván, el cadáver de una joven cuyas manos se crispaban sobre un trozo de seda roja! El hombro, que se veía fuera del corpiño escotado, llevaba la marca de dos heridas a cuyo alrededor se había coagulado la sangre. La cara, convulsa, casi negra, conservaba una expresión de espanto enloquecido.

El médico forense, que acababa de concluir su examen, dijo:

—Mis primeras conclusiones son muy claras. La víctima ha sido herida primero de dos puñaladas, luego estrangulada. La muerte por asfixia es visible.

«¡Por todos los diablos!» —pensó de nuevo Ganimard, que se acordaba de las palabras de Lupin, de su evocación del crimen...

El juez de instrucción objetó:

—Sin embargo el cuello no ofrece equimosis.

—El estrangulamiento —declaró el médico— ha podido ser practicado con la ayuda de este chal de seda que la víctima llevaba al cuello, y del que queda

este trozo al que ella se había aferrado con las dos manos para defenderse.

—Pero ¿por qué solo queda ese trozo? —dijo el juez—. ¿Qué ha sido del otro.

—El otro, tal vez manchado de sangre, se lo habrá llevado el asesino. Se distingue muy bien el corte apresurado de las tijeras.

«¡Por todos los diablos! —repitió Ganimard entre dientes por tercera vez—, ese animal de Lupin lo ha visto todo sin estar presente».

—¿Y el motivo del crimen? —preguntó el juez—. Han roto las cerraduras y revuelto los armarios. ¿Tiene usted alguna información, señor Dudouis?

El jefe de la Policía replicó:

—Por ahora puedo avanzar una hipótesis, que resulta de las declaraciones de la criada. La víctima cuyo talento como cantante era mediocre, pero a la que se conocía por su belleza, hizo hace dos años un viaje a Rusia, del que volvió con un magnífico zafiro que le había regalado, al parecer, un personaje de la corte. Jenny Saphir, como llamaban a la joven desde ese día, estaba muy orgullosa del regalo, aunque por prudencia no solía llevarlo consigo. ¿No podemos suponer que el robo del zafiro fue la causa del crimen?

—Pero ¿conocía la doncella el lugar donde se encontraba la piedra?

—No, no lo conocía nadie. Y el desorden de este cuarto tendería a probar que tampoco el asesino lo conocía.

—Vamos a interrogar a la doncella —dijo el juez de instrucción.

El señor Dudouis se llevó aparte al inspector principal y le dijo:

—Tiene un aire muy raro, Ganimard. ¿Qué pasa? ¿Es que sospecha usted algo?

—Nada en absoluto, jefe.

—Peor entonces. En la policía necesitamos un éxito. Ya son varios los crímenes de este tipo cuyo autor no ha podido ser descubierto. Esta vez necesitamos al culpable, y rápidamente.

—Difícil, jefe.

—Es necesario. Escúcheme, Ganimard. Según la doncella, Jenny Saphir llevaba una vida muy regular, recibía frecuentemente, desde hace un mes, cuando volvía del teatro, es decir, hacia las diez y media, a un individuo que se quedaba hasta medianoche aproximadamente. «Es un hombre de la alta sociedad —decía Jenny Saphir—; quiere casarse conmigo». Este hombre de la

alta sociedad adoptaba, por otra parte, todo tipo de precauciones para no ser visto, levantándose el cuello de la chaqueta y bajando las alas del sombrero cuando pasaba delante de la garita de la portera. Y Jenny Saphir, antes incluso de que él llegase, siempre alejaba a la doncella. Es a ese individuo al que hay que encontrar.

—¿No ha dejado ningún rastro?

—Ninguno. Es evidente que estamos ante un hombre muy hábil, que ha preparado su crimen y que lo ha ejecutado con todas las probabilidades posibles de impunidad. Su arresto supondrá un gran honor para nosotros. Cuento con usted, Ganimard.

—¡Ah!, cuente conmigo, jefe —respondió el inspector—. Bien, veremos..., veremos... No digo que no... Pero...

Parecía muy nervioso y su agitación sorprendió al señor Dudouis.

—Pero —continuó Ganimard...—, yo le juro... ¿me oye, jefe?, le juro...

—Me jura usted ¿qué?

—Nada... Ya veremos, jefe..., ya veremos...

Únicamente fuera, y una vez solo, Ganimard acabó su frase. Y la acabó en voz alta, dando un golpe con el pie, y con el acento de rabia más enérgico:

—Pero juro ante Dios que el arresto se hará por mis propios medios, y sin que utilice ni una sola de las informaciones que me ha proporcionado ese miserable. ¡Ah!, no, entonces...

Echando pestes contra Lupin, furioso por haberse mezclado en aquel caso, y decidido sin embargo a desembrollarlo, deambuló sin rumbo por las calles. Con el cerebro alterado, trataba de poner un poco de orden en sus ideas y descubrir, entre los hechos dispersos, algún pequeño detalle, que se les hubiera pasado a todos y que Lupin no hubiera sospechado, que pudiese llevarlo al éxito.

Almorzó rápidamente en una tienda de vinos, luego continuó su paseo y, de repente, se detuvo, estupefacto, confundido. Estaba entrando bajo el porche de la calle de Surène, en la casa misma a la que Lupin lo había atraído unas horas antes. Una fuerza más poderosa que su voluntad lo llevaba allí de nuevo. La solución del problema estaba allí. Allí se encontraban todos los elementos de la verdad. Hiciera lo que hiciese, las afirmaciones de Lupin eran

tan exactas, sus cálculos tan justos que, turbado hasta el fondo de su ser por una adivinación tan prodigiosa, no podía sino reanudar el trabajo en el punto en que su enemigo lo había dejado.

Sin oponer más resistencia, subió los tres pisos. El apartamento estaba abierto. Nadie había tocado las piezas de convicción. Se las guardó en el bolsillo.

A partir de ese momento razonó y actuó, por así decir, de forma mecánica, bajo los impulsos del maestro al que no podía dejar de obedecer.

Admitiendo que el desconocido vivía en los alrededores del Pont-Neuf, había que descubrir, en el camino que lleva desde ese puente a la calle de Berne, la importante pastelería abierta por la noche, donde se habían comprado los pasteles. Las búsquedas no fueron largas. Cerca de la estación Saint-Lazare, un pastelero le mostró unas pequeñas cajas de cartón, idénticas, tanto en materia como en forma, a la que Ganimard poseía. Además, una de las vendedoras recordaba haber servido, la víspera por la noche, a un señor embutido en su cuello de piel, pero del que había visto el monóculo.

—Ya está, un primer indicio controlado —pensó el inspector—, nuestro hombre lleva monóculo.

Reunió luego los fragmentos del periódico de carreras y los sometió a un vendedor de periódicos que fácilmente reconoció el *Turf illustré*. Se dirigió de inmediato a las oficinas del *Turf* y solicitó la lista de suscriptores. En esa lista subrayó los nombres y las direcciones de todos los que vivían en los alrededores del Pont-Neuf, y sobre todo, *dado que Lupin lo había dicho*, en la orilla izquierda del río.

Volvió luego a las oficinas de la Policía, reclutó media docena de hombres y los despachó con las instrucciones necesarias.

A las siete de la tarde, el último de estos hombres regresó y le anunció la buena nueva. Un tal señor Prévailles, suscriptor del *Turf*, vivía en un entresuelo del muelle de los Augustins. La víspera por la noche salió de su casa vestido con una pelliza de piel, recibió de manos de la portera su correspondencia y su periódico el *Turf illustré*, se alejó y volvió hacia medianoche.

Este señor Prévailles utilizaba monóculo. Era aficionado a las carreras, e

incluso poseía varios caballos, que montaba o alquilaba.

La investigación había sido tan rápida y los resultados coincidían tanto con las predicciones de Lupin que Ganimard se sintió turbado al escuchar el informe del agente. Una vez más medía la prodigiosa extensión de los recursos de que Lupin disponía. Nunca en el curso de su ya larga vida había encontrado semejante clarividencia, una mente tan aguda y tan rápida.

Fue en busca del señor Dudouis.

—Todo está listo, jefe. ¿Tiene una orden?

—¿Cómo?

—Digo que todo está listo para el arresto, jefe.

—¿Sabe usted quién es el asesino de Jenny Saphir?

—Sí.

—Pero ¿cómo? Explíquese.

Ganimard sintió algún escrúpulo, se puso algo colorado, y sin embargo respondió:

—Una casualidad, jefe. El asesino arrojó al Sena todo lo que podía comprometerlo. Una parte del paquete fue recogida y me ha sido entregada.

—¿Por quién?

—Un barquero que no ha querido decir su nombre por temor a represalias. Pero yo disponía de todos los indicios necesarios. La tarea ha sido fácil.

El inspector contó de qué forma había procedido.

—¡Y llama usted a esto una casualidad! —exclamó el señor Dudouis—. ¡Y dice que la tarea ha sido fácil! Pero si es una de sus más hermosas campañas. Diríjala hasta el final usted mismo, mi querido Ganimard, y sea prudente.

Ganimard tenía prisa por terminar. Se dirigió al muelle de los Augustins con sus hombres y los distribuyó alrededor de la casa. La portera, interrogada, declaró que su inquilino hacía sus comidas fuera, pero que pasaba regularmente por su apartamento después de cenar.

De hecho, poco antes de las nueve, asomada a su ventana, ella avisó a Ganimard, quien dio de inmediato un ligero silbido. Un señor con sombrero

de copa alta, envuelto en su pelliza de piel, seguía la acera que bordea el Sena. Cruzó la calzada y se dirigió hacia la casa.

Ganimard se adelantó:

—¿Es usted el señor Prévailles?

—Sí, ¿y usted es?...

—Estoy encargado de una misión...

No tuvo tiempo de acabar su frase. A la vista de los hombres que surgían de la sombra, Prévailles había retrocedido vivamente hasta la pared, y, mientras hacía frente a sus adversarios, se mantenía pegado a la puerta de una tienda situada en la planta baja y cuyos postigos estaban cerrados.

—¡Atrás! —gritó—, no lo conozco.

Su mano derecha blandía un pesado bastón, mientras su mano izquierda, que había deslizado a su espalda, parecía querer abrir la puerta.

Ganimard tuvo la impresión de que podía huir por allí y por alguna salida secreta.

—Vamos, nada de bromas —dijo acercándose—. Estás pillado... Ríndete.

Pero en el preciso momento en que agarraba el bastón de Prévailles, Ganimard se acordó de la advertencia dada por Lupin: Prévailles era zurdo, y era el revólver lo que buscaba con la mano izquierda.

El inspector se agachó rápidamente, había visto el gesto súbito del individuo. Sonaron dos detonaciones. Nadie resultó herido.

Unos segundos después, Prévailles recibía un golpe de culata en el mentón que lo abatió en el acto. A las nueve, se le encerraba en la cárcel.

Ya en esa época Ganimard gozaba de gran reputación. Aquella captura realizada de forma tan rápida, y por medios muy sencillos que la policía se apresuró a divulgar, le valió una celebridad repentina. Se culpó enseguida a Prévailles de todos los crímenes que estaban sin castigo, y los periódicos celebraron las proezas de Ganimard.

Al principio, el caso se llevó con rapidez. Ante todo se constató que Prévailles, cuyo verdadero nombre era Thomas Derocq, había tenido sus más

y sus menos con la justicia. Además, las indagaciones que se hicieron en su casa, aunque no generaron nuevas pruebas, llevaron sin embargo al descubrimiento de un ovillo de cuerda semejante a la cuerda empleada alrededor del paquete, y al hallazgo de puñales que habrían producido una herida análoga a las heridas de la víctima.

Pero el octavo día todo cambió. Prévailles, que hasta entonces se había negado a responder, Prévailles, asistido por su abogado, opuso una coartada muy clara: la noche del crimen, él estaba en los Folies-Bergère¹⁴¹.

De hecho terminaron encontrando, en el bolsillo de su esmoquin, una entrada y un programa del espectáculo, ambos con la fecha de esa noche.

—Coartada preparada —objetó el juez de instrucción.

—Demuéstrelo —respondió Prévailles.

Hubo careos. La señorita de la pastelería creyó reconocer al señor del monóculo. El portero de la calle de Berne creyó reconocer al señor que visitaba a Jenny Saphir. Pero nadie se atrevía a afirmar más.

De este modo, la instrucción no encontraba nada preciso, ningún terreno sólido sobre el que se pudiera establecer una acusación seria.

El juez mandó llamar a Ganimard y le confió su problema.

—No puedo seguir insistiendo, no tengo cargos que presentar.

—Sin embargo, señor juez de instrucción, usted está convencido. ¿Se habría dejado Prévailles detener sin resistencia si no hubiera sido culpable?

—Asegura que pensó que lo atacaban. Asimismo afirma que nunca ha visto a Jenny Saphir, y, de hecho, no encontramos a nadie que pueda contradecirle. Y además, admitiendo que el zafiro haya sido robado, no hemos podido encontrarlo en su casa.

—Tampoco en otra parte —objetó Ganimard.

—De acuerdo, pero eso no es un cargo contra él. ¿Sabe usted, señor Ganimard lo que necesitaríamos, y de prisa? El otro extremo de ese chal rojo.

—¿El otro extremo?

—Sí, porque es evidente que si el asesino se lo llevó, las marcas ensangrentadas de sus dedos están en la tela.

Ganimard no respondió. Desde hacía varios días se daba cuenta de que toda la aventura tendía hacia ese desenlace. No habría otra prueba posible. Con el

chal de seda, y solo con eso, la culpabilidad de Prévailles era segura. Y la situación de Ganimard exigía esa culpabilidad. Responsable del arresto, encumbrado por él, celebrado como el adversario más temible de los malhechores, quedaba en absoluto ridículo si Prévailles era puesto en libertad.

Por desgracia, la única e indispensable prueba estaba en el bolsillo de Lupin. ¿Cómo recuperarla?

Ganimard buscó, se esforzó cuanto pudo en nuevas pesquisas, rehízo la investigación, pasó las noches en blanco escrutando el misterio de la calle de Berne, reconstruyó la existencia de Prévailles, movilizó a diez hombres para descubrir el invisible zafiro. Todo fue inútil.

El 27 de diciembre, el juez de instrucción le preguntó en los pasillos del Palacio de Justicia.

—Bueno, señor Ganimard, ¿qué hay de nuevo?

—Nada, señor juez de instrucción.

—En tal caso, abandono el asunto.

—Espere un día más.

—¿Por qué? Necesitaríamos el otro extremo del chal: ¿lo tiene?

—Lo tendré mañana.

—¿Mañana?

—Sí, pero confíeme el trozo que está en su poder.

—¿Por qué voy a hacerlo?

—Porque le prometo que mañana tendré el chal completo.

—De acuerdo.

Ganimard entró en el despacho del juez. Salió con el jirón de seda.

—¡Maldita sea! —refunfuñaba—, iré a buscar esa prueba y la conseguiré... Siempre que el señor Lupin se atreva a venir a la cita.

En el fondo no tenía la menor duda de que el señor Lupin tendría esa audacia, y eso era precisamente lo que lo molestaba. ¿Por qué Lupin iba a querer esa cita? ¿Qué propósito perseguiría en ese caso?

Inquieto, con la rabia en el corazón, lleno de odio, decidió tomar todas las precauciones necesarias, no solo para no caer en una emboscada, sino incluso para no dejar de coger a su enemigo en la trampa ya que se presentaba la

ocasión. Y al día siguiente, que era el 28 de diciembre, día fijado por Lupin, después de haber estudiado toda la noche el viejo palacete de la calle de Surène y de estar convencido de que no había más salida que la puerta central, después de haber prevenido a sus hombres de que iba a poner en práctica una expedición peligrosa, llegó con ellos al campo de batalla.

Los apostó en un café. La consigna era formal: si él se dejaba ver en una de las ventanas del tercer piso, o si no volvía al cabo de una hora, los agentes debían invadir la casa y detener a todo el que tratara de salir de ella.

El inspector principal se aseguró de que su revólver funcionaba bien, y de que podría sacarlo fácilmente del bolsillo. Luego subió.

Quedó bastante sorprendido al volver a ver las cosas tal como las había dejado, es decir, las puertas abiertas y las cerraduras fracturadas. Después de haber constatado que las ventanas de la habitación principal daban a la calle, inspeccionó las otras tres piezas que formaban el piso. No había nadie.

—El señor Lupin ha tenido miedo —murmuró, no sin cierta satisfacción.

—¡Qué idiota eres! —dijo una voz a su espalda.

Y tras volverse, vio en el umbral a un viejo obrero con una larga blusa de pintor.

—No busques —dijo el hombre—. Soy yo, Lupin. Desde esta mañana trabajo en la empresa de pintura. En este momento es la hora de la comida. Y he subido.

Contemplaba a Ganimard con una sonrisa alegre, y exclamó:

—¡De veras! ¡Vaya un maldito minuto que te debo, amigo mío! No lo cambiaría por diez años de tu vida, y sin embargo te aprecio. ¿Qué piensas tú, artista? ¿Está combinado, previsto? ¿Previsto de la A a la Z? ¿No te he dejado oler el caso? No te digo que no hubiera agujeros en mi argumentación, ni que no faltaran eslabones a la cadena... ¡Pero qué obra maestra de inteligencia! ¡Qué reconstrucción, Ganimard! ¡Qué intuición de todo lo que había ocurrido, y de todo lo que iba a ocurrir desde el descubrimiento del crimen hasta tu llegada aquí en busca de una prueba! ¡Qué adivinación realmente maravillosa! ¿Tienes el chal?

—La mitad, sí. ¿Tienes tú la otra?

—Aquí está. Confrontémoslas.

Extendieron los dos trozos de seda sobre la mesa. Los cortes hechos por las tijeras se correspondían con total exactitud. Además, los colores eran idénticos.

—Pero supongo —dijo Lupin— que no has venido solo por esto. Lo que te interesa es ver las marcas de la sangre. Sígueme, Ganimard, aquí no hay suficiente luz.

Pasaron a la habitación vecina, situada en la parte del patio, y más clara, en efecto; allí Lupin aplicó su tela al cristal.

—Mira —dijo dejando el sitio a Ganimard.

El inspector se estremeció de alegría. Veía con toda nitidez las señales de los cinco dedos y la huella de la palma de la mano. La prueba era irrefutable. Con su mano ensangrentada, con aquella misma mano que había herido a Jenny Saphir, el asesino había empuñado la tela y anudado el chal alrededor del cuello.

—Y es la huella de una mano izquierda —observó Lupin—... De ahí mi advertencia, que no tenía nada de milagrosa, como puedes ver. Pero, aunque admito que me consideres una inteligencia superior, amigo mío, no quiero sin embargo que me trates de brujo.

Ganimard se había guardado rápidamente en el bolsillo el trozo de seda. Lupin lo aprobó.

—Pues claro, amigo mío, es para ti. ¡Me gusta tanto complacerte! Y ya ves, en todo esto no había la menor trampa, solo amabilidad, un favor de camarada a camarada, de amigo a amigo. Y debo confesarte que también un poco de curiosidad... Sí, quería examinar el otro trozo de seda, el de la Policía... No tengas miedo. No tengas miedo, voy a devolvértelo... Espera un segundo nada más.

Con gesto indolente, y mientras Ganimard lo escuchaba a su pesar, se divertía con la borla que remataba la mitad del chal.

—¡Qué ingeniosas son estas pequeñas labores de mujer! ¿Has observado este detalle en la investigación? Jenny Saphir era muy hábil, y ella misma se confeccionaba sus sombreros y sus vestidos. Es evidente que este chal ha sido hecho por ella... Por otra parte, me di cuenta desde el primer día. Curioso por naturaleza, como he tenido el honor de decirte, había estudiado a fondo el

trozo de seda que acabas de guardarte en el bolsillo, y en el interior mismo de la borla había descubierto una medallita de santidad que la pobre chica había puesto ahí como un amuleto. Detalle conmovedor, ¿verdad, Ganimard? Una medallita de Nuestra Señora del Buen Socorro¹⁴².

El inspector lo miraba fijamente, muy intrigado. Y Lupin continuaba:

—Entonces me dije: ¡qué interesante sería explorar la otra mitad del chal, la que la policía encontrará en el cuello de la víctima! Porque esa otra mitad, que por fin tengo, está rematada de la misma forma... De modo que sabré si existe el mismo escondite y lo que encierra... ¡Pero mira, amigo mío, con qué habilidad está hecha! ¡Y qué poca complicación! Basta coger un copo de cordoncillo rojo y tejerlo alrededor de una aceituna de madera hueca, dejando en el medio una pequeña cavidad, un pequeño vacío, necesariamente reducido, pero suficiente para que pueda meterse en él una medalla de santidad... o cualquier otra cosa... Una joya, por ejemplo... Un zafiro...

En ese mismo instante acababa de separar los cordoncillos de seda, y en el hueco de una aceituna, cogía entre el pulgar y el índice una admirable piedra azul, de una pureza y una talla perfectas.

—¿Ves lo que yo decía, amigo mío?

Alzó la cabeza. El inspector, lívido, con los ojos desencajados, parecía estupefacto, fascinado por la piedra que relucía delante de él. Por fin comprendía toda la maquinación.

—Animal –murmuró, repitiendo su insulto de la primera entrevista. Ambos hombres estaban frente a frente, uno contra otro.

—Devuélveme eso –dijo el inspector.

Lupin le tendió el trozo de tela.

—¡Y el zafiro! –ordenó Ganimard.

—Qué tonto eres.

—Devuélvemelo, si no...

—Si no, ¿qué, cacho idiota? –exclamó Lupin—. Ah, ¿pero crees que es por nada por lo que te he concedido el éxito?

—¡Devuélveme eso!

—¿No me has mirado? ¡Cómo! Hace cuatro semanas que te hago correr de aquí para allá como un gamo, y quieres...Vamos, Ganimard, un pequeño

esfuerzo, amigo mío... Comprende que, desde hace cuatro semanas no eres más que un perrillo... Ganimard, lleva..., lleva al señor... ¡Ah, el perrillo a su padre!... Mira a ver si te luces... ¿Un azucarillo?

Conteniendo la cólera que en él hervía, Ganimard solo pensaba en una cosa, llamar a sus agentes. Y como la habitación en la que se encontraba daba al patio, poco a poco, con un movimiento sinuoso, trataba de dirigirse hacia la puerta que comunicaba con el resto de la casa. Con una pirueta saltaría entonces hacia la ventana y rompería uno de los cristales.

—De todos modos —continuaba Lupin—, tú y los otros debéis de ser unos tontainas. Con el tiempo que hace que tenéis la tela, a ninguno se le ha ocurrido la idea de palparla, ninguno se ha preguntado la razón por la que la pobre chica se aferraba a su chal. ¡Ni uno! Actuáis al azar, sin reflexionar, sin prever nada.

El inspector había alcanzado su objetivo. Aprovechando un segundo en el que Lupin se apartaba de su lado, dio media vuelta de repente y agarró el pomo de la puerta. Pero se le escapó un juramento: el pomo no se movió.

Lupin se echó a reír a carcajadas.

—¡Ni eso siquiera! ¡No habías previsto ni eso siquiera! Me tiendes una trampa, y no admites que yo pueda olérmelo de antemano. Y te dejas atraer a esta habitación sin preguntarte si te traigo a ella adrede y sin recordar que las cerraduras están provistas de mecanismos especiales. Vamos, con toda sinceridad, ¿qué me dices a eso?

—¿Qué te digo?... —profirió Ganimard, fuera de sí.

Rápidamente había sacado su revólver y apuntaba al enemigo en pleno rostro.

—¡Arriba las manos! —exclamó.

Lupin se plantó delante de él encogiéndose de hombros.

—Otra metedura de pata.

—¡Arriba las manos, te repito!

—Otra metedura de pata. Tu aparato no sirve.

—¿Por qué?

—Tu asistenta, la vieja Catherine, está a mi servicio. Esta mañana ha mojado la pólvora mientras tú tomabas tu café con leche.

Ganimard hizo un gesto de rabia, se guardó el arma en el bolsillo y se lanzó sobre Lupin.

—¿Y ahora qué? —dijo este, deteniéndolo en seco con una patada en la pierna.

Sus ropas casi se tocaban. Sus miradas se provocaban, como las miradas de dos adversarios que van a llegar a las manos.

No hubo sin embargo combate. El recuerdo de las peleas anteriores volvía inútil la lucha. Y Ganimard, que se acordaba de todas las derrotas pasadas, de sus inútiles ataques, de las respuestas fulminantes de Lupin, no se movía. No tenía nada que hacer, de eso se daba cuenta. Lupin disponía de fuerzas contra las que se estrellaba cualquier fuerza individual. Entonces, ¿para qué?

—¿De acuerdo entonces? —dijo Lupin con voz amistosa—, más vale dejar las cosas como están. Por otra parte, amigo mío, reflexiona acerca de todo lo que la aventura te ha aportado: la gloria, la certeza de un ascenso próximo, y, gracias a eso, la perspectiva de una feliz vejez. ¡No querrías añadir al hallazgo del zafiro la cabeza de este pobre Lupin! No sería justo. Sin contar con que este pobre Lupin te ha salvado la vida. ¡Pues claro que sí, señor! ¿Quién le advirtió a usted aquí mismo de que Prévailles era zurdo?... ¿Y es así como me lo agradeces? No es muy elegante, Ganimard. De veras, me das pena.

Mientras hablaba, Lupin había puesto en práctica el mismo movimiento que Ganimard y se había acercado a la puerta.

Ganimard comprendió que el enemigo iba a escapársele. Olvidando toda prudencia, quiso cerrarle el paso y recibió en el estómago un formidable cabezazo que lo mandó rodando hasta la pared de enfrente.

Con tres gestos, Lupin hizo moverse un resorte, giró el pomo, entreabrió el batiente y se marchó echándose a reír.

Cuando, veinte minutos después, Ganimard consiguió reunir a sus hombres, uno de ellos le dijo:

—Un obrero pintor, que salía de la casa cuando sus compañeros volvían de almorzar, me ha entregado una carta. «Dele eso a su patrón», me ha dicho. «¿A qué patrón?», le he preguntado. Ya estaba lejos. Supongo que es para usted.

—Dámela.

Ganimard abrió la carta. Estaba garrapateada apresuradamente, a lápiz, y contenía estas palabras:

Esto, amigo mío, es para ponerte en guardia contra una credulidad excesiva. Cuando alguien te dice que los cartuchos de tu revólver están mojados, por grande que sea tu confianza en ese alguien, aunque se llame Arsène Lupin, no te dejes engañar. Dispara primero, y si ese alguien hace una pirueta en la eternidad, tendrás la prueba: 1º) de que los cartuchos no estaban mojados; 2º) de que la vieja Catherine es la más honrada de las asistentas.

En espera de tener el honor de conocerla, acepta, amigo mío, los sentimientos afectuosos de tu fiel

ARSÈNE LUPIN

¹⁴¹ Teatro al aire libre cuando se fundó en 1869, en la calle Richer, Les Folies-Bergère adquirió un aire distinto dos años más tarde, cuando, tras una ampliación de sus localidades de pie, era frecuentado por damas de virtud dudosa. En ese momento se presentaban espectáculos de todo tipo, desde acrobacias a pantomimas y operetas. Diez años más tarde, en 1881, su programación se orientó hacia conciertos de compositores contemporáneos (desde Gounod a Saint-Saëns); pero no tardó en volver al género de variedades y al *music-hall*.

¹⁴² La basílica de Notre-Dame de Bonsecours es lugar de peregrinación cerca de Ruán; su origen se remonta a la Edad Media.

MAURICE LEBLANC

EL HOMBRE DE LA PIEL DE CABRA

El pueblo quedó aterrorizado.

Era un domingo. Los aldeanos de Saint-Nicolas y de los alrededores salían de la iglesia y se desparramaban por la plaza cuando, de repente, unas mujeres que caminaban delante y ya llegaban a la carretera retrocedieron lanzando gritos de espanto.

E inmediatamente se divisó, enorme, espantoso, semejante a un monstruo, un automóvil que venía a una velocidad vertiginosa. Entre los gritos y la fuga enloquecida de la gente, enfiló derecho hacia la iglesia, viró en el momento mismo en que iba a estrellarse contra los escalones, rozó el muro de la casa parroquial, y volvió a encontrar la prolongación de la carretera, se alejó, sin haber rozado siquiera en aquel giro diabólico —¡milagro incomprensible!— a ninguna de las personas que atestaban la plaza... y desapareció.

Pero lo habían visto. Habían visto en el asiento, cubierto con una piel de cabra, tocado con un gorro de piel, el rostro enmascarado con gruesos anteojos, a un hombre que conducía; y, a su lado, en la parte delantera de aquel asiento, echada, plegada en dos, a una mujer cuya cabeza ensangrentada colgaba encima del capó.

¡Y los habían oído! Habían oído los gritos de aquella mujer, gritos de horror, gritos de agonía...

Y fue tal visión de carnicería y de infierno que la gente se quedó durante unos segundos inmóvil, atontada.

—¡Sangre! —aulló alguien.

Había sangre por todas partes, en las piedras de la plaza, en la tierra, que los primeros hielos del otoño habían endurecido; y cuando los chiquillos y los hombres se lanzaron en persecución del auto solo tuvieron que guiarse por aquellas marcas siniestras.

Seguían además la carretera, ¡pero de una forma tan extraña!, yendo de un lado a otro y trazando, junto a las huellas de los neumáticos, una pista en zigzag que daba escalofríos. ¿Cómo no había chocado el automóvil contra aquel árbol? ¿Cómo habían podido enderezarlo antes de quedar con el morro clavado en aquel talud? ¿Qué novato, qué loco, qué borracho, o más bien qué criminal asustado, conducía aquel vehículo en medio de tales sobresaltos?

Uno de los aldeanos soltó.

—Nunca conseguirán tomar el recodo del bosque.

Y otro dijo:

—¡Claro que no! Volcará.

A quinientos metros de Saint-Nicolas empezaba el bosque de Morgues¹⁴³, y la carretera, recta hasta allí, salvo por un ligero recodo al salir del pueblo, ascendía desde su entrada en el bosque y formaba una brusca curva entre las rocas y los árboles. Esa vuelta ningún automóvil podía tomarla sin haber aminorado previamente la velocidad. Postes indicadores señalaban el peligro.

Jadeando, los aldeanos llegaron al tresbolillo de hayas que formaban la linde.

E inmediatamente uno de ellos gritó:

—¡Ahí está!

—¿Qué? El coche volcado.

En efecto, el automóvil —una limusina— yacía boca arriba, destrozado, retorcido, informe. A su lado, el cadáver de una mujer. Pero lo más horrible de aquel espectáculo innoble y bárbaro es que la cabeza de la mujer estaba aplastada, reventada, invisible, bajo un enorme bloque de piedra colocado allí por alguna fuerza prodigiosa desconocida.

En cuanto al hombre de la piel de cabra, no lo encontraron. No lo encontraron en el lugar del accidente. Tampoco lo encontraron en los alrededores. Además, unos obreros que bajaban por el lado de Morgues declararon que no se habían cruzado con nadie.

Por lo tanto, el hombre había escapado por los bosques. Aquellos bosques, que se llaman selva debido a la belleza y a la vejez de los árboles, son de dimensiones restringidas. La Gendarmería, en cuanto fue avisada, dio una minuciosa batida con la ayuda de aldeanos. No descubrieron nada. De igual forma, los magistrados instructores no encontraron, en la minuciosa investigación practicada durante varios días, ningún indicio susceptible de ofrecer la menor luz sobre aquel drama inexplicable. Al contrario, las investigaciones condujeron a otros enigmas y a otros hechos inverosímiles.

Se constató, por ejemplo, que el bloque de piedra procedía de un derrumbamiento producido por lo menos a cuarenta metros de distancia. Por lo tanto, el asesino lo había llevado y arrojado sobre la cabeza de su víctima en unos pocos minutos.

Por otra parte, aquel asesino, que con toda certeza no se había escondido en la selva —porque, si no, habría sido descubierto inevitablemente—, aquel asesino tuvo la audacia, ocho días después del crimen, de volver al recodo de la cuesta y dejar allí su piel de cabra. ¿Por qué? ¿Con qué objetivo? Salvo un sacacorchos y una servilleta, aquella piel no contenía nada más. ¿Entonces? Se dirigieron al fabricante del automóvil, que reconoció aquella limusina por haberla vendido tres años antes a un ruso, el cual, afirmó el fabricante, lo había revendido enseguida. ¿A quién? No llevaba número de matrícula.

Asimismo, fue imposible identificar el cadáver de la muerta. Sus vestidos, su ropa interior no tenían ninguna marca.

En cuanto al rostro, nadie la conocía.

Mientras tanto, enviados de la Policía seguían en sentido inverso la carretera que los personajes de aquel misterioso drama habían recorrido. Pero ¿quién probaba que, durante la noche anterior, el automóvil hubiera seguido precisamente aquella carretera?

Se hicieron averiguaciones, se interrogó. Por fin lograron dejar sentado que, la noche de la víspera, a trescientos kilómetros de allí, en un pequeño pueblo situado al borde de un camino muy transitado que iba a dar a la carretera, una limusina se había detenido ante una tienda de ultramarinos y de alimentación.

El conductor había llenado primero su depósito de gasolina, comprado aceite y bidones de recambio, luego se había llevado algunas provisiones,

jamón, fruta, pasteles, vino y media botella de coñac Trois Étoiles. En el asiento, había una dama. No se bajó. Los visillos de la limusina estaban echados. Uno de aquellos visillos se movió varias veces. El mozo de la tienda estaba totalmente seguro de que había alguien en su interior.

Si la declaración de aquel mozo era exacta, el problema se complicaba todavía más, porque ningún indicio había revelado la presencia de una tercera persona.

Mientras tanto, y dado que los viajeros se habían abastecido de provisiones, quedaba por establecer qué habían hecho y qué había ocurrido con los restos de aquellas provisiones.

Los agentes volvieron sobre sus pasos. No fue hasta la bifurcación de las dos carreteras, es decir, a dieciocho kilómetros de Saint-Nicolas donde un pastor, interrogado por ellos, les indicó un prado vecino, oculto por una cortina de arbustos, donde había visto una botella vacía y distintas cosas. Tras un primer examen, los agentes quedaron convencidos: el automóvil había estado parado allí, y los desconocidos, probablemente tras una noche de descanso en su automóvil, habían almorzado y habían seguido su viaje en el transcurso de la mañana. Como prueba irrefutable, se encontró la media botella de coñac Trois Étoiles vendida por el tendero.

La botella había sido rota de un golpe, a ras del gollete.

La piedra que para ello utilizaron fue recogida, lo mismo que el gollete provisto de su corcho sellado. En el sello de metal se veía el rastro de las tentativas hechas para descorchar normalmente la botella. Los agentes continuaron sus investigaciones y siguieron un foso que bordeaba el prado, perpendicularmente a la carretera. Iba a dar a un pequeño manantial oculto bajo unas zarzas, y de donde parecía salir un olor pútrido.

Tras levantar las zarzas vieron un cadáver, el cadáver de un hombre cuya cabeza machacada ya formaba una especie de papilla en la que pululaban los animales. Vestía un pantalón y una chaqueta de cuero marrón. Los bolsillos estaban vacíos. Ni papeles, ni cartera, ni reloj.

Dos días más tarde, el tendero de ultramarinos y su mozo, citados de forma apresurada, reconocían formalmente, por el traje y la estatura, al viajero que, la víspera del crimen, había comprado provisiones y gasolina.

Así pues, todo el caso volvía a empezar sobre nuevas bases. Ya no se trataba de un drama de dos personajes —un hombre y una mujer—, uno de los cuales había matado al otro; sino de un drama de tres personajes, con dos víctimas, una de las cuales era precisamente el hombre al que se acusaba de haber matado a su compañera. En cuanto al asesino, ninguna duda. Era el tercer personaje que viajaba en el interior del automóvil, y que tomaba la precaución de ocultarse detrás de los visillos. Al deshacerse primero del conductor, lo había despojado, luego, tras herir a la mujer, la llevaba en una verdadera carrera a la muerte.

Caso nuevo, descubrimientos inopinados, testimonios imprevistos... Podía esperarse que el misterio se aclararía, o, al menos, que la instrucción diese algunos pasos por la vía de la verdad. No ocurrió nada, sin embargo. Un cadáver se sumó al primer cadáver. Los problemas se añadieron a los otros problemas. La acusación de asesinato pasó de este a aquel.

Nada más. Fuera de estos hechos tangibles, evidentes, las tinieblas.

El nombre de la mujer, el nombre del hombre, el nombre del asesino, otros tantos enigmas.

Además, ¿qué había sido del asesino? Si hubiera desaparecido en un instante, el hecho ya habría sido un fenómeno bastante curioso. ¡Pero ese fenómeno rozaba el milagro porque el asesino no había desaparecido absolutamente! ¡Estaba allí! ¡Regresaba al lugar de la catástrofe! Además de la piel de cabra, un día se recogió un gorro de piel, y, prodigio inaudito, una mañana, tras una noche completa pasada de centinela en las peñas del famoso recodo, unas gafas de chófer, rotas, mohosas, sucias, fuera de uso. ¿Cómo había podido el asesino dejar aquellas gafas sin que los agentes lo viesen? Y, sobre todo, ¿por qué las había dejado?

Hubo más. La noche siguiente, un aldeano, obligado a cruzar la selva, y que por precaución se había llevado la escopeta y sus dos perros, se detuvo en seco al ver pasar una sombra en las tinieblas. Sus perros —dos perros lobos medio salvajes y de un vigor excepcional— saltaron en medio del soto y empezó la persecución.

Duró poco. Casi de inmediato el aldeano oyó dos aullidos terribles, que acababan al mismo tiempo en lamentos de agonía. Y luego, el silencio, el

silencio absoluto.

Aterrorizado, se dio a la fuga, abandonando la escopeta.

Pero al día siguiente no encontraron ninguno de los dos perros. Tampoco se encontró la culata de la escopeta. En cuanto al cañón, estaba hincado en tierra, muy recto, y en uno de sus tubos había una flor, un narciso de otoño, cortado a cincuenta pasos de allí.

¿Qué significaba esto? ¿Por qué aquella flor? ¿Por qué todas esas complicaciones en el crimen? ¿Por qué esos actos inútiles? La razón quedaba confusa ante tales anomalías. Y solo con una especie de temor se arriesgaba uno en aquella aventura equívoca. Se tenía la impresión de una atmósfera cargada, asfixiante, donde era imposible respirar, que velaba los ojos y desconcertaba a los más clarividentes.

El juez de instrucción cayó enfermo. Al cabo de cuatro días, su sustituto confesó que el caso le parecía intrincado. Se detuvo a dos caminantes a los que enseguida se dejó en libertad. Se persiguió a un tercero al que no pudieron alcanzar y contra el que, además, no había ninguna prueba. En resumen, todo el caso no era más que desorden, oscuridad y contradicción.

Una casualidad llevó a la solución, o, mejor dicho, determinó un conjunto de circunstancias que llevaron a la solución. Una simple casualidad. El redactor de un periódico parisino enviado al lugar resumía su artículo en estos términos:

«Por consiguiente, lo repito, hay que esperar la colaboración del destino. Sin eso, se pierde el tiempo. Los elementos de verdad no bastan siquiera para establecer una hipótesis plausible. Es la noche espesa, absoluta, angustiosa. No hay nada que hacer. Todos los Sherlock Holmes del mundo no verían en él más que fuego, y el propio Arsène Lupin, permítaseme la expresión, daría su lengua al gato¹⁴⁴».

Pero al día siguiente de la aparición de ese artículo, el periódico publicaba el telegrama siguiente:

Algunas veces he dado mi lengua al gato, pero nunca por tonterías. El

drama de Saint-Nicolas es un misterio para niños de pecho. Arsène Lupin.

Este despacho dio mucho que hablar. Se le recuerda, y se recuerdan las polémicas que provocó inmediatamente la intervención del célebre aventurero.

¿Intervención real? No era muy probable. El propio diario desconfiaba y adoptaba sus precauciones.

A título de documento, añadía, insertamos este telegrama que, desde luego, es obra de un farsante. Arsène Lupin, aunque maestro consumado en mistificaciones, no mostraría de tal modo toda esa fatuidad algo pueril.

Transcurrieron algunos días. Cada mañana, la curiosidad, decepcionada, se volvía más viva. ¿Iban a saber algo? Por fin el diario publicó esta famosa carta tan precisa, tan categórica, en la que Arsène Lupin daba la clave del enigma. Aquí está en su integridad.

Señor director:

Al desafiarme, me toca usted mi parte débil. Provocado, respondo.

Y lo primero es afirmar otra vez que el drama de Saint-Nicolas es un misterio para niños de pecho. No conozco nada que sea tan ingenuo, y la prueba de esa simplicidad será precisamente la brevedad de mi demostración.

Demostración que se explica en unas pocas palabras:

Cuando un crimen parece escapar a la medida ordinaria de las cosas, cuando no parece natural, estúpido, hay muchas probabilidades de que solo pueda hallarse su explicación en motivos extraordinarios, extranaturales, extrahumanos. Digo que hay muchas probabilidades, porque siempre hay que admitir la parte del absurdo en los acontecimientos más lógicos y más vulgares. Pero en este caso, ¿cómo no ver lo que es, y no tener en cuenta lo absurdo y lo desproporcionado?

Desde el principio me sorprendió el carácter muy evidente de anomalía.

Primero los zigzags, la marcha inepta del automóvil, que se hubiera dicho conducido por un novato. Se ha hablado de un borracho o de un loco. Suposición justificada. Pero ni la locura ni la ebriedad pueden provocar la exasperación de fuerza necesaria para transportar, y sobre todo en tan poco tiempo, la piedra que aplastó la cabeza de la desdichada mujer. Para eso se necesita una potencia muscular tal que no dudo en ver en ello un segundo signo de esa anomalía que domina todo el drama.

Y ¿por qué el transporte de esa piedra enorme cuando bastaba una piedra para acabar con la víctima? Y, por otro lado, en el vuelco espantoso del vehículo, ¿cómo no resultó muerto el asesino, o al menos reducido a una inmovilidad temporal? ¿Cómo desapareció? Y ¿por qué, una vez desaparecido, volvió al lugar del accidente? ¿Por qué haber tirado allí su piel, luego otro día su gorro, luego otro día sus gafas?

Anomalías, actos inútiles y estúpidos.

¿Por qué, además, haber llevado a esa mujer herida, moribunda, en ese asiento del automóvil donde todo el mundo podía verla? ¿Por qué eso, en lugar de encerrarla en el interior, o de arrojarla muerta en algún rincón, como se había arrojado al hombre bajo las zarzas del río?

Anomalía. Estupidez.

Todo es absurdo en esta aventura. Todo denota en ello el balbuceo, la incoherencia, la torpeza, la estupidez de un niño o, más bien, de un salvaje imbecil y furioso, de un animal.

Miremos la botella de coñac. Tenía un sacacorchos (se encontró en el bolso de la piel). ¿Lo utilizó el asesino? Sí, sobre el sello son visibles las huellas del sacacorchos. Pero el gesto era demasiado complicado para él. Rompió el gollete con una piedra.

Un animal, lo repito, un salvaje furioso, trastornado, enloquecido súbitamente. ¿Por quién? Ah, diablos, precisamente por ese aguardiente que había bebido de un trago, mientras el conductor del auto y su compañera almorzaban en el prado. Salió de la limusina, en el fondo de la cual viajaba cubierto con una piel de cabra y tocado con un gorro, y cogió la botella, y la rompió, y se la bebió. Esa es toda la historia. Después de beber se ha vuelto loco furioso, ha golpeado al azar, sin razón. Luego,

presa de un miedo instintivo, temiendo el inevitable castigo, ha ocultado el cadáver del hombre. Después, de forma idiota, ha cogido a la mujer herida y ha huido. Ha huido en ese automóvil que no sabía conducir, pero que para él representaba la salvación, la imposibilidad de ser atrapado.

—¿Y el dinero?, me dirá usted. ¿Y la cartera robada?

—¡Eh!, ¿quién le dice que él es el ladrón? ¿Quién le dice que no es un caminante, un aldeano atraído por el olor del cadáver?

—De acuerdo, de acuerdo, volverá a objetar usted, pero si ese animal no ha sido encontrado, porque se oculta en los alrededores mismos del recodo, y porque, después de todo, tiene que comer y tiene que vivir...

—¿Qué?

—¿No adivina?

—No. Y sin embargo, ¿está usted seguro de que sigue allí?

—Desde luego, y la prueba es el aldeano que ha visto su sombra. Y también, añadiré, la desaparición de esos dos perros lobo, unos molosos, que ha escamoteado como si fueran caniches falderos...

Y está también ese cañón de escopeta hincado en tierra de forma estúpida, con una flor. ¿Es eso bastante estúpido? ¿Y necio? ¿Y grotesco? Vamos, no acierta. ¿No hay ningún detalle que lo aclare? ¿No? Entonces, lo más simple, como ve, para terminar y para responder a sus objeciones, es ir derecho al final. Basta de explicaciones... Hechos. Así pues, que esos señores de la Policía y de la Gendarmería tengan a bien ir ellos mismos a ese final. Que cojan escopetas. Que exploren el bosque en un radio de doscientos o trescientos metros, no más. Pero que, en vez de explorar, con la cabeza baja y los ojos clavados en el suelo, miren al aire, sí, al aire, entre las ramas y las hojas de las hayas más altas y de las hayas más inaccesibles. Y, créame, lo verán. Está ahí. Está ahí desamparado, lamentable, buscando a aquel o aquella que ha matado, buscándolos, y esperándolos, y sin atreverse a alejarse, y sin comprender...

En cuanto a mí, lamento infinitamente verme retenido en París por grandes ocupaciones y la puesta en marcha de asuntos muy complicados, pues habría sido un placer seguir hasta el final esta aventura bastante curiosa.

Tenga a bien disculparme ante mis buenos amigos de la justicia, y creer, señor director, en la seguridad de mis sentimientos distinguidos.

Firmado: ARSÈNE LUPIN

Se recuerda el desenlace. Esos señores de la justicia y de la Gendarmería se encogieron de hombros y no tuvieron en cuenta esa elucubración. Pero tres hidalguillos de la comarca cogieron sus escopetas y se dispusieron a cazar, con los ojos en el cielo, como si hubieran querido echar abajo algunos cuervos. Al cabo de media hora, divisaban al asesino. Dos disparos: cayó rodando de rama en rama.

Solo estaba herido. Lo capturaron.

Esa noche, un periódico de París, que aún no conocía esa captura, publicaba la nota siguiente:

No se tienen noticias de un señor y una señora Bragoff, que desembarcaron hace seis semanas en Marsella, donde habían alquilado un automóvil.

Residentes en Australia desde hace largos años, venían a Europa por primera vez, y habían avisado al director del Jardín de Aclimatación¹⁴⁵, con el que estaban en correspondencia, de que traían consigo un ser extraño, de una especie totalmente desconocida, y del que no se podía decir si era un hombre o un mono.

Según el señor Bragoff, arqueólogo distinguido, estaríamos en presencia de un mono antropoideo, más bien del hombre-mono cuya existencia no se había podido probar hasta ahora. Su estructura sería exactamente semejante a la del pitecántropo *Rectus* descubierto en Java en 1891 por el doctor Dubois, y algunas particularidades parecerían dar razón a las teorías del naturalista argentino señor Ameghino¹⁴⁶, quien, con fragmentos hallados durante los trabajos de excavación del puerto de Buenos Aires, había podido reconstruir el Diprot-hombre.

Inteligente observador, este singular animal servía de criado a sus amos en la propiedad en que vivían en Australia, les limpiaba su automóvil e incluso trataba de conducirlo.

¿Qué ha sido del señor y de la señora Bragoff? ¿Qué ha sido del extraño

primate que los acompañaba? La respuesta a esa pregunta era fácil ahora. Gracias a las indicaciones de Arsène Lupin se conocían todos los elementos del drama. Gracias a él, el culpable se encontraba entre las manos de la justicia.

Se le puede ver en el Jardín de Aclimatación, donde está encerrado bajo el nombre de Trois Étoiles. Es un mono, en efecto. Pero también es un hombre. Tiene la dulzura y la sabiduría de los animales domésticos, y la tristeza que sienten cuando su amo ha muerto. Pero tiene muchos otros rasgos que lo vinculan más de cerca con la humanidad. Es malvado, cruel, perezoso, glotón, rabioso, y sobre todo siente por el aguardiente una pasión inmoderada.

Esto aparte, decididamente es un mono.

A menos que...

Pocos días después de su... arresto, veo, inmóvil ante la jaula, a Arsène Lupin, que sin ninguna duda trataba de resolver ese interesante problema. Inmediatamente le digo, porque me preocupaba mucho:

—¿Sabe, Lupin?... Su intervención en este caso, su demostración, y por último su carta no me han sorprendido.

—¡Ah! —dijo tranquilamente—, ¿y por qué?

—¿Por qué? Porque la aventura ya se produjo, hace setenta u ochenta años. Edgar Allan Poe la convirtió en trama de uno de sus más bellos cuentos. En estas condiciones, la clave del enigma era fácil de encontrar.

Arsène Lupin me cogió del brazo y me llevó con él:

—Entonces, ¿cuándo lo adivinó usted? —me dijo.

Lo confesé.

—Al leer su carta.

—¿Y en qué sitio de mi carta?

—Hacia el final.

—Hacia el final, ¿verdad?, después de que yo hubiese puesto los puntos sobre las íes. Por lo tanto tenemos un crimen que la casualidad repite, en circunstancias del todo diferentes, por supuesto, pero sin embargo con el mismo tipo de héroe, y usted, lo mismo que los demás, desde luego, han necesitado que alguien les abriese los ojos. Han necesitado la ayuda de mi

carta, de esa carta en la que me he entretenido (además estaba obligado a ello por los hechos) en emplear la demostración, a veces incluso los mismos términos que ha utilizado el gran poeta americano. Como ve, mi carta no era absolutamente inútil, y uno puede permitirse repetir a la gente lo que solo han aprendido para olvidarlo.

Tras lo cual Lupin se volvió y soltó una risotada en las narices del viejo mono que meditaba con el aire grave de un filósofo...

¹⁴³ Leblanc utiliza para el nombre de ese bosque ficticio el nombre retocado de la calle del cuento *El doble asesinato de la calle Morgue*, de Poe.

¹⁴⁴ *Donner sa langue au chat*, expresión infrecuente que aparece en el siglo XIX: darse por vencido, rendirse.

¹⁴⁵ El Jardín d'Acclimatación es un parque parisino de 19 hectáreas, en la linde del bosque de Bolonia, creado en 1852 para «entretenimiento y exposición de animales útiles de todos los países»; en 1866 contaba con 110.000 animales. En la actualidad ha sido reconvertido en parque de ocio y paseo, «con atracciones de carácter instructivo, deportivo y familiar».

¹⁴⁶ Florentino Ameghino (1854-1911), naturalista argentino que investigó la climatología, la paleontología, la zoología y la antropología. Entre sus trabajos científicos, considerados monumentales, destacan su aportación a la taxonomía zoológica y sus contribuciones al conocimiento de los mamíferos fósiles de Argentina.

Biografías de los autores¹⁴⁷

ALLAIS, Alphonse (1854-1905), «uno de los grandes maestros del relato» según Umberto Eco, fue autor de crónicas periodísticas extravagantes; en 1875 se convirtió en jefe de la escuela *fumiste*, que alardeaba de mistificación, humor negro y crítico, y cierto sentido absurdo de la vida y de la literatura; y entre 1879 y 1880 formó parte del club de los Hidophates (aquellos a los que el agua pone enfermos), que terminó reventado por un trío del que formaba parte Allais: lanzaron contra el club petardos y fuegos artificiales. Su pluma ligera le dio un gran prestigio en la Belle Époque, que los surrealistas reavivaron viendo en su lenguaje la subversión de los valores políticos, económicos y sociales. Autor de vodeviles y textos para operetas, solo o en colaboración, dejó en periódicos satíricos como *Le Chat Noir* (1882-1893), *Gil Blas*, *Le Journal* y *Le Sourire* numerosos cuentos llenos de humor ácido, recogidos en distintos volúmenes divididos en *ántumos* (neologismo creado por Allais) y póstumos. Inventó el término *Patafísica*, ciencia que teoriza la deconstrucción de lo real y su reconstrucción en el absurdo, luego desarrollada por Alfred Jarry).

REF.: Una antología preparada por François Caradec repartió sus obras en dos volúmenes, *Œuvres Anthumes* (1989) y *Œuvres Posthumes* (1990) (Bouquins, Robert Laffont). En edición española solo aparecen *Morir de risa* (prólogo de Andrés Barba, Editorial El Olivo Azul), y *El capitán Cap* (traducción de Juan Esteban Fassio, 2011, Editorial Berenice). El relato aquí recogido, «Pauvre Césarine», figura en el volumen *Pas de bile!* (1893).

APOLLINAIRE, Guillaume, seudónimo de Wilhelm Apollinaris de

Kostrowitzky (1880-1918), hijo de una aristócrata polaca exiliada en Roma y presuntamente de un oficial del Ejército real de las Dos Sicilias, vivió desde su infancia en Francia. En 1902 empieza a publicar poemas en revistas, mientras multiplica expedientes para sobrevivir, como el de inventariar el «infierno» de la Biblioteca Nacional, es decir, los escritos iluminados y libertinos; gracias a ese trabajo puede adelantarse a la recuperación del marqués de Sade, que en Francia se produce medio siglo más tarde. Sus poemas reflejan avatares personales de su vida, sus viajes, su relación con la pintora Marie Laurencin y con otras tres mujeres que marcarán su destino. Voluntario durante la Primera Guerra Mundial, resultó herido en la cabeza por metralla de obús; trepanado en dos ocasiones, terminaría muriendo víctima de la gripe española que asoló París en 1918. Apollinaire arranca de sus antecesores inmediatos, románticos, parnasianos y simbolistas, para abrirse a las vanguardias de las dos primeras décadas del siglo. Si en *Alcools* recogió sus poemas escritos entre 1898 y 1913, *Calligrammes* (1918) reúne los de los cinco años siguientes, además de recuperar versos anteriores. Son los dos títulos mayores de un poeta más renovador que revolucionario —a él se deben el término y la noción de *surréalisme*—, que describió la realidad con ojos fascinados por la irracionalidad del mundo sensible. Supo explotar mejor que nadie los recursos mágicos de la imagen. Publicó dos volúmenes de cuentos: *Hérésiarque et Cie* (1910), al que pertenece el relato elegido, «La desaparición de Honoré Subrac», y «El poeta asesinado» (1916), donde explota su sentido de lo fabuloso y de la maravilla sacada de lo cotidiano.

REF.: *Poesía*, trad. de Agustí Bartra (Editorial Joaquín Mortiz, 1967). *Caligramas*, edición de José Ignacio Velázquez (Cátedra, 1987). *Alcoholes. El poeta asesinado*, edición de J. I. Velázquez (Cátedra, 2001) *Heresiarca y Cia*, trad. de M. Armiño (Valdemar, 2011).

BALZAC, Honoré de (1799-1850), considerado el padre de la novela realista y naturalista por el gran fresco que hizo de la Francia del siglo XIX, desde la Revolución hasta mediado el siglo en *La comedia humana*, abordó todos los géneros, desde la novela negra estilo Radcliffe en su juventud (*El centenario*)

a la novela sentimental, psicológica, histórica, etc. Anatomista o fisiólogo de la vida social, fue un precursor, tanto en el campo de lo fantástico como en el de la novela policiaca, y antes de que estuvieran fijadas las normas de esos géneros aportó títulos que le ganaron el calificativo, tan contradictorio con el de realista que merece, de «visionario» que le dio Baudelaire. Y es que en el conjunto de su obra hay fragmentos de imaginación desbordada, cercana al surrealismo. Desde *El elixir de larga vida* a *La piel de zapa*, *Melmoth reconciliado*, *La comedia del diablo*, o *Esplendores y miserias de las cortesanas*, hay en Balzac toda una serie de narraciones que han podido reunirse bajo el título de *La comedia de las tinieblas*, que muestra la fascinación del autor por temas que la razón no consigue explicar con la lógica en la mano. Además de inventar «lo fantástico social», hizo de las distintas encarnaciones del antiguo presidiario Vautrin un muñidor de tinieblas. En «La Grande Bretèche», relato incrustado en la trama *Otro estudio de mujer*, ofrece un crimen «a la vista» durante veinte días que hace temblar de frío a las damas que asisten al relato.

REF.: *Cuentos completos de La comedia humana*, trad. de M. Armiño (Páginas de Espuma, 2014).

BLOY, Léon (1846-1917), novelista y ensayista, a quien su encuentro con el novelista Barbey d'Aurevilly decidió hacia un catolicismo tan extremo que llegó a ofender, por su violencia, a los propios católicos. De vida agitada, siempre en medio de la pobreza y del hambre, su violencia polémica y un anarquismo de derechas condenó su misticismo al fracaso en un momento dominado por una burguesía a la que atacó de forma despiadada. Además de dos novelas autobiográficas sobre su amor con una prostituta que tuvo que ser internada en un hospital psiquiátrico, dejó dos volúmenes de relatos: *Sueur de sang* (1870-1871), e *Histoires désobligeantes* (1894), en el que figura «La tisana». Sus ensayos han venido publicándose de forma regular en castellano.

REF.: *Historias impertinentes*, trad. de Ascensión Cuesta (Menoscuarto Ediciones, 2006); *Cuentos feroces*, trad. de Luis Cayo Pérez Bueno (Editorial

Cinca, 2015).

COURIER, Paul-Louis (1772-1825), buen latinista y helenista, alternó esos estudios con la milicia. Retirado en Turena, la Restauración y los Borbones encontraron en él un enemigo irreductible, y ello lo llevó ante los tribunales y a la cárcel. Sus textos panfletarios contra la burocracia, la corte, el Ejército, la Policía y la Iglesia lo convierten en un maestro del género, de gusto exquisito, burlón e irónico. Murió asesinado por uno de los guardas de su finca al que había despedido. La «Carta desde Calabria» fue dirigida a su «prima Mme. Pigalle», desde Resina, a los pies del Vesubio, donde se hallaba con su regimiento. Apenas ha sido traducido al castellano.

REF.: *Todo ha cambiado. Recuerdos italianos hacia 1880* (Cuatro Ediciones, 2014).

DUMAS, Alexandre, padre (1802-1870), dramaturgo, novelista, memorialista, inició tarde su obra de narrador, dedicado durante las tres primeras décadas de su vida al teatro. Novelista de folletón, dejó una producción inmensa, basada en hechos históricos que adaptaba sin demasiado rigor, y que situó sus tramas en los siglos XVI (*La dama de Monsoreau*), XVII (*Los tres mosqueteros*, *Veinte años después* y *El vizconde de Bragelonne*) y XVIII (*Memorias de un médico: Joseph Balsamo*, *El collar de la reina*, *La condesa de Charny*). *El conde de Montecristo* no pertenece a ninguna crónica o suceso histórico. En su voluminosa obra (ciento tres volúmenes en la edición Calmann-Lévy) abordó todos los campos de la narración, en una mezcla de géneros que no le permite adscribirse a ninguno, llevado por la fecundidad de su imaginación y su facilidad para la escritura. Convirtió sus *Memorias*, aparecidas en veinte volúmenes entre 1852-1855, en una divertida novela de aventuras más que una biografía. El relato aquí recogido, «El armario de caoba», apareció en la revista *Le Dartagnan* en 1868.

REF.: *Los mil y un fantasmas*, trad. de M. Armiño (Editorial Valdemar,

2018), recoge la mayor cantidad de relatos fantásticos de Dumas.

GABORIAU, Émile (1832-1873), padre de la novela policiaca francesa, creó un detective aficionado, el tío Tabaret, que se convirtió en maestro y guía del comisario Lecoq, antecesor de Sherlock Holmes según reconociera el propio Conan Doyle. En folletón publicó novelas «judiciales», como se denominaba en su época lo que luego se ha llamado «policiacas». Utilizó las *Memorias* de Vidocq para crear su personaje de Lecoq, que realiza pesquisas no tan imaginativas como Sherlock Holmes, sino más realistas, apegadas a las costumbres y la vida cotidiana, hasta el punto de utilizar técnicas de la novela naturalista. En el comisario Maigret de Georges Simenon puede apreciarse el método de análisis psicológico de Gaboriau. «Le Petit Vieux des Batignolles» se publicó póstuma en 1876.

REF.: *El crimen de Orcival*, trad. de Eva González Pardo (Ediciones d'Época, 2015). *El expediente número 113*, trad. de Rocío Agudo (Signo Editores, 2002).

LEBLANC, Maurice (1864-1941) trató en sus inicios de seguir las huellas de la alta literatura (Flaubert, Maupassant, Maeterlinck), con alguna novela de fino análisis psicológico y cierto mérito; en 1905 el editor Pierre Lafitte le pide una novela policiaca para su revista *Je Sais tout*: en ese momento nace un investigador malvado en *El arresto de Arsène Lupin* (1907), primer título de un ciclo que abarca veinte volúmenes de novelas y relatos que eclipsan el resto de su obra. El nuevo detective, astuto, burlón, elegante y seductor, reinará en la literatura francesa hasta 1935 (*La Cagliostro se venge*), gracias a la habilidad de su autor para manejar las intrigas y a su pericia para dar vida a un detective inolvidable. Difundido en España durante buena parte del siglo xx, el personaje de Leblanc ha desaparecido hace tres décadas de las librerías. En cuanto a los relatos seleccionados: «L'Écharpe de soie rouge» fue recogido en *Les Confidences d'Arsène Lupin* (1913); «L'Homme à la peau de bique», aparecido en 1927 en un volumen de varios autores titulado *El amor según los novelistas franceses*, se reagrupó con otras cuatro en *L'Agence*

Barnett et Cie.

LERMINA, Jules (1839-1915), narrador y periodista, dejó una abundante obra saludada por Victor Hugo, que lo apoyó en la lucha por sus ideas socialistas, que lo llevaron varias veces a la cárcel. Escribió continuaciones de *Los misterios de París* de Eugène Sue y de *El conde de Montecristo* de Dumas; a partir de 1890 se interesó por las ciencias ocultas. En sus relatos y novelas abordó los temas fantásticos y policíacos, como muestran *La estrangulada de la Porte Saint-Martin*, *El asesino inencontrable*, *La espantosa aventura* (novela), etc. Recogió sus cuentos y novelas cortas en cuatro volúmenes: *Les mille et une femmes* (1879), *Histoires incroyables* (1885), *Nouvelles histoires incroyables* (1888) y *La Vie joyeuse, Nouveaux contes drolatiques* (s. d.). De los dos relatos seleccionados, «El cuarto de hotel» se recogió en el volumen *Histoires incroyables*, mientras que «L'enigme» apareció suelto en 1895. Su obra no aparece en la bibliografía española reciente.

LEROUX, Gaston (1868-1927) comenzó a trabajar como cronista judicial para *L'Écho de Paris* y *Le Matin*, periódico en cuyo folletón empezó a escribir en 1903. Cuatro años más tarde obtenía un gran éxito con *El misterio del cuarto amarillo*, en el que aparece por primera vez su reportero-detective Joseph Rouletabille. En las treinta y cuatro novelas protagonizadas por este joven, abordó todos los géneros, desde el reportaje social a la novela fantástica o la novela folletón. Su héroe Rouletabille marca un progreso en el género detectivesco gracias al razonamiento puro y los métodos deductivos que demuestra en sus investigaciones. Tanto esa novela citada como su continuación, *El perfume de la dama de negro*, han sido llevadas al cine en siete ocasiones desde 1914, lo mismo que *El fantasma de la Ópera*, con nueve versiones cinematográficas entre 1925 y 2004. Otra de sus series, *Chéri-Bibi*, con un antiguo presidiario condenado por un crimen que no ha cometido, fue llevada a la pantalla en 1914, y desde entonces ha sido adaptada en cinco ocasiones más. El relato «Le Diner des bustes» fue

recogido en 1977 en el volumen *Histoires épouvantables*, del que no hay traducción española.

REF.: *El misterio del cuarto amarillo*, trad. de Enrique Flores (Ediciones Anaya, 1985). *El fantasma de la Ópera*, trad. de M. Armiño (Editorial Valdemar, 2017).

MAUPASSANT, Guy de (1850-1893), novelista y autor dramático; íntimamente unido a la familia de Flaubert, se puso en manos del autor de *Madame Bovary*, que no le permitió publicar hasta que no escribió *Bola de sebo*. Maestro de la novela corta y del cuento, su calidad en estos géneros terminará imponiéndose a la posteridad sobre su fama de autor de novelas, que editó en número de seis. Realista más que naturalista, en sus casi trescientos relatos alterna lo maravilloso y lo fantástico con su percepción de los detalles de la vida cotidiana; la banalidad aparente de muchas de sus tramas se convierte en algo fascinante, a veces trágico, a la vuelta de una página por algún incidente imprevisto. Se le considera precursor, por su pesimismo, de la novela negra francesa del siglo XX; junto con Chéjov, figura como el mayor maestro del relato. Son varios los cuentos que podrían inscribirse bajo la etiqueta de «policiales»: «Los mendigos», «La dote», «Un drama verdadero», «La pequeña Roque», etc. «El barrilito» «*Le petit fût*», publicado en 1884 en *Le Gaulois*, formó parte del volumen *Las hermanas Rondoli*, publicado ese mismo año.

REF.: *Cuentos completos*, trad. de M. Armiño, II vols. (Páginas de Espuma, 2011).

MÉRIMÉE, Prosper (1803-1870), novelista y dramaturgo francés que participó en el movimiento romántico. Entre 1829 y 1830 publicó en la *Revue de Paris* relatos cortos de carácter pintoresco, semihistórico o fantástico. El famoso autor de *Carmen*, novela de amores trágicos situada en España, famosa por la ópera que con su libreto escribió Georges Bizet, se interesó por la

arqueología y la historia; nombrado en 1834 inspector general de Monumentos Históricos, sus viajes le proporcionaron la materia de sus últimos libros, estudios literarios, traducciones de sus amigos Alexander Pushkin y Turguéniev, viajes (entre ellos un *Viajes a España*), notas arqueológicas y estudios históricos. Atrás quedaba lo mejor de su aportación a la narrativa: cuatrocientas páginas de relatos de todo tipo, caracterizados por una prosa clásica, elegante, rápida, llena intensidad dramática, pero sin la pasión que derrocharon sus coetáneos románticos; en su caso es una pasión fría, elegante y buscada; del movimiento romántico le interesa el color local y el espíritu, que aparecen en relatos como «*Mateo Falcone*», «*Tamango*», «*El jarrón etrusco*», «*Las almas del purgatorio*», «*La Venus de Ille*», etc. No hay edición de sus cuentos en español, salvo en antologías de relatos fantásticos.

MIRBEAU, Octave (1848-1917), novelista, dramaturgo y periodista de espíritu crítico, pese a lo cual figura entre los escritores decadentes de finales del siglo XIX. Consiguió la celebridad con tres novela escandalosas que ponen de relieve su profunda misoginia, *Le Jardin des supplices* (1899), *Le Journal d'une femme de chambre* (1900) y *Les 21 jours d'un neurasthénique* (1901), que tratan de abrir los ojos del lector e incitarlos a actuar: gracias a ellas, en ese final de siglo se convirtió en intelectual de prestigio, a lo que colaboraron sus ensayos y sus textos políticos y sociales, violentos contra el espíritu burgués de la época, en los que desarrolló un talante combativo que lo impulsaba a escandalizar con su antimilitarismo y su anticlericalismo; en teatro consiguió un éxito enorme con *Les Affaires sont les affaires* (1903). Se le considera no solo un adelantado del existencialismo, sino también un precursor de la novela negra. El relato «Las bocas inútiles» apareció en el volumen *La pipe de cidre* (1905), uno de su docena y media de libros de relatos. Si hay de sus novelas ediciones en español, los relatos sin embargo no se han traducido por ahora.

REF.: *El jardín de los suplicios*, trad. de Lluís M^a Todó (Editorial Impedimenta, 2010). *Los 21 días de un neurasténico*, trad. de Javier Serrano (Editorial Libros de Itaca, 2017).

PHILIPPE, Charles-Louis (1874-1909), hijo de zapatero y empleado municipal, hizo de la gente humilde la protagonista de sus novelas. De sensibilidad delicada, su realismo no busca la dramatización naturalista; sus personajes expresan con sencillez y un lenguaje popular empleado sin excesos, la tragicidad interior de los bajos fondos, sobre todo en su novela más conocida, *Bubu de Montparnasse* (1901). Tras su prematura muerte por fiebres tifoideas, André Gide se dedicó a reunir los textos que Philippe había dejado en periódicos y revistas; de uno de esos volúmenes, *Les contes du matin* (1916) está sacado «*El asesino*».

REF.: *Bubu de Montparnasse*, trad. de Paula Izquierdo (Trama Editorial, 2006).

RICHEPIN, Jean (1849-1926), poeta, novelista y dramaturgo, rompió en su primer libro de poemas, *La Chanson des Gueux* (1876), con los caminos trillados del Romanticismo —aunque su postura vital lo siguiera externamente—, para exaltar el instinto. El proceso seguido contra el libro, que le costó un mes de cárcel, lo hizo célebre; unido al naturalismo, buscó en su obra celebrar una nueva bohemia y escandalizar a la burguesía con una sensualidad afectada y una violencia de tonos excesivos y truculentos que rozaban el ridículo. Rebelde oficial, escribió novelas populares (*Miarka*, *La fille à l'ourse*, 1883) y dramas (algunos interpretados por Sarah Bernhardt) que gozaron de gran éxito por su aparato retórico. Pese a no abandonar nunca su rebeldía, Richepin, hoy olvidado, terminó ocupando un sillón en la Academia Francesa. De los tres cuentos seleccionados, «*Deshoulières*» y «*La obra maestra del crimen*» fueron recogidos de publicaciones periódicas en el volumen *Les Morts bizarres* (1877); «*Los dos retratos*» apareció en *Le Journal* en diciembre de 1898. No hay ediciones de Richepin en español.

147 Procuero dar cuenta de la obra traducida de estos autores, sobre todo de los más desconocidos, con especial atención a sus relatos; en cuanto a los grandes, Balzac, Maupassant, etc., sus grandes títulos son fácilmente accesibles.